
De la autora best-seller
Sarah MacLean
·Cuarta Regla de los Canallas·
Nunca juzgues a una dama por su apariencia
VERSATIL
Romántica

·Cuarta Regla de los Canallas·
NUNCA JUZGUES A UNA DAMA POR SU APARIENCIA
Sarah MacLean

Table of Contents

Chase
Capítulo 1
Capitulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
Agradecimientos

Para Carrie Ryan, Sabrina Darby y Sophie *Jordan, que conocieron el secreto de quién era* Chase *desde el principio.*

Para Baxter, que guarda todos mis secretos.

Y para lady V, espero que crezcas y tengas un montón de secretos propios.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Título original: *Never Judge a Lady by Her Cover*
The Fourth Rules of Scoundrels
Published by arrangement with Avon Books,
an imprint of HarperCollins Publishers

© 2014 by Sarah Trabucchi
Traducción: María José Losada Rey
Diseño cubierta/Fotomontaje: Eva Olaya
Fotografías cubierta @Shutterstock

1ª edición: septiembre 2015

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© 2015: Ediciones Versátil S.L.
Av. Diagonal, 601. Planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Chase

· Marzo de 1823, Leighton Castle, Basildon, Essex ·

—Te amo.

Dos extrañas y sencillas palabras que poseían un increíble poder.

No era que lady Georgiana Pearson —hija de un duque y hermana de otro, con un elevado sentido del honor, y del deber y futuro objeto de una presentación impecable, dueña de un pedigrí incomparable envidiado por toda la sociedad— no las hubiera escuchado a lo largo de su vida. Era que los miembros de la aristocracia no amaban.

Y si lo hacían, no recurrían a algo tan vulgar como confesarlo.

Así que fue toda una sorpresa, hablando claro, que aquellas palabras salieran de sus labios con tanta facilidad y veracidad. Pero a lo largo de sus dieciséis años de vida Georgiana jamás había pensado que sentiría tanto placer al deshacerse de los grilletes que acompañaban su nombre, su pasado y su familia. A decir verdad, abrazó con rapidez el riesgo y la recompensa, encantada de sentir por fin. De vivir. De ser ella misma.

Correr ese riesgo era en sí mismo una condena, a fin de cuentas se trataba de amor.

Pero se sentía libre.

Estaba segura de que no podía existir un momento tan hermoso como ese; estar entre los brazos del hombre que amaba, con el que iba a pasar toda la vida. Todavía más, con el que construiría su futuro abandonando en el camino su nombre, su familia y su reputación.

Jonathan la protegería. Él se lo había dicho mientras la resguardaba del frío viento de marzo y también estaba protegiéndola allí, en los establos de la propiedad familiar.

Jonathan la amaría. Había susurrado las palabras mientras sus manos desabrochaban, desnudaban y prometían todo con su suave contacto.

Y ella le había respondido, ofreciéndose por completo.

«Jonathan». Ella suspiró su placer al aire, acurrucada contra él, amortiguada por músculos fibrosos y áspera paja, y cubierta por una cálida manta de caballos que debería resultar áspera e incómoda pero que de alguna manera se había vuelto suave, sin duda por los placeres que acababa de presenciar.

Amor. Algo más propio de sonetos, madrigales, cuentos de hadas y novelas.

Amor. Una emoción difícil de disfrutar que hacía que los hombres lloraran, cantaran y sufrieran por el deseo y la pasión.

Amor. Aquel sentimiento que alteraba la vida y la volvía brillante, cálida y maravillosa. La emoción que todos estaban desesperados por descubrir.

Y ella la había encontrado. Allí. Ese gélido invierno, en el abrazo de ese magnífico muchacho. No, muchacho no, hombre. Era un hombre igual que ella era una mujer, se había convertido en una entre sus brazos, contra su cuerpo.

Uno de los caballos del establo relinchó con suavidad y pateó el suelo de su box, resoplando por comida, agua o cariño.

Jonathan se movió debajo de ella, que se aferró a él al tiempo que tiraba de la manta para recolocarla a su alrededor.

—Todavía no.

—Debo marcharme. Tengo obligaciones.

—Pero yo te necesito —repuso ella, intentando camelarlo.

Él le puso la mano en el hombro desnudo, cálida y áspera contra su piel suave, y la hizo estremecer. Era raro que alguien la tocara —hija de un duque y hermana de otro—. Era inocente. Prístina. Intocable.

Hasta ese momento. Sonrió al pensarlo. A su madre le daría un ataque de nervios al enterarse de que su hija no tenía intención de presentarse en sociedad. Y cuando lo supiera su hermano —el duque del desdén—, el más aristócrata de los aristócratas de Londres... no lo aprobaría.

Pero a Georgiana no le importaba. Sería la señora Tavish, ni siquiera conservaría el «lady» al que tenía derecho. No lo quería. Solo quería a Jonathan.

No le importaba que su hermano fuera a hacer todo lo posible para detenerla. No podría conseguirlo.

Ese caballo hacía mucho tiempo que había dejado las cuadras, como decía el refrán. Pero Georgiana todavía estaba en el pajar.

Se rio ante la idea, mareada por el amor y el riesgo que corría; las dos caras de una misma moneda que resultaba muy gratificante.

Jonathan se movió debajo de ella y se deslizó fuera del cálido capullo que habían formado sus cuerpos, haciendo que el frío aire del invierno le erizara la piel desnuda.

—Debes vestirte —dijo él, cogiendo sus pantalones—. Como nos pille alguien…

No era necesario que terminara la frase, llevaba semanas diciéndola; la primera vez que se besaron y todos los momentos que robaron después. Si alguien los pillaba, lo azotarían o algo mucho peor. Y ella quedaría arruinada.

Pero en ese momento, después de lo que acababa de ocurrir, después de yacer desnudos en el áspero heno del invierno, de dejar que la explorara, tocara y acariciara con sus manos, callosas por trabajar la piedra, ya estaba arruinada. Y no le importaba. No le importaba nada.

Huirían… debían huir para poder casarse. Irían a Escocia. Comenzarían una nueva vida; ella tenía dinero de sobra.

No le importaba que él no tuviera nada.

Se amaban y con eso era suficiente.

Ser un miembro de la aristocracia no era algo que se pudiera envidiar; más bien era digno de lástima. Si no se tenía amor, ¿para qué vivir?

Suspiró y miró a Jonathan durante un buen rato, maravillada por la elegancia con la que se puso la camisa y la metió en la cinturilla del pantalón, por la forma en que tiró de las botas para subirlas como si lo hubiera hecho mil veces en este espacio tan bajo. Lo vio anudarse la corbata al cuello y meter los brazos en las mangas de la chaqueta antes de ponerse el abrigo. Sus movimientos eran suaves y precisos.

Cuando terminó, Jonathan se volvió hacia la escalera que conducía a los establos de la planta baja, musculoso y de huesos largos.

Ella subió la manta intentando hacer desaparecer la sensación de frío que dejaba su marcha.

—Jonathan —lo llamó con suavidad, sin querer que la oyera nadie.

Él la miró y ella vio algo en sus ojos azules; algo que no identificó al momento.

—¿Qué?

Georgiana sonrió, tímida de repente. Lo que debía ser imposible teniendo en cuenta lo que acababa de hacer. Lo que acababa de ver.

—Te amo —repitió una vez más, maravillada por cómo las palabras salían de sus labios, por la forma en que la envolvía el sonido, veraz, hermoso y bondadoso.

Él vaciló en la parte superior de la escalera, colgando sobre los escalones con tan poco esfuerzo que casi parecía flotar en el aire. Jonathan no dijo nada durante un rato; el tiempo suficiente como para que ella sintiera el frío de marzo en los huesos. El tiempo suficiente como para que un atisbo de inquietud la atravesara.

Por fin, él esbozó aquella sonrisa radiante y descarada que tanto la había atraído desde el principio. Todos los días durante un año entero, o quizá más tiempo. Hasta aquella tarde cuando la tentó por fin, hasta que la besó por fin sin vacilación. Hasta que le prometió la luna y tomó todo lo que ella podía ofrecer.

Pero no lo había tomado.

Había sido ella la que se lo entregó. Libremente.

Después de todo, lo amaba. Y él la amaba.

Se lo había dicho. Quizá no lo hubiera hecho con palabras, pero sí con caricias.

«¿No lo había hecho?».

La duda la atravesó junto con otra emoción desconocida. Algo que lady Georgiana Pearson —hija de un duque y hermana de otro— no había sentido antes.

«Dilo —deseó—. Dímelo».

—Eres una chica muy dulce —dijo él después de un interminable momento.

Y se perdió de vista.

Capítulo 1

Diez años después, Worthington House, Londres

Cuando revisó los acontecimientos ocurridos en su vigésimo séptimo año de vida, Georgiana Pearson estuvo segura de que la culpable de todo fue la caricatura.

Sí, aquel maldito dibujo.

Si hubiera aparecido en *El folleto de los escándalos* el año anterior, cinco años antes o media docena de años después no le hubiera importado. Pero había sido publicado en la revista de cotilleos más famosa de Londres justo el quince de marzo.

Lo que le hacía recordar por qué había que protegerse de los Idus famosos.

Por supuesto, la caricatura fue producto de otra fecha comprometida. Dos meses antes, el quince de enero, el día en que Georgiana, la completamente arruinada, escándalo en ciernes, madre soltera hermana del duque de Leighton, decidió tomar las riendas de su vida y volver a alternar en sociedad.

Y allí estaba, en un rincón del salón de baile de Worthington House, en el momento cumbre de su regreso a la vida social, muy consciente de que todos los ojos de Londres la miraban.

La juzgaban.

No era el primer baile al que asistía desde que se vio arruinada, pero sí el primero en el que la vio todo el mundo; el primero en el que no llevaba una máscara, ya fuera de tela o pintura. El primero en el que fue Georgiana Pearson, un diamante en bruto, pulverizado por un escándalo.

Y la primera vez que estuvo presente mientras era humillada públicamente.

Para ser clara, a Georgiana no le importaba estar arruinada. De hecho, defendía a capa y espada ese estado por un sinnúmero de razones. La no menos importante de las cuales era que una vez arruinada, ya nadie espera que una dama se comporte de manera adecuada.

Lady Georgiana Pearson —aunque no reclamaba ese título y apenas lo merecía— estaba encantada de haber sido deshonrada y llevaba muchos años estándolo. Después de todo, eso la había hecho rica y poderosa, la había convertido en propietaria de El Ángel Caído, el más escandaloso y popular club de juego de Londres, y la persona más temida de Gran Bretaña como Chase, el famoso «caballero» misterioso que fingía ser.

No importaba nada que fuera, de hecho, una mujer.

Así que sí, Georgiana pensaba que el cielo le había sonreído aquel día, una década atrás, en el que se forjó su destino. Verse apartada de la sociedad —para bien o para mal— había significado que, a su vez, eliminaron la necesidad de sufrir la presencia de ejércitos de damas de compañía y conversaciones insustanciales regadas con limonada tibia. Ya no se vio obligada a mostrar interés por la Santa Trinidad de los temas que preocupaban a las mujeres de la aristocracia: chismes sin sentido, moda y solteros elegibles.

Los chismes le interesaban más bien poco, ya que rara vez eran ciertos y jamás contenían toda la verdad. Prefería enterarse de secretos; los que ofrecían los hombres poderosos y que eran auténticos escándalos en el mundo de los negocios.

Tampoco sentía gran inclinación por la moda. Las faldas se consideraban a menudo una señal de debilidad femenina, que relegaba a las damas a hacer poco más que alisarlas y a las hembras menos refinadas a poco más que levantarlas. Cuando pisaba el club de juego, se escondía detrás de sedas de brillantes colores propias de las prostitutas más hábiles de Londres, pero en los

demás lugares prefería la libertad que otorgaban los pantalones.

Y no tenía interés por los solteros elegibles. Le daba igual que fueran guapos, inteligentes o con título si no poseían dinero que perder en el club. Durante años se había reído de los caballeros que eran considerados blancos en el mercado matrimonial por las mujeres; sus nombres aparecían en el libro de apuestas de El Ángel Caído y se especulaba sobre quiénes serían sus futuras esposas, cuándo se celebrarían sus bodas o en qué momento nacerían sus herederos. Desde la sala privada de los propietarios del club había visto cómo los más variados solteros de la ciudad —cada uno más guapo, rico y bien educado que el anterior— eran pescados, inmovilizados con grilletes y desposados.

Agradecía al creador no haberse visto obligada a pasar por esa farsa idiota, forzada a coquetear, obligada a casarse.

No, Georgiana se vio arruinada a la tierna edad de dieciséis años y llevaba una década siendo el ejemplo con el que advertían de los peligros a las incomparables de la sociedad. Aprendió temprano una gran lección sobre los hombres y, afortunadamente, escapó de la situación sin ninguna expectativa de pasar por la soga del párroco.

Hasta ese momento.

Los presentes se habían apresurado a susurrar, a ocultar sonrisas y risitas. Paseaban la mirada por ella fingiendo no verla —incluso los que se sentaban más cerca— mientras la maldecían por su pasado. Por su presencia. Y, sin duda, por su descaro. Por haberse atrevido a mancillar su purísimo mundo con un escándalo.

Esos ojos la juzgaban y, si pudieran, la matarían. Sabían por qué estaba allí y la despreciaban por ello. ¡Dios! Era una tortura.

Todo empezó con el vestido. El corsé la estaba matando poco a poco. Las capas de enaguas restringían todos sus movimientos. Si se viera obligada a huir, sin duda se tropezaría con ellas, caería de narices al suelo y sería tragada por una horda de cacareos de damas de la aristocracia envueltas en encajes.

La imagen ocupó su mente de manera inesperada y casi sonrió. Casi. La posibilidad de que ocurriera tal cosa hizo que esa expresión estuviera a punto de hacer acto de presencia.

Nunca había sentido tanta inquietud en su vida, pero no les daría el placer de jugar a ser su presa. Se concentraría en la tarea que le ocupaba.

Un marido.

Su objetivo era lord Fitzwilliam Langley —un hombre honorable, con título, necesitado de fondos y de protección—. Un hombre que apenas tenía secretos que guardar, solo uno. Uno que si alguna vez llegaba a descubrirse no solo lo arruinaría, sino que le enviaría a la cárcel.

El marido perfecto para una dama que necesitaba la parafernalia que envolvía el matrimonio pero no el vínculo en sí.

Ojalá apareciera de una vez aquel maldito hombre…

—Una mujer sabia me dijo en una ocasión que los cobardes se ocultan en los rincones de las habitaciones.

Georgiana contuvo el impulso de gemir mientras se negaba a volverse hacia la familiar voz del duque de Lamont.

—Pensaba que no te importaba la sociedad —repuso ella.

—No digas tonterías. Me gusta lo suficiente e incluso si no fuera así, no me habría perdido el primer baile de lady Georgiana. —Ella frunció el ceño—. Cuidado con tu expresión, o el resto de Londres se preguntará por qué despides a un duque.

El duque en cuestión, conocido por muchos como Temple, era su socio, copropietario de El Ángel Caído, y sumamente irritante cuando le daba por ahí. Por fin, se volvió hacia él con una brillante sonrisa.

—¿Has venido a regodearte?

—Creo que querías terminar esa pregunta con un «Su Excelencia» —la provocó él.

Ella entrecerró los ojos.

—Te aseguro que no.

—Si pretendes acabar con un aristócrata, deberías practicar el uso de los títulos.

—Prefiero practicar mis habilidades en otras áreas. —Comenzaban a dolerle las mejillas por mantener la expresión.

Él arqueó las cejas oscuras.

—¿Cómo por ejemplo?

—Vengarme de aristócratas arrogantes que se complacen con mi sufrimiento.

Él asintió muy serio.

—No es una habilidad precisamente femenina.

—En el tema de la feminidad estoy un poco desentrenada.

—Claro… —Temple esbozó una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes blancos y ella tuvo que resistir el impulso de borrársela del rostro. Murmuró una maldición por lo bajo y él se rio—. Eso tampoco es demasiado femenino.

—Cuando regresemos al club…

Él la interrumpió.

—Te aseguro que tu transformación es notable. Me ha costado reconocerte.

—Esa era la idea.

—¿Cómo lo has hecho?

—Usando menos maquillaje. —El personaje con el que Georgiana se mostraba más en público era Anna, la *madame* de El Ángel Caído. Anna abusaba del maquillaje, las pelucas extravagantes y mostraba amplios escotes—. Los hombres solo ven lo que quieren ver.

—Mmm… —repuso él, poco de acuerdo con sus palabras—. ¿Qué demonios te has puesto?

A ella le hormiguearon los dedos por la necesidad de alisarse las faldas.

—Un vestido.

Un vestido blanco y virginal, diseñado para una chica mucho más inocente que ella. Mucho menos escandalosa. Como era ella antes de que tomara las riendas de su vida.

—Te he visto con vestidos. Esto es… —Temple hizo una pausa para observarla de pies a cabeza y contuvo una risa—. Es totalmente diferente a cualquier otro vestido que te hayas puesto. —Se mantuvo en silencio un rato para estudiarla a fondo—. Llevas un matojo de plumas en la cabeza.

Georgiana apretó los dientes.

—Me han asegurado que es la última moda.

—Estás ridícula.

Como si ella no lo supiera. Como si no se sintiera así.

—Tu encanto no conoce límites.

Él sonrió.

—No me gustaría que te mostraras demasiado complacida contigo misma.

No existía ninguna posibilidad de que se sintiera así en ese lugar, rodeada por el enemigo.

—¿No tienes que entretener a tu esposa?

Él entrecerró los ojos oscuros antes de buscar con la vista una cabeza con brillante cabello castaño rojizo en el centro del salón de baile.

—Tu hermano está bailando con ella. Dado que está protegiéndola con su reputación, he pensado que podría hacer lo mismo con su hermana.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Con tu reputación?

Unos meses atrás, Temple era conocido como el duque asesino, y todo el mundo estaba convencido de que había matado a su futura madrastra el día antes de la boda en un arrebato de pasión. La sociedad le había dado la bienvenida al redil cuando demostró que la acusación era falsa, y él se casó con la mujer que todo el mundo pensaba que había asesinado; un escándalo de los que hacían época, aunque él seguía siendo tan escandaloso como podía ser un duque que se había pasado años en las calles y luego en el *ring* de El Ángel Caído, donde luchaba como boxeador con los puños desnudos.

Temple tenía título de duque, pero su reputación estaba bastante empañada… al contrario que la de su hermano. Simon había sido educado para ese mundo; que bailara con la duquesa de Lamont ayudaría a la restauración de su nombre y, de paso, del ducado de Temple.

—Tu reputación puede resultarme más dañina que beneficiosa.

—Tonterías. Los duques le gustan a todo el mundo. No somos demasiados, así que no tienen elección. —Él sonrió y le ofreció una mano—. ¿Te apetece bailar, lady Georgiana?

Ella se quedó paralizada.

—Bromeas…

La sonrisa se extendió de oreja a oreja y los ojos negros de Temple brillaron de diversión.

—No se me ocurriría bromear sobre tu redención.

Georgiana entrecerró los ojos.

—Sabes que tengo maneras de tomar represalias.

Él se inclinó.

—Las mujeres como tú no rechazan a un duque, Anna.

—No me llames así.

—¿Mujer?

Ella le dio una palmada a su mano, irritada.

—Debí dejarte morir en el *ring*.

Durante años, Temple había sido una de las atracciones de El Ángel Caído. Todo aquel que estuviera en deuda con el club tenía una manera de recuperar su fortuna: superar al invencible Temple en el *ring*. Una lesión y su esposa le habían apartado del boxeo.

—No lo dices en serio. —Temple tiró de ella hacia la luz—. Sonríe.

Ella lo hizo, pero se sintió imbécil.

—Lo digo de verdad.

Él la tomó entre sus brazos.

—No es cierto, pero como te aterroriza este mundo y lo que vas a hacer, no voy a presionarte sobre el tema.

—No estoy aterrada —repuso ella con rigidez.

Temple la acalló con la mirada.

—Claro que lo estás. ¿Crees que no lo entiendo? ¿Que no lo entiende Bourne? ¿O Cross? —agregó, refiriéndose a sus otros dos socios en el club de juego—. Todos hemos tenido que arrastrarnos fuera de la suciedad y regresar a la luz. Todos hemos tenido que luchar para que

vuelvan a aceptarnos en este mundo.

—Para los hombres es diferente. —Las palabras salieron de su boca antes de poder detenerlas. Al ver la expresión de sorpresa en la cara de Temple, supo que ella había aceptado su premisa—. Maldito seas.

Él bajó la voz.

—Vas a tener que controlar tu lengua si quieres que crean que eres más que un trágico escándalo.

—Lo estaba haciendo muy bien antes de que aparecieras.

—Te estabas escondiendo en un rincón.

—No me escondía.

—Entonces, ¿qué hacías?

—Esperaba.

—¿A que se acercaran a mostrarte una disculpa formal? —se regodeó él.

—Más bien a que los fulminara la peste —gruñó ella.

Temple se rio entre dientes.

—Ojalá bastara con desearlo… —La hizo girar por la pista y las velas encendidas por toda la estancia dejaron un rastro de luz en su campo de visión—. Ha llegado Langley.

El vizconde había llegado cinco minutos antes. Ella lo supo al momento.

—Lo vi entrar.

—No esperes un matrimonio de verdad con él —aseguró Temple.

—No lo espero.

—Entonces, ¿por qué no aspiras a algo mejor?

Georgiana miró al apuesto hombre en el otro lado del salón y parpadeó. Al que había elegido como consorte.

—¿Crees que el chantaje es la mejor manera de pescar marido?

Él sonrió.

—A mí me chantajearon para encontrar esposa.

—Sí, ya, pero la mayoría de los hombres no son tan masoquistas, Temple. Llevas tiempo diciendo que debería casarme. Lo mismo que Bourne o Cross —añadió, mencionando a sus socios—. Por no hablar de mi hermano.

—Ah, sí, he oído que el duque de Leighton ha ofrecido una dote tan grande al que se case contigo que es notable que soportes el peso de tal fortuna. Pero ¿y el amor?

—¿El amor? —Le resultó difícil pronunciar la palabra sin desdén.

—Sin duda has oído mencionar el concepto. ¿No te suenan los sonetos y poemas sobre finales felices para siempre?

—Sí, he oído hablar sobre ello —repuso ella—. Pero estábamos hablando sobre matrimonio, lo que es más o menos conveniente, pagos de deudas y esas cosas, no creo que sea necesario incluir el amor en el tema —añadió—: Y, además, es una idiotez.

Temple la miró durante un buen rato.

—Entonces estás rodeada de tontos.

Ella le lanzó una mirada cortante.

—De todos vosotros. Brutos irrazonables. Y mira lo que ha ocurrido por eso.

Él arqueó las cejas oscuras.

—¿Qué? ¿Matrimonio? ¿Hijos? ¿Felicidad?

Georgiana suspiró. Habían sostenido esa conversación cientos de veces. Miles. Sus socios

estaban tan felizmente emparejados que no dejaban de intentar imponer su estado a todos los que les rodeaban. Lo que ellos no sabían era que el idilio no era para ella. Ignoró ese pensamiento.

—Soy feliz —mintió.

—No. Eres rica. Y poderosa. Pero no eres feliz.

—La felicidad está sobrevalorada —aseguró al tiempo que se encogía de hombros mientras él la hacía volar por el salón—. No vale la pena.

—Claro que vale la pena. —Bailaron en silencio durante un buen rato—. Ya ves, no estarías aquí si no fuera por la felicidad.

—No por la mía, por la de Caroline.

Su hija. Que crecía más cada segundo que pasaba. Había cumplido nueve años, pero luego serían diez… y muy pronto, veinte. Y ella era la razón de la que Georgiana estuviera allí. Miró a su descomunal pareja de baile, el hombre que la había salvado tantas veces como ella a él.

—Pensaba que podría evitárselo —confesó ella en voz baja—. Que todo sería más fácil para ella.

Lo había hecho durante años, en detrimento de ambas.

—Lo sé —convino él con un murmullo. Ella agradeció que el baile impidiera tener que mirarlo a los ojos con frecuencia. Sabía que no podría haberlo hecho.

—Traté de mantenerla a salvo —repitió. Pero una madre solo puede mantener a un niño seguro durante un tiempo—. Pero no fue suficiente. Necesitará más para deshacerse de toda la mierda.

Georgiana había hecho todo lo que pudo; envió a Caroline a vivir a casa de su hermano, intentando no mancillarla con las circunstancias que rodeaban su nacimiento.

Y había funcionado… hasta que dejó de hacerlo.

Hasta el mes anterior.

—No puedes estar refiriéndote a la caricatura —dijo él.

—Por supuesto que me refiero a la caricatura.

—A nadie le importa una mierda esa revista.

Ella lo hizo callar con una mirada.

—Eso no es cierto, todo el mundo la lee.

Los rumores habían sido brutales desde su regreso. Que su hermano le había dicho que Caroline no podía tener una presentación y ella se lo había rogado. Que había insistido en que, siendo ella madre soltera, debía permanecer oculta. Que ella le había suplicado. Que los vecinos la habían oído gritar. Lamentarse. Maldecir. Que el duque la había exiliado y que había regresado sin su permiso.

Las publicaciones sobre cotilleos fueron salvajes, cada una tratando de superar a las demás con historias sobre el retorno de Georgiana Pearson, «lady descocada».

La más popular de todas, *El folleto de los escándalos*, había recurrido a una legendaria viñeta escandalosa y algo blasfema. Georgiana subida a un caballo, cubierta tan solo por su pelo mientras sostenía a una niña. Una sátira en la que la hacían parecer lady Godiva, pero con un bebé envuelto entre los brazos como si fuera la Virgen María, con un desdeñoso duque de Leighton mirándolo todo con expresión horrorizada.

Georgiana había ignorado la caricatura por completo hasta una semana antes, cuando un día extrañamente cálido había tentado a medio Londres a acudir a Hyde Park. Caroline le había pedido que salieran a dar un paseo a caballo y ella había dejado su trabajo a regañadientes para acompañarla. No era la primera vez que aparecían en público, pero sí era la primera vez que lo

hacían después de la publicación de la caricatura, y Caroline fue consciente de las miradas.

Habían desmontado en lo alto de una de las laderas que conducía al Serpentine, cuyas aguas estaban embarradas y turbias como era usual a finales de invierno, y llevaron los caballos hasta el lago. Un grupo de chicas poco mayores que Caroline habían comenzado a cuchichear mientras las miraban. Georgiana había visto actitudes parecidas las veces suficientes como para saber que aquello no presagiaba nada bueno.

Sin embargo, la esperanza que brillaba en el inocente rostro de su hija hizo que no tuviera corazón para alejarla de allí, a pesar de que eso era lo que quería hacer con desesperación.

Caroline se acercó a las niñas disimulando, intentando que no pareciera que lo hacía a propósito. Que no era un movimiento planeado. ¿Cómo era posible que todas las niñas del mundo conocieran ese gesto? ¿Uno que transmitía anhelo y miedo al mismo tiempo? ¿Cómo un silencioso ruego para que se dieran cuenta de que estaba allí?

Mostraba un coraje milagroso, nacido de la juventud y la locura.

Las chicas vieron primero a Georgiana, sin duda la reconocieron a tenor de cómo abrieron los ojos y movieron las lenguas sus madres. A los pocos segundos hacían conjeturas sobre la identidad de Caroline, mientras las miraban entre susurros estirando el cuello. Georgiana se quedó atrás, resistiéndose para no interponerse entre los lobos y su cachorro. Quizá se había equivocado. Quizá mostrarían bondad. Bienvenida. Aceptación.

Y entonces la vio la líder del grupo.

Caroline y ella rara vez eran identificadas como madre e hija. Georgiana era lo suficientemente joven para que las consideraran hermanas y, aunque no se escondía de la sociedad, tampoco se relacionaba con ella.

Pero en el momento en que los ojos de aquella preciosa niña rubia se abrieron como platos, reconociéndolas —¡Malditas fueran todas las madres cotillas!—, supo que Caroline no tenía nada que hacer. Quiso detenerla. Abortar aquello antes de que comenzara.

Dio un paso adelante, hacia ellas.

Demasiado tarde.

—El parque ya no es lo que solía ser —dijo la niña con un saber estar y un desprecio que aventajaba con mucho a sus años—. Se permite que cualquiera pasee por aquí. Da igual su procedencia.

Caroline se quedó inmóvil, con las riendas de su querido caballo olvidadas en la mano, fingiendo no escuchar. Como si no fuera su intención oír lo que decía.

—… Y quien sea tu padre —añadió otra chica con cruel regocijo.

Y allí quedó, flotando en el aire, la palabra no dicha. «Bastarda». Georgiana quiso abofetearlas.

Aquella manada de marionetas que se cubrían los labios con las manos enguantadas, ocultando las sonrisas; aunque incluso se veía cómo les brillaban los dientes. Caroline se volvió hacia ella con sus ojos verdes llenos de lágrimas.

«No llores —quiso decirle—. No dejes que sepan que te han hecho daño».

Pero no estaba segura de si esas palabras eran para ella o para su hija.

Caroline no llegó a derramar las lágrimas, pero sus mejillas ardían con intensidad. Avergonzada de su nacimiento. De su madre. De una docena de cosas que no podía cambiar.

Regresó a su lado despacio y —bendita fuera— comenzó a acariciar el cuello de su montura con parsimonia, como si quisiera demostrar que no se sentía insultada.

Cuando vio su actitud, Georgiana se había sentido tan orgullosa que no pudo hablar por el

nudo que le obturaba la garganta. No había tenido necesidad de decir nada; fue Caroline la que habló primero y lo suficientemente alto como para ser escuchada.

—… Ya no hay cortesía.

Georgiana se había reído sorprendida mientras Caroline se montaba en su caballo y la miraba.

—Te echo una carrera hasta Grosvenor Gate.

Habían volado sobre las monturas. Y Caroline había ganado. Dos veces en una mañana.

Pero ¿cuántas veces iba a perder?

La pregunta la devolvió al presente. Al salón de baile, a la música, al ritmo con que giraba entre los brazos del duque de Lamont, rodeada por los miembros de la aristocracia.

—Caroline no tiene futuro —comentó en voz baja—. Yo lo destruí.

Temple suspiró. Ella continuó.

—Pensé que podría comprar su acceso a cualquier lugar que le gustara. Me dije que Chase le abriría cualquier puerta que deseara traspasar.

Sus palabras eran tranquilas y el baile impedía que nadie la escuchara.

—La gente se hará preguntas sobre por qué el dueño de un club de juego está tan interesado por el futuro de la bastarda de una dama.

Georgiana apretó los dientes con fuerza. Había hecho muchas promesas a lo largo de su vida… se había prometido enseñar a la sociedad una bien merecida lección. Se había prometido a sí misma que nunca se inclinaría ante ellos.

Se había prometido que jamás permitiría que afectaran a su hija.

Pero algunos votos, por muy firmes que fueran, no podían mantenerse.

—Ejerzo ese poder y, aun así, no es suficiente para salvar a una niña. —Hizo una pausa—. Si no llevo a cabo esto, ¿qué le ocurrirá a ella?

—Yo la mantendré a salvo —prometió el duque—. Y a ti. Y también los demás. —Un conde. Un marqués. Sus socios en el negocio, todos ricos, saludables, poderosos y con un título importante—. Tu hermano.

Y aun…

—¿Y cuándo no estemos? Entonces, ¿qué? Cuando nos hayamos ido, ella poseerá un legado producto del vicio y el pecado. Estará condenada a una vida en la oscuridad.

Caroline se merecía algo mejor. Se lo merecía todo.

—Se merece la luz —susurró, tanto para sí misma como para Temple.

«Y ella se la daría». Caroline querría una vida. Niños. Todo.

Y para asegurarse de que pudiera tener esas cosas, Georgiana solo tenía una opción. Debía casarse. La idea la devolvió al momento; su mirada cayó en el hombre que había al otro extremo de la estancia, al que había elegido como futuro esposo.

—El título de vizconde ayudará.

—¿Es un título todo lo que necesita?

—Sí —repuso ella—. Un título digno de ella. Algo con lo que conseguirá la vida que quiere. Es posible que no lleguen a respetarla nunca, pero un título asegurará su futuro.

—Hay otras maneras —aseguró él.

—¿Cuáles? —preguntó—. Piensa en mi cuñada. Piensa en tu mujer. Apenas las aceptan, sin título serían un escándalo. —Él entrecerró los ojos al escucharla, pero ella continuó—. Es el título lo que las salva. ¡Maldita sea!, se suponía que tú habías matado a una mujer y no te echaron porque eres duque. Daba igual que fueras un presunto asesino, te hubieras podido casar con quien hubieras querido. El título es lo único que importa. Y siempre será así.

»Siempre habrá mujeres que vayan detrás de los títulos y hombres que ansíen las dotes. Bien sabe Dios que la dote de Caroline será grande, pero no suficiente. Siempre será mi hija, e incluso aunque ella lo amara, ningún hombre decente querría casarse con ella. Pero ¿y si me caso con Langley? Se abrirá ante ella un futuro carente de mi pecado.

Temple permaneció en silencio durante largo rato, y ella se lo agradeció.

—Entonces, ¿por qué no implicar a Chase? —preguntó él cuando finalmente habló—. Es necesario el nombre, Langley necesita una esposa y nosotros somos las únicas personas de Londres que sabemos por qué. Se trata de un acuerdo beneficioso para las dos partes.

Bajo la fachada de Chase, fundador del club de juego al que todos los caballeros de Londres querían pertenecer, Georgiana había manipulado a docenas de miembros de la sociedad. A cientos. Chase había destruido a algunos y ensalzado a otros. Chase había salvado y arruinado vidas. Podría manipular con facilidad a Langley para que contrajera matrimonio con solo mencionar el nombre de Chase y la información que poseía sobre el vizconde.

Pero necesitar no era querer, y quizá fuera la aguda comprensión de que ese equilibrio —que el vizconde necesitara casarse tanto como ella y lo quisiera tan poco— lo que la hacía dudar.

—Tengo la esperanza de que el vizconde se muestre de acuerdo por beneficio mutuo, y que no sea necesaria la interferencia de Chase.

Temple se mantuvo en silencio durante un buen rato.

—Pero su intervención aceleraría el proceso.

Cierto, pero también conduciría a un matrimonio horrible. Si podía conquistar a Langley sin chantajes, mejor que mejor.

—Tengo un plan —confesó.

—¿Y si no funciona?

Pensó en el expediente de Langley. No era muy grueso, pero sí sumamente condenatorio. Una lista de nombres, todos de varones. Georgiana ignoró el amargo sabor que inundó su boca.

—He chantajeado a hombres más poderosos.

Temple sacudió la cabeza.

—Cada vez que me acuerdo de que eres una mujer, dices algo así y… Chase vuelve.

—No es fácil de ocultar.

—Ni siquiera cuando eres tan… —Hizo una mueca al mirar el tocado de plumas—. Tan lady… ¿cómo se llama esta cosa?

Georgiana se salvó de tener que responder a Temple o de discutir los extremos a los que estaba dispuesta a llegar para asegurar el futuro de su hija porque la orquesta tocó la nota final. Se apartó e hizo la reverencia esperada.

—Gracias, Su Excelencia. —Hizo hincapié en el título cuando se enderezó—. Creo que iré a tomar un poco el aire.

—¿Sola? —preguntó él con cierta preocupación en su tono.

Ella se sintió frustrada.

—¿Crees que no puedo cuidarme sola? —Era la fundadora del más notorio club de juego de Londres. Había destruido más hombres de los que podía recordar.

—Creo que debes cuidar tu reputación —dijo Temple.

—Te aseguro que si un caballero intenta tomarse alguna libertad, le daré un golpe en la mano. —Esbozó una sonrisa tan amplia como falsa y bajó la cabeza con timidez—. Ve con tu esposa, y gracias por el baile.

Él le sostuvo la mano con fuerza durante un instante hasta que volvió a mirarlo a los ojos.

—No podrás con ellos. Lo sabes, ¿verdad? No importa cuánto te esfuerces… La sociedad siempre ganará.

Aquella afirmación la hizo sentir demasiado furiosa.

—Te equivocas —respondió, conteniendo la emoción—. Y tengo la intención de demostrártelo.

Capitulo 2

La conversación la había puesto nerviosa. La velada la había puesto nerviosa. Y aunque no le importaba sentirse nerviosa, era el motivo por el que se había resistido tanto tiempo a ese momento, a regresar a la sociedad y recibir miradas llenas de curiosidad y prejuicios. Las había odiado desde el principio, hacía diez años. Odiaba la forma en que la seguían cada vez que se vestía para recorrer las calles de Mayfair en vez de estar en el lugar que le correspondía, en El Ángel Caído. Odiaba la manera en que se burlaban de ella en los talleres de las modistas, en las mercerías, librerías y en las escaleras de la casa de su hermano. Odiaba la manera en que había sellado el destino de su hija, la forma en que lo hizo mucho antes de que Caroline hubiera respirado por primera vez.

Había llevado a cabo su venganza por aquello, construido un templo al pecado en el corazón de la sociedad, donde había coleccionado los secretos de todos sus miembros a lo largo de seis años. Los hombres que jugaban en El Ángel Caído no sabían que cada carta que echaban, cada vez que perdían, caían más en las redes de una mujer a la que antes habían rechazado.

Tampoco sabían que sus secretos habían sido anotados con cuidado, por lo que estaban catalogados y listos para usarse cuando Chase los necesitara.

Pero por alguna razón, ese lugar, esas personas y su mundo intocable ya estaban cambiando, haciéndola vacilar cuando nunca había dudado. Antes, se hubiera sentado ante el futuro vizconde de Langley para exponerle lisa y claramente los términos, y habría acabado casándose con ella o sufriendo las consecuencias.

Ella conocía muy bien en qué consistían esas consecuencias y no le importaba lanzar otra víctima al lobo del escándalo. No era que no se atreviera a hacerlo. Aunque esperaba conseguirlo de otra manera.

Salió a la terraza anexa al salón de baile de Worthington House y respiró hondo. Se sintió desesperada por la manera en que la engañaba el fresco aire nocturno, haciéndola creer que se había liberado de esa velada y esas obligaciones.

La noche de marzo estaba llena de promesas y se alejó del salón de baile hacia la oscuridad, donde se sentía más cómoda. Una vez allí perdida, suspiró y se apoyó en la balaustrada de mármol.

Tres minutos. Cinco a lo sumo. Luego regresaría. Después de todo estaba allí por una razón específica. Había un premio al final de ese juego, uno que, si jugaba bien sus cartas, significaría la seguridad y el futuro que ella no podía dar a su hija.

Se enfureció ante la idea. Poseía un poder inimaginable. Con el golpe de una pluma, con una patada en el suelo de su infierno particular, podía destruir a cualquier hombre. Conocía los secretos de los hombres más influyentes de Gran Bretaña… y de sus mujeres. Sabía más sobre la aristocracia que cualquiera de sus miembros.

Pero no podía proteger a su hija. No podía darle la vida que se merecía. No sin ellos. Sin su aprobación.

Así que allí estaba. De blanco, con la cabeza llena de plumas, sin querer otra cosa que caminar por los oscuros jardines hasta llegar al muro que los rodeaba, escalarlo y regresar a su club. A la vida que se había forjado. La que había elegido.

Supuso que tendría que quitarse el vestido para poder treparlo… y quizá a los residentes en Mayfair no les pareciera demasiado bien.

El pensamiento fue interrumpido por un grupo de jovencitas que escaparon del salón de baile, derramando sus risas y susurros con una intensidad que cualquiera podía escuchar.

—No me sorprende que se ofreciera a bailar con ella —cacareó una—. No hay duda de que espera que ella se case con un tipo que vaya a gastar la dote a su garito.

—De todas maneras —repuso otra—, bailar con el duque asesino no le será beneficioso.

Claro que estaban hablando de ella. Era sin duda la comidilla de toda la sociedad.

—Sigue siendo un duque —intervino otra—. Sea cierto ese estúpido apodo o no. —Esa era más inteligente. No sobreviviría entre sus amigas.

—No lo entiendes, Sophie. No es que sea un duque de verdad.

Sophie no estaba de acuerdo.

—Tiene el título, ¿no?

—Sí —respondió la primera, en tono irritado—. Pero fue boxeador durante mucho tiempo y ahora se ha casado por debajo de sus aspiraciones, así que es como si no lo tuviera.

—Pero la ley de la primogenitura…

Pobre Sophie, que intentaba usar los hechos y la lógica para imponerse. Las demás no atenderían a razones.

—Eso no importa, Sophie. ¿Es que no lo entiendes? Lo que importa es que ella es horrible. Tenga una dote enorme o no, no conseguirá pescar a un marido decente.

Georgiana pensó que la líder del pequeño grupo era horrible, pero parecía la única que opinaba tal cosa, pues sus secuaces asintieron con la cabeza y murmuraron su aprobación.

Ella se acercó más, intentando observarlas mejor.

—Está claro que va detrás de un título —opinó la que llevaba la voz cantante, que era una chica pequeña y muy delgada, que parecía haberse peinado con un puñado de flechas.

Georgiana era consciente de que no estaba en condiciones de tirar la primera piedra en lo que a peinados se refería, dado que llevaba medio plumaje de una garza en su propio cabello, pero lo de las flechas le parecía demasiado.

—Ni siquiera pescaría a un caballero, pero a un aristócrata es impensable. Ni aunque solo fuera baronet.

—Es que, técnicamente, no es un título aristocrático —señaló Sophie.

Georgiana ya no pudo contenerse más.

—Oh, Sophie, ¿es que no te das cuenta? A ninguna de ellas le interesa la verdad.

Las palabras cortaron la oscuridad y las jovencitas, seis en total, se volvieron al unísono a mirarla, con expresiones de diferentes grados de sorpresa en sus rostros. Quizá llamar la atención sobre sí misma no había sido lo más prudente, pero ya de perdidos al río.

Dio un paso adelante, y dejó que la luz la iluminara. Dos de las chicas contuvieron el aliento. Sophie parpadeó. Y la pequeña Napoleón que las lideraba se mantuvo firme ante ella, con la mirada al frente, hacia su hombro, dado que la superaba con facilidad en más de veinte centímetros.

—No está invitada en la conversación.

—Pero debería estarlo, ¿no le parece? A fin de cuentas soy el tema principal.

Tuvo que reconocer que las otras muchachas tuvieron la decencia de parecer avergonzadas. La líder no mostró la misma actitud.

—No quiero que me vean conversando con usted —repuso esta última con crueldad—. No

me gustaría verme manchada por el escándalo.

Georgiana sonrió.

—No se preocupe por eso. Mi escándalo siempre ha buscado… —Hizo una pausa—. Torres más altas.

Sophie abrió mucho los ojos.

—¿Cuál es su nombre? —presionó Georgiana.

—Lady Mary Ashehollow —repuso la que llevaba la voz cantante con los ojos entrecerrados.

Tenía que tratarse de una Ashehollow. Su padre era uno de los hombres más repugnantes de Londres —un borracho mujeriego que sin duda había contagiado la viruela a su esposa—. Pero era el conde de Holborn y, por tanto, aceptado en ese mundo absurdo. Pensó de nuevo en la información que había en El Ángel Caído sobre el conde y su familia. La condesa era una bruja a la que no le importaría ahogar gatitos si pensara que eso la ayudaría a crecer socialmente. Tenían dos hijos, un niño que todavía asistía al colegio y una chica, que se había presentado el año anterior. Una chica que, sin duda, no era mejor que sus progenitores.

De hecho, fuera lady o no, la muchacha merecía una reprimenda.

—Dígame, ¿está prometida?

Mary se quedó inmóvil.

—Esta es mi segunda temporada.

Georgiana avanzó hacia ella, disfrutando del encuentro.

—Una más y se convertirá en un florero, ¿verdad?

Un golpe bajo. La mirada de prepotencia de la chica se esfumó, pero recuperó la compostura tan rápido que cualquier otra persona que no fuera Chase pensaría que no la había perdido.

—Tengo muchos pretendientes.

—Mmm… —Georgiana recordó el expediente de Holborn—. Burlington y Montlake, imagino, que tienen deudas lo suficientemente elevadas para pasar por alto sus defectos con tal de poner las manos en su dote.

—No es la más apropiada para hablar de defectos. Ni de dotes —se rio Mary.

Aquella pobre chica no sabía que era cinco años mayor y la aventajaba en cincuenta de experiencia. Una experiencia que había ganado tratando con criaturas mucho peores que una muchacha con la lengua afilada.

—Ah, pero yo no pretendo hacer creer que mi dote es innecesaria, Mary. Sin embargo me sorprende lo de Lord Russell. ¿Qué hace un hombre decente como él husmeando detrás de alguien como usted?

Mary apretó los dientes.

—¿Alguien como yo?

Georgiana dio un paso atrás.

—Me refiero a alguien con su espantosa falta de gracia social.

El aguijón acertó de pleno. Mary retrocedió como si la hubiera golpeado físicamente. Sus amigas se cubrieron la boca con la mano para contener una risa irreprimible. Georgiana arqueó una ceja.

—La crueldad carece de placer cuando se dirige a una, ¿verdad?

La ira de Mary, intensa y desagradable no se hizo esperar.

—No me importa lo grande que sea su dote. Nadie se fijará en usted. Nadie que sepa lo que es realmente.

—¿Y qué soy? —preguntó ella, cayendo en la trampa. Dispuesta a que la chica siguiera

adelante.

—Una mujerzuela. Una furcia —repuso Mary con brutalidad—. Madre de una bastarda que acabará convertida en otra ramera.

Georgiana se esperaba lo primero, pero no lo último. Le hirvió la sangre en las venas. Se puso bajo la luz dorada que provenía del salón de baile.

—¿Qué ha dicho? —Sus palabras flotaron en el silencio.

Nadie dijo nada. Las otras muchachas percibieron el tono de advertencia de sus palabras y murmuraron por lo bajo, preocupadas. Mary retrocedió, pero era demasiado orgullosa para retractarse.

—Ya me ha escuchado.

Georgiana avanzó, obligando a Mary a abandonar el charco de luz y perderse en la oscuridad. Donde ella reinaba.

—Repítalo.

—Er…

—Repítalo —insistió Georgiana.

Mary cerró los ojos con fuerza.

—Es usted una mujerzuela —susurró.

—Y usted una cobarde —siseó ella—. Igual que su padre, y que su padre antes que él.

La chica abrió los ojos de golpe.

—No quería que…

—Claro que quería —la interrumpió Georgiana en voz baja—. Y le podría haber perdonado que me insultara. Pero no que mencionara a mi hija.

—Le pido disculpas.

«Demasiado tarde». Georgiana sacudió la cabeza, se acercó para susurrar su promesa.

—Cuando todo se derrumbe a su alrededor, será por culpa de este momento.

—¡Lo siento! —exclamó Mary, percibiendo la verdad que contenían sus palabras. Debería saberlo. Chase no prometía nada que no fuera a cumplir.

Salvo que esa noche no era Chase, sino Georgiana.

«¡Dios!».

Tuvo que tomar distancia con el momento. Dejarse llevar por la ira revelaría demasiado. Se alejó de Mary y se echó a reír con fuerza, un sonido que había perfeccionado en el club.

—Le falta coraje para defender sus convicciones, lady Mary. Se asusta con facilidad.

Las demás chicas se rieron y la pobre Mary pareció muy enfadada, como si no le hubiera gustado nada la manera en que la había bajado del pedestal de superioridad.

—Jamás será digna de estar con nosotras. ¡Es una puta!

Todas las demás contuvieron el aliento a la vez, y sobre la terraza cayó el silencio.

—¡Mary! —susurró una de ellas después de un momento, expresando la sorpresa y desaprobación que sentían.

Mary tenía los ojos desorbitados, desesperada por retomar el lugar que ocupaba en la cima de la pirámide social.

—¡Ella empezó!

Hubo una dilatada pausa.

—En realidad —musitó Sophie—, empezamos nosotras.

—¡Oh, muchas gracias, Sophie! —lloró Mary antes de girarse y correr hacia el salón de baile. Sola.

Georgiana debería haberse sentido feliz con el desarrollo de la escena. Mary había ido demasiado lejos y aprendido la lección más importante de la sociedad: los amigos solo se quedaban con uno cuando no tenían nada que perder.

Pero no se sentía feliz. Chase acostumbraba a sentirse orgulloso de su control. De la calma que mostraba. De sus reflexivas actuaciones.

¿Dónde demonios se había metido Chase esa noche?

¿Cómo era posible que esas personas hubieran ejercido tal efecto sobre ella —sobre sus emociones— incluso en ese momento? ¿Incluso a pesar del poder que ella podía ejercer sobre ella en su vida paralela?

«Es una puta».

Las palabras se habían quedado en la oscuridad, recordándole el pasado. Recordándole el futuro que aguardaba a Caroline si no conseguía que ese mundo la aceptara.

Aquellas chicas la dominaban porque ella lo permitía. Porque no tenía más remedio que permitirlo. Estaba en su campo y ese era el juego para hacerla sentir pequeña e insignificante.

Las odiaba por jugar tan bien.

Miró a las muchachas que quedaban.

—Estoy segura de que todas tienen alguien esperando para bailar.

Ellas se dispersaron sin dudar… todas menos una. Georgiana la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo se llama?

La chica no apartó la mirada, dejándola realmente impresionada.

—Sophie.

—¿Sophie qué más?

—Sophie Talbot.

No usó el lady que le correspondía.

—¿Su padre es el conde de Wight?

La muchacha asintió.

—Sí.

Prácticamente era un título comprado. Wight era muy rico tras haber realizado una serie de inversiones impresionantes en Oriente, y el rey le había ofrecido un título que pocos consideraban justificado. Sophie tenía una hermana mayor que acababa de convertirse en duquesa, razón por la que sin duda la habían aceptado en ese pequeño aquelarre.

—Váyase usted también, Sophie, antes de que decida que tampoco me gusta, después de todo.

Sophie abrió la boca, aunque la cerró de nuevo como si hubiera decidido no hablar. Se limitó a girar sobre sus talones y regresó al baile. Chica lista.

Georgiana emitió un largo suspiro cuando volvió a estar sola. Odió lo temblorosa que se mostraba, lo pesarosa que resultaba. La tristeza que transmitía. La debilidad. Agradeció en silencio estar sola, que nadie pudiera presenciar ese momento. Aunque no estaba sola.

—Eso no ayudará a su causa.

Las palabras salieron de las sombras oscuras y silenciosas, y ella se giró para mirar al hombre que había hablado. Se puso tensa cuando lo vio en la oscuridad.

Antes de que pudiera pedirle que se mostrara ante ella, él dio un paso al frente y permitió que la luz de la luna iluminara su pelo brillante. Las sombras dejaron en relieve los afilados ángulos de su rostro; la mandíbula, las mejillas, la frente, la nariz larga y recta. Respiró hondo cuando la frustración dio paso al reconocimiento… seguido de alivio y más emoción de la que le gustaría

admitir.

Duncan West. Apuesto y perfectamente vestido con chaqueta y pantalón negros, con una corbata blanca y brillante contra su piel. La sencillez del traje de gala le hacía parecer más convincente de lo habitual.

Y Duncan West era un hombre que no necesitaba ser todavía más convincente. Era inteligente y poderoso, atractivo como el pecado, pero con una agudeza e influencia que resultaba peligrosa. ¿No lo sabía ella mejor que nadie?

¿Acaso no había construido una vida basándose en lo mismo?

West era el propietario de las cinco publicaciones más leídas de Londres. Un diario que era meticulosamente planchado por todos los mayordomos de la ciudad; dos semanarios que se entregaban por correo en hogares de todo el Reino Unido; una revista para damas y una gaceta de chismes que era la joya donde enterarse de cotilleos innombrables, a la que estaba suscrita en secreto toda la aristocracia.

Y, además, también era el casi quinto socio de El Ángel Caído. El periodista que se había forjado un nombre y una fortuna con escándalos, secretos e información que recibía directamente de Chase.

West no sabía, por supuesto, que Chase estaba ahora ante él; no el aterrador y misterioso caballero que todo Londres creía que era, sino una mujer. Una mujer escandalosa con más poder del que ninguna fémina tenía derecho a reclamar.

Esa ignorancia había sido, sin duda, la razón de que West hubiera permitido que se publicara aquella caricatura horrible en su hoja de chismes, representando a Georgiana Pearson como lady Godiva y la Virgen María al unísono, inocente y prostituta, pecado y salvación, todo al servicio del periodismo.

Sus periódicos —él— habían llegado demasiado lejos. Eran el motivo de que estuviera allí esa noche, con sus plumas y su vestido perfecto, buscando una segunda oportunidad social. De todas maneras daba igual, y no importaba lo guapo que fuera.

Quizá ella se preocupaba menos precisamente por lo guapo que era.

—Señor —repuso ella, con su tono más seco—. No nos han presentado. No debería estar acechándome en la oscuridad.

—Tonterías —dijo él con voz burlona. Ella se vio tentada de responder—. La oscuridad es el mejor lugar para estar al acecho.

—No, si lo que le preocupa es la reputación —contestó ella, incapaz de reprimir la ironía.

—Mi reputación no corre peligro.

—Oh, la mía tampoco —replicó.

Él arqueó las cejas sorprendido.

—¿No?

—No. Lo único que puede pasarle a mi reputación es, sin duda, que mejore. Ya ha oído lo que me llamó lady Mary.

—Creo que la mitad de Londres se ha enterado de lo que la llamó —dijo él, cada vez más cerca—. Ha sido inadecuada.

Georgiana ladeó la cabeza.

—¿Pero no incorrecta?

Notó un brillo de sorpresa en sus ojos y pensó que le gustaba. West no era un hombre al que se sorprendiera con facilidad.

—Que fue incorrecta es un hecho.

Y también le gustaban sus palabras. Su afirmación le hizo sentir un escalofrío de emoción. Aunque no podía permitirse el lujo de dejarse llevar por las emociones, así que cambió a un tema más seguro.

—Estoy segura de que nuestros contratiempos aparecerán en los periódicos de mañana —comentó con cierto tono de acusación.

—Observo que mi reputación me precede.

—¿Pensaba que solo me precedía a mí?

Él se movió incómodo y ella siguió el gesto con placer. Debía sentirse incómodo con ella. Por lo que él sabía, ella era una chica que se había visto arruinada cuando era muy joven, sí, pero ¿acaso un escándalo juvenil no la convertía precisamente en la más inocente de las chicas?

No importaba que no lo fuera ni que se conocieran desde hacía años. Trabajaban juntos. Intercambiaba cartas con él como el poderoso Chase, y coqueteaba como Anna, la reina de las prostitutas de Londres.

Pero Duncan West no estaba familiarizado con el papel que jugaba esa noche. No sabía nada de Georgiana, a pesar de que había sido él quien la había forzado a mezclarse con la sociedad. Él y la caricatura.

—Por supuesto que conozco al hombre que publicó el dibujo que me ha hecho famosa.

Reconoció la culpa en su mirada.

—Lo lamento.

Ella arqueó una ceja.

—¿Se disculpa con todos los que son objeto de su particular sentido del humor? ¿O solo con aquellos a los que no puede evitar?

—Me lo merezco.

—Se merece mucho más —convino ella, sabiendo que estaba a punto de ir demasiado lejos.

Él asintió con la cabeza.

—Sí… Pero usted no se merecía esa caricatura.

—¿Ha cambiado de idea al respecto esta noche?

West sacudió la cabeza.

—Cuando la vi ya era tarde. Fue de muy mal gusto.

—No es necesario que me dé explicaciones. Los negocios son los negocios. —Ella lo sabía bien. Había vivido de las palabras durante años. Era una de las razones por las que Chase y West trabajaban tan bien juntos. No hacían preguntas, siempre y cuando la información fluyera sin problemas entre ellos.

Pero eso no significaba que le perdonara lo que había hecho. Que tuviera que estar allí esa noche, que tuviera que buscar marido, que ser aceptada. Si él no hubiera publicado ese dibujo… habría dispuesto de más tiempo.

«No mucho más».

Ignoró ese pensamiento.

—Los niños no son un negocio —dijo él—. Su hija no debería haber formado parte de esto.

No le gustaba el giro que había tomado la conversación, ni la forma en que se refería a Caroline, con ternura, casi como si le importara. No le gustaba pensar que le importaba, así que miró hacia otro lado.

Él notó su cambio de actitud y se centró en otro tema.

—¿Cómo me ha conocido?

—Cuando llegué, mi hermano me indicó quienes eran los leones presentes en el salón de

baile. —La mentira salió con facilidad.

Él ladeó la cabeza.

—¿Los más regios e importantes?

—Los perezosos y peligrosos.

West se rio por lo bajo y el ondulante sonido la atravesó. No le gustaba, o más bien no le gustaba que la pillara con la guardia baja, incluso cuando estaba alerta.

—Puedo llegar a ser peligroso, lady Georgiana, pero jamás en mi vida he sido perezoso.

Y de pronto, ella ya no estaba alerta, sino más bien cómoda. Tentada. No había nada tentador en sus palabras, pero que la condenaran si no la atraían… si no la llevaban a coquetear descaradamente con él y pedirle que le demostrara lo difícil que resultaría obtener una recompensa. Que la condenaran si no tenía en ella el mismo efecto que cuando estaba en el club disfrazada y él la divertía.

Que la condenaran si no la llevaba a preguntarse cómo sería unirse a él en la oscuridad, siendo otra mujer en otro momento, en otro lugar. Cediendo a la tentación.

Por primera vez… desde la última vez.

«Desde la única vez». Se tensó ante la idea. Duncan West era un hombre muy peligroso y ella no era Chase esa noche. No estaba en el club. Y no tenía ningún poder.

Sin embargo, él sí.

Georgiana miró hacia el iluminado salón de baile.

—Debería regresar a la fiesta. Con mis acompañantes.

—Que sin duda son una legión.

—Mi cuñada y sus cuñadas. No hay nada que un grupo de mujeres disfrute más que adornar a una soltera.

Él sonrió al escucharla.

—Adornar es lo más adecuado —convino, paseando la mirada por las plumas que sobresalían de su cofia. Ella reprimió el impulso de arrancárselas. Había accedido a llevarlas como una maldita prueba más; se las ponía y a cambio le permitían llegar y marcharse del baile en su propio medio de transporte.

Georgiana frunció el ceño.

—No las mire. —Él clavó los ojos en los de ella, que reconoció el humor que brillaba en sus pupilas castañas—. Y no se ría. Intente vestirse para un baile con tres mujeres y sus criadas alrededor.

Él curvó los labios.

—Imagino que no le gusta la moda.

Georgiana le dio un manotazo a una pluma que se le había caído sobre los ojos, como si las hubiera conjurado con su comentario.

—¿Qué es lo que le ha llevado a esa conclusión?

West se rio y ella disfrutó con el sonido, casi olvidando por qué estaban allí.

—Una duquesa y una marquesa la ayudarán a cambiar de opinión —le recordó.

—No sé a qué se refiere. —Duncan West no era precisamente tonto y sabía de sobra lo que estaba haciendo.

Lo vio balancearse en los talones.

—No juegue conmigo. Está en la posición correcta para que la sociedad le dé la bienvenida. Ha sacado a relucir a su hermano, su cuñada y su familia. —Él miró por encima del hombro hacia el salón de baile—. ¡Demonios! Incluso ha bailado con el duque de Lamont.

—Para ser alguien que no me conoce, parece haberse fijado mucho en lo que hice.

—Soy periodista. Me fijo en todo lo que se sale de lo normal.

—Yo soy muy normal —aseveró ella.

West se rio.

—Claro que sí.

Georgiana apartó la mirada, sintiéndose repentinamente incómoda, sin saber cómo comportarse, sin saber cómo debía ser ante aquel hombre que parecía verlo todo.

—Hacerlos cambiar de idea me parece una hazaña imposible —confesó, finalmente.

Vio una emoción en el rostro masculino, pero desapareció al instante. Se enfureció.

—No pretendía darle pena.

—No he sentido pena.

—Bien —dijo ella. «Entonces, ¿qué fue?».

—Está en su terreno, lo sabe. —No podía hacer más. Sus pensamientos iban en paralelo a los de él—. ¿Cómo sabía cuáles eran los pretendientes de lady Mary?

—Lo sabe todo el mundo.

Él no vaciló.

—Todo el que estuvo pendiente de la temporada el año pasado.

Georgiana se encogió de hombros.

—Que no asista a las veladas no significa que ignore lo que ocurre en la sociedad.

—Creo que usted sabe mucho sobre la sociedad.

«Si él supiera…».

—Sería una estúpida si intentara que la sociedad me aceptara en su seno sin un reconocimiento básico.

—Ese término está reservado para los conflictos militares.

Ella arqueó una ceja.

—Estamos en plena temporada londinense. ¿De verdad cree que esto no es la guerra?

Él sonrió al escucharla e inclinó la cabeza, pero no dijo nada al respecto, limitándose a ejercer su papel de periodista.

—Usted sabía que las chicas se volverían contra ella si la presionaba.

Ella miró a otro lado, pensando en lady Mary.

—Cuando se presenta la oportunidad, la sociedad es feliz canibalizándose a sí misma.

West reprimió la risa.

—¿Lo encuentra divertido? —preguntó ella con los ojos entrecerrados.

—Me parece notable que alguien que se encuentra tan desesperado por unirse a sus filas, sea capaz de ver la realidad de la sociedad con tanta claridad.

—¿Quién ha dicho que esté desesperada por unirme a sus filas?

—¿No lo está? —Parecía que él prestaba ahora toda su atención.

—Es muy bueno en su trabajo. —Ella se estremeció de sospecha.

Él no dudó.

—Soy el mejor.

No debería notar su arrogancia, pero lo hizo.

—Casi le he dado una historia.

—Ya tengo una historia.

—¿Cuál es?

Él no respondió de inmediato, sino que la miró fijamente.

—Me pareció que disfrutaba bailando con el duque de Lamont.

Ella no quería recordar el momento que había pasado con Temple. No quería que pensara que ella y el duque, dueño de un club de juego, se conocían.

—¿Por qué le intereso tanto?

Él se apoyó en la balaustrada de piedra.

—La hija pródiga que regresa al seno de la aristocracia. ¿Cómo no iba a interesarme?

Ella resopló de risa.

—¿El gordo becerro de oro y todo eso?

—Será mejor que dejemos al margen a becerros rollizos esta temporada. ¿Se conformaría con canapés y un vaso de limonada?

Ahora fue ella la que sonrió.

—No voy a regresar al seno de la aristocracia.

Él se inclinó al escucharla, acercándose un poco más y haciendo que notara su calor. Era un hombre muy guapo y, en otro tiempo, siendo otra persona, con otra vida, podría haber alentado que se aproximara más. Podría haberle retado a su vez. Podría haber sido una tentación para él.

Le parecía injusto no tener esa oportunidad. ¿O solo era deseo? El insulto de lady Mary resonó en su mente. «Puta». No podía escapar de esa palabra, a pesar de que fuera mentira.

Ella había creído que se trataba de amor. Había estado segura de que él era su futuro. Pero solo había aprendido con demasiada rapidez que el amor y la traición iban de la mano. Y ahora… «puta».

Resultaba extraño tener la reputación tan completamente destruida por una mentira flagrante. Soportar una identidad falsa sobre los hombros. Por extraño que resultara, hacía que uno quisiera vivir la experiencia, saber qué se sentiría si fuera verdad. Sin embargo, para vivirla, estaba obligada a confiar, y eso no volvería a pasar.

—Sé que no quiere regresar por ellos —dijo él, en voz baja y tentadora—. Lo hará por Caroline.

Georgiana se apartó.

—No diga su nombre.

Hubo un momento en el que la fría advertencia flotó en el aire. West la miró con atención y ella hizo lo posible para parecer joven. Inocente. Débil.

—Ella no es de mi incumbencia —aseguró él finalmente.

—Es de la mía. —Caroline lo era todo.

—Lo sé. Ha estado a punto de atacar a la pobre lady Mary por mencionarla.

—Lady Mary tiene muy poco de pobre.

—Y debería aprender a no insultar a los niños.

—¿Lo mismo que usted? —Se le escapó antes de poder reprimirse.

Él ladeó la cabeza.

—Lo reconozco.

Georgiana sacudió la cabeza.

—Su disculpa llega muy tarde, señor.

—Su hija es lo único que ha podido traerla de vuelta a todo esto. Usted no lo necesita para nada.

—No le entiendo. —Una alarma comenzó a sonar en su cabeza. ¿Qué sabía ese hombre?

—Solo quiero decir que habiendo pasado tantos años desde el escándalo, intentar redimirse solo sirve para llamar la atención sobre algo que lleva muerto mucho tiempo.

Él entendía lo que otros pasaban por alto. Los años transcurridos habían servido para que se sintiera liberada una vez aceptó la idea de que nunca tendría la vida para la que se había estado preparando. No se trataba solo del corsé y las faldas que la constreñían en ese momento. Era saber que a solo unos metros, había cientos de miradas indiscretas que la observaban, juzgaban y esperaban que cometiera algún error.

Cientos de personas sin otro propósito que ver su caída.

«Pero ahora soy más poderosa que cualquiera de ellos».

—Sin duda —dijo él, tomando de nuevo la palabra—, su amor por ella es lo que la convertirá en la heroína de nuestro juego.

—No es un juego.

West sonrió con suficiencia.

—De hecho, milady, sí lo es.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que alguien utilizó el tratamiento formal con ella? ¿Cuánto sin que lo hicieran sin ánimo de ofender, juzgar o burlarse? ¿Había ocurrido alguna vez?

—E incluso si fuera un juego —concedió ella—, no sería en ningún caso el *nuestro*.

Él la miró durante un buen rato antes de hablar.

—¿Sabe?, creo que sí puede ser el nuestro. Y lo confieso, me resulta fascinante.

Ella ignoró la oleada de calor que acompañó a sus palabras. Se movió y enderezó los hombros.

—No logro imaginar por qué.

West se acercó más y bajó la voz.

—¿De verdad?

Sostuvo su mirada mientras la intención de su voz la atravesaba. West era la respuesta. Él, el hombre que decía a la sociedad qué pensar, cuándo y de quién. Él podría conseguir que resultara tentadora para Langley. Podría hacer que fuera tentadora para cualquiera.

«Bien sabe Dios que es un hombre extremadamente tentador».

Reprimió aquella línea errante de pensamientos y se concentró en la cuestión que le ocupaba. Duncan West podía asegurarle un título y un nombre. Podía garantizar el futuro de Caroline. Georgiana había alternado con ese hombre desde hacía años en un mundo en el que se encontraban en igualdad de condiciones. Pero ahora, en la oscuridad, frente a él, era a la vez una amenaza y un salvador.

—Nadie ha hecho nunca lo que usted está a punto de hacer —comentó él.

—¿El qué?

West volvió a adoptar su posición relajada contra la balaustrada de mármol.

—Regresar de entre los muertos. Si tiene éxito, venderé una cantidad increíble de periódicos.

—¡Qué mercenario!

—Eso no quiere decir que no le desee éxito de forma sincera. —West dejó pasar un rato—. De hecho, eso es lo que quiero —añadió con tono sorprendido.

—¿De veras? —preguntó ella, a pesar de decirse para sus adentros que no lo hiciera.

—Sí.

«Puede ayudarte a conseguirlo».

Él la estudió durante una pausa tan larga que ella tuvo que reprimir el impulso de moverse nerviosamente.

—¿Nos conocemos de algo? —preguntó él finalmente.

«¡Maldita sea!».

Esa noche no se parecía en nada a Anna. Su álter ego se acicalaba y maquillaba, mostraba sus curvas, apretaba el corsé hasta el infinito y sus pechos parecían escapar del escote. Usaba polvos en la cara, se pintaba los labios de rojo y peinaba su cabello con audacia, mostrando su brillo casi platino. Ella era todo lo contrario; sí era alta y rubia, pero no extravagante. Sus pechos poseían un tamaño normal y su pelo no parecía especial. No cubría con cosméticos ni la piel ni los labios.

Él era un hombre y los hombres solo veían aquello que querían ver. Pero aun así, parecía que estaba viéndola a ella.

—No lo creo —repuso ella, conteniendo sus pensamientos. Giró la cabeza hacia el salón de baile—. ¿Quiere bailar?

West sacudió la cabeza.

—Tengo asuntos que atender.

—¿Aquí? —La pregunta brotó, llena de curiosidad, antes de darse cuenta de que a la sencilla Georgiana Pearson no le interesaría nada aquel tema.

Él entrecerró los ojos para considerar la cuestión.

—Aquí… y en otros lugares. —Una leve pausa—. ¿Está segura de que no nos conocemos? —insistió él.

—Hace muchos años que no frecuento estos círculos —dijo al tiempo que negaba con la cabeza.

—Yo tampoco me muevo en ellos. —Volvió a hacer una pausa—. De todas maneras, me acordaría —añadió más para sí mismo que para ella.

Había tanta sinceridad en su voz que ella contuvo el aliento y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Está coqueteando conmigo?

West sacudió la cabeza.

—No tengo necesidad de coquetear. Es la verdad.

Ella curvó los labios en una leve sonrisa.

—Ahora sé que sí está coqueteando. Y sin miramientos.

Él inclinó la cabeza.

—Milady, me elogia.

—Basta ya, señor —repuso ella, riéndose—. Tengo un plan. Y no incluye periodistas guapos.

Él mostró sus dientes blancos y brillantes.

—Así que ahora soy guapo, ¿no?

Le tocó a ella arquear una ceja.

—Estoy segura de que posee al menos un espejo en el que mirarse.

—Usted no es lo que esperaba que fuera —aseguró él con una sonrisa.

«Si él supiera».

—Puede que después de todo yo no sea tan como buena para vender periódicos.

—Déjeme a mí lo de vender periódicos y usted… —se detuvo un instante—, y usted concéntrese en su plan. El que tiene cada debutante desde el principio de los tiempos.

—No soy una debutante. —Ella no pudo contener un resoplido de risa.

West la observó.

—Creo que lo es más de lo que quiere admitir. ¿Acaso no quiere quedarse sin aliento bailando el vals con un pretendiente bajo las estrellas?

—Los valses que quitan el aliento solo sirven para que las chicas se metan en problemas.

—¿Y no quiere conseguir un título?

En eso tenía razón. Dejó que el silencio mostrara su acuerdo.

West curvó los labios.

—Dejémonos de rodeos. Usted no está buscando un soltero cualquiera. Se ha puesto una meta. O al menos, su pretendiente deberá cumplir una lista de requisitos.

Ella le lanzó una mirada afilada.

—Hacer una lista sería muy mercenario.

—Sería inteligente.

—Pero admita que sería grosero.

—Admito que sería honesto.

¿Por qué tenía que ser tan inteligente? ¿Tan rápido? ¿Tan… adorable? No. Se resistió. Él solo era un medio para conseguir un fin. Nada más.

Fue West quien rompió el silencio.

—Evidentemente, será alguien que necesite dinero.

—Esa es la finalidad de las dotes, ¿no cree?

—Y debe poseer un título

—Debe poseer un título —admitió ella.

—¿Qué más desea Georgiana Pearson?

«Alguien decente».

Él pareció leerle la mente.

—Alguien que sea bueno para Caroline.

—¿No habíamos acordado que no pronunciaría su nombre?

—Le resulta tan difícil por ella.

Georgiana había estudiado minuciosamente los dosieres que guardaba en su despacho en El Ángel. Había descartado a una docena de solteros. Recortado las opciones a un solo candidato viable; un hombre al que conocía lo suficiente como para saber que sería un buen marido.

Un hombre al que podría chantajear si fuera necesario para que se casara con ella.

—No tiene una lista —dedujo él finalmente, mirándola con atención—. Ha hecho una selección.

«Era bueno. Muy bueno».

—Sí —admitió.

Debía poner fin a esa conversación en ese momento. Llevaba alejada de la sala de baile el tiempo suficiente como para que alguien se diera cuenta, y no había nadie más en la terraza. Solo ese hombre. Y si los descubrían…

El corazón se le aceleró. Si los pillaban, sería una carga más que añadir a su mancillada reputación. Un riesgo tentador, como ocurría siempre. Ella lo sabía mejor que nadie. Pero era la primera vez en mucho tiempo que el riesgo venía acompañado por una cara bonita.

La primera vez en diez años.

—¿Quién? —la presionó él.

Georgiana no respondió.

—Lo descubriré muy pronto —aseguró West.

—Seguramente —convino ella—. Después de todo, es su trabajo, ¿verdad?

—Así es —dijo él y permaneció en silencio un buen rato antes de hacer la pregunta que ella quería evitar—. Hay muchas más dotes, lady Georgiana, ¿por qué elegiría la suya?

Ella se quedó inmóvil.

—No hay otra tan grande como la mía. —Respondió con sinceridad. Quizá demasiada—. Y ninguna proporcionará tanta libertad.

—¿Libertad? —preguntó él arqueando una ceja dorada.

Se sintió incómoda.

—No tengo expectativas con respecto al matrimonio.

—¿No sueña con un matrimonio de conveniencia se acabe convirtiendo en uno por amor?

Georgiana se rio.

—En absoluto.

—Es muy joven para ser tan cínica.

—Tengo veintiséis años y no soy cínica. Soy inteligente. El amor lo dejo a los poetas y a los imbéciles. No soy ni una cosa ni otra. El matrimonio trae consigo libertad. La más pura y la más vil, la mejor del mundo.

—También trae aparejada a su hija. —Las palabras no estaban destinadas a irritarla, pero lo hicieron y se puso rígida. Él tuvo la decencia de parecer arrepentido—. Lo siento.

Ella sacudió la cabeza.

—Es la verdad, ¿no es cierto? Y usted lo sabe mejor que nadie. —Una velada referencia a la caricatura—. Debería estar contento —continuó ella—. Mi hermano lleva años intentando arrastrarme al seno de la sociedad. Debe estar tirándose de los pelos al ver que lo hubiera conseguido con un ridículo dibujo.

West sonrió, y esa expresión hizo pareciese encantadoramente juvenil.

—Está sugiriendo que no conozco mi poder.

Ella imitó su sonrisa.

—Al contrario, creo que lo conoce demasiado bien. Solo lamento que no tenga otro periódico con el que revertir el hechizo que ejerció su *Folleto de los escándalos*.

Sus miradas se encontraron.

—Lo tengo. —A ella se le aceleró el corazón y, aunque estaba desesperada por hablar, guardó silencio, sabiendo que si lo dejaba continuar, podría conseguir lo que quería.

Y él pensaría que era idea suya.

—Tengo cuatro periódicos más y sé lo que buscan los hombres.

—¿Además de una buena dote?

—Además de eso. —Él se aproximó un poco—. Mucho más.

—No tengo mucho más. —Nada que pudiera admitir.

Lo vio alzar una mano y contuvo el aliento. West iba a tocarla. La iba a tocar y a ella le gustaría.

Pero no lo hizo. Ella solo sintió un pequeño tirón en el tocado y él le mostró la pluma que sostenía entre los dedos.

—Creo que tiene más de lo que puedo imaginar.

De alguna manera inexplicable, aquella fría noche de marzo se convirtió en otra tan ardiente como el sol.

—Suena como si me estuviera ofreciendo una alianza.

—Quizá lo esté haciendo —dijo él.

Georgiana entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

—Seguramente porque me siento culpable.

—No imagino por qué motivo —se rio ella.

—Quizá no. —Él le cogió la mano y ella dejó que le estirara el brazo como si fuera una marioneta. Como si no tuviera control sobre sí misma—. ¿Qué más da la razón?

West trazó un suave camino con la pluma por encima del guante hasta debajo de la manga, por el interior del codo. Ella contuvo la respiración al sentir el delicado y maravilloso roce. Duncan West era un hombre peligroso.

Retiró la mano.

—¿Por qué debería confiar en usted cuando acaba de admitir que solo quiere vender periódicos?

La curva que formaron sus labios fue una perversa tentación.

—¿No sería mejor saber exactamente con quién está tratando?

Georgiana sonrió al escucharle.

—Sin duda nunca una chica tuvo tanta suerte en un balcón oscuro.

—La suerte no tiene nada que ver con esto. —West se detuvo antes de continuar—. Entre la sociedad y yo hay un buen idilio.

—Le adoran —constató ella.

—Adoran la manera en que los entretengo.

Georgiana consideró la oferta durante un momento.

—¿Y qué gano yo?

Aquella pícara sonrisa volvió a brillar en la cara de West y ella notó mariposas en el estómago.

—Es una cuestión de entretenimiento.

—¿Cómo me beneficiaría?

—Obtendría el marido que desea. El padre que necesita para su hija.

—Les dirá que me he reformado.

—No he visto ninguna prueba de lo contrario.

—Ha visto cómo me insultó esa chica. Cómo amenacé a su familia. Cómo conseguí que la abandonaran sus propias amigas. —Georgiana miró la oscuridad—. No estoy segura de que deseen tenerme cerca.

Él curvó los labios con complicidad.

—Vi que se protegía. Que protegía a su hija. Vi a una leona.

No podía ignorar el hecho de que él había sido un león pocos minutos antes.

—Todas las historias tienen dos versiones.

Él abrió el abrigo y guardó la pluma en un bolsillo interior antes de volver a abrochárselo. A pesar de que ya no veía el penacho, sintió como estaba atrapado contra su calor, contra ese lugar donde reinaba el latido fuerte y seguro de su corazón. Atrapado contra él.

Sí, era un hombre muy peligroso.

Él esbozó una sonrisa lobuna, aquel poderoso hombre que poseía los periódicos más leídos de Londres. El hombre que podía encumbrar o arruinar con sus publicaciones… Era el hombre que necesitaba para creerse sus mentiras. Para perpetuarlas.

—No se equivoque, cada historia tiene una sola lectura —afirmó él. Las palabras la atravesaron como un pecado.

—¿La de quién?

—La mía.

Capítulo 3

No debería haber coqueteado con aquella chica. West permaneció de pie en el borde del salón de Worthington House y miró cómo lady Georgiana giraba en brazos del marqués de Ralston. Aquel hombre no acostumbraba a frecuentar más compañía que la de su esposa, así que no cabía duda de que el duque de Leighton había movido todas sus fichas —incluso a su cuñado— esa noche con la esperanza de que la riqueza y el poder combinados de los Ralston y los Leighton obligarían a la sociedad a olvidar el pasado de la dama.

No estaba funcionando. Era lo único de lo que se hablaba en aquella estancia y no eran ni los fabulosos defensores de lady Georgiana ni su belleza lo que alimentaba los rumores.

Y era hermosa, alta y elegante, con piel suave y cabello sedoso, y una boca… ¡Dios! Tenía una boca hecha para el pecado. No era de extrañar que hubiera encontrado la ruina a una edad tan temprana. Imaginó que todos los muchachos en diez kilómetros a la redonda habían babeado por ella.

Sin saber por qué, se preguntó si lady Georgiana habría querido al hombre que se aprovechó de ella, y se encontró con que no le gustaba la idea de que lo hubiera hecho. Tenía poca paciencia con los críos que no podían mantener las manos quietas y la idea de que lady Georgiana hubiera sido el objetivo de unos dedos inquietos le irritaba más de lo habitual. Quizá fuera por la niña. Nadie merecía ser el fruto de un escándalo.

Y él lo sabía mejor que la mayoría. O a lo mejor era porque Georgiana le parecía perfecta; aristócrata impoluta, nacida y criada en ese mundo que debería estar a sus pies, pero que solo pretendía fagocitarla.

La orquesta se detuvo y unos segundos después, ella estaba entre los brazos del vizconde Langley, un candidato excelente para ser su marido.

Los observó con mirada de periodista, estudiándolos desde todos los ángulos. Langley era un pez gordo, sin duda. Había asumido recientemente un título venerable que venía acompañado de varias propiedades enormes, pero sufría la gran pesadilla de la aristocracia: sus herencias podían llegar a ser prohibitivamente caras. Cada una de sus posesiones estaba ahora en mal estado, y era responsabilidad suya restaurarlas.

Una dote como la de lady Georgiana podría conseguir que el condado recuperara su antigua gloria, y aún quedaría dinero suficiente como para duplicarla.

West no sabía por qué esa idea le resultaba tan inquietante y desagradable. Ella no sería la primera ni la última mujer que compraría un marido.

«Ni que sería vendida a uno».

Para obtener un título irrelevante. Uno valorado solamente por el lugar que ocupaba en la jerarquía. Sí, podría comprar para su hija un juicioso silencio que sustituyera a los insultos. Y sí, podría comprar también un matrimonio con un caballero respetable. Sin título pero respetable. Posiblemente acomodado.

Pero si Georgiana se conformara con eso, no compraría otra cosa que sarcasmos punzantes y susurros crueles. No obtendría más respeto ni aceptación. Eran pocos los miembros de la aristocracia en la que ella había nacido que hicieran gala de cierta civilización… u otorgaran su perdón. La hipocresía era la piedra angular de la nobleza. Georgiana lo sabía; él lo había

percibido en su mirada y escuchado en su voz, resultándole mucho más fascinante de lo que había imaginado. Estaba dispuesta a sacrificarse por su hija, y en eso sí había mucha nobleza.

Era diferente a todas las mujeres a las que había conocido. Se preguntó vagamente cómo sería crecer bajo el amor de un padre dispuesto a entregarse a cambio de la felicidad de uno. Él había disfrutado ese amor, pero había sido fugaz.

«Y luego se convirtió en el cuidador».

Ignoró los recuerdos y volvió a concentrarse en la danza.

Langley era una buena elección. Guapo, inteligente y encantador, y un bailarín experto que se deslizaba con la dama por la pista de baile, lo que sumaba su elegancia a la de él. West observó cómo las faldas color marfil rozaban la pernera del pantalón del vizconde mientras la hacía girar entre sus brazos. Había algo en la forma en la que la seda se aferraba a la lana por un instante antes de ceder a la fuerza de la gravedad que le irritaba. Algo en cómo se movían, con gracia y habilidad, que le molestaba.

No debería importarle. Estaba allí por algo muy distinto.

Así que no comprendía qué había estado haciendo en aquella terraza prometiendo estúpidamente la redención social a una mujer que no conocía.

«La sensación de culpa es un gran motivador».

Aquella maldita caricatura. Había sido él quien la arrastró al lodo con la misma eficacia que otros lo hicieron una década antes. Se había puesto furioso al enterarse; odiaba que bromearan y se burlaran de una madre soltera, de una niña que había tenido poca opción en la materia. No acostumbraba a leer *El folleto de los escándalos* con la misma frecuencia que el resto de sus publicaciones, ya que no le gustaban los chismes. Esa era la razón por la que no había visto la caricatura, insertada en el último momento, poco antes de enviar la maqueta a imprimir. Despidió al editor en el mismo momento en que la vio, aunque ya era demasiado tarde. Ya había ayudado a acrecentar el escándalo de lady Georgiana.

La vio sonreír a Langley y tuvo la sensación de que la conocía. No recordaba haberse cruzado antes con ella, pero no podía evitar pensar que había hablado con ella en algún momento. Que le había sonreído a él de la misma forma.

La llamaban lady descocada en gran parte gracias a él. No importaba que fuera lo que adoraban, joven, aristocrática y más hermosa de lo que debería ser cualquier mujer.

Quizá su belleza era el quid de la cuestión. La sociedad odiaba a las más guapas igual que a las más feas. En definitiva, era la belleza lo que magnificaba los escándalos, si Eva no hubiera sido guapa, quizá la serpiente no la hubiera molestado.Pero había sido Eva quien fue vilipendiada, no la serpiente. Así como era la dama la que estaba arruinada, no el hombre. Volvió a preguntarse sobre el hombre implicado. ¿Ella lo había amado? Ese pensamiento le dejó mal sabor de boca.

Sí, él redimiría a esa mujer. La convertiría en la incomparable de la temporada. Resultaría bastante fácil, a fin de cuentas, la sociedad adoraba su página de chismes y creía con facilidad lo que leían en ella. Unas columnas bien situadas y lady Georgiana se casaría con el vizconde. Después él tendría la conciencia tranquila y podría concentrarse en otros asuntos más importantes. Los que garantizarían su libertad.

—No estás bailando.

Había esperado ese encuentro, era la razón de su asistencia al baile, pero le sorprendió la frialdad de las palabras, dichas con fingida cordialidad.

—No bailo.

—Claro que no. —El conde de Tremley se rio.

West era solo unos días mayor que Tremley, lo conocía de toda la vida y llevaba odiándolo todo ese tiempo. Pero ahora, Tremley se había convertido en uno de los asesores de mayor confianza del rey Guillermo y poseía miles de hectáreas de las más ricas tierras de Suffolk, lo que generaba más de cincuenta mil libras al año. Era tan rico como cierto rey ficticio y consejero de uno de verdad.

West mantuvo la vista clavada en Georgiana; había algo en ella que le ayudaba a mantener la calma.

—¿Qué quieres?

Tremley fingió sorpresa.

—Qué arisco… Deberías mostrar más respeto a tus superiores.

—Deberías agradecerme que no te dé un puñetazo en público —repuso él, apartando la mirada de Georgiana; no le gustaba pensar que su indeseado compañero pudiera descubrir su interés.

—Vaya farol. Como si fueras a correr el riesgo.

West se sentía cada vez más irritado y aborreció el miedo que le atravesó al escuchar las palabras de Tremley. Lo odiaba.

—No pienso volver a preguntártelo. ¿Para qué has venido?

—Leí tu columna la semana pasada.

Él se quedó inmóvil.

—Escribo muchas columnas.

—En esta hablabas a favor de abolir la pena de muerte por robo. Una elección poco afortunada… para alguien tan cercano a esa situación.

West no respondió. No tenía nada que añadir, y menos allí, en una sala llena de personas poco interesadas por el futuro. Gente que no estaba aterrada por su pasado. Que no esperaba, cada día, ser descubierta. Castigada.

«Ahorcada».

Lady Georgiana se alejó del brazo de su futuro esposo y se perdió entre la multitud mientras Tremley suspiraba.

—Es tan cansado tener que amenazarte. Ojalá aceptaras nuestro acuerdo y actuaras como yo digo. Eso haría que nuestras conversaciones fueran mucho más tolerables.

West miró a su enemigo.

—Soy el propietario de cinco de los periódicos de mayor éxito del mundo. La destrucción llega con cada garabato de mi pluma.

El tono de Tremley fue frío y directo.

—Son tuyos gracias a mi benevolencia. Cada golpe de tu pluma puede ser el último, y lo sabes. Incluso si consiguieras saldar tu pasado con la ley.

Como si alguna vez pudiera olvidar que Tremley poseía tal poder. Como si fuera a olvidar que el conde era la única persona en el mundo que conocía sus secretos y podía sancionarle por ellos.

Sin embargo, Tremley tenía sus propios secretos. Secretos oscuros que podrían hacerle bailar en el extremo de una soga, si lo que West sabía era cierto. Pero hasta que obtuviera las pruebas para demostrarlo… no poseía ningún arma contra ese hombre que tenía su vida en sus manos.

—No voy a volver a decírtelo —soltó, finalmente—. ¿Qué quieres?

—En Grecia hay guerra.

—Así es el mundo moderno. Siempre hay guerra en algún sitio —dijo West.

—Esta está a punto de terminar. Quiero que en *La voz de Londres* aparezca un artículo contra la paz.

West tuvo una visión de Tremley en su despacho acompañado de las especulaciones de algunos hombres nerviosos por que publicara sus nombres. Especulaciones sobre esa guerra, sobre lo demás.

—¿Quieres que me oponga a la independencia de los griegos? —Hizo una pausa—. Enviamos soldados allí. Lucharon y murieron por la democracia —añadió al ver que Tremley no respondía.

—Y aquí estás —dijo Tremley, con una voz desagradable—. Vivo, en buen estado… y libre.

West entendió el doble sentido de sus palabras. En cualquier momento, aquel hombre podía destruirlo solo con abrir la boca. Lo enviarían a la cárcel de por vida.

O peor.

—No lo escribiré —dijo West.

—No te queda otra opción —repuso Tremley—. Eres mi perrito faldero… y será mejor que lo recuerdes.

La verdad de la declaración la hacía todavía más exasperante. Pero no sería cierto por demasiado tiempo, si encontraba lo que buscaba. Apretó los puños para no usarlos. Quería hacerlo, golpear a ese hombre con la misma fuerza que había querido hacerlo cuando eran niños y se pasaba los días burlándose de él y ridiculizándolo. Herirlo. Casi matarlo.

Había escapado. Había llegado a Londres y construido allí un maldito imperio. Y aun así, cuando estaba con Tremley, volvía a ser el chico que fue antaño.

Un recuerdo brilló con fuerza en su mente, una mirada a la oscuridad en la que un caballo valía el triple que su vida. O cinco veces más. Con su hermana en el regazo. La promesa del futuro. La promesa de seguridad. Por una vida digna para los dos. Estaba cansado de vivir con el temor al pasado. Se evadió de la conversación al sentirse atrapado, como siempre. Le había pillado desprevenido. Desesperado por encontrar algo que destruyera a ese hombre en ese momento, antes de verse obligado a volver a hacer su voluntad.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué quieres influir sobre la opinión pública con respecto a la paz?

—Eso no es de tu incumbencia.

West estaba dispuesto a apostar que Tremley estaba saltándose un buen número de leyes del rey y del país, y eso era lo que realmente debería preocuparle. A él y a sus lectores. Y también a su rey.

Y más importante, una prueba para poder mantener sus secretos a salvo para siempre. Por desgracia, era difícil obtenerla en ese mundo de chismes y mentiras. Tenía que encontrarla y, si fuera posible, comprarla. Negociarla, si era necesario. Y solo había un hombre con el poder suficiente para conseguir lo que él mismo no había sido capaz de encontrar.

—Debes hacerlo —insistió el conde.

No dijo nada. Se negaba a expresar su acuerdo con lo que le pedía Tremley. Él había hecho algunas averiguaciones sobre el conde, pero ninguna que atentara claramente contra la corona. Nada que pusiera en riesgo la esencia inglesa.

—Debes hacerlo —repitió Tremley, ahora con más firmeza. Más enfadado.

Como no era una cuestión de palabras, para él fue fácil no responder. Salió del salón de baile, vacilando junto a la puerta cuando la orquesta terminó. Entonces miró hacia la multitud y

observó a los numerosos aristócratas que se deleitaban con su dinero, poder e idilios. No valoraban que la fortuna que les sonreía. Recogió el abrigo y el sombrero antes de dirigirse a la salida. Mentalmente ya estaba en el club, pidiendo al mensajero de Chase que le llamara para solicitar —por primera vez— un favor.

Si alguien podía acceder a los secretos de Tremley, ese era Chase. Pero el dueño de El Ángel Caído querría un pago, y West debería ofrecerle a cambio algo enorme para conseguir lo que deseaba.

Esperó en la escalinata de Worthington House a que llevaran su carruaje desde la larga fila de medios de transporte que esperaban ser convocados por sus dueños, ansioso por llegar al club y comenzar a negociar con su propietario.

—Nos vemos de nuevo.

Reconoció la voz de inmediato como si la conociera de toda la vida. Lady Georgiana estaba a su espalda, con sus ojos claros y aquella voz que le llevaba de vuelta a la luz, como si los años que había pasado alejada de ese mundo, de ese lugar, hubieran hecho más por ella de lo que habrían hecho si se hubiera quedado en él.

La miró a los ojos e inclinó la cabeza.

—Milady. —Dejó que las palabras flotaran entre ellos mientras disfrutaba del título, uno que jamás había considerado posesivo antes de ese momento. Disfrutó de la manera en que ella abrió los ojos cuando repitió sus palabras—. Nos vemos de nuevo.

La vio sonreír. Una sonrisa tierna y secreta, y su expresión le hizo sentir un ramalazo de placer. Sin embargo se detuvo antes de disfrutarlo. Ella no era para su placer.

Lady Georgiana se detuvo a su lado en lo alto de la escalinata de Worthington House y miraron los carruajes a la vez. Como todavía era temprano, estaban casi a solas, acompañados únicamente por una doncella y una colección de lacayos bien adiestrados para quedarse en la sombra.

—Me di cuenta después de que nos separáramos, de que no debería haber hablado con usted —comentó ella, siguiendo con la mirada cómo uno de los lacayos se apresuraba a las cuadras cercanas para localizar su transporte—. A fin de cuentas, no hemos sido presentados.

Él miró la larga fila de vehículos negros.

—Tiene razón.

—Y usted es un soltero sin título.

West sonrió.

—¿Sin título?

Ella respondió con otra sonrisa.

—Si tuviera un título, estaría menos preocupada.

—¿Cree que un título la mantendría a salvo?

—No —repuso ella, muy seria—, pero como ya hemos comentado, un título le convertiría en un excelente marido.

Él se rio de su audacia.

—Sería un marido terrible, milady. Se lo aseguro.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque tengo peores cualidades que ser soltero y no poseer título. —Y era cierto.

—Ah. ¿Lo dice porque es un hombre de negocios?

«No, porque no tengo futuro».

Dejó que el silencio fuera su respuesta.

—Bueno, es una tontería que se mire por encima del hombro el trabajo duro.

—Tontería o no, es lo que hay.

Permanecieron así durante un buen rato, cada uno parecía desear que fuera el otro quien hablara primero.

—Y, sin embargo, parece que le necesito.

Él la cortó con una mirada. No quería recibir esas palabras. No quería ser necesario. Y aun así quería ayudarla. Esa mujer no debería resultarle tan convincente. No debería tener que recordarse a sí mismo que no podía pensar en ella.

—Es temprano —comentó, queriendo cambiar de tema—. ¿Se va ya a casa?

Ella se envolvió en la pesada capa de seda, protegiéndose del frío aire de la noche.

—Lo crea o no —repuso ella en tono cortante—. He tenido suficiente por una noche. Estoy agotada.

Él sonrió.

—Me he fijado en que encontró energía suficiente para bailar con Langley.

Ella le miró vacilante.

—¿Cree que él se ha visto obligado a ello?

Ni por todo el oro del mundo.

—Estoy seguro de que eso ni se planteó.

—Yo no estoy tan segura —comentó ella mirándole directamente—. Podía encontrar algo peor que mi dote.

West no había pensado en su dote ni una sola vez. Había pensado en ella, alta y elegante. Y lo hubiera sido más sin ese tocado ridículo, pero incluso con las plumas sobresaliendo de su cabeza, era una mujer hermosa. Demasiado hermosa. Sin embargo, no corrigió la mala interpretación de sus palabras.

—Mucho peor.

Se hizo el silencio durante un buen rato, solo interrumpido por el sonido de cascos y ruedas que se acercaban. Llegó el carruaje de lady Georgiana y ella se alejó. Él no quería que lo hiciera. Pensó en la pluma que había arrancado del tocado, que ahora estaba a salvo en el bolsillo de su chaqueta y, por un salvaje momento, se preguntó qué sentiría si fuera ella la que estuviera contra su pecho. Se resistió a la idea.

—¿Sin acompañante?

Ella se volvió hacia la pequeña doncella que esperaba a varios metros.

—Voy a mi casa, señor. Esta conversación será lo más escandaloso que haga en toda la noche.

A él se le ocurrían muchas cosas escandalosas que hacer con ella pero, por fortuna, la llegada de su propio carruaje lo salvó de la locura.

Ella arqueó una ceja.

—¿Un cabriolé?¿Por la noche?

—Es necesario que atraviese las calles de Londres a toda velocidad cuando hay alguna noticia —explicó él mientras su conductor saltaba del pescante—. Un cabriolé es lo más adecuado.

—¿También sirve para escapar de los bailes?

Él ladeó la cabeza.

—Sí.

—Quizá debería hacerme con uno.

—No estoy seguro de que les gustara a las damas de la sociedad —repuso él con una sonrisa.

Ella suspiró.

—Sí, imagino que no es nada adecuado que deje colgadas a esas damas.

Lo dijo con intención de divertir, y su tono tuvo la combinación perfecta de hastío e ingenio para arrancar a cualquier hombre una risita. Un hombre que no se diera cuenta de lo que ocultaba su voz: tristeza, pérdida, frustración.

—No quiere hacerlo, ¿verdad?

Lady Georgiana lo miró sorprendida, pero no fingió entenderle mal. Era una de las cosas que le gustaban de ella; su franqueza.

—Esta es mi cama, señor West. Y me toca dormir en ella.

Ella no quería regresar. No le gustaba esa vida. Era evidente.

—Lady Georgiana… —comenzó a decir, sin saber qué añadir a continuación.

—Buenas noches, señor West. —La vio moverse, seguida por una doncella. Ella bajó las escaleras para dirigirse a su carruaje, el vehículo que la llevaría muy lejos de ese lugar, de esa noche. De él. Descansaría. Recargaría fuerzas. Y repetiría la actuación al día siguiente.

«Y él haría todo lo posible para mantenerla a salvo de esa horda».

West no solía interesarse por la sociedad, y menos todavía por sus mujeres; casi ninguna valía los problemas que provocaban y los dramas que representaban. Pero lady Georgiana tenía algo que le resultaba familiar por muy extraño que resultara. Algo que no podía evitar. Su resignación, quizá. El descontento. Deseo… por algo que él no conocía, pero que era suficiente para intrigarlo.

La miró durante un buen rato, estudiando su forma de moverse mientras avanzaba hacia su destino, segura de sí misma. Encontró fascinante la manera en que parecían perseguirla sus largas y pálidas faldas, como si pudiera dejarlas atrás si no tuvieran cuidado, y la forma en que estiró el brazo para mantener el equilibrio mientras se levantaba los faldones para entrar en el carruaje.

Alcanzó a ver su tobillo seguido de un escarpín de plata reluciente. Por un momento quedó obnubilado por ese pie delgado que brillaba en las sombras, hasta que la puerta se cerró y rompió el encanto. Ella se fue, su cochero —un tipo enorme que sin duda había contratado su hermano para mantenerla a salvo— recogió los escalones antes de subir al pescante e iniciar la marcha.

Imaginó lo que podría escribir sobre ella.

«Lady G. es más de lo que promete su reputación, más que el escándalo y los pecados del pasado. Es lo que a todos nos gustaría ser al vernos separados de nuestro mundo. De alguna manera, y por irónico que resulte, es más pura que todos nosotros a pesar de su pasado. Intocable para nosotros. Quizá ese sea su mayor valor…»

Las palabras salieron con facilidad. Como siempre, la verdad era fácil de escribir. Por desgracia, la verdad no vendía periódicos. Ascendió los escalones de su propio carruaje y se subió al pescante para tomar las riendas. Había dado la noche libre al cochero. Le gustaba conducir; encontraba cierto consuelo en el ritmo de los cascos y el traqueteo de las ruedas.

Siguió al conductor de la dama que circulaba a paso de tortuga, para salir de la propiedad Worthington. No le quedó más remedio que pensar en ella, encerrada en el interior de su carruaje, perdida en sus pensamientos. La imaginó mirando por la ventana los faroles que colgaban de los coches que quedaban en la calle. Se la imaginó preguntándose si su vehículo podría haber sido como esos —uno de los últimos en salir esa noche—, después de que ella hubiera bailado una y otra vez con una larga fila de caballeros hasta que le dolieran los pies y los

músculos por el agotamiento. La imaginó pensando en la forma en que podría haber salido sin escapar de la sociedad, sino como la reina de la misma. Si no se hubiera visto arruinada. Imaginó sus hermosos ojos llenos de pesar, añorando todo lo que podría haber sido. Todo lo que podría haber hecho. La vida que habría llevado, si la situación hubiera sido diferente.

Estaba tan ensimismado pensando en la dama que tardó en darse cuenta de que ella no seguía el camino adecuado —a casa de su hermano— y en su lugar se dirigía, a través de Mayfair, en su misma dirección. Curioso. Desde luego, no la seguía de manera intencionada.

Las ruedas del carruaje resonaban en las calles empedradas de Mayfair, bajando por Bond Street —donde las tiendas estaban cerradas— y continuando por Piccadilly, hacia St. James. Comenzó entonces a preguntarse a dónde se dirigía. Permitió que el carruaje de lady Georgiana tomara ventaja sin ninguna razón. Dejó que algunos vehículos se interpusieran entre ellos, apenas capaz de distinguir los faroles del oscuro medio de transporte hasta que giró de nuevo en Duke Street para internarse en las laberínticas calles y callejones a los que se abrían las puertas traseras de todos los clubes masculinos de St. James. Se incorporó en su asiento.

Ella estaba detrás de El Ángel Caído.

Duncan West era para muchos el mejor periodista de Londres, y una mente sagaz como la suya no pasaba por alto la verdad por muy rara que fuera.

Lady Georgiana Pearson, hermana del duque de Leighton, poseedora de una dote lo bastante grande como para comprar Buckingham Palace, y supuestamente desesperada por ver restaurada su reputación —algo que él se había ofrecido a asegurarle— se dirigía directa al club masculino más notorio de Gran Bretaña. Y que era precisamente su club. Él detuvo el carruaje justo antes de tomar la última curva que conducía a la entrada trasera de El Ángel, saltó del pescante y recorrió el resto del camino a pie porque no quería llamar la atención sobre su presencia. Si ella era vista allí, su reputación quedaría destruida para siempre. Ningún hombre se casaría con ella y su hija no tendría futuro. Era un riesgo de proporciones escandalosas

«Entonces, ¿qué está haciendo esa mujer?».

West se mantuvo entre las sombras, apoyado en la pared del callejón, viendo cómo se detenía el enorme carruaje negro con su ocupante todavía en el interior. Se dio cuenta de que el vehículo no llevaba marcas, nada que llamara la atención. Solo reconoció al enorme cochero, que bajó del pescante y se acercó para golpear la pesada puerta de acero que permitía el acceso al club. Se abrió una pequeña ranura, que se cerró de golpe después de que el criado hablara. La puerta se movió, revelando un gran abismo negro: la oscura entrada trasera.

Sin embargo, las puertas del carruaje permanecían cerradas. Bien. Quizá ella estuviera reconsiderando aquella idiotez. Quizá no se bajaría. Aunque lo haría. Sin duda lo habría hecho antes. Seguramente tendría acceso fácil a ese club, propiedad de los hombres más oscuros de Londres, cualquiera de los cuales podría destruirla sin vacilar. Debía detenerla. Se movió, se alejó de la fachada preparado para cruzar hasta las caballerizas, abrir la puerta del vehículo y hacerla razonar. Pero el conductor fue más rápido y estaba más cerca que él. Lo vio abrir la puerta y colocar los escalones. West vaciló, esperando que ella saliera. Ver sus blancas faldas y el escarpín de plata inocente cuya imagen se había quedado grabada a fuego en su mente. Pero el zapato que surgió no era inocente. Era pecaminoso. De tacón alto —aunque estaba demasiado oscuro para decir de qué color con la escasa luz— y realzaba un pie delgado y largo perfectamente arqueado. West salió de su escondite junto al muro y pasó la mirada del pie al tobillo y, por último, a un mar de seda del color de la medianoche, una masa de tejido que terminaba en un corpiño encorsetado y escotado que servía de escaparate a un pecho diseñado

para que cualquier hombre salivara. De hecho, tragó saliva. Entonces el resto de ella quedó iluminado por la luz. Labios pintados, ojos delineados, brillante pelo platino. Una peluca de brillante cabello rubio platino. La reconoció al instante y maldijo en la oscuridad. La sorpresa pronto dio paso al agudo placer que acompañaba el descubrimiento de una historia extraordinaria.

Lady Georgiana Pearson no era una inocente. Era la mejor fulana de Londres.

Ella era su respuesta.

Capítulo 4

«... Lady G, que puede no ser considerada una dama pero se comportó con la gracia y el aplomo requeridos para serlo en el baile W, atrajo la atención de al menos un duque y media docena de aristocráticos caballeros a la caza de esposa…».

«...Parece que lady M y sus secuaces están en baja forma esta temporada, con ganas de desnudar a cualquiera que intente acercarse. Caballeros de la sociedad, cuidado… la hija del conde de H. carece de la elegancia que poseen algunas de sus amigas...».

El folleto de los escándalos, *20* de abril de 1833

La noche siguiente, Georgiana entró en sus habitaciones en la planta alta del club, sorprendiendo a Asriel, uno de los guardias de seguridad de El Ángel, que estaba allí sentado, leyendo en silencio.

Él levantó en un movimiento fluido su metro noventa de altura, enorme como una montaña, con los puños cerrados amenazadoramente.

—¡Soy yo! —le devolvió ella el saludo.

—¿Qué pasa? —preguntó él entrecerrando los ojos.

Ella miró hacia la puerta cerrada que él custodiaba.

—¿Ella está bien?

—No ha emitido un solo sonido desde que se retiró.

El alivio hizo que dejara de notar aquella presión en los pulmones.

«¡Dios!».

Por supuesto que Caroline estaba bien. La protegían media docena de puertas cerradas y otros tantos hombres en los pasillos, además de Asriel, que trabajaba en El Ángel casi desde el principio.

No importaba. Cuando estaba en Londres, Caroline corría peligro. Georgiana prefería que estuviera en Yorkshire, a salvo de miradas indiscretas y chismes, de susurros e insultos llenos de odio; allí podía jugar como una niña normal. Y cuando venía a la ciudad, prefería que se alojara en casa de su tío, lejos del club. Lejos de los pecados de su madre. Y de los de su padre. Pensar en eso dolía. Los pecados del padre nunca parecían hacer tanto daño. Eran los de la madre los que conducían a la ruina en esas situaciones. La madre quien los pasaba a la niña, como si no hubieran sido dos los que estuvieron involucrados en el acto. Por supuesto, Georgiana no había vuelto a pronunciar su nombre después de que la dejara. Nunca quiso que nadie supiera la identidad del hombre que había destrozado su futuro y arruinado su nombre. Su hermano se lo había preguntado una y mil veces; había prometido vengarse por ella; quería destruir al hombre que la dejó embarazada y nunca miró atrás. Pero ella se había negado a decir quién era.

Después de todo, no era el culpable de su ruina. Ella se acostó con él en el pajar porque quiso, en plenitud de facultades. No fue Jonathan quien la destruyó. Fue la sociedad. Ella había roto las reglas, y la habían rechazado.

No llegó a ser presentada, no tuvo oportunidad de demostrarse a sí misma que era digna.

Nunca creyó en la objetividad de la prueba; la habían juzgado y condenado de antemano. El escándalo que ella protagonizó y la historia que contaron fueron el entretenimiento de la sociedad.

Todo porque había sido víctima de un cuento, un cuento diferente, bonito y absolutamente ficticio.

«El amor».

A la sociedad tampoco le preocupó eso. Ni a su familia o sus amigos. Se había exiliado por salvar a su hermano, aunque el duque también se había casado con un escándalo y, al hacerlo, perdió el respeto de su madre. De la sociedad.

Y ella se había prometido a sí misma conseguir que la sociedad estuviera en deuda con ella. Se había dedicado a recopilar información para ser más poderosa que ellos y, cuando le debían dinero que no podían pagar, no dudaba en usarla para destruirlos. Todo ese mundo —el club, el dinero y el poder— tenía un solo propósito. Oprimir al mundo que la había rechazado hacía tantos años. Que le había dado la espalda, dejándola sin nada.

No sin nada.

Caroline.

Ella lo era todo.

—Odio cuando está aquí —dijo más para sí misma que para Asriel. Él la conocía lo suficiente como para no responder. Sin embargo, Georgiana no era capaz de renunciar a que Caroline estuviera en Londres cada pocos meses. Se decía que era porque quería que su hija conociera a su tío, a sus primos. Pero no era cierto.

Georgiana la hacía ir a Londres porque no soportaba el vacío que sentía cuando la niña estaba lejos. Porque jamás estaba tan satisfecha como cuando ponía la mano en la espalda de su hija dormida y sentía el ritmo de su aliento, su sueño lleno de promesas. Lleno de todo lo que ella no tenía, de todo lo que había prometido dar a su hija.

«¿No sueña que un matrimonio de conveniencia se acabe convirtiendo en uno por amor?».

Las palabras que había escuchado la noche anterior llegaron con indeseada rapidez, como si Duncan West estuviera con ella de nuevo, alto y guapo, con el cabello rubio cayéndole sobre la frente y pidiendo que se lo peinara hacia atrás, que se lo tocara. Aquel hombre era guapo hasta un grado peligroso, en gran parte porque era muy inteligente; poseía una mente capaz de entender más de lo que se decía y ojos que veían más de lo que se revelaba. Y su voz, ronca y profunda, subía y bajaba susurrante, acunando su nombre después de musitar el título honorífico que ella rara vez usaba.

«Dan ganas de escucharlo durante horas».

Se resistió a la idea. No tenía tiempo para escuchar a Duncan West. Él le había hecho una generosa oferta para ayudarla, y eso era todo lo que necesitaba. Nada más.

No quería nada más.

«Mentirosa».

La palabra la atravesó, pero la ignoró. Volvió a concentrarse en su hija. En la promesa que había hecho para darle una vida. Un futuro.

Habían pasado diez años desde que Caroline fue concebida y Georgiana huyó del mundo para el que había sido criada. Diez años desde que la sociedad las había condenado a ambas. Durante los años posteriores, había levantado ese imperio sobre la verdad más grande de la sociedad: ninguno de sus miembros estaba demasiado lejos de la ruina. Ninguna de esas burlonas, horribles e insultantes personas sobreviviría si revelaba sus secretos.

Se había asociado con tres aristócratas caídos, más fuertes e inteligentes que el resto de sus iguales y que también estaban arruinados. Tan desesperados como ella por ocultarse de la sociedad.

Y lo hicieron juntos. Bourne, Cross, Temple y Chase convirtieron a los más poderosos hombres y mujeres de Londres en sus esclavos. Descubrieron sus verdades más oscuras. Sus secretos más profundos. Pero fue solo Chase el que reinó, en parte porque solo Georgiana era la única totalmente incapaz de regresar al seno de la sociedad.

La humillación a la que se enfrentaban los hombres de la aristocracia podía limpiarse cualquiera que fuera el error cometido. Los títulos compraban respetabilidad, incluso los que habían caído en desgracia.

¿Acaso no lo había demostrado?

Ella había elegido a sus socios por los errores que habían cometido cuando eran jóvenes y estúpidos. Bourne había perdido toda su fortuna; Cross eligió una vida de juego y prostitución en vez de enfrentarse a sus responsabilidades; Temple se había despertado en la cama de la prometida de su padre. Ninguno de ellos merecía el castigo que les infligió la sociedad.

Y cada uno había recuperado su lugar más rico, más fuerte y poderoso.

«Y enamorado…».

Se resistió a la idea. El amor había sido algo secundario. Sus socios habían recuperado el lugar que les correspondía porque ella les proporcionó la manera de hacerlo. Georgiana tenía la suerte de tener un hermano que, a pesar de todos sus defectos, estaba dispuesto a hacer lo que ella le pidiera. Capaz de conseguir cualquier invitación, de proporcionar cualquier tapadera. Se sentía en deuda con ella.

El escándalo de Georgiana había dado a su hermano la libertad para casarse con la mujer que había elegido y él le había facilitado a ella algo mucho más valioso… un futuro. Podría no volver a ser aceptada en la sociedad, pero además ahora tenía el poder necesario para destruirla. Había planeado y trazado su venganza durante años —desde el momento en que les mostró la verdad —, les podría haber demostrado que sin ella, la chica que habían desechado sin más, no eran nada. Solo que no podía. Por mucho que los odiara, los necesitaba. No solo a ellos. «Lo necesito a él».

El hermoso rostro de West apareció de nuevo en su mente, poderoso y de sonrisa perezosa. Aquel hombre era demasiado arrogante para su propio bien. Y esa arrogancia la tentaba más de lo que debería.

Representaba todo lo que ella no deseaba. Lo que no necesitaba. No tenía título, ni siquiera de caballero, provenía de ninguna parte, era aceptado por los de la élite por su riqueza y nada más. Por el amor de Dios, si hasta tenía una carrera. Era un milagro que le permitieran estar a este lado de Regent Street. Georgiana necesitaba su ayuda para una sola cosa: asegurar el futuro de Caroline.

La puerta que había detrás de Asriel se abrió y reveló a su hija, iluminada a contraluz por una serie de velas encendidas.

—Me pareció haberte oído.

—¿Por qué estás despierta?

Caroline movió un libro de cuero rojo.

—No puedo dormir. ¡Pobre mujer! ¡Su marido la obligó a beber vino en la calavera de su propio padre!

Asriel abrió mucho los ojos.

Caroline se volvió hacia él.

—Yo opino lo mismo. No es de extrañar que ella frecuente el lugar. Aunque, si te soy sincera, yo me iría tan lejos como fuera posible.

Georgiana le arrancó el libro de las manos.

—Creo que podemos encontrar una lectura más adecuada para antes de dormir que —leyó la portada del libro— *Los fantasmas del Castillo de Teodorico*, ¿no crees?

—¿Qué me sugieres?

—Sin duda habrá algún libro con poesía infantil, ¿verdad?

—No soy una niña —replicó Caroline poniendo los ojos en blanco.

—Claro que no. —Georgiana sabía cuándo no debía discutir—. ¿Una novela quizá? ¿Una que incluya un romance con un príncipe azul, un castillo encantado y un felices para siempre jamás?

La muchacha volvió a poner los ojos en blanco.

—No sabré si este tiene un final feliz para siempre a menos que lo termine. Y sí hay un romance.

Georgiana arqueó las cejas.

—El marido en cuestión no me parece un héroe muy viable.

Caroline hizo un gesto con la mano.

—Oh, no se trata de él. El marido es un monstruo. El héroe es otro fantasma. Vivió doscientos años antes y están muy enamorados.

—¿Dos fantasmas? —preguntó Asriel clavando los ojos en el libro.

—A través del tiempo —asintió Caroline.

—¡Qué inconveniente! —exclamó Georgiana.

—Sí. Solo pueden verse una noche al año.

—¿Y qué hacen juntos? —se interesó Asriel. Georgiana lo miró con los ojos abiertos como platos. El hombre, a pesar de ser enorme como una casa y silencioso como una tumba, estaba totalmente enfrascado en aquella discusión sobre novelas románticas.

Caroline sacudió la cabeza.

—No está claro. Pero al parecer es algo bastante escandaloso, así que supongo que se trata de algún tipo de manifestación física de su pasión. Aunque si tenemos en cuenta que son fantasmas… no sé cómo funciona.

Asriel se atragantó.

Georgiana arqueó una ceja.

—Caroline.

La niña sonrió.

—Es tan fácil sorprenderlo.

—Tú eres lo que se conoce como precoz. —Georgiana entregó el libro a Asriel—. Y por tanto deberías recordar que soy más vieja, más sabia y más poderosa. Acuéstate.

—¿Y mi libro? —preguntó con los ojos brillantes.

Georgiana reprimió una sonrisa.

—Es posible que te lo devuelva mañana. Asriel lo custodiará mientras tanto.

—Capítulo quince —susurró la niña al gigante—. Mañana hablaremos sobre ello.

Asriel gruñó con fingido desinterés, pero no lo rechazó.

—Entra —ordenó ella a la niña, señalando la habitación.

Caroline obedeció y ella la siguió para vigilar cómo se metía en la cama. Luego se inclinó y subió las mantas hasta cubrirle los hombros.

—Debes entender que cuando te inviten a diversos eventos sociales…

La niña gimió.

—Cuando te inviten a ciertos eventos sociales… no podrás hablar de manifestaciones físicas de ningún tipo. —Hizo una pausa—. Y es mejor no mencionar nada referente a beber sangre de calaveras humanas.

—Era vino.

—Dejémoslo en no beber de calaveras.

Caroline la miró fijamente.

—Los eventos sociales parecen muy aburridos, mamá.

—No lo son, ¿sabes?

—¿No lo son? —repitió la niña con sorpresa.

Georgiana sacudió la cabeza.

—No lo son. En realidad son muy entretenidos si… —Vaciló. «Si eres bien recibida» no parecía un final adecuado para la frase. En particular si tenía en cuenta que Caroline no lo sería —. Si estás interesada en esa clase de cosas.

—¿Lo estás? —preguntó Caroline en voz baja—. ¿Estás interesada en la sociedad?

Georgiana titubeó. A ella le había interesado. Adoró los pocos bailes a los que había sido invitada. Todavía recordaba el vestido que había llevado al primer baile, la manera en que las faldas giraban a su alrededor. La manera en que había coqueteado recatada, bajando la mirada y sonriendo con timidez cada vez que un chico la invitaba a bailar.

Caroline se merecía tener esos recuerdos. El vestido. Los bailes. La atención. Merecía quedarse sin aliento bailando el *reel*, sentirse orgullosa cuando alabaran su tocado. Sentir cómo se le aceleraba el corazón cuando conociera a alguien con una hermosa mirada azul que resultara ser su ruina.

Georgiana sintió un ramalazo de pavor. Caroline conocía su pasado; sabía que no tenía padre. Sabía que ella estaba soltera y quería suponer que conocía las consecuencias de ello. Que su reputación, por ser su hija, estaba oscurecida por la relación que tenían, y que había sido así desde que nació. Necesitaba más que una madre y una variopinta colección de aristócratas con reputaciones cuestionables para salvarla. Para conseguir la aprobación de la sociedad.

Y, sin embargo, Caroline no había reconocido esas verdades ni una sola vez. Jamás —ni siquiera en esos momentos frustrantes que cualquier chica tenía con su madre— había dicho una palabra que indicara que se sentía resentida hacia las circunstancias de su nacimiento. Que deseaba otra vida.

Pero eso no significaba que no la quisiera. Ni tampoco significaba que Georgiana no hiciera todo lo posible para ofrecérsela.

—¿Mamá? —dijo Caroline, trayéndola de vuelta al presente—. ¿A ti te interesa la sociedad?

—No —repuso ella, inclinándose para besarle la frente—. Solo sus secretos.

Transcurrió un largo momento mientras Caroline consideraba las palabras.

—A mí tampoco —dijo finalmente con total convicción.

Era mentira. Georgiana había sido niña también y estaba llena de esperanzas e ideas. Sabía lo que su hija soñaba en los momentos de tranquilidad. En la oscuridad de la noche. Lo sabía porque había soñado con las mismas cosas. Matrimonio. Una vida llena de felicidad, bondad y complicidad. Llena de amor. «Amor».

La palabra llegó acompañada con una oleada de amargura.

No se trataba que no creyera en la existencia de esa emoción. Después de todo no era tonta.

Sabía que era real. Lo había presenciado y sentido muchas veces. Quería a sus socios, adoraba a su hermano. Amaba a las mujeres que la habían ayudado durante todos esos años, que la habían protegido cuando arriesgó su seguridad huyendo a la carrera. Quería a su hija de una manera que no creía posible.

Y hubo un momento en que había pensado que amaba a otra persona. Cuando consideraba que la había hecho sentirse invencible; cuando la hizo pensar que podría conquistar el mundo por la forma en que se sentía. Que juntos podían conquistar el mundo. Había confiado en ese sentimiento, cuando confiaba en el chico que la hizo sentir así. Pero él le rompió el corazón. La dejó sola. Así que sí, creía en el amor. Era imposible no creer en él cada vez que miraba la cara de su hija. Pero también comprendía el riesgo que acarreaba… tenía el poder de destruirla. De consumirla. Era el origen del dolor y el miedo, y podía llegar a transformarse en una infinita impotencia. Podía reducir a una mujer y convertirla en una niña con una sonrisa tonta, ayudar a soportar el peso del insulto y la vergüenza con la infinitesimal esperanza de que su dolor pudiera salvar a alguien que amaba.

El amor era un asco.

—Buenas noches, mamá. —Su hija la arrancó de su ensimismamiento.

Miró a Caroline, cubierta por la manta hasta la barbilla, resultaba a la vez demasiado joven y demasiado vieja.

Georgiana se inclinó para besarla en la frente.

—Buenas noches, mi niñita.

Salió de la habitación, cerrando la puerta con cuidado antes de volverse hacia Temple, que ahora estaba de pie junto a Asriel, en el pasillo.

—¿Qué pasa?

—Dos cosas —dijo el duque, en tono serio—. Primero, Galworth está aquí.

El vizconde Galworth tenía una deuda enorme en El Ángel. Ella cogió el dosier que le ofrecía Temple y lo hojeó.

—¿Viene dispuesto a pagar?

—Dice que tiene poco que ofrecer.

Georgiana arqueó una ceja sin levantar la vista de aquel informe.

—Tiene una casa en la ciudad, y la propiedad en Northumberland le proporciona dos mil libras al año. Algo es algo.

Temple arqueó las cejas.

—No sabía nada de esa propiedad.

—Nadie lo sabe —repuso ella, pero el trabajo de Chase era, precisamente, saber más que nadie sobre los miembros de El Ángel Caído.

—Ha ofrecido algo más.

Ella levantó la vista.

—No me lo digas. Su hija.

—Se la ofrece de mil amores a Chase.

No era la primera vez. Con demasiada frecuencia, la aristocracia tenía una absoluta falta de respeto hacia sus hijas y no le importaba entregarlas alegremente en brazos de hombres desconocidos con reputaciones peligrosas. En el caso de Chase, esa ofrenda en particular nunca era bien recibida.

—Dile que Chase no está interesado en su hija.

—Me gustaría decirle que se arrojase desde un maldito puente —repuso el antiguo pugilista.

—Tú mismo. Pero antes consigue las tierras.

—¿Y si no está de acuerdo?

Ella le miró a los ojos.

—Entonces nos debe siete mil libras. Y Bruno se sentirá libre de embargarle cuando guste. —El descomunal guardia de seguridad disfrutaba castigando a los hombres que se lo merecían. Y eso comprendía a casi todos los clientes de El Ángel.

De hecho, casi todos los aristócratas lo merecían.

—También vale la pena recordarle que si nos enteramos de que planea hacer algo que no sea casar a su hija con un hombre decente, haremos correr toda la información relativa a él y a ciertas carreras de caballos. Díselo, no te olvides.

Temple arqueó las cejas oscuras.

—Jamás deja de sorprenderme lo cruel que puedes llegar a ser.

Ella sonrió con dulzura.

—Jamás te fíes de una mujer.

—Al menos no de ti —se rio él.

—Si no deseaba que se supiera toda esa información, no debería haber jugado en el club. —Se movió para salir de la habitación, pero se volvió cuando llegó a la puerta—. Has dicho dos cosas.

Él asintió con la cabeza.

—Tienes un visitante.

—No me interesa. Atiéndelo tú mismo. —No sería la primera ni la última vez que otro de los propietarios acudía a un encuentro destinado a Chase.

Temple sacudió la cabeza.

—No quiere ver a Chase. Insiste en reunirse con Anna.

Tampoco sería la primera ni la última vez que un hombre bebía demasiado en el club y quería ver a Anna.

—¿De quién se trata?

—De Duncan West.

Contuvo la respiración, odiando la manera en que el nombre la afectó, como si fuera una adolescente inmadura.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Dice que ha venido a verte —repuso. Ella percibió la curiosidad en su tono, que igualaba la suya.

—¿Para qué?

—No lo ha dicho —confesó el duque, encogiéndose de hombros—. Solo dijo que quería verte.

Quizá fuera por culpa de la melancolía que había sentido en la habitación de Caroline. O quizá porque Duncan West había visto su cara más débil la noche anterior y, aun así, se había mostrado de acuerdo en ayudarla para regresar a la sociedad. O quizá fuera era porque se sentía muy atraída por él, a pesar de saber que no era lo más prudente.

—Dile que me reuniré enseguida con él. —Georgiana no supo la razón de que hubiera respondido eso.

Esperó un cuarto de hora, tomándose un momento para asegurarse de que el maquillaje estaba perfecto. Satisfecha con su aspecto exterior, Georgiana atravesó la red de pasadizos que conectaban sus habitaciones en la primera planta del club, desbloqueando y volviendo a cerrar

las puertas con cuidado para asegurarse de que nadie podía llegar hasta Caroline.

Cuando por fin abrió la puerta que daba acceso al club, soltó un largo suspiro. Había algo muy liberador en jugar a ser ligera de cascos, aunque jugar no era precisamente el verbo que Georgiana usaría para describir el papel que interpretaba cuando era Anna. Después de todo, cuando una llevaba un tiempo usando las sedas y satenes que cubrían a una célebre prostituta, tendía a meterse en el papel. Casi en su totalidad. Menos en el significado más evidente. No se había planteado evitar ese aspecto en concreto, después de todo, cuando una mujer había dado a luz un niño, la virtud ya la había perdido. Tampoco era por falta de oportunidades; la mitad de la población masculina de Londres se había acercado a ella en un momento u otro.

Sencillamente, no había ocurrido.

Lo cual servía para sus propósitos. Que ningún hombre del club hubiera sido capaz de relatar que había pasado tiempo con ella, había hecho crecer su leyenda. Ahora era conocida por ser una fulana experta, protegida por los propietarios del club y más cara de lo que cualquier cliente de El Ángel podía permitirse.

La leyenda también le ofrecía protección, otorgándole la libertad necesaria para pasearse por la sala de juego, interactuar con los presentes y jugar sin temor a que la amenazaran. Ningún miembro del club estaba dispuesto a arriesgar la posibilidad de entrar en El Ángel Caído por disfrutar de Anna.

Accedió a la sala de juego. Adoraba el enorme salón lleno de jugadores, mesas, cartas, dados, victorias y derrotas. Cada rincón, cada centímetro del lugar, formaba parte de sus dominios.

Era un placer embriagador estar en ese sitio perfecto para el pecado, el vicio y los secretos. La multitud influía en el entusiasmo que sentía al vibrar llena de deseo, nervios y codicia. Incluso el hombre más rico y poderoso se podía sentar allí noche tras noche, con los bolsillos llenos de dinero y mujeres colgando de sus brazos y jugar, sin saber nunca si el azar le sonreiría… sin saber ni reconocer que jamás podría superar a El Ángel. Jamás ganaría lo suficiente como para reinar allí. El Ángel Caído tenía su monarca. Era la codicia lo que los mantenía allí. La desesperación por obtener dinero, lujo… por ganar. Todos los clientes se veían impulsados por ella y se dejaban llevar sin reconocer el deseo que corría por sus venas. Y debido a ello, el club era el más notorio y deseado de Londres.

Así como White’s, Brook’s o Boodle’s eran públicos e inocentes, el Ángel era para los hombres hechos y derechos. Y para poder acceder al club, revelaban todos sus secretos. Esa era la tentación del pecado. Y era una hermosa tentación.

Su mirada se posó en las mesas que cubrían el centro del salón. Allí, las ruletas giraban para que las bolas pasaran del negro al rojo y premiaran algunas de las apuestas dispuestas sobre los tapetes. Era su lugar favorito del casino, el centro de todo, donde podía estudiar lo que poseía desde su corazón. Adoraba el sonido de las bolas de marfil en las ruedas de caoba, el ruido cuando caían en una casilla, el aliento contenido colectivamente por los jugadores de la mesa.

La ruleta era como la vida; su absoluta imprevisibilidad resultaba muy gratificante cuando proporcionaba una victoria. Se volvió lentamente sobre sí misma, buscando a West entre la multitud, resistiendo los latidos de su corazón mientras se entregaba a la emoción de dar caza al hombre que tenía casi el mismo poder que ella. Se resistió también a la forma en la que la hacía sentir, como si hubiera conocido a su igual.

Sabía que debería estar nerviosa ante su llamada, pero no podía contenerse ante la tentación que representaba. Georgiana se veía coartada por el decoro. Anna, sin embargo… Anna podía coquetear. Y se dio cuenta de que tenía ganas de ver de nuevo a ese hombre.

El pensamiento apenas estaba formándose en su mente cuando fue capturada por la espalda, y unos brazos de acero le rodearon la cintura, levantándola del suelo. Resistió las ganas de gritar de sorpresa cuando comenzaron a hablarle al oído.

—Vaya, vaya, tenemos aquí un caramelito.

Estaba atrapada contra aquel hombre, en mitad del salón de juego, con unos veinte hombres alrededor, hombres que carecían del valor o la estupidez necesarios para acercarse a ella, y que se pusieron de pie, mirándola con la boca abierta. Ninguno acudió en su defensa. Observó que un crupier cercano metía la mano debajo de la mesa, sin duda para tirar de la cuerda que haría sonar una campana en cierta habitación de la planta superior.

Sabiendo que habían llamado a seguridad, Georgiana giró la cabeza para identificar al hombre que la había atrapado.

—Barón Pottle —dijo con calma, dejándose caer en sus brazos—. Le sugiero que me deje en el suelo antes de que uno de los dos resulte herido.

Él la alzó en sus brazos, haciendo balancear sus pies en el aire en medio de un revoloteo de faldas y enaguas para dejar a la vista los tobillos, que recibieron una lasciva mirada colectiva.

—No tengo en mente hacerte daño, cariño —dijo él.

Ella alejó la cabeza del aliento con olor a alcohol.

—Sin embargo, sufrirá alguno si no me suelta.

—¿Quién se atreverá a tal cosa? —El barón arrastraba las palabras—. ¿Chase?

—Todo es posible.

Pottle rio.

—Chase no ha aparecido en público durante los últimos seis años, cariño. Dudo que lo haga por ti —predijo, inclinándose—. Además, te gustará lo que tengo para ti.

—Lo dudo mucho. —Ella se retorció entre sus brazos, pero él era más fuerte de lo que parecía, ¡maldito fuera! Aquel aristócrata borracho iba a besarla. Lo vio lamerse los labios y acercarse todavía más, obligándola a estirarse hacia atrás. Pero una mujer prisionera en los brazos de un hombre solo podía escapar hasta un punto—. Barón Pottle —advirtió ella—, esto no acabará bien. Para ninguno de los dos.

La multitud se rio, pero nadie acudió en su ayuda.

—Vamos, Anna. Los dos somos adultos. Y eres una profesional —dijo Pottle, acercando los labios a su pelo—. Me gustaría montarte. No es como si no fuera a pagarte… y con creces. Además, ¿quién me lo va a impedir?

Fue entonces cuando Georgiana se dio cuenta de que ni siquiera ella, con todo el poder de El Ángel Caído a su espalda, podría detenerlo. No valía la pena luchar por las mujeres con su reputación, con su pasado.

Y, para su sorpresa, fue ese pensamiento, y no la experiencia física, lo que más le afectó. Llegarían los de seguridad, pensó con furia mientras luchaba contra la ira y la frustración, contra la humillación que suponía aquel momento.

Los labios de Pottle estaban casi sobre los de ella. Dos docenas de hombres mal llamados caballeros miraban, sin que ninguno estuviera dispuesto a ayudarla.

Cobardes. Todos y cada uno.

—Suelta a la dama.

Capítulo 5

«…dicho esto, quizá los cazadores de dotes deberían tener motivos para preocuparse, ya que el encanto y la gracia de lady G. amenaza con obligar a la sociedad a olvidar su pasado y en su lugar prometerle un brillante futuro…».

«… nos han llegado noticias de que cierto barón P. está durmiendo la mona y lamentando lo ocurrido anoche en cierto club. Recomendamos echar una mirada a su ojo derecho, quizá su brillo amenace con cegar a los incautos… ».

En las páginas de chismes de *El semanal de Britannia,* 22 de abril de 1833

Georgiana odió el alivio que acompañó a aquellas palabras, a la seguridad que transmitían.
Miró por encima del hombro de su captor y se topó con la furiosa mirada castaña de Duncan West y el alivio disminuyó un poco. ¿Es que era el único hombre de la creación?

Justo detrás de ese pensamiento, llegó otro. Él estaba viéndole los tobillos. Francamente, podía vérselos el resto de la cristiandad, pero que se los viera él sí le importaba.

«¿A quién demonios le importa?».

O, más bien, ¿por qué le preocupaba?

West interrumpió sus pensamientos.

—No quiero repetirlo, Pottle. Suelta a la dama.

El ebrio barón suspiró.

—No eres nada divertido, West —repuso arrastrando las palabras—. Y además, Anna no es una dama, ¿verdad? Así que dime, venga, ¿qué tiene de malo?

West apartó la mirada un instante.

—Por sorprendente que pueda resultar, estaba dispuesto a dejarte ir. —Se giró, sus ojos brillaban furiosos y concentrados en su objetivo.

Georgiana era lo suficientemente inteligente como para apartarse de su camino antes de que el golpe aterrizara con un fuerte crujido, rápido y más potente de lo que esperaba. Pottle cayó al suelo con un aullido mientras se cubría la nariz con las manos.

—¡Jesús, West! ¿Qué demonios te pasa?

Duncan se inclinó sobre su oponente y le agarró por la corbata, levantándole hasta que sus ojos quedaron a la misma altura.

—¿Acaso te ha dicho la dama —hizo una pausa para darle énfasis a la palabra— que la toques?

—¿No has visto cómo va vestida? —chilló Pottle mientras la sangre le resbalaba por la nariz —. Está pidiendo que la toquen y mucho más.

—Respuesta incorrecta. —El siguiente golpe fue tan feroz como el primero, y lanzó hacia atrás la cabeza de Pottle—. Vuelve a intentarlo.

—West. —Uno de los colegas de Pottle habló desde la barra, disculpándolo—. Se obcecó. Nunca lo habría hecho si no estuviera borracho.

Una excusa estúpida. Georgiana se resistió al impulso de poner los ojos en blanco.

West ni la miró. Levantó al hombre tirado en el suelo mientras respondía.

—Entonces, no debería beber. Vuelve a intentarlo —ordenó de nuevo, con voz fría e inquietante incluso para ella.

Pottle hizo una mueca.

—Ella no lo pidió.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —repuso Pottle confundido.

West volvió a levantar el puño.

—¡No! —exclamó Pottle, alzando las manos para protegerse el rostro—. ¡No lo hagas!

—Continúa —le instó West. Su voz era ronca, oscura y amenazadora, todo lo contrario a su calma habitual.

—No debería haberla tocado.

—Ni besado —añadió West al tiempo que la miraba a ella.

En sus ojos había algo más que ira, pero desapareció antes de que ella pudiera identificarlo. West había visto que Pottle la besaba. Georgiana notó que comenzaban a arderle las mejillas y agradeció los polvos pálidos que ocultaban aquella oleada de calor.

—Ni besado.

—Repetiría cualquier cosa que le diga en este momento —intervino ella con más valentía de la que sentía—. Pídale que recite una poesía infantil.

West la ignoró a ella y a las risas que provocó en el círculo de hombres que los rodeaban.

—¿Estás ya más sobrio? —preguntó a su enemigo.

Pottle se llevó los dedos a la sien y presionó como si no fuera capaz de recordar dónde estaba.

—Lo estoy —juró con firmeza.

—Pídele disculpas a la dama.

—Lo siento —musitó el barón.

—Repítelo mirándola a los ojos. —Las palabras de West resonaron como un trueno, amenazadoras e inevitables—. Y dilo en serio.

Pottle la miró suplicante.

—Anna, lo siento. No era mi intención ofenderte.

Le tocaba a ella hablar y, por un momento, se olvidó de su papel cautivada también por el acto que se desarrollaba ante ella. Por último, brindó al barón su mejor sonrisa.

—Oliver, tome menos *whisky* la próxima vez —dijo ella, usando deliberadamente el nombre de pila del barón—. Quizá entonces tenga alguna oportunidad —miró a West, que seguía bastante iracundo—, tanto conmigo como con el señor West.

El periodista soltó a Pottle, que cayó desmadejado en el suelo del casino.

—Largo. Y no vuelvas hasta que hayas recuperado tus facultades.

Pottle se escabulló, retrocediendo como un cangrejo escapando de la marea y, por fin, se apoyó en manos y rodillas y se puso en pie para desaparecer de la escena que había provocado.

West se concentró entonces en ella. Estaba acostumbrada a que los hombres la miraran. Lo había experimentado cientos de veces. Miles. Sabía sacar partido de ello. E incluso así, ese hombre y su pausada valoración la inquietaron. Contuvo el impulso de moverse nerviosa y se limitó a poner las manos en las caderas, todavía temblorosas.

—Mi héroe —dijo con bastante honestidad a pesar de disfrazar las palabras con fingido sarcasmo.

Él arqueó una ceja rubia.

—Anna…

Y en ese sonido, en ese simple nombre —el diminutivo que había elegido para dotar a esa versión falsa de un poco de sí misma— notó algo que no había percibido antes en él.

Deseo.

Se quedó helada. Y luego de pronto, sintió mucho calor.

«Él lo sabe».

Lo sabía. Habían hablado un centenar de veces. Ella actuaba de emisaria de Chase, había llevado mensajes entre West y el fundador de El Ángel Caído durante años. Y nunca la había mirado con nada más que vago interés. Nunca había mostrado deseo. Él lo sabía. Notó que West volvía a mostrar su frialdad habitual y se preguntó si no estaría volviéndose loca. Quizá él no lo supiera.

«Quizá solo deseas que lo sepa». Tonterías. Estaba malinterpretando la situación. Él había luchado por ella y los hombres que defendían el honor de las damas a menudo sentían una extrema necesidad de atención. Era así de simple, se dijo. A fin de cuentas, la violencia y el sexo eran las dos caras de la misma moneda, ¿verdad?

—Imagino que deseas alguna muestra de agradecimiento.

Él entrecerró los ojos.

—Detente.

La palabra la atravesó, poniéndola todavía más nerviosa que cuando se encontró entre los brazos del barón Pottle. No sabía qué decir. ¿Cómo debía responder?

Alzó la mano y tomó el control del momento. Como había hecho desde que apareció unos minutos antes. Miró el brazo extendido durante un instante eterno, apoyó los dedos en la cadera y se mordisqueó el labio rojo en beneficio de la audiencia.

Pero a Duncan West no le importaba un bledo la gente. La cogió de la mano y la arrastró a una de las estancias anexas que tenía las cortinas corridas, buscando una oscuridad llena de promesas. En el interior, él la volvió para mirarla bajo la luz de la única vela encendida en la pared y luego la soltó. Aquella iluminación estaba pensada para que el espacio resultara oscuro y seductor. Para obligar a cualquier pareja que estuviera en el interior a acercarse mucho y mirarse de cerca.

En ese momento, Georgiana odió esa vela. Le parecía tan brillante como el sol, amenazaba con dejarla al descubierto.

«¿Y si él es consciente de la verdad?».

Se resistió a la idea. Había vivido como Georgiana, hermana de un duque e hija de otro, y, aunque exiliada de la ciudad, la había visitado de manera periódica durante años. Había frecuentado las tiendas de Bond Street, caminado por Hyde Park, visitado el Museo de Londres y nadie se había dado cuenta nunca de que era la misma mujer que reinaba en El Ángel Caído.

La aristocracia veía lo que quería ver.

«Todo el mundo lo hace».

Y fuera el periodista más inteligente de Gran Bretaña o no, Duncan West no era diferente.

Le dedicó su sonrisa más provocativa.

—Ahora que me tienes aquí, ¿qué vas a hacer conmigo?

Él sacudió la cabeza, negándose a jugar con ella.

—No deberías haber estado ahí sola.

Ella frunció el ceño.

—Estoy ahí sola todas las noches.

—Pues no deberías estarlo —repitió él—. Y que Chase te lo permita, no habla bien de él.

No le importaba notar el tono airado de su voz. La censura. La emoción. Algo había cambiado y ella no sabía qué era. Lo miró a los ojos.

—Si no me hubieras solicitado, no habría tenido ninguna razón para pisar el salón de juego.

Ahora la ira brilló también en los ojos de West.

—¿Estás diciendo que fue culpa mía?

Ella eludió el tema.

—¿Para qué quieres verme?

Él hizo una pausa y, por un largo momento, pensó que no respondería.

—Tengo que hacerle una petición a Chase —repuso finalmente.

Georgiana odió la decepción que la inundó al escuchar sus palabras. No era como si hubiera esperado que solicitara la presencia de Anna por alguna otra razón, pero después de haber hablado con él el día anterior, eso era precisamente lo que deseaba. Deseó que estuviera allí para hacerle una petición a ella. Lo que era ridículo, en parte porque ella era Chase, y por tanto, técnicamente, estaba allí para hacerle una petición. Pero por otra parte más pequeña, porque no tenía habilidad alguna para responder a las peticiones de los hombres.

Por desgracia.

Y tampoco le gustaba que West hubiera mencionado a Chase. Era un hombre demasiado sagaz, veía demasiado.

—Por supuesto —respondió, fingiendo agrado—. ¿De qué se trata?

—Tremley —repuso él.

—¿Qué quieres de él?

—Quiero sus secretos.

Georgiana frunció el ceño ante aquella extraña petición.

—Tremley no es miembro del club. Ya lo sabes.

El conde Tremley no era tonto. Jamás pondría un pie en El Ángel Caído, daba igual lo tentadoras que fueran las mesas. Sabía que el precio a pagar era demasiado alto.

Los fundadores del Ángel habían trabajado durante años para conseguir que la invitación para unirse al club fuera la oferta más codiciada de Gran Bretaña, incluso de Europa. A diferencia de otros clubes para caballeros, no había cuotas de afiliación y no se entraba por recomendación de amigos o cohortes; los miembros rara vez sabían por qué estaban invitados al club y se les animaba a no hablar de su pertenencia. Pocos lo hacían, en parte debido al alto precio de la entrada a la sala de juego.

No estaban dispuestos a arriesgarse a que sus secretos se hicieran públicos.

Durante años, Bourne, Cross, Temple y Georgiana —oculta tras las personalidades de Anna y Chase— habían amasado secretos sobre los hombres y mujeres más poderosos de Gran Bretaña. Cada pieza de esa información clandestina privilegiada era entregada libremente a cambio de la distinción de ser miembro del club de juego más oscuro, más prometedor, más pecaminoso. No había nada que El Ángel no pudiera ofrecer a sus clientes, y eran muy pocas las peticiones que los propietarios no concedían.

Esa clase de lujo se proporcionaba a cambio de una información insondable, y la información era la moneda de poder.

Pero el conde de Tremley estaba demasiado relacionado con la corona y no se arriesgaba a que le conectaran de ninguna manera con El Ángel Caído.

—Inténtalo en los otros clubes de la calle —repuso ella en tono burlón—. White’s es más del

agrado del conde.

Él ladeó la cabeza.

—Es posible, pero necesito lo que Chase me puede proporcionar.

Georgiana se sintió intrigada al momento.

—¿Qué es lo que sabes de él?

West arqueó una ceja.

—¿Chase no tiene nada?

El Ángel había tratado innumerables veces de investigar al conde desde que el rey Guillermo ascendió al trono con Tremley como su mano derecha, pero pocos estaban dispuestos a hablar de un hombre con tanto poder político. ¿Acaso se había perdido algo?

Si West pedía esa información, era que algo había. Sin duda.

—No tenemos ningún archivo sobre Tremley —repuso ella. Y era verdad.

Él no la creyó. Lo podía ver en sus ojos, incluso allí, en la penumbra.

—Lo tendréis cuando Chase invite a la esposa del conde al lado de las damas.

Ella se quedó inmóvil al escucharlo.

—No sé a qué te refieres.

Durante los años que llevaba en funcionamiento El Ángel Caído, dirigido por cuatro aristócratas en desgracia que habían acabado convertidos en codiciados hombres públicos, cada uno más rico que el anterior, había habido un segundo club, muy secreto, que operaba bajo las narices de los caballeros y del que no se hablaba. Un club para damas sin nombre ni imagen pública. Nunca se hablaba de él. Y ella no estaba dispuesta a reconocer su existencia.

A West no pareció importarle; se acercó más a ella y el oscuro y pequeño espacio pareció hacerse todavía más pequeño. Más oscuro. Más peligroso.

—Chase no es el único que lo sabe todo, cariño.

Las palabras eran bajas y roncas, y la hicieron vacilar. El placer que proporcionaba escucharlas era poco familiar e inquietante.

—No aceptamos damas. —Se obligó a decir.

Él curvó los labios haciéndola recordar al león sobre el que habían discutido la noche anterior.

—Venga, puedes mentirle al resto de Londres, pero no lo hagas conmigo. Se le ofrecerá un pase a esa dama. Ella será la que negocie con los secretos de su marido… Luego me daréis la información.

Ella se encogió de hombros.

—A Chase no le va a gustar.

Él se inclinó para susurrarle al oído, haciendo que la recorriera un escalofrío.

—Dile a Chase que no me importa dónde juegan las mujeres. —West se retiró para mirarla a los ojos—. Quiero disponer de la información que ofrezca esa dama.

Ella se resistió, curiosa. ¿Por qué le interesaba tanto el conde? ¿Por qué ahora?

—¿Qué es lo que sabes de él?

Él se volvió a inclinar.

—Sé que roba del Tesoro.

Georgiana le miró a los ojos.

—Él, y todos los concejales y monarcas desde Guillermo el Conquistador.

—No es para ayudar en la guerra contra el Imperio Otomano.

—¿Traición? —preguntó sin apartar la mirada pero bajando la voz.

—Ya lo veremos.

—¿Por qué creo que ya lo has visto?

Él desvió la vista.

—Porque veo mucho.

Y de pronto, pareció que estaban manteniendo una conversación totalmente diferente.

—¿Quién puede asegurar que la dama confesará esos secretos?

—Lo hará —dijo él—. Su marido es un bruto. Ella querrá compartir lo que sabe.

—Lo sabes ¿y no haces nada para ayudarla?

—Esto la ayudará —constató.

—¿Qué te hace pensar que ella sabe algo interesante?

—Esa es mi apuesta —confesó él ladeando la cabeza.

—¿Crees que la suerte está de tu lado?

Él esbozó una sonrisa lobuna.

—La suerte lleva once años de mi lado; no tengo ninguna razón para pensar que ha cambiado.

—Parece que llevas la cuenta.

Notó que una sombra atravesaba su expresión antes de desaparecer.

—Pagaré generosamente por la información.

Él también tenía sus secretos. Ese pensamiento la consoló, aunque resistió el impulso de preguntar por ellos en vez de forzar una sonrisa.

—¿Cuán generosamente? —Entrecerró los ojos—. Ojo por ojo, West.

Él la miró durante un buen rato y el aire de la estancia pareció espesarse.

—¿Qué te gustaría a cambio, Anna?

«¿Era su imaginación o había puesto un extraño énfasis en su nombre falso?».

Lo ignoró.

—A mí no tienes que pagarme —dijo con su mirada más pícara mientras se apoyaba en la pared del cuarto, ofreciendo sus pechos al tiempo que le miraba entre las pestañas—. Ya me has dado mucho. Me has salvado de Pottle. —Le brindó su mejor mohín—. Soy una chica afortunada.

Como ella esperaba, él clavó la mirada en sus labios antes de dejarla caer unos centímetros, hasta el escote del vestido.

—¿Qué cuelga de esa cadena?

Ella no sacó el colgante plateado que había debajo del borde del vestido, entre sus pechos, que ocultaba la llave que abría las puertas de las habitaciones de Chase y los accesos a la planta de arriba del club, donde dormía Caroline. Se limitó a sonreír.

—Mis secretos.

Él curvó uno de los lados de la boca al escucharla.

—Sin duda, numerosos.

Georgiana se acercó más a él y dejó deslizar los dedos por la manga de su chaqueta.

—¿Cómo deseas que te dé las gracias, West? ¿Qué quiere mi campeón?

Él se inclinó y ella recordó la pluma que le había robado del tocado. Se preguntó si seguiría allí, en el bolsillo interior. ¿Qué haría él si metiera la mano en la chaqueta y la deslizara por aquel cálido pecho para buscarla?

West interrumpió sus pensamientos.

—Ayer por la noche conocí a una mujer.

Georgiana contuvo el aliento, y rezó con la esperanza de que él no se hubiera dado cuenta.

—¿Tengo que estar celosa? —bromeó.

—Es posible —repuso él—. Georgiana Pearson parece bastante inocente. Envuelta en seda blanca y miedo.

—¿Georgiana Pearson? —fingió sorprenderse al escuchar el nombre, y él se enderezó mientras asentía—. Te aseguro que esa chica no tiene miedo.

Él dio un paso hacia ella, empujándola hacia atrás. Atrapándola contra la pared.

—Te equivocas. Está aterrorizada.

Ella forzó una risa.

—Esa chica es hermana de un duque y tiene una dote tan grande que podría comprar un pequeño país. ¿De qué va a tener miedo?

—De todo —respondió con naturalidad—. De la sociedad. De cómo la han condenado. De su futuro.

—Puede que se preocupe por esas cuestiones pero, desde luego, no tiene miedo de ellas. La has juzgado mal.

—¿Y tú por qué lo sabes?

La había pillado. Él era demasiado hábil con las palabras, con las preguntas. Demasiado irritante con esa figura alta y fibrosa, con esos hermosos y anchos hombros con los que bloqueaba la luz y la ponía nerviosa, pero que también la atraían.

—No lo sé. He leído lo que ponen los periódicos. —Hizo una pausa—. Hace un mes o así salió publicada una caricatura.

La puya acertó de pleno. Escuchó cómo contenía el aliento. Sintió su rigidez casi imperceptible antes de que él levantara un brazo para apoyar la mano en la pared, junto a su cabeza. Acorralándola.

—La había juzgado mal, de eso no cabe duda —comentó él—. Esa mujer no es como esperaba que fuera.

West se inclinó un poco más, acercando los labios a su oído. Su cercanía la hacía perder el control; quería alejarlo y agarrarlo a la vez.

—Le ofrecí mi ayuda.

Georgiana se sintió aliviada.

—No sé por qué piensas que me interesa lo que hagas o dejes de hacer con ella.

En el momento en que dijo aquello se maldijo para sus adentros, multitud de imágenes de lo que podía hacer con ella inundaron sus pensamientos.

Él se rio por lo bajo.

—Te aseguro que lo que haga con ella valdrá la pena verlo. —La miró a los ojos, y ella contuvo el deseo de retroceder. Pero Anna no se amilanaba ante ningún hombre, ni siquiera cuando era lo que quería hacer. Por alguna razón, eran muy pocos los hombres que la hacían sentir tan incómoda como ese, tan apuesto, con su mirada penetrante que leía en su interior.

Georgiana era más alta que la mayoría de las mujeres y con zapatos de tacón añadía varios centímetros a su estatura, pero aún así se veía obligada a alzar la cabeza para poder mirar esa fuerte mandíbula cuadrada, la nariz recta y los mechones de pelo rubio que le caían sobre la frente. Sin duda era el hombre más guapo de Gran Bretaña. Y el más listo. Lo que le hacía muy peligroso. Él se movió, y ella se preguntó si se sentiría tan incómodo como ella.

—No deberíamos estar a solas —dijo él.

—No es la primera vez que estamos solos. —Lo habían estado la noche anterior. En la terraza, cuando él la tentó tanto como en ese instante.

Él arqueó una ceja.

—Sí lo es.

«¡Maldición!». En la terraza, ella era Georgiana. Otra mujer. Otro mundo. Se recuperó del error con rapidez y frunció el ceño como si fingiera pensar hasta que curvó los labios de manera seductora.

—Entonces ha debido ser un sueño.

West entrecerró los ojos.

—Quizá —repuso él con la voz ronca y áspera—. Es un milagro que Chase lo permita.

—No pertenezco a Chase.

—Claro que sí. —Hizo una pausa—. Todos lo hacemos en algún sentido.

—No —insistió ella. Él era la única persona que no estaba en deuda con ella. Ese hombre, cuyos secretos estaban tan bien cuidados como los suyos.

—Chase y yo nos necesitamos mutuamente para sobrevivir —dijo él—. Y parece que tú también lo necesitas.

Georgiana ladeó la cabeza.

—Todos estamos en el mismo barco.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Tú y yo estamos en el mismo barco, sí —convino—, pero Chase fue el que lo construyó y botó al agua. Sea como sea, el barco es nuestro. —Las palabras quedaron interrumpidas por el susurro de la lana de la chaqueta cuando West movió el brazo para apartarle un rizo detrás de la oreja. Ella se estremeció—. Quizá deberíamos navegar lejos. ¿Cómo crees que reaccionaría ante eso?

Ella contuvo el aliento. Durante el tiempo que llevaban trabajando juntos, todas las veces en las que se habían pasado mensajes para el misterioso —e inexistente— Chase, West no la había tocado en ningún momento de una manera que pudiera considerarse remotamente sexual. Pero eso había cambiado.

Georgiana sabía que no debía permitirlo. Que no se lo había permitido antes… a nadie.

«A nadie desde…».

Pero se había preguntado al respecto. Lo había deseado. Y lo admitía, deseaba a ese hombre, guapo como el pecado y el doble de tentador.

Ese hombre, que se ofrecía a ella.

—A él no le gustaría —susurró.

—No, no le gustaría. —West movió los dedos, dejando un reguero de calor en su mandíbula, hasta la línea entre el cuello y el hombro, bajando al hueco de la garganta—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

Las palabras hicieron más intensa la caricia, más suave y tentadora, y ella dejó de respirar bajo sus dedos, que ya regresaban sobre sus pasos por el cuello, haciendo que alzara el rostro hacia el de él. Observó su hermosa boca mientras seguía hablando casi para sí mismo.

—¿Cómo no lo he visto? ¿Olido? ¿Cómo no he sido consciente de la curva de tus labios? ¿De la línea de tu cuello? —Él hizo una pausa y se inclinó más, a punto de rozar su boca—. ¿Cuántos años hace que te conozco?

¡Santo Dios!, iba a besarla.

Quería que la besara.

—Si yo fuera él —susurró Duncan, tan cerca que a ella le dolió la espera—, no estaría demasiado contento.

«¿Si fuera quién?». La pregunta se formó y se disipó al instante, como el humo del opio,

haciendo desaparecer el pensamiento. La estaba drogando con palabras, miradas y caricias. Esa era la razón por la que no quería saber nada de hombres. Pero solo una vez, solo esa vez, quería.

—Si yo fuera él —continuó Duncan pasándole el pulgar por la parte superior del pómulo al tiempo que atraía su cabeza—, no te dejaría ir. Te retendría, milady.

Ella se quedó paralizada al oír esa palabra. El miedo, el pánico la recorrió de arriba abajo. Lo miró buscando alguna pista en la inteligencia de su mirada.

—Lo sabes.

—Lo sé —corroboró él—. Pero no entiendo el porqué.

Él no lo sabía todo. No entendía que la vida que había elegido no era la de Anna, sino la de Chase. No era la de la mujer ligera de cascos, sino la del rey.

—Poder —repuso ella sin mentir.

Él entornó los ojos.

—¿Sobre quién?

—Sobre todos —dijo con sencillez—. Soy dueña de mi vida, no ellos. Me consideran una prostituta, ¿por qué no jugar a serlo?

—En sus narices.

Georgiana sonrió.

—Solo ven lo que quieren ver. Es divertido.

—Yo te vi.

—Has tardado años —repuso ella, sacudiendo la cabeza—. Tú también pensabas que era Anna.

—Puedes ser dueña de tu vida fuera de estas paredes —argumentó él—. No tienes por qué hacer esto.

—Pero me gusta. Aquí soy libre. Es Georgiana la que debe arrastrarse y rogar que la acepten. Aquí me toman por lo que quiero ser, no estoy en deuda con nadie.

—Solo con tu amo.

Salvo que él no sabía que ella era el amo. No respondió.

Duncan interpretó mal el silencio.

—Por eso buscas marido. ¿Qué ha ocurrido? —indagó—. ¿Chase te ha apartado?

Georgiana se alejó de él. Necesitaba poner cierta distancia entre ellos para recuperar la cordura. Para pensar sus próximos pasos. Para elaborar cuidadosamente sus mentiras.

—No me ha apartado.

Él arqueó las cejas.

—No puedes pretender que tu marido te comparta con él.

Aquellas palabras dolieron, a pesar de que no debían hacerlo. Había vivido toda esa vida bajo la sombra de El Ángel Caído haciéndose pasar por una prostituta. Había convencido a cientos de aristócratas de Londres de que era una experta en placer. Que ella misma se había vendido a su líder más poderoso. Se vestía como correspondía, mostrando un profundo escote, y se pintaba la cara. Había aprendido a moverse, a actuar, a ser la parte que le correspondía.

Y de alguna manera, cuando ese hombre reconocía la reputación que tanto le había costado conseguir, la fachada que había levantado con esmero y convicción, lo odiaba. Quizá fuera porque sabía más de la verdad que la mayoría y, aun así, creía las mentiras. O quizá fuera porque la hacía desear no tener que contar ninguna mentira.

«¡No!». Estaba rindiéndose al héroe que veía en él por cómo la había ayudado solo unos minutos antes.

Contuvo la respiración cuando se le ocurrió una idea. Solo una vez que conoció la verdad, que supo de su otra identidad, de su otra vida…

La ira llegó acompañada de decepción y algo muy parecido a la vergüenza.

—Si no lo supieras, no me habrías salvado.

A él le costó seguir el cambio de tema.

—Yo…

—No me mientas —le presionó ella, moviendo una mano como si así pudiera detener sus palabras—. No me insultes.

—Fui a por Pottle —respondió él, alzando su propia mano y mostrándole los nudillos que dolerían al día siguiente—. Te salvé.

—Debido a que sabías la verdad sobre mi nacimiento. Si solo hubiera sido Anna… Una mujer con la profesión más antigua del mundo, solo una prostituta…

—No hables así —la interrumpió él.

—¡Oh, oh! —se burló ella—. ¿Te ofendo?

—¡Por Dios, Georgiana! —dijo, pasándose la mano magullada por los rubios mechones.

—No me llames así.

Él se rio, pero el sonido carecía de humor.

—¿Cómo debería llamarte? ¿Anna? Un nombre falso acorde con ese pelo falso, la cara falsa y tus falsos… —Se calló y señaló con una mano el corpiño con relleno y ceñido para conseguir que sus pechos ordinarios parecieran extraordinarios.

—No estoy segura de que me debas llamar de ninguna manera en este momento —repuso ella. Y lo decía en serio.

—Ya es demasiado tarde para eso. Estamos juntos en esto. Obligados por promesas y ambiciones.

—Creo que quieres decir acciones.

—Sé perfectamente lo que quiero decir.

Se enfrentaron en la penumbra. Georgiana sintió su ira y frustración, tan parecidas a las que ella sentía. ¿No era extraño ese momento nacido por el afán de protegerla a toda costa de la existencia de otra cara de sí misma?

Era una locura. Una perversa red de enredos que no podía ser desenredada. Al menos sin arruinar todo aquello por lo que había trabajado. Él pareció saber el derrotero que habían tomado sus pensamientos.

—Hubiera intervenido igual —insistió—. Lo hubiera hecho.

Georgiana sacudió la cabeza.

—Ojalá pudiera creerte.

Él la sujetó por los hombros y la miró a los ojos en la penumbra con una expresión muy seria.

—Deberías hacerlo. Hubiera intervenido.

—¿Por qué? —preguntó ella con el corazón acelerado.

—Porque te necesito. —De todas las cosas que él podría haber respondido, ella escuchó la que menos esperaba.

Sintió una leve punzada de tristeza por esas palabras, pero intentó mostrarse fría y serena. La necesitaba, aunque no era de la manera en que los hombres necesitan a las mujeres, con apasionada desesperación. Y tampoco debería importarle.

—¿Para qué me necesitas?

—Quiero que lady Tremley reciba una invitación para acceder al lado de las damas. Quiero

conocer los secretos que ofrezca para entrar. Y obtendrás un pago por toda esa información.

Georgiana debería haberse sentido agradecida por el cambio de tema. Por pisar terreno más seguro. Pero no lo estaba.

—¿Te refieres a que Chase recibirá un pago? —Fue consciente del tono de frustración de su pregunta.

—No, me refiero a ti —repuso él sonriente.

—A mí —repitió con los ojos abiertos como platos.

—Tengo mi propia información si consigue al vizconde Langley. Mis periódicos están a tu disposición… O, mejor dicho, a disposición de Georgiana.

«Ojo por ojo…».

Lo entendió. Comprendió y respetó a ese hombre que con tanta facilidad manejaba cada situación en su propio beneficio. Era su igual en poder y prestigio.

—¿Y si no…?

Él arqueó una ceja.

—No me obligues a decirlo.

Ella alzó la barbilla.

—Creo que sí te obligaré.

—O le contaré al mundo tu secreto —repuso él sin vacilar.

Georgiana entrecerró los ojos.

—Quizá a Chase no le importe.

—Entonces tendrás que hacer que le importe. —West la sobrepasó y ella odió que lo hiciera. Odió que se marchara. Deseó que ese hombre que lo veía todo, se detuviera—. Necesitas mi poder —añadió él en voz baja—. Tu hija lo necesita.

Ella se estremeció ante la referencia a Caroline en ese lugar, en esa conversación.

—¿Crees que no se darán cuenta? —añadió él—. ¿Crees que no llegarán a imaginárselo? ¿Qué tus dos personalidades no tienen un sorprendente parecido para los demás?

—No las han relacionado hasta ahora.

—Antes no eras centro de atención.

Ella lo miró a los ojos y abrió la boca para decir su verdad absoluta.

—La gente ve lo que quiere ver.

Él parecía estar de acuerdo.

—Pero ¿por qué correr el riesgo?

—Me gustaría no tener que hacerlo. —Era la verdad.

—¿Por qué ahora? —preguntó él con rapidez.

—No se puede vivir toda la vida de esta profesión. —En cualquiera de ellas.

A él no le gustó su respuesta; lo vio en sus ojos.

—Entonces, ¿cómo será? En vez de ofrecerte una casa en el campo y dinero suficiente para toda una vida, Chase te ha ofrecido una dote. No se trata del dinero de tu hermano, ¿verdad? —preguntó él en tono comprensivo.

Resultaba irónico que no entendiera nada.

«Es mío…».

Él se rio, pero su risa carecía de diversión.

—Chase no puede ofrecerte lo que yo te ofrezco. Jamás se mostraría de una manera tan pública. Me necesitas para restaurar tu reputación. Me necesitas para casarte con Langley.

—Algo por lo que pareces querer cobrar una cuota muy alta —repuso ella.

—Sabes que lo hubiera hecho de manera gratuita —dijo él en tono de decepción.

—¿Si hubiera sido la frágil chica que me considerabas hace horas?

—Jamás te he considerado frágil. De hecho, pienso que eres tan fuerte como el acero.

—¿Y ahora?

Él se encogió de hombros. Los dejó caer.

—Ahora te veo más como una mujer de negocios. Te pagaré en consonancia. Y tienes suerte, podría desenmascararte. No suelo dormir con mentirosos.

Georgiana le dedicó su sonrisa más provocativa, desesperada porque no notara la manera en la que le dolieron sus palabras.

—No te he invitado a mi cama.

No esperaba que el aire se espesara ni que él avanzara hacia ella, obligándola a apretar la espalda contra la pared, acorralándola. Nunca en su vida se había sentido como en ese momento, despojada de su poder y de sus mentiras. De casi todas sus mentiras. De todas menos de la mayor de todas. Él apretó las manos contra el panel de caoba, a ambos lados de su cabeza, enjaulándola entre sus brazos.

—Me has invitado a tu cama cada vez que me has mirado a lo largo de los años.

Georgiana vaciló, sin saber qué decir. ¿Cómo debía proceder con ese hombre que de pronto se había convertido en un desconocido?

—Te equivocas.

—No —aseguró él—. Tengo razón. Y, siendo sinceros, he querido aceptar… cada vez.

Estaba tan cerca, era tan cálido, tan devastadoramente poderoso que, por primera vez en su vida, entendía por qué las mujeres se desmayaban en brazos de los hombres.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó, notando que tenía la voz entrecortada—. ¿Te gusta la inocencia?

—Los dos lo sabemos.

Ella ignoró el reto de su respuesta. La forma en que convenía a su deseo de que no la considerara una puta. La forma en que deseaba que supiera la verdad.

—Entonces, nada ha cambiado —presionó.

—Por supuesto que sí.

Ahora, ella era Georgiana.

—¿Es que te gusta la idea de una aristócrata arruinada? —preguntó, con la sangre atronando en sus oídos—. ¿Qué has dicho de mí? ¿Que estaba aterrada? ¿Es que crees que… que me puedes salvar cada día? ¿Cada noche?

Lo vio dudar.

—Creo que te puedo salvar.

—Puedo salvarme sola.

Entonces él esbozó una sonrisa lobuna.

—No del todo. Por eso me necesitas.

Ella poseía más poder del que jamás pudo imaginar. Más poder del que él podía saber. Cuando alzó la barbilla y habló, fue para demostrarlo.

—No te necesito.

Duncan sostuvo su mirada con ardor.

—Entonces, ¿quién te salvará de ellos? ¿Quién te salvará de Chase?

Georgiana no apartó la mirada. No deseaba hacerlo.

—Con Chase no estoy en peligro.

Él volvió a poner la mano sobre ella, ahuecándola sobre su mandíbula para inclinarle la cabeza.

—Dime la verdad —ordenó, negándose a permitirle que se escondiera de él—. ¿Puedes dejarlo? ¿Permitirá él que te alejes? ¿Que inicies una nueva vida?

Ojalá la verdad fuera así de simple.

Duncan notó su vacilación y borró la distancia entre ellos para detenerse a un suspiro.

—Dímelo.

¿Qué sentiría si se apoyara en él? ¿Si la ayudara? ¿Si le dejara acceder a su santuario interior y se lo contara todo?

—Tú puedes ayudarme consiguiendo que me case.

—No es el matrimonio lo que quieres. Al menos no quieres casarte con Langley.

—No quiero casarme con nadie, pero eso es irrelevante. Necesito hacerlo.

Lo vio considerar sus palabras y pensó que lucharía contra ellas. Que las negaría. Que no le preocuparían. Aunque tampoco tenían por qué importarle.

Después de una larga pausa, él se acercó más y volvió a acariciarle la mejilla, a levantarle la barbilla. Sus ojos castaños buscaron los de ella.

—¿Le perteneces? —preguntó con urgencia en un susurro ronco que demandaba sinceridad.

Debería decir que sí. Eso sería lo más seguro. Pensar que Chase lucharía por ella mantendría alejado a West. Él necesitaba a Chase y la información que había obtenido El Ángel Caído.

Debería decir que sí. Pero en ese momento, con ese hombre, solo quiso decir la verdad. Por esa única vez. Solo para saber cómo era. Y lo hizo.

—No —susurró—. Solo me pertenezco a mí misma.

Entonces, él le cubrió los labios con los suyos… y todo cambió.

Capítulo 6

«… Y, sin embargo, nuestra lady G. encierra un misterio. Uno que obliga incluso al más acérrimo de los aristócratas a alzar los anteojos y seguirla por la estancia. ¿No es posible que hayamos acumulado falso desdén durante todos estos años? Solo la temporada lo dirá... ».

«…Jóvenes damas de Londres, ¡presten atención! Por lo que parece, lord L. está a la caza de esposa. La lista de atributos que desea incluye belleza, buen humor y habilidad con algún instrumento de cuerda. ¡Ay! Las que no sean ricas, será mejor que se abstengan…».

Perlas y pellizas, revista para damas. Abril de 1833

A Duncan no le importaba que ella estuviera mintiendo.

No le importaba que hubiera estado protegida durante años por el hombre más poderoso y misterioso de Londres. Y le daba igual saber que un hombre que poseyera todo ese dinero no se fuera a tomar demasiado bien que alguien tocara lo que consideraba suyo.

Tampoco le importaba que nada en ella fuera lo que parecía, que no fuera ni ramera, ni aristócrata arruinada, ni inocente.

Lo único que le importaba en realidad era que ella se apretaba contra su cuerpo en ese momento, sentir sus largos miembros y su piel suave, y que durante ese instante fugaz, era suya. El beso de Georgiana era pecaminoso e inocente al mismo tiempo, igual que ella, experimentado e inexperto a la vez. Notó su mano en la nuca cuando ella comenzó a enredar los dedos entre sus cabellos —con un efecto extraordinario— mientras jadeaba sin aliento contra sus labios como si nunca la hubieran besado.

«¡Dios!».

No era de extrañar que fuera la compañía más solicitada de Londres. Era seda roja y encaje blanco. Dos caras insoportablemente tentadoras de la misma moneda. Y en ese momento le pertenecía. Pero antes… Se apartó, dejándola respirar para poder susurrar.

—Hubiera intervenido. Como fuera.

No le había gustado que ella insinuara que solo había golpeado a Pottle porque sabía que procedía de una familia aristocrática. Le había irritado imaginar que ella pensaba que habría dejado que maltrataran a una mujer impunemente. Y más importante, le ponía enfermo que ella creyera que habría dejado que le ocurriera a ella si las circunstancias hubieran sido otras.

No sabía por qué era tan importante que ella lo supiera. Que creyera que él era el tipo de hombre que luchaba por una mujer. Por cualquier mujer. Por ella. Pero era importante.

—Hubiera intervenido —repitió.

Ella movió los dedos en su nuca, jugando con los rizos y haciendo lo que él quería hacer con sus inocentes y burlonas promesas.

—Lo sé —susurró.

Duncan capturó sus palabras con la boca, robándolas de sus labios abiertos y profundizando el beso. Lo alargó… más y más.

Le pasara información o no. Llegaran a un acuerdo o no. Fuera dos personas o no, esa mujer

resultaba irresistible. Jamás traicionaría sus secretos. Y menos ahora que sabía que era mucho más de lo que parecía.

La deseaba sin control. La cogió por la cintura para acercarla más y puso una pierna entre las de ella, dejándose enredar por sus faldas, por su esencia y su seducción. Y es que ella lo seducía con la misma intensidad que él la seducía a ella. Jamás se había sentido tan compenetrado con otra persona en su vida.

Se sumió en el beso, tomando tanto como daba, deleitándose en cómo disfrutaba ella. En los sonidos que hacía, en aquellos suspiritos y jadeos que la hacían parecer todavía más gloriosa. La levantó en brazos y la giró para caminar con ella hasta la pared opuesta mientras arrastraba los labios por su mejilla hasta capturar el lóbulo de su oreja.

—Llevas años queriendo esto —susurró él, apresando con los dientes la tierna carne mientras ella pasaba los dedos por sus hombros.

—No —repuso ella. Y en la mentira, Duncan leyó la verdad oculta.

Sonrió contra la piel femenina mientras deslizaba los dientes por el cuello.

—¿Crees que no te he visto? ¿Que no he notado tus miradas?

Ella se alejó de su caricia.

—Si te has dado cuenta, ¿por qué no te has acercado a mí?

Él la miró durante un rato con aquellos ojos dorados como oro líquido.

—Me he acercado ahora —replicó, inclinándose para morderle el labio inferior mientras tiraba de ella hacia él. Se deleitó en la risa que ella emitió, ronca y exuberante.

Persiguió el sonido por la columna de su cuello hasta el lugar donde vibraba en su garganta y comenzó a mordisquearlo con los dientes. Ella suspiró con las sensaciones y él quiso rugir de satisfacción. De placer. Notó que ella curvaba los labios y quiso besarlos, así que volvió a subir.

Ella se echó hacia atrás.

—No me has deseado hasta ahora. Hasta que descubriste que también soy ella.

Duncan se quedó inmóvil al escucharla.

—¿Ella?

—Georgiana.

La manera en que hablaba en tercera persona de sí misma le llamó la atención. La giró hacia la luz para verla mejor.

—¿Georgiana es otra? —Ella cerró los ojos un momento como si estuviera considerando la respuesta y él cambió la pregunta—. ¿Tienes que pensar la respuesta?

—¿No tenemos que pensarlas todas? —musitó ella con suavidad de manera reflexiva—. ¿No somos todos dos personas a la vez? ¿Tres? ¿Una docena? ¿No somos diferentes con la familia, con los amigos, con los amantes, con los extraños, con los niños? ¿No son diferentes los hombres con las mujeres y las mujeres con los hombres?

—No es lo mismo —insistió él—. Yo no juego a ser dos personas.

—No es un juego —repuso ella—. No me deleito en ello.

—Claro que sí —insistió él y ella pareció conmocionada de nuevo porque él veía más allá de lo que veían los demás—. Lo adoras. Te he visto aquí, alternando en el club como si fuera tu lugar. Hermosa. Perfectamente transformada… —Llevó los dedos al borde del vestido y los arrastró dibujando la forma, adorando la manera en que sus pechos se hincharon mientras disfrutaba del contacto—. Y esa risa, acogedora y ronca.

»Te he visto colgada del brazo de los clientes más ricos de El Ángel, entreteniéndolos y encandilándolos al tiempo que hacías pensar a los menos afortunados que, con suerte, podrían

disfrutar algún día de toda tu atención.

Ella alzó la barbilla al escucharlo.

—Tienes ahora mi atención.

—No. Conmigo no. ¿Por qué hacerlo si no es por el placer que supone la mascarada?

—Supervivencia —aseguró con un brillo en la mirada que desapareció al instante.

Duncan había mentido lo suficiente a lo largo de su vida como para reconocer la verdad en cualquier otra persona. Era lo que le hacía ser tan buen periodista.

—¿De qué tienes miedo?

Ella se rio, pero el sonido carecía de humor.

—Hablas como un hombre que no teme la ruina.

Si ella supiera el miedo que sentía en lo más profundo de la noche. La manera en que despertaba cada mañana, temiendo que ese fuera el día de su ruina. Alejó aquellos pensamientos.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —preguntó él—. ¿Por qué asumir el papel de Anna? ¿Por qué no ser simplemente Georgiana? ¿Acaso no es ser Anna lo que amenaza con destruirlo todo?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo entiendes.

—No. Te preocupa no poder casarte con un título lo suficientemente alto para que limpie la reputación de tu hija, y te vistes de seda y te pintas la cara para ser la *madame* de la casa de juego más notoria de Londres.

—¿Crees que es una estupidez?

—Creo que es imprudente.

—¿Crees que estoy siendo egoísta?

—No. —Él no era tonto.

—Entonces, ¿qué?

Duncan no vaciló.

—Creo que no hay ninguna otra profesión en el ancho mundo que una mujer tendería menos a elegir que la tuya.

Ella sonrió y lo miró con sorpresa, como si supiera algo de lo que ella no era consciente. Y quizá así fuera.

—No, West —replicó ella con una astuta mirada femenina—. Te equivocas.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó, desesperado por conocer la respuesta—. ¿Por qué hacerlo? ¿Por sentirte poderosa? ¿Te gusta ser de la propiedad exclusiva del elusivo Chase, el hombre que llena de temor todos los corazones de los hombres a lo largo y ancho de Gran Bretaña?

—Chase es parte de ello, no lo dudes.

Él odió la verdad que encerraban sus palabras.

—Es un buen amante, ¿verdad? —No pudo contener las palabras.

Ella guardó silencio durante un momento, haciendo que se maldijera para sus adentros por la pregunta. Más aún cuando ella habló.

—¿Y si te dijera que mi relación con Chase no tiene nada que ver con el sexo?

«Sexo». La palabra pareció vibrar en la lengua y los labios de Georgiana, antes de flotar en la oscura alcoba y envolverlo, llena de tentación y promesas. Dios, quería creerla; odiaba la idea de que otras manos la tocaran, de que otros labios acariciaran sus lugares más preciosos y privados. Y por alguna razón odiaba la idea todavía más porque no tenía una imagen clara del hombre que la reclamaba.

—No te creería.

—¿Por qué no?

—Porque ningún hombre que tuviera acceso exclusivo a ti sería incapaz de estar un solo día sin tocarte.

La había sorprendido. Lo vio en su expresión, aunque desapareció tan rápido que otra persona menos sagaz no se habría dado cuenta. Porque cualquier otro hombre se habría sentido tan cautivado con la expresión que la reemplazó —sus hermosos labios curvados con absoluta satisfacción— que hubiera olvidado la primera al instante. Pero fue la combinación de las dos —la evidencia extraña de inocencia y vicio— lo que fue directo a su corazón, lo que lo llenó de deseo. Intentó estabilizar su respiración cuando ella se acercó más.

—¿Estás diciendo que te gustaría tener acceso exclusivo a mí? —fue Anna la que habló, la *madame* experimentada, llena de lujuria y deseo.

Y él le respondió al instante.

—Soy un hombre, ¿verdad?

Ella le puso las manos en los hombros y recorrió las solapas de la chaqueta antes de deslizar los dedos en el interior, por encima de la camisa de lino.

—¿Tienes miedo de Chase? —preguntó ella en voz baja, poniendo la mano sobre su corazón —. ¿Es debido a él el temblor que siento aquí?

Su corazón latía con fuerza ante esa enloquecedora y misteriosa criatura. Nunca había deseado a nadie como la deseaba a ella. A pesar de saber que era la peor apuesta… mucho peor que todas las que hacían en el casino. Al menos en el salón de juego solo se arriesgaba dinero.

Allí estaban arriesgando algo mucho más serio.

—No me tientes —susurró en la oscuridad, retirando las manos de Georgiana de su pecho.

—¿O qué? —la pregunta jugaba con fuego.

—O acabarás obteniendo lo que estás buscando.

Sintió la curva de su sonrisa contra la piel.

—Es una promesa magnífica.

Él volvió la cabeza y atrapó sus labios una vez más, alzándola contra él, adorando la manera en que le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra su cuerpo, rindiéndose.

Duncan se dejó llevar y la presionó contra la pared, situándose entre sus muslos al tiempo que maldecía sus faldas de seda. La quería sentir más cerca. Abierta. Caliente. Húmeda.

«Suya».

Ella mostró su placer con un sonido encantador y él profundizó el beso con la lengua, con suavidad, recreándose, hasta que Georgiana siguió los movimientos con la suya. Duncan movió entonces la mano en una larga caricia hasta que su pulgar encontró la curva de su pecho por encima del borde del vestido. Incapaz de resistir la tentación, deslizó los dedos bajo la seda y sacó el seno de sus confines acolchados para pasar el dedo por la erizada cima.

Alzó la boca de la de ella.

—Daría cualquier cosa por un poco de luz.

Georgiana se arqueó bajo la caricia.

—¿Por qué?

—Quiero ver el color de esta preciosidad. Quiero ver cómo se frunce por mí. —La vio morderse el labio al escucharle—. ¿Te duele?

Hubo un largo silencio antes de que ella respondiera con un susurro.

—Sí.

Había algo en esa solitaria palabra. Algo impresionante. Algo como vergüenza, pero allí no

había lugar para ello.

—No te avergüences de lo que te gusta. —Hizo hincapié en las palabras con un suave pellizco.

—Eso me gusta —dijo ella, casi como si se viera obligada.

—Y a mí —aseguró, bajando los labios hasta la curva del pecho—. Y a mí —repitió justo antes de deslizar la lengua alrededor de la punta.

Ella sabía tan bien como olía.

—¿Anna?

Los dos se quedaron paralizados, recordando donde estaban. Cuando alzó la cabeza, buscó los grandes ojos de Georgiana.

—¡Dios! —susurró ella. Él no tuvo tiempo de sorprenderse por la maldición. Después de todo, ella había dicho la misma palabra que habría dicho él—. Es Temple.

Se sintió decepcionado. E irritado. La soltó después de dejar sus pies en el suelo.

—¡No entres! —gritó Georgiana. Anna había desaparecido.

—Un momento, Temple —dijo él al mismo tiempo, incapaz de apartar la mirada de la palidez del pecho femenino.

—Demasiado tarde —aseguró Temple, más cerca que antes.

Duncan se volvió para protegerla y se enfrentó al duque de Lamont con una calma que no sentía. Más tarde se preguntó si el chillido que escapó de los labios de Georgiana significaba que nunca se había encontrado en una situación semejante. Quizá fuera la presencia de Temple lo que la avergonzaba, pero fuera lo que fuera, estaba furiosa.

—¡Fuera!

—Me preocupaba que te hubieran atacado —comentó Temple con calma—. Observo que no me equivocaba.

—Como verás —intervino ella—, estoy bien.

Temple lo miró a los ojos.

—West, observo que te has puesto cómodo.

Duncan se encogió de hombros.

—Estoy en mi club.

—Sin embargo, ¿es tu mujer? —Duncan no tuvo ninguna duda de que Chase sabría lo ocurrido antes de que acabara la noche.

—Tampoco es tuya, ¿verdad? —replicó Georgiana.

Temple la miró y Duncan se movió para bloquear la visión del otro hombre.

—La dama necesita cierta intimidad.

El duque de Lamont abrió los ojos como platos.

—¿Debo darme la vuelta?

—Eso me parece bien, no me gustaría tener que noquearte.

—¿No temes perder? —El duque era el mejor pugilista de Londres.

—Me temo que ganaría —aseguró Duncan—. Me gustaría seguir llamándote amigo a pesar de esta desafortunada situación.

Temple asintió con la cabeza y les dio la espalda.

—Cúbrete, Anna.

Ella soltó un suspiro que hablaba de pura exasperación.

—¿Sabes, Temple? Si tan avergonzado te sientes, podrías largarte.

—No lo haré —dijo el duque—. Estoy protegiéndote.

—No lo necesita. —Y si lo hiciera, Duncan podría encargarse de ello.

No era que quisiera hacerlo.

«Mentiroso».

Temple se giró lo suficiente para que su mirada se encontrara con la de él.

—¿No?

—No.

—No —intervino ella mientras tiraba de su corpiño hacia arriba, haciéndole sentir una profunda decepción—. Ya puedes darte la vuelta.

—No estoy protegiéndote a ti —explicó el duque, girándose y señalando a Duncan con la barbilla—. Si no a él.

West no dejó que le preocuparan las palabras.

—Soy perfectamente capaz de protegerme solo.

—No tienes la menor idea de en qué situación te encuentras —aseguró el duque. A Duncan no le gustó el tono ominoso de las palabras.

—¡Fuera! —gritó Georgiana.

Para su sorpresa, Temple hizo lo que le ordenaba. Duncan y Georgiana se quedaron en silencio durante un buen rato, él tratando de convencerse a sí mismo de que debería estar agradecido porque se hubiera producido la interrupción de Temple. Alegrándose de no haber llegado más lejos.

Aquella mujer era demasiado tentadora, demasiado peligrosa, y sería mejor que se mantuviera alejado de ella. Se volvió para despedirse.

—Milady.

—No me llames así aquí —dijo ella.

—Te llamaré como quiera y donde quiera. Es lo que corresponde, ¿no es cierto?

—No lo usas por eso.

No lo era, pero él no lo admitiría.

—¿Hemos hecho un trato?

A él le llevó un momento seguir la conversación y se resistió al placer que le produjo saber que la inquietaba tanto como ella le inquietaba a él.

—Hablaré con Chase. —Sus hermosos ojos se encontraron con los de él—. Esto no puede volver a ocurrir.

Él arqueó una ceja.

—Hay una manera de asegurarnos de ello. —Su mirada se volvió inquisitiva—. Tráeme esa información y yo conseguiré que te cases.

Él se dio media vuelta y salió de la habitación… Y del club. Jurándose que sería capaz de resistirse a esa mujer.

Capítulo 7

«¡… Lady G, una vez más, queridos lectores! Regresó a la ópera tan radiante como un huevo de petirrojo. Y nunca hubo una mujer más hermosa recién salida del cascarón. La sociedad estará sin duda emocionada ante el regreso de tan bella dama y muy predispuesta a presenciar su ascenso…».

«… Dados los impresionantes matrimonios que han contraído tres de los propietarios en los últimos meses, se recomienda que las mujeres a la caza de marido se limiten a buscar entre los miembros de una determinada casa de juego. Estamos llegando a pensar que hay algo extraño en el agua… ».

En las páginas de cotilleos de *La voz de Londres*, 24 de abril de 1833

—Chase está a punto de dormir con Duncan West —dijo Bourne, sentándose ante la mesa en la sala de reuniones de los dueños del club con un vaso de *whisky* entre los dedos.

Georgiana había hecho todo lo posible para evitar a sus socios desde el vergonzoso episodio ocurrido dos días antes, en el que estaban implicados West y Temple. De hecho, estuvo a punto de no acudir a la partida de faro que jugaban los cuatro propietarios de El Ángel todos los sábados por la noche y encerrarse en sus habitaciones, muerta de frustración y vergüenza. Pero no era una cobarde y sus colegas se lo habrían llamado si no hubiera acudido a jugar a las cartas. Sin embargo, eso no significaba que estuviera obligada a tolerar un interrogatorio.

Fingió que Bourne no había hablado y se inclinó para recoger sus cartas de la mesa, que solo utilizaban para ese juego. Solo participaban Temple, Cross y ella, mientras Bourne ocupaba la cuarta silla degustando un *whisky*. El marqués de Bourne había perdido todo lo que poseía en una partida de naipes el día que cumplió dieciocho años y, desde entonces, no jugaba a nada.

Por desgracia, tenía a bien asistir a aquella reunión cada sábado, y la contemplaba con una estúpida sonrisa. No pareció importarle que ella no respondiera a su primer comentario; por el contrario, continuó hablando como si tal cosa.

—Aunque me da la impresión de que no habrían dormido mucho.

—No debería haberte salvado hace años —dijo ella.

Seis años atrás, Temple y Bourne habían estado jugando a los dados en la zona de Seven Dials e hicieron algunos enemigos. La noche que Georgiana les ofreció si querían ser sus compañeros en el negocio, los salvó, muy a tiempo, de un grupo de rufianes que les habrían despojado del dinero antes de abandonarlos a su suerte.

—Seguramente —repuso él con diversión mientras se recostaba en la silla y cruzaba los brazos sobre el pecho—. Pero por suerte para todos, lo hiciste.

Ella frunció el ceño.

—Todavía no es demasiado tarde para ocuparme de ti.

—Como ya estás muy entretenida ocupándote de West, no creo que tengas tiempo para Bourne —intervino Cross, cogiendo una carta.

Georgiana lanzó las cartas sobre la mesa y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tú también?

Él sonrió y luego se puso serio.

—Me temo que sí.

—Traidor. —Miró a Temple—. ¿Y tú? ¿No quieres añadir algún insulto?

Temple sacudió la cabeza mientras barajaba las cartas. El papel encerado voló entre sus dedos antes de que repartiera los naipes de manera experta entre los tres jugadores.

—No quiero tener nada que ver con esto. De hecho, si se me borrara esa imagen de la mente, no me importaría en absoluto. —Cerró los ojos—. Es como ver desnuda a tu propia hermana.

—¡No estaba desnuda! —protestó ella.

—Casi.

—¿En serio? —intervino Bourne como si no pudiera contener la curiosidad.

—No lo estaba —insistió ella.

—Pero la cuestión es, ¿te gustaría haberlo estado?

Sí. No. Quizá. Georgiana ignoró la indeseada respuesta.

—No seas ridículo.

Bourne se volvió hacia Temple.

—¿Crees que deberíamos decirle que no ha respondido a la pregunta?

Ella miró los naipes con las mejillas ardiendo.

—Te odio.

—¿A cuál de nosotros odias? —preguntó Temple, echando una carta.

—A todos.

—Una lástima, porque somos tus únicos amigos —comentó Bourne.

Era cierto.

—Sois unos idiotas.

—Dicen que se puede definir a un hombre por los amigos que tiene —respondió él.

—Entonces es una suerte que sea mujer —replicó ella, descartando la frase.

—Lo cual, ahora, puede confirmar Temple. —Bourne hizo una pausa—. ¿Por qué crees que ninguno de nosotros ha tenido motivos para comprobarlo hasta ahora?

La muerte no era un castigo lo suficientemente cruel para Bourne. Se merecía una sádica tortura. Lo miró, considerando un amplio número de dispositivos medievales. Temple rio.

—Ya hemos confirmado que es una hermana más que seductora. Ninguno de nosotros consideraría comprobarlo.

—Bueno, yo sí llegué a considerarlo —confesó Bourne, rellenando el vaso—. Al menos un par de veces.

Todos lo miraron.

—¿De verdad? —adujo Cross, absolutamente anonadado.

—No todos somos unos santos como tú, Cross —repuso Bourne—. Pero me lo pensé mejor.

Ella arqueó una ceja.

—Por «me lo pensé mejor» imagino que te refieres a que te diste cuenta que no me habría fijado en ti aunque fueras el último hombre de Londres.

—Me hieres —replicó él melodramáticamente, poniéndose una mano sobre el corazón—. De verdad.

En los seis años transcurridos desde que los propietarios de El Ángel Caído se habían unido con el singular propósito de demostrarse a sí mismos que podían ser más poderosos que la aristocracia, habían dispuesto de poco tiempo y todavía menos interés por cualquier cosa que les

apartara de ese objetivo. Lo cierto era que solo durante el último año, una vez que el club había llegado a ser lo que pretendían, Bourne, Cross y Temple habían tenido tiempo para el amor. Aunque la realidad era que el amor los había atrapado a ellos.

Georgiana lanzó otra carta al tapete.

—Dios proteja a lady Bourne, y aunque estoy segura de que tiene el trabajo adecuado para ella, siento que debo pedir disculpas por mi participación en el desarrollo de vuestra relación.

Chase había sido una pieza clave en la unión de cada uno de sus socios con sus esposas, pero en ninguna más que en la de Bourne. La que antaño fuera lady Penelope Marbury había estado prometida con el hermano de la propia Georgiana, pero no habría sido un enlace adecuado, y Georgiana había utilizado su propio escándalo para que quedara disuelto el compromiso del duque de Leighton, provocando que lady Penelope fuera considerada una solterona durante casi una década… hasta que Bourne la quiso para sí mismo. En ese momento, Georgiana estuvo más que dispuesta a pagar su deuda con la dama. Temple se rio.

—No te arrepientes ni por un instante de haberte entrometido.

Había jugado un papel similar en el caso de Temple con la señorita Mara Lowe, ahora duquesa de Lamont. Y en el matrimonio de Cross con la hermana de lady Penelope, lady Philippa, en esos momentos condesa Harlow.

Bourne esbozó una pícara sonrisa.

—Penelope tampoco se arrepiente. Os aseguro que mi mujer es muy feliz con el desarrollo de nuestra relación.

Georgiana gimió.

—Por favor. Ni una palabra más.

—Hay algo —intervino Cross y ella se sintió agradecida por el inminente cambio de tema.

Podía haber dicho una docena de cosas. Un centenar. Los cuatro presentes regentaban un casino. Negociaban con los secretos de las personas más ricas y poderosas de Gran Bretaña. En el edificio se podía encontrar una notable colección de arte. La esposa de Cross cultivaba las más bellas rosas. Y, sin embargo, no habló de ninguna de esas cosas.

—West no es una mala opción —se limitó a añadir.

Ella lo miró sorprendida.

—¿No es una mala opción para qué?

—No para qué —corrigió—, sino para quién. Para ti.

Georgiana deseó que hubiera una ventana abierta en las cercanías por la que lanzarse. Se preguntó si podría ignorar el comentario. Miró a Bourne y a Temple con la esperanza de que encontraran la declaración tan absurda como ella.

Pero no lo hacían.

—¿Sabes? No está mal —convino Bourne.

Temple extendió sus largas piernas.

—Nadie más le iguala en poder.

—Salvo nosotros —añadió Bourne.

—Claro, por supuesto —repuso Temple—. Pero no estamos hablando de nosotros.

—No tiene título —les recordó ella.

Temple arqueó las cejas.

—¿Esa es la única razón por la que no lo consideras una opción viable?

¡Maldición! Eso no era lo que quería decir.

—No —respondió—. Pero sería útil que vosotros también tuvierais en cuenta que necesito un

título. Y ya lo he elegido. Langley no se inmiscuirá en mis asuntos.

Cross se echó a reír.

—Pareces el villano de una novela romántica.

Y se sentía como uno, dado el cariz que estaba adquiriendo aquella conversación.

—West tiene talento, es rico y Penelope lo considera guapo —añadió Bourne como si ella no hubiera hablado—. Aunque todavía no entiendo por qué —murmuró finalmente.

—Pippa opina lo mismo —intervino Cross—. Dice que es un hecho empírico. Aunque yo jamás he confiado en los hombres hechos y derechos con ese color de pelo.

—Imagino que te das cuenta de que no eres el más adecuado para criticar a nadie por el color de su pelo —dijo Temple.

Cross se pasó la mano con cierta timidez por sus rizos color jengibre.

—Eso es irrelevante. No es a mí a quién Chase considera guapo.

—Estoy aquí, ¿sabes? —dijo ella.

No pareció importarle.

—West es un hombre de negocios, rico como Midas —agregó Bourne—. Y si a mí me gustase apostar, arriesgaría mi dinero por él. Acabará con un asiento en la Cámara de los Comunes.

—Sin embargo, no eres de los que apuestan —señaló Georgiana como si así pudiera detenerlo.

—Él no tiene por qué saberlo. Voy a apostar mi dinero por él —dijo Cross—. Lo apuntaré en el libro.

En el libro de apuestas. El libro de apuestas de El Ángel Caído era legendario; se trataba de un enorme volumen con la cubierta de cuero que contenía todas las apuestas realizadas en la sala de juego. Los integrantes del club podían anotar cualquier apuesta —no importaba lo trivial que fuera— en sus páginas. El Ángel daba así testimonio de la misma y obtenía un porcentaje de lo jugado sin importar lo raro que fuera lo que habían acordado ni las condiciones que pusieran ambas partes.

—Jamás apostáis en el libro —les recordó Georgiana.

Bourne le sostuvo la mirada.

—Haremos una excepción.

—¿Por West como líder en la Cámara de los Comunes? —preguntó Temple.

—No me importa nada de eso —declaró Cross, lanzando una carta boca abajo—. Apuesto cien libras a que West será el hombre que rompa la maldición de Chase.

Georgiana miró al genio pelirrojo con los ojos entrecerrados, aceptando las palabras. Ella había hecho la misma apuesta un tiempo atrás y había ganado.

—No tendrás tanta suerte como yo —aseguró ella.

Él sonrió.

—¿Aceptas la apuesta?

Georgiana se encogió de hombros.

—Me hará muy feliz ganar tu dinero.

—Te equivocas —intervino Bourne—. Es evidente que Duncan West se siente atraído por ti. Tiene todas las de ganar.

—Bueno, al menos se siente atraído por Anna —lo corrigió Temple.

—Es cuestión de tiempo que West sume dos y dos y descubra que Anna es Georgiana. Sobre todo ahora que está… —Bourne hizo un gesto con la mano, señalándola— probando la

mercancía, por así decirlo.

Ella ya había tenido suficiente.

—Para empezar, él no está probando nada. Nos dimos un beso. Y para seguir, ya sabe que Anna y Georgiana son la misma persona.

Los otros tres permanecieron en silencio.

—Bueno —añadió ella—. ¡Milagro!, he conseguido que os quedéis callados. Al resto de Londres le sorprendería más allá de la razón descubrir que los propietarios de El Ángel Caído no son más que cotorras a la caza de chismes.

—¿Lo sabe? —Cross fue el primero en hablar.

—Sí —repuso ella.

—¡Dios! —intervino Bourne—. ¿Cómo lo ha descubierto?

—¿Importa?

—Si él se ha dado cuenta, pueden hacerlo otros también.

—No lo sabe nadie más —aseguró ella—. Ningún otro hombre ha mirado el tiempo suficiente la cara de Anna. Están demasiado interesados en sus otros dones.

—Pero West te ha mirado a la cara y también a Georgiana. Y, en consecuencia, se ha dado cuenta de la verdad. —Ese fue Temple.

—Sí. —La afirmación la hacía sentir culpable. Como si la situación dependiera de ella. Aunque quizá así fuera.

—No deberías haber hablado con él —dijo Bourne—. No había pasado demasiado tiempo. Claro que supo que eras ambas mujeres. Estaba cantado. Seguramente lo sabía ya en el momento en que accedió a ayudarte con Langley.

Ella no respondió.

—¿Sabe también lo de Chase? —preguntó Cross.

Ella se levantó y se acercó a la vidriera que cubría una pared de la habitación. Era enorme, amenazadora, y representaba la caída de Lucifer. Estaba compuesta por cientos de piezas de vidrio coloreado que habían sido ensambladas con cuidado hasta formar el enorme ángel —de cuatro veces el tamaño de un hombre de estatura media— mientras caía del cielo. Desde la planta baja, desde la sala de juego, parecía haber sido arrojado desde la luz a la oscuridad, de la perfección al pecado.

Destruido y renovado en la destrucción. Un rey por derecho propio, con un poder solo superado por otro. Georgiana suspiró, repentinamente consciente de lo impotente que se sentía al ser la segunda más poderosa.

—No —repuso—. Y jamás sabrá quién es Chase.

Podía jurarlo.

—E incluso aunque lo supiera —intervino Temple—, es de fiar.

Georgiana se había pasado años trabajando con la peor escoria de la humanidad, conociéndolos y juzgándolos. Sabía que había hombres buenos y malos. Un día antes, habría estado de acuerdo con Temple. Segura de que West era de fiar. Pero eso fue antes de besarle. Antes de sentirse atraída por él como no se había sentido atraída por otro hombre desde hacía mucho tiempo. Aquel al que había confiado su corazón. Sus esperanzas. Su futuro. El que la había traicionado sin dudar, tomando todo lo que ella le había ofrecido mientras le aseguraba que jamás habría otra mujer para él. Asegurándole que la querría.

Por eso ahora no confiaba en lo que su instinto le decía de West. Lo que significaba que tenía que depender de un conjunto de habilidades diferentes.

—¿Cómo podemos estar seguros? —le preguntó a Temple, dejando las cartas sobre la mesa. Ya no estaba interesada en el juego—. ¿Cómo sabemos que sí podemos confiar en él?

Temple se encogió de hombros.

—Llevamos años confiando en él y nunca nos ha traicionado. Le estás pagando generosamente con la información sobre Tremley… No hay razón alguna para pensar que pueda hacer otra cosa que ayudarnos. Como siempre.

—A menos que descubra que eres Chase —indicó Cross—. Ahora que han comenzado una relación, va a sentirse furioso si se siente engañado.

Bourne asintió.

—No es que «se sienta», es que ha sido engañado. Punto.

—No le debo nada —intervino ella. Los tres hombres la miraron con idéntica expresión—. ¿Qué os pasa?

—Sabe que no eres simplemente Anna —explicó Cross.

—Y no es capaz de mantener las manos alejadas de ti —añadió Temple—. Si se entera de que también eres Chase…

No le gustaban esas palabras ni la insinuación de que West estaba más relacionado con su vida de lo que pensaba. Tampoco le gustaba la manera en que aquella observación la hacía sentir… Como si no pudiera inspirar profundamente. Se había sentido así antes, y no quería volver a sufrirlo.

Se concentró en Duncan, recordando la sombra que cruzó por su rostro cuando le habló sobre el conde Tremley. «Once años». Se acordó de la amenaza que él había insinuado, la sugerencia de que si no le proporcionaba información sobre Tremley, contaría sus secretos. West era un hombre inteligente, que sabía lo que quería.

—¿Qué sabemos sobre él?

Bourne arqueó las cejas.

—¿Sobre West?

Ella asintió.

—¿Qué pone su expediente?

—Nada —repuso Cross con aire ausente, recogiendo las cartas para barajar de nuevo—. Tiene una hermana. —Cynthia West. Una chica guapa que era bienvenida en la sociedad a pesar de su falta de cuna. El dinero de West había comprado los apoyos necesarios—. Está soltera.

Georgiana asintió, sabiendo mejor que nadie lo que había dentro del poco abultado archivo que guardaba en la caja fuerte.

—Y nada más.

—¿Nada en absoluto?

Ella lo había hojeado un par de veces en los primeros años, pero lo había dejado de lado cuando West se convirtió en su aliado en la batalla contra la sociedad.

—No mucho —repuso Bourne—. La financiación inicial provino de un donante anónimo, lo supimos al pagar por otros papeles. He buscado pruebas sobre quién pudo ser ese mecenas durante años, pero nadie parece saber nada sobre él, solo que había una buena cantidad en juego.

—Tonterías —intervino Cross—. Siempre hay manera de encontrar algo cuando se trata de dinero.

—No —respondió Bourne.

—¿Dinero de la familia quizá?

—No tiene raíces. Solo se le relaciona con la hermana —dijo Bourne.

—Por lo tanto, tuvo un misterioso benefactor —concluyó Temple—. Lo mismo que ocurrió con El Ángel. —El duque de Leighton había financiado el capricho de su hermana con la condición de que nadie conociera su identidad. Algo que Georgiana había estado muy dispuesta a aceptar.

Georgiana sostuvo la negra mirada del duque de Lamont.

—¿Estás diciendo que es un hombre sin secretos?

—Estoy diciendo que es un hombre sin secretos interesantes.

Ella sacudió la cabeza.

—Todo el mundo tiene un secreto interesante. West es hombre de más de uno. Así que cuéntame, ¿por qué no los conocemos?

La mirada de Temple se concentró en ella.

—No estarás insinuando que vas a indagar sobre ellos.

A ella no le gustó el tono de condena.

—Jamás me has detenido antes. Cuando fundamos el casino, fue presuponiendo que tú estabas a cargo del *ring*, Bourne de las mesas, Cross de los libros y yo de la información necesaria para asegurarnos que la empresa tenía éxito.

—Si lo haces —advirtió Cross—, estarás jugando con fuego. Tiene mucho poder.

—Yo también.

—Pero su poder crece en la misma medida que disminuye el de Chase. Sus secretos te destruirán.

—West no descubrirá la verdad.

Cross no parecía tan seguro.

—Siempre saben lo que ocurre.

—¿Quiénes?

Él no respondió a la pregunta, lo que le venía muy bien, ya que no le gustaba la idea de lo que podría haber dicho.

—No tientes al león, Anna. A este no. Este es amigo.

Ella recordó el beso que le había dado. No hubo nada amable en él. De hecho, había sido placentero y tentador, juguetón y devastador, pero no amable. Tenía como objetivo que ella lo deseara, pero Georgiana sabía muy bien que desear a un hombre no era lo mismo que confiar en él. Lo aprendió la última vez que la besaron. La primera vez. Necesitaba protegerse de él. «No de él». El pensamiento la atravesó. Quizá fuera cierto. Quizá no necesitaba protegerse de él. Quizá solo necesitaba protegerse de sí misma. De cómo la hacía sentir. Pero de cualquier manera, había una cosa cierta.

—Sea amigo o enemigo, él conoce mis secretos. —Miró a sus compañeros—. Tengo que saber los suyos.

Un golpe en la puerta la salvó de tener que enfrentarse a sus preguntas. Cross invitó a pasar al recién llegado. Solo un puñado de personas conocía la existencia de aquel salón que solo utilizaban los propietarios del club, y todas ellas eran de confianza.

Justin Day, el jefe de la sala de juego, entró al instante y cruzó la habitación hasta ella.

—¿Está hecho? —preguntó Georgiana.

El hombre asintió.

—Burlington, Montlake y Russell, todos ellos felices de poner fin a su juego.

Bourne les miró con curiosidad.

—¿El juego de quién?

—¿No son los pretendientes de la hija del conde de Holborn? —intervino Temple.

Cuatro cabezas se volvieron hacia el duque.

—Tu nuevo interés en la sociedad me resulta inquietante —repuso ella, expresando el desdén de todo el grupo.

Temple encogió sus enormes hombros.

—Sin embargo, lo son, ¿no es así?

Desde que lady Mary Ashehollow insultara a Caroline, no lo eran.

Ella no respondió y tampoco lo hizo Justin.

—Hay más —dijo él.

Georgiana se giró hacia un reloj cercano, se fijó en la hora y supo sin preguntar cuáles eran las noticias.

—Lady Tremley.

Justin asintió.

—Está en la entrada de las mujeres.

Bourne alzó las cejas.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Qué hace aquí? —preguntó Cross.

—Ha sido invitada —repuso ella, ganándose una mirada ominosa de sus socios.

—No hemos debatido al respecto —intervino Temple.

No, no lo habían hecho. Había sido ella la que envió la invitación algunos días atrás, después de que West se marchara. Había elegido no decírselo a sus socios por el temor de que pudieran rechazar la solicitud de West. Temor a que no se dieran cuenta de lo mucho que necesitaba a West. Miedo a enfadarles. No le gustaba sentirse fuera de control.

—Yo tomé la decisión.

—Esa mujer es peligrosa. Tremley es peligroso —advirtió Bourne—. Si ella ofreciese información sobre él… y si llegase a enterarse…

—No soy una cría —le recordó—. Puedo ocuparme. ¿Qué pasa con la dama?

—Bruno dice que tiene un ojo negro —repuso Justin.

—¡Oh, venganza! Tienes nombre de mujer.

—Si su marido es tan cobarde que tiene que recurrir a golpearla, yo la ayudaré personalmente —dijo Bourne.

—Quiere ver a Chase —respondió Justin.

—En su lugar se reunirá con Anna. —Ella se dio la vuelta y se alisó las faldas.

Bourne la miró a los ojos.

—Ten cuidado. No me gusta que te vistas como una fulana cuando ninguno de nosotros estamos presentes para protegerte.

—No voy a ir a un callejón oscuro en el East End.

—Chase… —dijo él, usando el nombre que le había dado media década atrás y recordándole toda la historia—, esto es más peligroso.

Ella sonrió con calidez; sabía que estaban preocupados por ella. Esa variopinta banda de canallas que había juntado.

—Sí, pero es un peligro que yo misma he planeado. Soy una experta.

Bourne miró las vidrieras, clavando la vista en las alas de Lucifer, inútiles mientras caía.

—Eso no quiere decir que no vaya a llegar un día en el que se te atragantará.

—Es posible —concedió ella—, pero no será hoy. —Siguió la dirección de su mirada hasta

los cristales coloreados, donde el hermoso ángel rubio caía en el infierno—. Hoy seré la reina.

Unos minutos después, Georgiana bajaba las escaleras hacia la entrada al club de las damas, donde Bruno, uno de los guardias de seguridad de El Ángel vigilaba en la penumbra. Junto a él estaba lady Tremley, una hermosa joven de no más de veinte años que lucía uno de los ojos morados más impactantes que hubiera visto en su vida, a pesar de que El Ángel era conocido por sus peleas de boxeo.

Tras guiñarle un ojo a Bruno, abrió la puerta de una pequeña antecámara situada en el oscuro vestíbulo.

—Milady —dijo en voz baja, sorprendiendo a la otra mujer—. ¿Podría unirse a mí?

Lady Tremley la miró con cierto escepticismo, pero la siguió a la estancia. La salita estaba diseñada como los salones de té de las mansiones de la aristocracia, donde las damas no solo tomaban el té, sino que disfrutaban de juegos de azar y chismes, exprimiendo la vida como lo hacían sus maridos.

Georgiana le indicó un sofá, tapizado en terciopelo azul.

—Por favor…

La dama se sentó.

—He pedido reunirme con el señor Chase.

Y Chase había acudido.

Georgiana se sentó frente a lady Tremley.

—Chase está indispuesto, milady. Le envía sus saludos y espera que tenga en consideración hablar conmigo en su lugar.

La marquesa tomó nota del escotado vestido de Georgiana, del volumen de su peluca platino, del kohl que rodeaba el borde de sus ojos y vio lo que veía todo el mundo cuando la miraba, una prostituta con experiencia.

—Creo que no…

Sonó un golpe en la puerta y Georgiana se movió para recibir un paquete de Bruno, que era experto en el arte de saber qué querían los fundadores del club antes de que lo pidieran. Al cerrar la puerta, se acercó a la joven dama y le tendió el hielo envuelto en un pedazo de lino.

—Para el ojo.

La marquesa lo aceptó.

—Gracias.

—Aquí sabemos mucho de moretones —comentó Georgiana—… de todo tipo.

Permanecieron en silencio mientras lady Tremley se colocaba la compresa sobre el ojo. Georgiana había tenido reuniones como esa demasiadas veces para contarlas, y reconoció el tipo de mujer. Era una persona que quería disfrutar de algo más de lo que le había ofrecido la vida. Ansiosa por algo que la entretuviera, la enriqueciera y en lo que pudiera participar. Algo que cambiara de alguna manera su penitencia privada y que le permitiera soportar el sufrimiento de sus largos días de decoro. Y si el ojo morado era prueba suficiente, también los largos días de matrimonio.

La clave estaba en permitir que fuera ella la que hablara primero. Como siempre.

Después de largos minutos, lady Tremley bajó el hielo.

—Gracias.

Georgiana asintió.

—De nada.

—Lo siento.

Siempre comenzaban así. Con una disculpa. Como si la dama tuviera una mano de cartas mala. Como si fuera solo una mujer y por tanto, menos.

—No es necesario que se disculpe. —Era cierto.

—Seguramente tiene otra cosa que… —La mujer se interrumpió.

Ella agitó la mano con displicencia.

—Nada importante.

Lady Tremley asintió, bajando la mirada a sus faldas.

—La he juzgado con demasiada dureza cuando apareció.

Georgiana se rio.

—¿Piensa que es la primera? —Se reclinó en la silla—. Soy Anna.

La marquesa abrió mucho los ojos. Georgiana utilizaba la sorpresa de aquellas damas que siempre guardaban las apariencias para tratarlas como iguales. Era la primera prueba; la que demostraba su valía.

—Yo soy Imogen.

La mujer la había superado.

—Bienvenida a El Ángel Caído, Imogen. Puede estar segura de que todo lo que me diga lo compartiré únicamente con Chase.

—He oído hablar de usted. Es su… —Se detuvo como si estuviera buscando un sinónimo apropiado para ramera, y eligiendo otra expresión más adecuada— su mano derecha.

—Entre otras cosas.

La joven vaciló, jugueteando con el raso dorado. Georgiana pensó que no era un gesto usual en la esposa de uno de los consejeros más cercanos al rey.

—Recibí una invitación del señor Chase. Me han dicho que existe un club para mujeres.

Georgiana sonrió.

—No es un círculo de lectura o costura, me temo.

La mirada de lady Tremley se volvió más sagaz.

—No soy tan tonta como está imaginando.

Ella clavó los ojos en el moretón que la otra mujer lucía en la cara.

—No la considero tonta.

Lady Tremley se sonrojó, pero Georgiana no supo qué había provocado su rubor. Si aquella mujer estaba allí, es que ya no se avergonzaba por las acciones de su marido. Al contrario, él solo soliviantaría su ira.

—Entiendo que para poder ser aceptada, debo proporcionar cierta información.

Georgiana se mantuvo en silencio durante un buen rato.

—No sé de dónde ha sacado algo así.

—No soy tonta —repitió Imogen entrecerrando los ojos.

—¿Cómo está segura de que Chase no posee ya la información? Como debe haber oído, tenemos un dosier tan grueso como el dedo pulgar de cada hombre importante de Londres.

—No sabe esto —dijo la dama, bajando la voz al tiempo que miraba hacia la puerta—. Nadie lo sabe.

Ella no lo creyó ni por un momento.

—¿Ni siquiera el rey?

Imogen sacudió la cabeza.

—Supondría la ruina de Tremley. Para siempre. —En sus palabras había algo de

entusiasmo… Se notaba cierta emoción. La clase de triunfo embriagador que acompaña a la venganza.

Georgiana se echó hacia atrás.

—Somos conscientes de que su marido roba al Tesoro.

Lady Tremley abrió mucho los ojos.

—¿Cómo sabe eso?

«Es cierto». ¿Cómo, maldito fuera, lo había sabido West? ¿Cómo era posible que West lo supiera y ella no?

Se recompuso al instante y fue a por el segundo *round*.

—Y sabemos que lo utiliza para financiar el suministro de armas a enemigos del Imperio.

La mujer parecía haber sido azotada por un vendaval y solo los años de práctica impidieron que Georgiana se inclinara hacia delante en su asiento y le preguntara: «¿Verdad?». Porque cuando West lo dijo, no le había creído. A fin de cuentas, si fuera cierto, el conde sería culpable de traición. Y podría acabar colgado si se supiera.

Era el tipo de información que haría que un hombre matara para que siguiera siendo un secreto. Y dado el aspecto de la cara de su esposa, el conde no era un hombre que rechazara la violencia.

Georgiana volvió a hablar.

—Me temo, milady, que el precio de su acceso a El Ángel Caído será alguna prueba de todas estas cosas que sabemos. Sin embargo, antes de continuar, debe estar segura de que desea ofrecer libremente esa información a Chase. A El Ángel. —Hizo una pausa—. Debe entender que una vez sea nuestra, a cambio de su participación nos reservamos el derecho a usarla. En cualquier momento.

—Entiendo. —La mirada de la marquesa estaba llena de ansioso triunfo.

Georgiana se inclinó hacia delante.

—Debe entender que nos estará dando pruebas de traición.

—Lo sé.

—Que colgarían a su marido si fuera descubierto.

El triunfo se volvió oscuro y frío.

—Que lo cuelguen.

Georgiana arqueó una ceja ante aquellas insensibles palabras. Saber que Tremley era un hijo de perra no resultaba ninguna sorpresa, pero enterarse de que su esposa era una Boadicea suponía todo lo contrario.

—Me parece justo. ¿Tiene pruebas?

La mujer metió la mano en el corpiño, extrajo varios trozos de papel chamuscados por los bordes y se los tendió.

—Estas.

Georgiana extendió las tiras de papel y las encajó sobre la seda roja de su falda. Leyó el texto incriminatorio y miró a la mujer.

—¿Cómo las ha conseguido?

—Mi marido es menos inteligente de lo que cree el rey. Lanza la correspondencia al fuego, pero no espera a ver cómo se quema.

—Entonces… —comenzó Georgiana.

—… hay muchas más —terminó Imogen.

Georgiana se mantuvo en silencio durante un buen rato, considerando las implicaciones de

esa mujer. De sus cartas robadas. Pensando de qué forma podrían ayudarla esa misma noche. Iban a ganarse la ayuda de Duncan West y, por consiguiente, aseguraría su futuro y el de su hija. Una nueva información siempre suponía una embriagadora emoción, pero eso… era magnífico.

—Estoy segura de que hablo en nombre de Chase cuando digo: «Bienvenida al Otro Lado».

Lady Tremley sonrió y la expresión eliminó las líneas de nerviosismo de su cara, devolviéndole la juventud.

—Es bienvenida a quedarse —dijo Georgiana.

—Me gustaría explorar un poco. Gracias.

La mujer no la entendía.

—Milady, me refiero a más de una noche. El Otro Lado no es solo un lugar para jugar. Si desea un santuario, podemos proporcionárselo.

La sonrisa desapareció.

—No lo requiero —repuso.

Georgiana maldijo el mundo en el que habían nacido, donde las mujeres no tenían más remedio que aceptar el peligro de la vida cotidiana. La gran ironía de la ruina era esa; una vez que sobrevivías, traía consigo la libertad. No ocurría así para las mujeres decentes, de buena situación. Bien casadas. Más bien mal casadas.

Georgiana asintió, se puso en pie y alisó la falda. Había sido testigo de esa circunstancia en particular tantas veces que sabía que era mejor no forzar la situación.

—Si alguna vez… —Se interrumpió, dejando el resto de la frase colgando en el aire.

Lady Tremley no dijo nada, pero asintió. Georgiana abrió la puerta y señaló con la mano el exuberante vestíbulo y el pasillo que había más allá.

—El club es suyo, milady.

Capítulo 8

«…La hora de moda está cada vez más de moda, de hecho, lady G. asistió esta semana con la encantadora señorita P. Las dos conseguirán muy pronto que las colinas de Hyde Park sean el único lugar para ser visto, sin duda…».

«…¡Qué bajo han caído los valientes! Al duque de L. se le ha visto empujando un cochecito de niño por Mayfair. Al que escribe le habría gustado que hubiera estado presente algún artista para plasmar de esta guisa a un hombre conocido por hacer cosas mucho más violentas con las manos. ¡Hubiera sido increíble ver plasmado en óleo este particular evento…!».

Páginas de cotilleos del *Courant Semanal*, 26 de abril de 1833.

No había nada peor que las páginas de cotilleos. No importaba que le hicieran ganar una fortuna. Duncan West hojeaba la siguiente edición de *El folleto de los escándalos* sentado en su despacho en Fleet Street.

Esa publicación había sido su primer negocio, y había comenzado a editarlo hacía algunos años, cuando llegó a Londres por primera vez. Lo había diseñado para concentrar el ridículo interés de la sociedad por la moda y el cortejo, por los escándalos y los canallas. Y para sacar provecho del interés universal de la gente normal por lo que ocurría en la sociedad.

Había funcionado; desde el primer número le había proporcionado una cantidad infame de dinero, la necesaria para publicar el segundo periódico, infinitamente más serio, *La voz de Londres*. Sin embargo, jamás dejaba de sorprenderle y desalentarle que el escándalo se vendiera más que las noticias y entretuviera más que el arte.

Sabía que era un hipócrita de la peor especie, a fin de cuentas, era la publicación a la que tenía que agradecer su imperio, pero eso no le hacía detestar menos el negocio. La mayoría de los días no prestaba atención al contenido del periodicucho de cotilleos, lo que permitía que su segundo manejara el contenido y los anuncios. Pero ese día el tema que dominaba las páginas reservadas para «los escándalos de la temporada» estaba escrito y maquetado solo por West. Era una de las labores que realizaba en la batalla por la boda de lady Georgiana Pearson con un buen partido.

Examinó el texto, comprobó las erratas y eliminó palabras desafortunadas. *«A diferencia de la mayoría de las que sucumben a su suerte, esta dama ha sobrevivido con astucia, inteligencia y osadía»*.

No. Ninguna de esas tres palabras serviría. Aunque eran adecuadas para Georgiana, no atraerían a la sociedad. De hecho, la aristocracia no respetaba demasiado ninguno de los rasgos que convertían a esa joven en una dama tan cautivadora. Y, maldita fuera si no era tremendamente cautivadora.

Ojalá pudiera decir que pensaba eso por el beso. Aquel que no debería haber iniciado ni, sin duda, permitido llegar más allá de lo que era casto.

Pero no había nada en esa mujer que llevara a un hombre a pensar en la castidad. Y en su caso ni siquiera era el disfraz de Anna, con el que tentaba a la mayoría. Era su otro yo, Georgiana, la

frescura de su rostro, el brillo en su ojos. Cuando la tomó en sus brazos en la estancia privada del casino, quiso arrancarle aquella ridícula peluca de la cabeza, peinar sus rizos rubios y hacer el amor con la mujer real, la que se ocultaba bajo la pompa y el relleno. Y no era que requiriera relleno. Era perfecta sin él.

Se movió en la silla ante la idea, y volvió a concentrarse en el papel que sostenía en la mano. Lo que no ayudaba en su propósito de arrancar a la dama de su mente, dado que era el tema de aquel maldito periódico.

Unas pinceladas en tinta roja y «astucia» se convirtió en «encanto», «inteligencia» en «elegancia» y «osadía» en «gracia». No era que lady Georgiana careciera de esas cualidades, pero ciertamente no eran tan precisas como las palabras elegidas con anterioridad. Como otras: hermosa, fascinante, insoportablemente tentadora. Mucho más de lo que parecía.

Depositó el artículo en el escritorio, se inclinó hacia atrás y, cerrando los ojos, apretó el puente de la nariz entre los dedos. Ella era peligrosa. En conjunto era muy peligrosa. Debería poner a otra persona al frente de la historia y comprometerse a no ver a Georgiana de nuevo.

—Señor…

Alzó la vista y encontró a Marcus Baker, su secretario y hombre de confianza, en el umbral. Le hizo una seña.

—Entra.

El hombre dejó un montón de periódicos encima del escritorio y lo cubrió con una colección de sobres.

—Las noticias de mañana y el correo de hoy —informó Baker—. Parece que la noticia es que el vizconde Galworth le debe a El Ángel Caído miles de libras —añadió.

West sacudió la cabeza.

—Eso no es noticia.

—Está tratando de casar a su hija con un millonario americano.

Buscó la mirada de su ayudante.

—¿Y?

Baker señaló con la cabeza uno de los sobres que había puesto sobre el escritorio.

—Chase envía pruebas de que el vizconde ha estado amañando carreras de caballos.

—Eso sí podría ser noticia —dijo West, abriendo el sobre y concentrándose en el montón de papeles que contenía.

Era increíble todo lo que sabía Chase.

—Galworth ha hecho algo para enfadar a Chase.

—A El Ángel no le gusta que haya deudas sin pagar.

—Por eso siempre he tenido mucho cuidado de no verme en esa situación —comentó West cruzando los brazos tras dejar a un lado la información y girando una nota en la parte superior que le había llamado la atención. La separó del resto del correo y cogió un abrecartas, con un desagradable nudo de inquietud en el estómago rompió el sello y leyó el sencillo mensaje.

«Ya veo que ha hecho un nuevo amigo, pero ¿dónde está mi artículo? Comienzo a impacientarme».

No estaba firmado. Ninguno de los mensajes de Tremley lo estaban. Dobló el papel y lo sostuvo sobre la llama de una vela cercana, dejando que la frustración y la ira que acompañaban a esas misivas —llenas de demandas cargadas de derechos que él no podía tolerar— fluyeran como el fuego que lamía los bordes de la nota. Podía posponer la redacción del artículo sobre la guerra durante unos días, quizá una semana, pero necesitaba ya una prueba de Chase.

Arrojó la nota ardiente a la papelera de metal que había a sus pies y miró como las llamas consumían el mensaje antes de volverse hacia Baker, que todavía no se había despedido.

—¿Algo más?

—Su hermana, señor.

—¿Qué ocurre con ella?

—Está aquí.

Lanzó a Baker una mirada neutra.

—¿Por qué razón?

—Porque tú prometiste llevarme a dar un paseo —anunció su hermana menor desde la puerta.

Cynthia West era inteligente, audaz y completamente ingobernable cuando quería. Sin duda esto último era culpa de él, que la había echado a perder durante los últimos trece años, desde que tuvo dinero para hacerlo. Cynthia creía, como muchas jovencitas, que el mundo estaba o debía estar a sus pies.

Y en ese mundo estaba incluido su hermano.

—¡Maldición! —exclamó él—. Lo olvidé.

Ella entró, se quitó la capa y se sentó en una pequeña silla al otro lado del escritorio.

—Ya me imaginé que lo harías, por eso estoy aquí y no en casa, esperando que me recojas.

—Soy el propietario de tres periódicos que se publican esta noche.

—Entonces me parece un mal planteamiento que me hayas prometido un paseo.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Cynthia…

Ella se volvió hacia Baker.

—¿Siempre se muestra tan irritable?

Baker, que no sabía qué debía responder a la pregunta, optó por despedirse y evitar la situación con una rápida reverencia.

—Un tipo inteligente —comentó West.

—¿Sabes? Creo que no le gusto —comentó Cynthia cuando la puerta se cerró detrás del ayudante.

—Es probable —convino él, rebuscando entre los papeles que le había llevado Baker—. Cynthia, no puedo…

—¡No! —protestó ella—. Has cancelado este plan tres veces ya. —Se puso en pie—. Es la hora de moda. Deseo ir allí. Aunque solo sea por una vez, Duncan, ven. Hazlo por tu pobre y soltera hermana solterona.

—Soltera y solterona es una redundancia —repuso él, disfrutando de su mirada de exasperación.

—¿Queda mejor tu pobre y aburrida hermana solterona?

Él sacudió la cabeza.

—Mi trabajo no consiste en entretenerte. Estoy obligado a entretener antes al resto de Gran Bretaña.

Ella se movió hasta la ventana de la oficina.

—Como si no tuvieras al menos cien subordinados capaces de comprobar la ortografía o lo que sea que haces durante todo el día.

West arqueó una ceja.

—Hago un poco más que eso.

Cynthia agitó la mano con desdén.

—Sí, lo sé. Diriges un verdadero imperio desde detrás de ese escritorio.

—Exacto. —Aunque a él no le gustaba alardear.

—Hay páginas de sociedad en cada uno de tus periódicos, y uno de ellos solo habla de los escándalos. Un paseo por Hyde Park durante la temporada es casi una reunión de negocios.

—Un paseo contigo no es un negocio —aclaró él.

—¿No deberías permitir que me vieran? ¿No te preocupan mis perspectivas matrimoniales? Tengo veintitrés años, ¡por el amor de Dios! ¡Me he convertido en una florero!

—¡Pues busca un marido! Hay docenas de solteros trabajando por aquí. Elige a uno de ellos. El que te plazca. Elige a Baker. Es un trabajador nato.

Ella se llevó la mano al pecho.

—Un trabajador nato. Me abrumas. Casi no soporto el acelerado latido de mi corazón.

—Tiene todos los dientes y cerebro.

—Sí, grandes elogios…

—No sé qué buscan las mujeres. —Georgiana Pearson parecía estar interesada solo en el título.

Aunque no era que le importara lo que quisiera esa mujer.

¿Qué estaba diciendo? Ah. Sí. Cynthia.

Él señaló la puerta con la mano.

—Elige cualquier hombre del edificio. Eso sí, no me obligues a salir a pasear contigo.

—Me siento tentada a hacerlo solo para ver cómo reaccionas. —Se puso la capa sobre los hombros—. Duncan, me lo prometiste.

Y en ese momento, por un instante, ella volvía a tener cinco años y la subía a su caballo al tiempo que le prometía que iban a ir a un lugar seguro, que su vida sería mejor que la de él. Que serían fuertes. Había cumplido aquellas promesas. Y también cumpliría esa.

Una hora después estaban en Hyde Park, donde apenas podían avanzar por la multitud que había salido a pasear esa tarde. Rotten Row —que literalmente significaba «fila podrida» algo que, según él, era más que apropiado— estaba lleno de aristócratas y nobles recién llegados a Londres para disfrutar de la temporada. Llegaban insatisfechos tras un pálido invierno en lo más profundo del campo británico y buscaban, desesperados, el rubor que podrían proporcionar los cotilleos.

West saludó con una seña al conde de Stanhope, y él puso su impresionante caballo negro junto al cabriolé.

—Milord…

—West. Leí su editorial en el periódico a favor de la Ley de las fábricas. Bien hecho. Los niños no deben trabajar más que nosotros.

—Los niños no deberían trabajar en absoluto —repuso él—. Aunque consideraré la aprobación de esa ley como el inicio de la sensatez. Ojalá la fuerza de nuestras reclamaciones combinadas atraiga a los que de otro modo podrían verse tentados a defender otros puntos de vista. —El conde era conocido por sus apasionados discursos en la Cámara de los Lores.

Stanhope se rio.

—Piense en el daño que podríamos hacer si usted hace lo propio desde un escaño en la Cámara de los Comunes.

El viento azotó el parque como si el universo supiera la verdad; West jamás podría presentarse a un escaño en la Cámara baja. No se le permitiría conversar con condes si se conocieran sus secretos y, en algún momento, estos acabarían siendo del dominio público.

Porque un secreto solo lo era hasta que lo conocían dos personas.

Y, en su caso, dos personas lo sabían.

—Demasiado daño, milord.

El conde pareció notar el cambio en la conversación, y se quitó el sombrero para despedirse antes de seguir su camino. West y su hermana continuaron viajando en silencio durante largos minutos, hasta que sopló otra ráfaga de viento y Cynthia decidió aligerar el estado de ánimo en el carruaje. Aferrando su enorme sombrero, sonrió a un grupo de matronas de la sociedad.

—¡Qué hermoso día para un paseo! —comentó en voz alta con alegría.

—El cielo está gris y amenaza lluvia.

Ella sonrió.

—Estamos en Londres y es marzo, Duncan. Y el cielo está casi azul.

Duncan la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo es posible que seamos hermanos y, sin embargo, seas tan poco práctica?

—A lo que tú llamas poco práctica, yo le llamo alegre. —Él no respondió, por lo que ella continuó—. Supongo que los dioses te sonreían el día que te mostraron a tu hermanita.

Los dioses estaban sonriendo sin duda. Recordaba perfectamente aquel día, cubierto de alquitrán y con ampollas en sus jóvenes manos, cuando le enviaron llamar de la lavandería, donde su madre yacía en un rincón, sobre un montón de viejas mantas, con un bebé recién nacido.

El recuerdo inundó su mente sin avisar.

—Venga, Jamie, sostén a tu hermanita.

Y lo hizo. Tomó el pequeño bulto lloroso. Cynthia estaba envuelta en la camisa del amo, una que necesitaba ser remendada. Apenas se la veía entre la tela.

—Él se va a enfadar porque has estropeado su camisa.

—Deja que sea yo la que me ocupe de él —repuso su madre con una mirada de tristeza.

Abrió la camisa y echó un vistazo a aquella pequeña criatura, su hermana, con la cabeza cubierta de pelo castaño y los ojos más azules que hubiera visto nunca.

Se deshizo del recuerdo antes de llegar demasiado lejos.

—Parecías un duende.

Ella lo miró con sorpresa.

—¡No es cierto!

—Quizá no. Quizá fueras como un viejo, roja y llena de manchas, como si hubieras estado al sol demasiado tiempo.

Ella se rio.

—Eso que has dicho es horrible.

—Superaste todo eso. —Él se encogió de hombros y añadió en voz baja, para que no lo escuchara nadie—. Y la primera vez que te cogí en brazos, te measte encima de mí.

—¡Sin duda te lo merecías! —repuso ella, indignada.

Él sonrió.

—Eso pronto pasó, gracias a Dios.

—Estoy empezando a pensar que no debería haber insistido en el paseo —comentó ella—. No está resultando tan gratificante como pensé.

—Entonces he logrado mi objetivo.

Cynthia frunció el ceño antes de fijarse en dos damas que paseaban a caballo justo delante de ellos. Las mujeres inclinaban la cabeza como si estuvieran compartiendo un chisme muy jugoso.

—Cállate. Parece que esas dos tienen mucho que decir.

—¿Eres consciente de que tu hermano tiene línea directa con todos los chismes de la sociedad? Recibes en casa al menos tres publicaciones de cotilleos cada semana.

Ella rechazó sus palabras con un gesto.

—Leerlos como todo el mundo no es divertido. Acércate, y finge que estamos conversando.

—*Estamos* conversando.

—Sí, pero si sigues haciéndolo, no podré oírlas. Así que limítate a fingirlo.

El camino de tierra estaba lleno de aristócratas y demás miembros de la alta burguesía, y todos estaban allí por la misma razón que Cynthia, así que el maldito grupo se movía a paso de tortuga, lo que hacía muy fácil espiar. Un chisme compartido en Rotten Row nunca era demasiado valioso porque todo el mundo lo había oído ya. Sin embargo, tiró de las riendas para que su hermana pudiera escuchar a las señoras, que ahora estaban a su lado, a pesar de su aparente desinterés por la conversación.

—He oído que ha puesto los ojos en Langley —decía una.

—Sería un triunfo para ella, pero no creo que él quiera emparentar con una familia así —opinó otra.

—Una familia que —informó otra— cuenta entre sus miembros con el duque de Leighton y el marqués de Ralston.

De pronto, a West le interesó mucho la conversación.

—Están hablando de lady Geo…

Él alzó la mano y Cynthia dejó de hablar. Por una vez.

—Puede que tengan títulos, pero no son tan importantes si tenemos en cuenta el resto de la historia. La duquesa de Leighton ha supuesto un escándalo desde el principio.

—La han recibido en todas partes —señaló la primera.

—Por supuesto. Es una duquesa. Una duquesa rica. Pero eso no significa que la gente quiera su presencia. Es italiana… y *católica*. E hija de una cualquiera.

—Qué mujer más horrible —susurró Cynthia, inclinándose para acercarse más.

Solo los años de experiencia impidieron que él hiciera lo mismo. La mujer que hablaba era lady Holborn, una chismosa con muy mala baba y peor persona, si las malas lenguas no se equivocaban. La otra era lady Davis, que tampoco solía ser una invitada apreciada, pero una verdadera santa comparada con su amiga.

Era importante escuchar lo que estaban diciendo sobre Georgiana. Después de todo, él había prometido ayudarla a contraer matrimonio, ¿verdad? Cualquier reconocimiento que pudiera recabar de la opinión pública le ayudaría a conseguir que se realizara su parte.

Era la única razón por la que le importaba lo que estuvieran diciendo esas damas.

—Lo cierto es que la chica está arruinada —escuchó que decía la condesa de Holborn—. Punto. Tenga nombre o no, es un desecho. ¿Qué hombre podría estar seguro de que su heredero es suyo? Y el hecho de que se paseen por Hyde Park como si no fueran una fulana barata y su bastarda es… ofensivo. Basta con mirarlas.

«Georgiana está aquí».

—¡Qué terrible mujer! —repitió Cynthia.

La conversación de las damas se apagó cuando pudieron coger velocidad. A West ya no le importaba; estaba demasiado ocupado buscando al tema de su conversación. Habían dicho que estaba allí. Con su hija. De pronto, tuvo muchas ganas de hacer amistad con ella. No la veía en el camino, pero supuso que la multitud de personas presentes hacía que fuera difícil encontrar a

nadie. No le gustó la idea. A pesar de que se había dicho que no iba a fijarse en ella, si estuviera allí, con cualquiera de sus vestidos, la vería.

Siguió mirando a su alrededor, girándose para ver si estaba a su espalda. Fue entonces cuando le llamó la atención un destello azul, un tono zafiro profundo, que brillaba a lo lejos entre la gente. Soltó el aliento que había estado conteniendo. Evidentemente… no iba a estar con el resto de la sociedad. No quería ser parte de ese mundo.

Se puso en pie y oteó más allá de los árboles. Estaba con una joven, con dos caballos un poco retrasados y el Serpentine al fondo. Madre e hija parecían enfrascadas en una conversación, y las observó hasta que la niña dijo algo y Georgiana se rio. Una risa brillante, intensa. Como si estuvieran en un lugar privado y no a la vista de la mitad de Londres.

La mitad de Londres que requería para un matrimonio aceptable. West se preguntó qué resultaba tan divertido. Y luego se preguntó si también le divertiría a él. No apartó la mirada mientras llevaba el carruaje hasta el borde de la ruta y desmontaba.

—¿Te gustaría conocer al objeto de sus cotorreos? —preguntó a su hermana.

La mirada que Cynthia le lanzó desde lo alto del cabriolé fue de sorpresa absoluta.

—¿La conoces?

—Sí —repuso al tiempo que envolvía las riendas a un palenque. Se alejó del camino de tierra, caminando por la hierba hacia la ladera donde estaba Georgiana. Ella caminaba hacia los caballos y él quiso retenerla. Que permaneciera en el césped un poco más de tiempo. Hasta que pudiera llegar hasta ella. Cynthia se acercó y se apresuró a seguir su ritmo.

—Ya veo.

—¿Qué ves? —preguntó mirándola.

Su hermana sonrió.

—Es muy guapa.

Era mucho más que guapa.

—No me había dado cuenta.

—¿No?

—No. —Hubo un momento en el que mentir habría sido mucho más fácil. Una semana antes.

—No te habías dado cuenta de que lady Georgiana Pearson, rubia, esbelta y encantadora, es la que hace que te apresures…

Disminuyó la velocidad.

—No estoy apresurándome.

—La que hace que te apresures —repitió claramente—. ¿De verdad no te habías dado cuenta de lo guapa que es?

—No. —No miró a su hermana porque no quería presenciar el entendimiento, la sorpresa y el interés que escuchaba en su respuesta.

—Ya veo.

Que Dios lo librara de las hermanas.

Capítulo 9

«…en caso de incendio, este documento advierte resistirse a confiar en los caballos del vizconde Galworth para escapar. Nunca corren tan rápido como se espera…».

«…mientras tanto, lady G. continúa su andadura a pesar de su horrible y totalmente inadecuado

apodo. No ha habido ningún escándalo visible esta temporada y, a decir verdad, este autor se halla un poco decepcionado…».

El folleto de los escándalos, 27 de abril de 1833.

—Explícame otra vez por qué estamos caminando por aquí y no abajo con toda esa gente.

Georgiana miró a Caroline, sorprendida por la pregunta. Habían vagado por la orilla del Serpentine durante un buen rato, igual que muchas otras tardes cuando Caroline estaba en la ciudad.

Aunque no lo habían hecho desde que Georgiana había pasado a formar parte del mercado matrimonial, en todas las veces anteriores Caroline no había formulado esa pregunta: ¿por qué allí y no en Rotten Row?

Georgiana debería haber estado preparada para ella. Después de todo, Caroline tenía nueve años y las niñas se enteraban con el tiempo de que el mundo no existía únicamente para su placer. Por fin, acababan sabiendo que el mundo existía solo para el placer de la aristocracia. Y así, tan cerca de una multitud de aristócratas, lo normal era que Caroline hubiera acabado preguntando.

—¿Te apetece pasear por allí, con toda esa gente? —preguntó Georgiana, evadiendo la pregunta de su hija. Deseó que le respondiera de manera negativa. No se veía capaz de hacer frente a las miradas si paseaban junto al resto de Londres. No soportaría la manera en que susurrarían sobre ella. En que susurrarían sobre su hija. Que las vieran ya era lo suficientemente malo.

—No —repuso Caroline al tiempo que se volvía para estudiar la multitud que se aglomeraba abajo—. Me intriga saber por qué tú no quieres estar allí.

«Porque prefiero pasar la tarde siendo picada por un enjambre de abejas», pensó Georgiana. Supuso que no podía decírselo a su hija.

Se acomodó.

—Porque prefiero estar aquí. Contigo.

Caroline le lanzó una mirada de incredulidad, y ella se vio afectada por la honestidad que reflejaba su preciosa cara, por el conocimiento que inundaba aquellos enormes ojos, demasiado maduros para sus años.

—Mamá…

Supuso que era responsable de ese conocimiento. A fin de cuentas Caroline nunca había actuado de acuerdo a su edad, porque siempre había sabido más de lo que debería saber una niña. Era algo colateral a ser un escándalo.

—¿No me crees?

—Creo que deseas pasar la tarde conmigo, pero no creo que esa sea la razón por la que no estamos abajo. No son excluyentes.

—Eres demasiado inteligente para tu propio bien —concluyó Georgiana después de una pausa.

—No —dijo Caroline, pensativa—. Soy demasiado inteligente para tu propio bien.

—Eso es cierto. ¿Me creerías si te prometiera que te llevaré a Rotten Row la próxima vez que vengamos al parque?

—Sí, lo creería —concedió Caroline—, pero soy consciente de que tu promesa está condicionada a que volvamos al parque. Punto.

Georgiana se rio.

—Me has frustrado de nuevo.

Caroline sonrió y ambas caminaron juntas durante unos minutos.

—¿Por qué quieres casarte? —preguntó la niña de pronto.

Georgiana casi se atragantó con la sorpresa.

—Er…

—Lo he visto en el periódico de esta mañana.

—No deberías leer el periódico.

Caroline la miró con sorna.

—Me has animado a leer el periódico desde el mismo momento en que aprendí a leer. «Las señoritas que se precien leen el periódico». ¿No?

Pillada.

—Bueno, pero no deberías estar leyendo algo sobre mí. —Hizo una pausa—. Por cierto, ¿por qué supiste que se referían a mí?

—Por favor… Las páginas de cotilleos están pensadas para ser obvias. ¿Lady G.? ¿Hermana del duque L.? ¿Con una hija, la señorita P.? Lo cierto es que en realidad estaba leyendo sobre mí misma.

—Bien —repuso ella, pensando qué decir que fuera un discurso apropiado para una madre que se preciara—. Tampoco deberías hacer eso.

Caroline la miró. Sus refulgantes ojos verdes tenían un brillo lleno de conocimiento y curiosidad a la vez.

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Y cuál era tu pregunta?

Caroline suspiró.

—¿Por qué estás pensando en casarte? ¿Por qué ahora?

Ella se detuvo y se volvió hacia su hija sin saber muy bien qué decir, pero sabiendo que debía decir algo. Jamás le había mentido a esa niña y no pensaba empezar ahora, con la pregunta más complicada que le hubiera formulado jamás. Pensó que, sencillamente, debería abrir la boca y dejar que las palabras fluyeran. Podía no resultar elocuente, pero Caroline tendría una respuesta.

Pero por una intervención divina, no fue necesario que encontrara las palabras porque detrás del caballo de Caroline asomó Duncan West, que había subido la colina. Su salvador. Una vez más.

Contuvo el aliento mientras lo observaba. Dorado de pies a cabeza como el sol que lo iluminaba, incluso en ese día tan gris. Estaba perfectamente conjuntado con pantalón gris, camisa blanca y corbata y abrigo azul marino. El abrigo se ondulaba a su alrededor, haciendo que pareciera enorme.

Pero, pensó, siempre le parecía enorme. Era por algo en la manera en que se movía, con seguridad, como si nunca en su vida diera un paso en falso. Como si el mundo se inclinara a su antojo.

Había nacido siendo hija y hermana de dos de los duques más poderosos de Gran Bretaña y ese hombre, que no era un aristócrata —ni siquiera un caballero—, parecía ostentar un poder similar al de ellos. Incluso mayor. Lo que sin duda era la razón de que se sintiera tan atraída por él. Y no era que debiera sentirse interesada por el poder. Ella poseía ya mucho. Pero a pesar de

eso el corazón le latía con fuerza.

—¡Señor West! —dijo con alegría para cubrir aquel palpitar que estaba segura que todo el mundo estaba escuchando.

Caroline le lanzó una mirada extrañada. Quizá había pronunciado su nombre con demasiada intensidad. Hizo caso omiso a su hija y miró a la mujer que iba del brazo de West. La señorita Cynthia West, su hermana, diez años menor, considerada por todo el mundo una excéntrica encantadora, ojito derecho de su hermano, que la mimaba hasta extremos increíbles.

—Lady Georgiana —saludó West. Luego hizo una reverencia a Caroline—. Y la señorita Pearson, supongo.

Caroline se rio.

—Supone correctamente, señor.

Él hizo un guiño a la niña y se enderezó.

—¿Puedo presentarle a mi hermana, la señorita West?

La susodicha hizo otra reverencia.

—Milady.

—Por favor —dijo Georgiana—. No es necesaria tanta ceremonia.

—Pero es hija de un duque, ¿verdad?

—Lo soy —repuso Georgiana—, pero…

—Rara vez usa el privilegio —interrumpió Caroline.

—Siempre se debe llevar a una niña de nueve años, es muy útil para completar las frases —dijo ella, mirando a los dos hermanos.

Cynthia la miró muy seria.

—Estoy de acuerdo. De hecho, estaba pensando en buscarme una.

—Estoy segura de que mi madre me alquilará de mil amores. —La broma de Caroline consiguió que todos se rieran, y Georgiana se sintió muy agradecida por el ingenio de su hija, ya que no sabía muy bien qué decirle a Duncan West, teniendo en cuenta que la última vez que lo vio acabó con el corpiño por la cintura. La idea la hizo sonrojar y apretó los dedos enguantados contra la mejilla al notar que el calor inundaba su cara. Miró a West con la esperanza de que no se hubiera dado cuenta. Él tenía sus cálidos ojos castaños clavados en el punto donde ella se cubría la mejilla.

Retiró los dedos.

—¿A qué debemos el placer de su visita? —Las palabras le salieron más duras de lo que quería. Más estridentes. Notó que Cynthia West abría mucho los ojos, lo mismo que Caroline.

—Paseábamos en carruaje —explicó West ignorando su tono—. Se me ocurrió que subir aquí era mucha mejor idea que seguir arrastrándonos por Rotten Row durante una hora.

—Estaba segura de que le gustaría arrastrarse por Rotten Row. ¿No le ayuda a conseguir material para su trabajo?

—¡Ja! —intervino Cynthia—. Como si a Duncan le interesaran los chismes.

—¿No le interesan? —preguntó Caroline con curiosidad—. Entonces, ¿por qué los publica?

—¡Caroline! —regañó Georgiana en su mejor tono de madre—. ¿Cómo has sabido que el señor West es editor de periódicos?

Caroline sonrió.

—Las señoritas que se precian leen el periódico. Siempre incluyo alguno en mi lista de lectura. —La niña miró a West—. Usted es Duncan West.

—Sí.

Ella lo estudió durante un buen rato.

—No es tan viejo como imaginaba.

—¡Caroline! —explotó Georgiana—. Eso no se dice.

—¿Por qué?

—Lo que ha dicho no es tan inapropiado —intervino West sin dejar de sonreír a la niña. A Georgiana no le gustaba lo que le hacía sentir esa sonrisa. De hecho, notó que comenzaba a marearse—. Lo tomaré como un cumplido.

—Oh, debería —convino Caroline—. Estaba convencida de que era muy viejo, teniendo tantos periódicos diferentes. ¿Cómo lo consiguió? ¿Tiene un hermano con título?

Sonaron campanas de advertencia en la cabeza de Georgiana; Caroline sabía que parte de la razón de la existencia de El Ángel Caído era su tío Simon. Pero no había necesidad de estimular la curiosidad de West con aquel interrogatorio.

—Caroline, ya es suficiente.

—Si tuviéramos un hermano con título —intervino Cynthia—, todo habría sido más fácil.

«No esté tan segura», quiso decir ella, pero se mordió la lengua.

—Bueno, si no puedo preguntar eso, al menos podré interesarme por qué publica cotilleos si no le importan.

—No —dijo Georgiana—. No se hacen ese tipo de preguntas indagatorias.

—Bueno, él las hace ¿no? Es periodista.

Que Dios le librara de niñas de nueve años demasiado maduras para su edad.

—Ella tiene razón, lady Georgiana, soy periodista —dijo West.

Y de los hombres de treinta y tres demasiado guapos para su propio bien.

—¿Lo ves? —apostilló Caroline.

—Está siendo educado —repuso ella.

—En realidad no era esa mi intención —intervino él.

—Sí, usted estaba siendo educado —insistió Georgiana con firmeza, deseando haberse quedado en casa. Se volvió hacia su hija—. Algo que tú también deberías intentar alguna que otra vez. ¿Qué hemos hablado sobre los eventos sociales?

—Esto no es exactamente un evento —argumentó Caroline.

—Es casi lo mismo. ¿Qué es lo que hemos hablado?

Caroline frunció el ceño.

—¿Qué no debemos mencionar beber en calaveras?

Un impresionante silencio cayó sobre el grupo, aunque se vio roto casi al instante por la risa de West y Cynthia.

—Oh, señorita Pearson —dijo finalmente Cynthia—. ¡Es usted muy divertida!

Caroline sonrió.

—Gracias.

—Ahora, háblenme de estos hermosos caballos, ¿le parece? Debe ser una amazona estupenda.

Y gracias a la señorita West, Caroline logró escabullirse de cualquier situación en la que pudiera terminar siendo regañada o asesinada por su madre. Georgiana giró la cabeza al verse invadida por la clara sensación de que la habían dejado sola con West a propósito. No estaba acostumbrada a perder el mando con tanta rotundidad. Echaba de menos su club. Miró a West que seguía sonriendo.

—¿Beber en calaveras? —preguntó él.

Ella despidió las palabras con un gesto.

—No preguntes.

Él asintió con la cabeza.

—Me parece bien.

—¿Entiendes ahora por qué necesito un marido? Mi hija es demasiado precoz para su propio bien.

—No, no lo entiendo, la verdad. Es encantadora.

Georgiana sonrió.

—Es evidente que no eres bueno en sociedad. —De pronto tuvo la sensación de que había metido la pata e intentó solucionarlo—. No tienes que vivir con ella.

—No te olvides de que tengo una hermana igual de excéntrica.

Era el adjetivo perfecto para Caroline.

—Dime, ¿crees que la mayoría de los caballeros buscan esposas excéntricas?

—Como no soy un caballero, no puedo saberlo.

Notó un ardor en su interior. Desconocido y, sin embargo, reconocible. Culpabilidad.

—No quise decir… —se disculpó.

—Lo sé —repuso él—. Pero no te equivoques. No he nacido caballero, Georgiana. Y será mejor que lo recuerdes.

—Interpretas muy bien el papel —aseguró ella. Y era cierto. Tenía el aspecto de un caballero y se comportaba como tal en el club. Había actuado muy bien cuando la rescató de las repugnantes manos de Pottle. Y en la época anterior a ese momento, nunca había hecho ninguna proposición vulgar. Ni una sola vez.

—¿Lo piensas de verdad? —preguntó él como quien no quiere la cosa mientras miraba a Caroline y a Cynthia, cuya conversación se animaba por minutos—. ¿Crees que me comporté bien cuando te asaltaron en la sala de juego? ¿Cuándo estuve a punto de desnudarte?

Estaban en público, en mitad de Hyde Park. Para cualquier observador desprevenido eran la viva imagen del decoro. Nadie sabría nunca que sus palabras la hicieron estremecerse cuando un relámpago ardiente la recorrió de arriba abajo, calentándola como si estuvieran en la estancia oscura del casino una vez más. Lo miró, temiendo que él se diera cuenta de lo que la había hecho sentir.

—¿Cuándo quería hacer mucho más que eso? —agregó él con una suavidad llena de promesas.

Ella también lo había deseado. Se aclaró la garganta.

—Quizá, después de todo, no eres un caballero.

—Te lo aseguro, sobra la palabra «quizá».

Estaba segura de que cualquier persona que los viera sabría qué estaba diciéndole. ¿Cómo era posible que lo disfrutara? Porque los dos eran unos desvergonzados. Miró al Serpentine, tratando de fingir que discutían sobre otro tema. El que fuera.

—Entonces, ¿qué eres?

West tardó en responder y ella se volvió hacia él; la observaba con atención. Lo miró a los ojos y se sostuvieron la mirada durante un segundo. Dos. Diez.

—Creía que te habías dado cuenta en el momento en que nos conocimos. Soy un canalla.

Y en ese momento, lo era. Y a ella no le importó. De hecho, lo deseaba más por ello. Se alejaron, siguiendo a Cynthia y a Caroline, que ya bordeaban la curva del Serpentine. Después de permanecer en silencio durante un buen rato, ella no pudo soportarlo más. No quería seguir preguntándose qué estaba pensando ese hombre. Esperó que expresara sus pensamientos en voz

alta. Esperó que no lo hiciera.

Así que tomó la palabra.

—La mujer de mi hermano estuvo a punto de ahogarse en este lago en una ocasión.

—Lo recuerdo —repuso él sin dudar—. Tu hermano la salvó.

Había sido el comienzo de un amor eterno. Uno que no terminó en tragedia, sino en felicidad.

—Imagino que escribirías al respecto.

—Seguramente —dijo él—. En ese momento, si no recuerdo mal, solo publicaba *El Folleto de los escándalos.*

—Acabo de tener una conversación con Caroline que me lleva a pensar que todavía conservas mucha influencia.

Él se volvió a mirar a las chicas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Como habrás supuesto, lee las páginas de cotilleos.

West sonrió.

—Ella y las demás chicas de Londres.

—Sí, bueno, pero la mayoría de las chicas de su edad no se encuentran artículos hablando sobre que su madre está buscando marido.

Él frenó el paso.

—Ah…

—Bien dicho.

—¿Qué ha comentado al respecto?

—Me ha preguntado por qué deseo casarme. Y por qué ahora.

Con las chicas a bastante distancia, West y ella estaban en público pero mantenían cierta privacidad. Como era habitual en la vida de Georgiana esos días. La situación era planeada, sí, pero eso no quería decir que lo disfrutara.

Aunque, si estuviera completamente a solas con Duncan West, cualquiera sabría lo que podría ocurrir. Caminaron un poco más sin decir palabra.

—¿Y qué has respondido? —preguntó él finalmente.

Ella se volvió hacia él, sorprendida.

—¿Tú también? —Él encogió los hombros en un gesto que comenzaba a resultarle familiar —. ¿Sabes? Haces eso cada vez que quieres que alguien piense que no estás interesado en lo que está a punto de decir.

—Quizá no me interesa. Quizá solo trato de ser educado.

—¿Desde cuándo la educación incluye preguntas tan personales? —preguntó ella—. ¿No has tomado nota de la lección que le acabo de dar a mi hija?

—Algo sobre beber en calaveras. —Ella se rio, sorprendida, y él sonrió con ligereza. Cuando la expresión desapareció, dejó un difuso calor en las entrañas de Georgiana—. Bueno, como tu hija señaló, soy periodista.

—Eres un magnate de la prensa —corrigió ella.

—Reportero de corazón —replicó él con una sonrisa.

Ella no pudo reprimir una sonrisa ante el juego de palabras.

—Oh. Estás desesperado por una historia.

—Por cualquier historia, no. ¿Por la tuya? Claro que sí.

Las palabras quedaron flotando entre ellos. Los dos parecían sorprendidos. Ella al menos lo estaba; ¿lo había dicho de verdad? ¿Le interesaba tanto su historia? ¿O para él era solo

información necesaria para poder realizar el pago que siempre efectuaba cuando El Ángel le hacía un favor?

¿Por qué le importaban tanto las respuestas?

Él la salvó de todas esas dudas que giraban en su mente

—Pero hoy me conformaré con la respuesta a la pregunta que hizo Caroline.

«¿Por qué quiero casarme?».

Sacudió la cabeza.

—Existen una docena de razones por las que debería casarme.

—Deber no es deseo.

—Eso es solo semántica.

—No, en absoluto. Yo no debería haberte besado ayer por mucho que me haya gustado hacerlo. Ambas cuestiones son totalmente diferentes.

Ella se detuvo. Las palabras de West le producían sorpresa y algo más. Deseo. Miró los ojos castaños y percibió un cálido brillo.

—Er… —Vaciló—. No puedes soltar ese tipo de cosas y quedarte tan ancho. Estamos en un lugar público. En Hyde Park. Es la hora de moda.

—Esa debe ser la descripción más idiota que hay para las cuatro de la tarde —dijo, cambiando de tema. Como si no acabara de decir la palabra «beso» a la vista de toda la aristocracia de Londres.

Quizá lo había soñado.

—Entonces, dime, Georgiana. —Su nombre era una caricia incluso mientras caminaban, con un metro de distancia entre ellos, ofreciendo una imagen absolutamente inocua—, ¿por qué quieres casarte?

La pregunta fue tranquila y fluida, e hizo que solo quisiera responder a ella, incluso cuando sabía que no era de su incumbencia.

—Ya lo sabes —respondió lo obvio—. Necesito un título.

—Por Caroline.

—Sí. Ella necesita la protección de un título decente. Con su ayuda, será recibida en todas partes y, si tiene suerte, tendrá un futuro.

—Y esperas que Langley sea un padre decente.

Las palabras salieron con facilidad, con tanta ligereza que casi no se dio cuenta de la forma en que buscaban una respuesta al deseo que había tenido durante toda su vida adulta.

—Si tiene suerte, sí.

Él asintió con la cabeza y siguieron caminando.

—Me parece bien. Pero todo eso es por Caroline. ¿Y qué hay de ti?

—¿De mí?

—Ese es el meollo de la cuestión, Georgiana, ¿por qué quieres casarte?

El viento sopló de nuevo y trajo consigo el olor a sándalo y algo más que emanaba de ese hombre, algo limpio y masculino. Más tarde, ella se diría que fue ese aroma lo que le hizo decir la verdad.

—Porque no tengo otra opción.

Las palabras contenían tanta verdad que se sorprendió y deseó poder reprimirlas. Deseó haber dicho otra cosa. Algo más audaz y descarado. Pero no era posible. Había reaccionado a sus preguntas y dado la respuesta más desnuda. Había expuesto sus vulnerabilidades. A pesar de que ella era el hombre más poderoso de Gran Bretaña, el que reinaba en la noche, allí, en pleno día

era solo una mujer, con derechos de mujer. Y el insignificante poder de una mujer. Durante el día, solo era una madre con una hija, y necesitaba ayuda.

Él no sabía todo eso, por supuesto. Solo que estaba arruinada, pero no en la medida en que podía ser destruida. Y aunque West era consciente de la verdad que contenían sus palabras, no la entendía por completo.

—¿Y por qué ahora? —fue lo que preguntó a continuación, dejando pasar su respuesta.

Era algo que ya le había preguntado. La noche en que se conocieron en la terraza en el baile de Worthington. La noche en que él la conoció como Georgiana. Y ella no la había respondido. Pero ahora no dudó.

—Ella necesita más de lo que yo le puedo dar —repuso mirando a Caroline.

Él arqueó una ceja.

—Vive con tu hermano. Me imagino que no necesita más.

Georgiana observó a su hija durante un buen rato, y la envolvió un recuerdo espeso y casi abrumador.

—Así no. Se merece una familia propia.

—Cuéntamelo —susurró él con tentadora calidez, logrando que su voluntad buscara otro lugar, uno donde pudiera acurrucarse en su calor y hacer justo lo que le pidiera.

—Justo después de Año Nuevo —respondió ella—, la visité en la finca de mi hermano. —Sus sobrinos apenas la habían mirado dos veces, más interesados en los raros días de invierno que en su excéntrica tía, que a menudo se presentaba vistiendo pantalones y botas.

Pero Caroline sí se había fijado en ella.

—Mi hija se sorprendió al verme.

—¿No la ves a menudo?

Georgiana vaciló, sintiéndose culpable.

—La finca… está lejos de Mayfair.

—En el extremo opuesto del mundo en el que vives. —Precisamente. Adoró y odió la comprensión que reflejaban sus palabras—. ¿Qué ocurrió?

Trató de explicarlo, pero se dio cuenta de que la historia podía parecer demasiado simple. Sin importancia.

—Nada de interés.

Él no aceptó su respuesta.

—¿Qué pasó?

Ella se encogió de hombros y los dejó caer, esperando que el gesto ocultara la vergüenza que le provocaba el recuerdo.

—Pensé que se sentiría feliz al verme, pero solo se mostró confundida. En lugar de correr hacia mí sonriendo, parpadeó y me preguntó: «¿Qué estás haciendo aquí?».

Él exhaló, y ella quiso ver comprensión en el sonido, pero no se atrevió a mirarlo. No se atrevió a preguntar.

—Me quedé sorprendida al escuchar la pregunta. Después de todo, soy su madre. ¿No debería estar allí? ¿No es mi lugar? ¿Con ella? —Sacudió la cabeza—. Me enfurecí. No con ella, sino conmigo misma. —Se detuvo, perdida en el recuerdo, en la manera en que Caroline le sonrió, como si fuera una extraña.

Y eso era lo que había sido. No era su madre. No de la forma en que debía serlo. Había estado tan preocupada por no mancillar a su hija con su reputación que se había convertido en alguien secundario en la vida de Caroline.

«Nunca más».

No, si podía evitarlo.

—Sentí… —Empezó a decir. Se detuvo. Él no dijo nada, mostrando una infinita paciencia. Sin duda era esa cualidad lo que le convertía en un periodista tan notable—. Sentí como si no perteneciera allí.

Porque no pertenecía allí.

Siguieron caminando.

—Pero eso no significa que no puedas pertenecer allí.

—Primero tengo que desear pertenecer allí.

Él entendió lo que quería decir.

—Oh, la devastadora batalla entre lo que uno quiere y lo que debería querer.

—Se merece una familia —concluyó—. Una respetable. Y un hogar. Y un… —Se detuvo, sin saber cómo concluir—. No sé. —Empezó a pensar algo que proporcionase normalidad hasta que dio con ello—. Un gato. O lo que sea que tienen las niñas normales.

Como si todo eso no sonara idiota.

Aunque él no parecía pensar que lo fuera.

—No es una chica normal.

—Pero podría serlo. —«Si no fuera por mí». Aunque no lo dijo.

—¿Y crees que el título de Langley hará que lo sea?

El título no era más que un medio para conseguir un fin. ¿Es que no se daba cuenta?

—Sí —dijo.

—Porque Chase no quiere tenerte. —Las palabras fueron una sorpresa inesperada y desagradable. Se dio cuenta de que se enfadaba por su nombre.

—Incluso si Chase me quisiera.

Él alzó una mano y ella percibió la irritación con la que hacía el gesto.

—No me irás a decir que no es un aristócrata. Uno rico y poderoso. ¿Por qué sigues manteniendo su identidad en secreto?

Ella no dijo nada. No podía arriesgarse a revelar nada.

—Él podría darte todo lo que buscas, pero incluso ahora que te deja desvalida, que te ofrece a los lobos de la sociedad, sigues protegiéndolo.

—No se trata de eso —protestó ella.

—Así que lo amas. Pero no creas ni por un momento que no es culpa suya que tengas las manos atadas. Tienes que casarte con él. Debe protegerte con su poder.

—Si pudiera… —Dejó que las palabras se alargaran, rezando para que él no escuchara el engaño que llevaban implícito.

—¿Está casado?

Ella no respondió. ¿Cómo podría hacerlo?

—Por supuesto, no vas a decírmelo. —West sonrió, pero la expresión carecía de humor—. Si lo está, es un imbécil. Y si no lo está… —Se calló.

—¿Qué? —presionó ella.

Él miró hacia otro lado, hacia el lago, plateado bajo la luz de marzo. Por un momento, ella pensó que no iba a responder.

—Y si no lo está, es imbécil. —Georgiana contuvo el aliento cuando él se volvió hacia ella y la miró a los ojos—. Me parece que cada vez lo tolero menos.

—Incluso aunque estuviera soltero, no lo quiero —repuso ella, odiando lo que decía. Odiando

aquella mentira que añadía a las que ya había entre ellos. Ese Chase era otro. Ese Chase era un hombre misterioso y poderoso, con el que ambos estaban en deuda.

—No, tú quieres a Langley —replicó él.

«Te quiero a ti». Se tragó las palabras. ¿De dónde habían salido?

—Es una buena opción. Amable. Decente. —«Seguro».

—Por su título —añadió él.

—Sí —convino ella.

Caminaron durante un buen rato antes de que él volviera a hablar.

—No es una opción si en tu lista solo hay un nombre, y lo sabes. —Al ver que ella no respondía, siguió hablando—. Deberías tener otras opciones. Debería. Pero no las tenía.

Al final de la temporada, estaría casada. Ya fuera por decisión propia o presionado, Langley se casaría con ella. Había sido seleccionado por sus cualidades. Y su secreto, que ella no dudaría en utilizar si fuera necesario.

No importaba que de alguna manera, algo hubiera roto el equilibrio Chase-Anna-Georgiana, y que en esa situación el chantaje fuera la peor opción. Era la única manera. Lo de tener elección era una farsa. Pero allí, en ese momento, tenía una. West la deseaba y ella le deseaba a él. Sí, allí, en ese momento, tenía una opción. Podía tener lo que debería tener durante toda la vida… o lo que deseaba durante un momento. O, quizá, tener ambas cosas.

¿Por qué no disfrutar de un momento con West? Él era su pareja perfecta, conocía sus secretos, aunque no toda la verdad. Sabía que era Anna y Georgiana, sabía por qué estaba buscando un marido, y jugaría un papel decisivo en la búsqueda. Había algo muy liberador en la idea de que podía elegir. Ahora. Antes de que no tuviera más remedio que elegir a otro. De pronto, todo estuvo muy claro.

—¿Tienes una amante?

Soltó la pregunta con una falta de delicadeza que la consternó. ¿Qué le había pasado a Anna, la *madame* más notoria de Londres? Más importante todavía, ¿dónde estaba el todopoderoso y siempre prudente Chase? Quiso tirarse al Serpentine. ¿Por qué ese hombre tenía ese horrible efecto en ella?

Él arqueó las cejas ante la pregunta, pero de alguna manera, por fortuna, se resistió a la tentación —sin duda abrumadora— de burlarse de ella.

—No.

Georgiana asintió con la cabeza y siguió caminando a la orilla del lago.

—Solo lo pregunto porque no me gustaría… entrometerme.

¿Por qué le resultaban tan difíciles de pronunciar esas palabras? Porque él la estaba mirando. Lo notaba por el rabillo del ojo. Y seguiría observándola mucho más cuando soltara todo lo que quería decir. Aquel pensamiento no la ayudó.

—Georgiana, te ruego encarecidamente que te entrometas. Tanto como quieras.

Respiró hondo. Era ahora o nunca. Seguir adelante o callar para siempre.

—Quiero proponerte un arreglo. No será un acuerdo a largo plazo, eso sería una tontería. Y una falta de respeto.

Y una tontería, cualquier cosa a largo plazo con Duncan West terminaría antes de lo que a ella le gustaría.

«De nuevo esas palabras».

—Adelante —se limitó a decir West.

Ella se detuvo. Se volvió hacia él. Intentó comportarse como correspondía a alguien que

dirigía el club de caballeros más importante de Londres.

—Has dicho que querías besarme.

—¿Es que no está claro lo que deseo?

Ella ignoró el torrente de calor que le produjeron sus palabras.

—Lo está. Y también que deseas hacer otras cosas conmigo.

La mirada de West se oscureció.

—Muchas más cosas.

Escuchar eso provocó algo extraño en su interior.

Georgiana asintió con la cabeza.

—Entonces, te propongo que hagamos todas esas cosas.

Él arqueó una ceja dorada.

—¿Tú también quieres?

Se moría de vergüenza, pero siguió adelante.

—Sí. No tienes ninguna amante y yo tampoco.

—Eso espero —parecía que eso le sorprendía.

Ella ladeó la cabeza y habló como haría Anna, sintiéndose mucho más poderosa ahora que había hecho la proposición.

—No veo ninguna razón para no tenerlo hasta que me convierta en lady Langley. Con discreción, por supuesto.

—Claro está —convino él.

—Creo que lo harás.

—Serás mi amante —afirmó West.

—No me imaginaba que pudieras elegir la palabra «maestra».

La sorpresa de West fue evidente. Ella disfrutó del momento. En especial cuando siguió hablando.

—Estoy seguro de que debería sentirme insultado.

Ella se rio, sintiéndose liberada con la conversación.

—Vamos, West, no soy una delicada flor. ¿No eres tú el que dijo que debería tener una opción?

Él entrecerró los ojos.

—Me refería en un futuro a largo plazo.

—He elegido mi futuro a largo plazo. Y ahora estoy eligiendo mi futuro inmediato —dijo ella, acercándose con lo que quedaron a menos de medio metro. Georgiana bajó la voz—. Te he elegido.

Las palabras flotaron en el aire y ella pensó por un fugaz momento que iba a atraparla y estrecharla con fuerza. No se habría resistido. Pero él se contuvo, seguramente consciente de que estaban en un lugar público. Eso no hizo el instante menos emocionante. Jamás había estado tan cerca de un hombre que la deseara de esa manera y aun así estuviera dispuesto a resistirse a ello.

Sonrió.

—Imagino que aceptas.

—Con una condición —dijo él, cruzando los brazos al tiempo que le daba la espalda al viento que soplaba sobre el lago. Protegiéndola del frío.

—Dila.

—Mientras estés en mi cama, no irás a la suya.

«Chase».

Era una condición fácil de aceptar.

—Hecho.

Él pareció vacilar al ver lo rápido que accedía, y se preguntó si habría dado alguna pista. Pero entonces reconoció la emoción que cruzó por su rostro. Incredulidad. West pensaba que era la mujer de Chase. No debería haberla frustrado como lo hizo. No debería haberla enfurecido que él no confiara en ella. Que no la creyera. Después de todo, ella mentía, incluso cuando le decía la verdad. Pero la frustraba. Porque quería eso, por encima de todo, quería que fuera cierto. Empezó de nuevo, preparada para convencerlo.

—No somos…

Él la interrumpió.

—Acepto.

Se sintió aliviada.

—Empezaremos mañana por la noche —añadió él.

Y el alivio volvió a inundarla.

—Yo… —empezó ella, pero la detuvo de nuevo.

—Yo tengo el mando.

Eso la hizo estremecer de emoción, incluso a pesar de que no tenía intención de permitir que el responsable fuera él.

—Ha sido idea mía.

Él se rio, un sonido bajo y ronco.

—Te lo aseguro, tuve esa idea mucho antes que tú.

West llamó a su hermana que se volvió de inmediato al reconocer su voz. Le señaló el carruaje y ella pasó las riendas del caballo de Georgiana a Caroline y se dirigió hacia el cabriolé. Una vez hecho eso, él volvió a concentrarse en ella.

—Yo tengo el mando —repitió.

Ella frunció el ceño.

—Sí, ya, vas a tener el mando…

Él curvó los labios en una sonrisa.

—Te aseguro que lo tendré.

Y dicho eso, se dirigió hacia su carruaje.

—West —lo llamó, sin saber lo que iba a decir, pero sabiendo, sin embargo, lo que deseaba. Mirarlo una vez más.

Lo hizo.

—Teniendo en cuenta el reciente giro de los acontecimientos, creo que me deberías llamar Duncan, ¿no crees?

Duncan. Parecía demasiado personal. Incluso después de haberle hecho la proposición. Quizá porque le había hecho la proposición. ¡Santo Dios, le había hecho la proposición! De perdidos al río.

—Duncan.

Él sonrió de una manera provocativa.

—Me gusta cómo suena.

Un rubor coloreó sus mejillas y esperó que él no lo notara con la distancia. Se equivocó; él curvó un poco la comisura de los labios.

—Y me gusta lo que provoca. No hay nada de Anna en ese color. Nada falso. El rubor se hizo más intenso. A la vez, él parecía saber mucho de ella. Quizá demasiado. Buscó algo para

reequilibrar su poder.

—¿Dónde estabas antes de venir a Londres?

Él se quedó inmóvil y ella supo que algo en la pregunta le había inquietado. Supo, con el agudo sentido de quien trata con verdades y mentiras, que ocultaba algo en su pasado. Algo sobre lo que su instinto le dijo que mentía.

—Suffolk.

No era mentira, pero tampoco se trataba de toda la verdad. Y no tuvo tiempo para más preguntas.

—Mañana por la noche —advirtió él, sin dejar lugar a una negativa.

Ella asintió con la cabeza con una mezcla de expectación y nerviosismo al pensar en ese «mañana por la noche».

¿Qué había hecho?

—¿Mamá? —Caroline interrumpió sus pensamientos y Georgiana la miró. Su hija estaba a unos metros, sujetando los caballos.

Georgiana forzó una sonrisa.

—¿Regresamos? ¿Estás lista?

Notó que Caroline miraba la espalda de West, que se alejaba —no pensaba pensar en él como Duncan, era demasiado personal—, y luego la observaba a ella.

—Estoy lista.

Se casaría con otro hombre. Daría a Caroline el mundo que se merecía. La oportunidad que se merecía. Pero ¿era pedir demasiado encontrar mientras tanto un momento de placer para ella misma? ¿Haría daño a alguien con ello?

Capítulo 10

«…Este periódico sabe a ciencia cierta que cierto lord empobrecido se interesa por cierta dama muy bien dotada. Aunque no podemos confirmar los planes del susodicho lord, sí podemos confirmar que ambos pasaron un cuarto de hora en un balcón oscuro hace varias noches. Estamos seguros de que aunque lord L. sea un perfecto caballero, no tiene por qué serlo durante mucho tiempo…».

«…lo cierto es que hay pocas parejas a las que adoremos más que los marqueses de R. Ha pasado más de una década desde que los vimos perder la cabeza al uno por el otro y viendo tanta adoración mutua, este periódico no descansa. Se rumorea que incluso practican esgrima…».

En las páginas de cotilleos de *El semanal de Britannia,* 29 de abril de 1833

Los ecos de sociedad comenzaban a hacer efecto. Georgiana había bailado con cinco potenciales pretendientes en el baile de los Beaufetheringstone, entre ellos tres cazafortunas empobrecidos, un anciano marqués y un conde de orígenes cuestionables. Y solo había transcurrido la mitad de la velada.

En ese momento, mientras la orquesta descansaba entre dos bailes, ella estaba junto a la mesa de los refrescos, en el otro extremo de la estancia, acompañada por el vizconde de Langley, sin duda a la espera de que empezara la música para poder bailar juntos… Y dar los siguientes pasos para obtener su futuro papel como vizcondesa.

Lo más destacable era que el duque de Leighton había recurrido a todas sus armas para conseguir casar a su hermana. Él estaba presente acompañado de su duquesa, al igual que su familia política, que incluía a los marqueses de Ralston y a lord Nicholas St. John y su esposa.

Y también habían asistido los propietarios de El Ángel Caído, aunque su apoyo era menos público. Sin embargo, su mera presencia resultaba algo así como inaudita, porque era bien sabido que el marqués de Bourne y el conde de Harlow no se prodigaban en sociedad. Pero allí estaban, desperdigados por la estancia como silenciosos centinelas.

El cambio de tendencia podría deberse a sus esposas, cada una con su propio poder de nuevo cuño, una nueva generación de la aristocracia. Algunas con escándalos a sus espaldas, otras de perfección social absoluta.

Sí, podría haber sido por cualquiera de esas cosas, pero West sabía la verdad. Eran los artículos de sus publicaciones. Y él no estaba seguro de qué sentía al presenciar su éxito.

Comenzó a pasearse por la escena, observando cómo lady Beaufetheringstone, la matrona más chismosa de la sociedad, levantaba los impertinentes para estudiar críticamente a Georgiana. Después de un buen rato, lady B. bajó los lentes y asintió con la cabeza antes de atender a todas las damas que la rodeaban, sin duda, para discutir sobre la nueva adquisición de su salón de baile.

Era notable que Georgiana requiriera el apoyo de West con la cantidad de nobles que la rodeaban, unos aristócratas que habían sorteado sus propios escollos sociales a través del

escándalo hasta conseguir la aceptación de la sociedad. Pero para la sociedad no había nada más peligroso en el mundo que una mujer soltera envuelta en un escándalo. Y era así desde que Eva probó la manzana, Jezabel se pintó la cara o Agar yació con Abraham.

Observó a Georgiana mientras levantaba la copa de champán y bebía. Cuando bajó el cristal y sonrió a su acompañante, West imaginó que tenía los labios brillantes por el líquido y que bebía de ellos.

Podrían haber pasado días desde que se besaron, pero su sabor persistía y cada vez que pensaba en ella o la veía, se sentía más desesperado porque el baile terminara y su noche comenzara. Aguardaba impaciente el momento en que podría tocarla. Vio como Langley le ponía la mano en el codo para conducirla a la pista de baile. Comenzaba a sentir un profundo rechazo por el vizconde. Rechinaba los dientes al ver la sonrisa fácil de ese hombre, sus chaquetas a medida y sus corbatas impolutas. Empezaba a odiar su manera de moverse, como si hubiera nacido para ese lugar, para ese mundo y, tal vez, para esa mujer. No importaba que sus pensamientos fueran sumamente irracionales dado que Langley sí había nacido para eso.

Y también comenzaba a rechazar la manera en que bailaba el vizconde. Con elegante gracia y movimientos caballerosos. Y la manera en que Georgiana le sonreía mientras giraban por la pista… sin necesidad de alzar la vista, pensó con cierta maldad, dado que Langley era de la misma altura que ella.

Hizo todo lo posible para no tener el ceño fruncido. No le gustaba que hicieran tan buena pareja, ni lo bien que parecían estar juntos. Era fácil pensar que tendrían unos hijos guapísimos. Y no es que le preocuparan esos niños.

La mirada de Georgiana se cruzó con la suya y el placer lo atravesó. Estaba muy guapa esa noche. Incluso a los veintisiete años brillaba más que el resto de las mujeres presentes. De hecho, la luz de las velas arrancaba brillos relucientes a la seda de su vestido mientras Langley la hacía girar por la estancia. Sus rizos dorados rozaban el lugar donde su largo cuello se encontraba con el hombro. Un punto que olía a vainilla y a Georgiana. Un lugar que tenía intención de lamer la próxima vez que estuvieran solos.

La saludó con un gesto de cabeza y notó que ella se sonrojaba, desviando la mirada al instante. Quiso cantar por la victoria. Ella lo deseaba. Y estaba dispuesto a apostar que lo deseaba tanto como él la deseaba a ella. Ambos saciarían su anhelo esa noche. Se moría de ganas de tocarla. No había pensado en otra cosa desde el momento en que ella se volvió hacia él en el parque, el día anterior, y dijo «Te elijo». ¡Dios!, quiso tomarla entre sus brazos y llevarla al bosquecillo cercano para perderse con ella entre los árboles, desnudarla y adorar cada centímetro de su piel con cada centímetro de la de él. ¡Maldito fuera el mundo en el que había vivido y en el que ella había elegido vivir!

«Te elijo».

No le importaba que ella hubiera dicho probablemente esas mismas palabras a una docena de hombres a lo largo de su vida. Ni que ella conociera su poder y lo ejerciera con mano experta. Cuando dijo que lo elegía, fue suyo. Al instante. Y su cabeza se llenó con una docena de ideas de cómo hacerla suya. Su deseo había sido primitivo y primario… la había deseado por completo. Y esa noche, la tendría.

—¿No has recibido mi nota?

Se puso rígido al escuchar esa voz.

—Sí. —Se volvió hacia el conde de Tremley.

—No he visto publicado el artículo en cuestión.

La guerra en Grecia. El apoyo de Tremley al enemigo.

—He estado ocupado.

—El juego y los eventos sociales no son excusa. No me gusta que me ignoren. Harías bien en recordarlo.

El tono del conde enfureció a West, pero sabía que aquel hombre solo estaba buscando pelea.

—Estoy prestándote atención.

—Porque solo es necesario que yo diga una palabra para que todas estas personas pidan tu ejecución.

West odió la verdad que encerraban sus palabras, el hecho de que, sin importar las razones que le habían llevado a hacer lo que hizo, sin importar el resultado de sus acciones y el poder que ejercía ahora como magnate de la prensa, no era uno de ellos.

«Jamás lo seré».

Ignoró el pensamiento y se volvió hacia el baile, pretendiendo interesarse —como llevaba haciendo más de una década— por ese mundo que jamás sería suyo.

—¿Qué quieres?

Hizo la pregunta mientras pasaba un grupo de jóvenes, sin duda en busca de un lugar donde jugar a las cartas para pasar el tiempo en aquel baile al que sus madres les habían obligado a asistir. Varios de ellos se volvieron al reconocerlos, sin encontrar nada extraño en que Tremley y él estuvieran inmersos en una profunda conversación.

Los dos ocupaban cargos de importancia; Tremley como asesor del rey Guillermo y West como periodista con el que gran parte de la sociedad estaba en deuda. Solo otro hombre les igualaba en influencia.

El hombre del que Tremley quería hablar.

—Quiero ver a Chase.

West se rio.

—No le veo la gracia —comentó Tremley.

Él arqueó una ceja.

—¿Quieres ver a Chase?

—Sí.

—Tú y el resto del mundo —añadió al tiempo que sacudía la cabeza.

Tremley sonrió.

—Es posible, pero el resto del mundo no te tiene pillado.

Eso era cierto. A lo largo de una década, West había proporcionado información a Tremley sobre la sociedad como pago para que mantuviera silencio sobre el pasado. Sobre su pasado común.

Y cada día, cada pizca de información que compartía, le mataba un poco más. Estaba desesperado por deshacerse de aquel vicioso. Desesperado por obtener la información que lo liberaría.

Solo los años de práctica le impedían revelar la furia y la frustración que lo envolvía cada vez que Tremley estaba cerca.

—¿Por qué Chase?

—Venga… —dijo Tremley en voz baja y casi divertida—. Solo hay dos hombres en Londres que tienen un poder similar al mío. A uno lo tengo en el bolsillo. —West apretó los puños mientras su adversario continuaba—. El otro es Chase.

—Eso no es suficiente para ir tras él.

Tremley rio con odiosa frialdad.

—No me gusta que pienses que te queda alguna elección. Ha demostrado cierto interés en mi esposa y no me gusta que me amenacen.

West notó que le envolvía la ira por el tratamiento que Tremley daba a su esposa.

—Chase no es el único hombre que podría amenazarte.

—Estoy seguro de que no te refieres a ti mismo. —Al ver que no le respondía, el conde continuó—: Tú no puedes arruinarme, Jamie.

Escuchar aquel nombre que llevaba décadas sin usar le hizo sentir una profunda inquietud. Temblaba por la necesidad de destruir al petulante conde. Le hacía estar dispuesto a cualquier cosa con tal de conseguir la información que lady Tremley hubiera ofrecido por pertenecer a El Ángel Caído.

Respiró hondo, manteniendo la calma.

—¿Acaso crees que no he buscado antes a Chase? ¿Crees que no soy consciente de lo bueno que sería revelar su identidad para la venta de periódicos? Aunque me siento halagado por tu confianza, te lo aseguro, ni siquiera yo puedo acceder a Chase.

—Pero la puta puede.

Las palabras —la palabra— lo atravesaron y solo la conciencia de estar en un salón de baile con docenas de parejas girando a su alrededor impidió que clavara el puño en la cara de suficiencia del conde.

—No sé a quién te refieres.

—Eres tan aburrido cuando te lo propones… —suspiró Tremley, fingiendo interés en los bailarines—. Sabes perfectamente a quién me refiero. A la mujer de Chase. Ahora al parecer es tuya.

West se puso rígido ante la descripción, ante la forma en que la trataba como si solo fuera un accesorio. Ante la referencia: barata, utilizada y no deseada. Era hija de un duque, por Dios. Pero Tremley no lo sabía. Igual que no lo sabía el resto de Londres.

—No te servirá de nada negarlo —continuó el conde—. La mitad de la sociedad te vio entrar con ella en una sala privada del casino la otra noche. He escuchado tres versiones diferentes que dicen que Lamont la encontró con las faldas subidas. ¿O era ella la que te había bajado los pantalones?

Quiso rugir de ira ante el insulto. Si fuera otro el que se atreviera a hablar de esa manera, lo destruiría. Lo torturaría durante una semana con sus propias manos. Lo castigaría durante años con el azote de su pluma.

Pero Tremley estaba a salvo de su ira porque conocía su pasado. Sabía cómo había luchado y lo que había ganado.

—Deberías tener cuidado con cómo hablas de la dama —dijo en vez de golpearle como quería.

—Vaya, vaya, ¿así que ahora es una dama? La puta —dijo muy despacio, recreándose en el sonido— debe ser tremenda bajo las sábanas si la defiendes de esa manera. —Tremley le sostuvo la mirada—. No me importa lo que hagas con ella. Pero es la puta de Chase antes de nada. Y vas a sonsacarle quién es ese hombre.

Un día destruiría al conde de Tremley y se sentiría en la gloria. El conde pareció leerle el pensamiento.

—Lo odias, ¿verdad? —dijo el conde, mirándole con cuidado—. Odias que tenga tanto poder sobre ti. Que pueda arruinarte con una palabra. Odias estar en deuda conmigo, para siempre.

Odio era una palabra demasiado banal para lo que sentía por Tremley.

—Para siempre es mucho tiempo.

—De hecho, aprenderás lo cierto de tus palabras si alguna vez hablo. Me han dicho que «para siempre» es mucho más tiempo cuando estás en la cárcel.

—¿Y si no puedo conseguir su identidad?

Tremley miró hacia otro lado y West siguió su mirada mientras escudriñaba la sociedad, buscando a su mujer entre la multitud de bailarines. Al ver el ojo de la dama, rodeado por una mancha amarillenta, tardó un momento en darse cuenta de que Tremley no estaba mirando a su esposa; esta se movió y dejó a la vista una pareja detrás. Una mujer.

Cynthia.

—Es una chica muy guapa.

Se le heló la sangre ante la velada amenaza.

—Ella está fuera de esto. Ese ha sido siempre el acuerdo.

—Tú lo has dicho «ha sido». Después de todo, la pobre no sabe la verdad sobre su hermano, el perfecto, ¿verdad? ¿Sabe lo que hiciste? ¿Lo que tomaste?

Las preguntas eran una fría amenaza, diseñada de manera brillante. No miró al conde. No podía garantizar que no saltaría sobre él si lo miraba. Se concentró en la voz de Tremley cuando este siguió hablando.

—Sería una lástima que le dijera la verdad. ¿Qué pensaría de ti entonces? ¿De su irreprochable hermano?

Era la intimidación perfecta. Estaba llena de contenido. No amenazaba su futuro, pero era suficiente para mantenerlo bajo el pulgar de Tremley sin necesidad de recurrir a la enorme y constante amenaza que pendía entre ellos. No amenazaba con revelar sus secretos. Solo con contárselos a Cynthia.

—No puedes proteger a todas las mujeres del mundo, Jamie.

No pudo contener más la ira, caliente e insoportable. Estalló.

—Algún día te destruiré —prometió en voz baja—. Lo haré por mí, sí, pero también por todos los demás a los que has hecho daño.

Tremley sonrió.

—Un Quijote. Luchando contra molinos de viento. Y aun así el héroe no podrá ganar. —Las palabras estaban diseñadas para hacer que Duncan se sintiera impotente—. No me importa la cantidad de dinero ni la influencia que tengas, Jamie, a mí me protege el rey. Y tu libertad solo existe gracias a mi benevolencia.

Al escucharle, Duncan volvió a sentirse un niño, una vez más furioso y con ganas de pelea. Desesperado por ganar. Tan desesperado por una vida diferente que estaba dispuesto a robarla.

No respondió.

—Eso es lo que yo pensaba —dijo el otro hombre a modo de despedida.

West le observó mientras se acercaba a una joven, hija de un duque, y la invitaba a bailar. Ella sonrió y aceptó su oferta con una profunda reverencia, sabiendo que aquella distinción por parte del conde de Tremley, mano derecha del rey Guillermo, no haría más que aumentar su valor.

Resultaba irónico que la aristocracia no se diera cuenta de la mierda que se ocultaba entre ellos… y solo fuera consciente de los títulos. Necesitaba saber qué sabía Chase sobre Tremley.Cuanto antes.

Ella había bebido demasiado.

No lo había planeado. De hecho, era casi inesperado. Podía beber *whisky* como cualquiera de ellos. Había bebido *whisky* como cualquiera de ellos. Pero esa noche, había tomado champán. Y ese líquido espumoso, como todos los que habían vivido desde María Antonieta sabían, se bebía como si fuera agua pero actuaba sobre el organismo de una manera muy diferente.

Se detuvo. ¿Qué tenía que ver María Antonieta con el champán?

No importaba. Lo único importante era que había bebido demasiado champán y ahora se esperaba que bailara. Y más tarde, era ella la que esperaba hacer algo muy diferente. Algo que quería hacer. Con Duncan West. Algo que le había pedido que hicieran juntos. «Algo que le aterrorizaba hacer de manera incorrecta». Pero esos pensamientos eran para un momento diferente. Ahora solo tenía que bailar. Menos mal que el vizconde de Langley era un bailarín excelente.

No debería resultar una sorpresa, ese hombre poseía una educación exquisita. Era encantador y divertido, y estaba más que dispuesto a mantener una conversación, pero a ella lo que le sorprendía era la manera en que el vizconde la hacía girar por el salón de baile sin un solo paso en falso, ignorando el hecho de que no era una pareja demasiado buena en ese momento de la noche. No creía haber bailado nunca con alguien tan en forma.

Lo habría disfrutado en el pasado, y también esa noche si no hubiera bebido demasiado champán, algo que no habría hecho nunca si no estuviera tan concentrada en otro hombre, uno que no bailaba. De hecho, Duncan West no se había movido de su puesto, en un extremo del salón de baile, desde que llegó a Beaufetheringstone House una hora antes. Su falta de movimientos estaba haciendo que resultara muy difícil que ella lo mirara sin ser descubierta.

Sin embargo, cuando sus miradas se encontraron a través de la estancia, la emoción y el nerviosismo le hicieron sentir mariposas en el estómago. Esa noche era la noche prometida. «Yo tengo el mando». Al pensar en lo que él había dicho el día anterior, en su promesa, notó que se le encendían las mejillas. Apartó la mirada.

¡Santo Dios! Era posible que hubiera cometido un error terrible al hacerle una sugerencia tan audaz. Ahora iba a tener que aceptar las consecuencias.

Jamás había querido tanto algo que a la vez la aterrorizara tantísimo.

—¿Qué es lo que le interesa tanto de Duncan West?

Y que fuera tan completamente obvio.

Miró a lord Langley fingiendo sorpresa.

—¿Milord?

Langley sonrió, todo afabilidad.

—Soy un buen observador.

Ella sacudió la cabeza.

—No sé a qué se refiere.

Él arqueó las cejas.

—Sus evasivas solo hacen que la situación sea más curiosa. —Georgiana se dejó llevar con un giro hacia el otro lado del salón, aprovechando el momento para reordenar sus pensamientos. Él no esperó a que ella respondiera—. ¿Podría ser por gratitud?

—¿Milord? —Esa vez no tenía que fingir nada. Duncan West conseguía que se pusiera nerviosa con solo respirar. ¿Cómo iba a tener que agradecérselo?

—Está haciendo un excelente trabajo al atraer la atención de la sociedad hacia sus cualidades. —Él sonrió, complaciente—. Imagino que cuando West acabe de ponerla por las nubes, usted no

me mirará dos veces.

Parecía que Langley veía más de lo que uno pensaba.

—Lo dudo, milord —repuso ella—. De hecho, es usted quien se rebaja al ser visto conmigo.

Él sonrió.

—Se le da bien.

—¿El qué?

—Insinuar que soy un buen partido.

—Lo es —insistió ella.

Ella reconoció en su sonrisa una ironía que otros no verían. Chase la reconocería, sin duda.

—No lo soy. Estoy arruinado. Apenas puedo pagarme los zapatos que calzo.

Ella bajó la mirada a sus pies.

—Están muy brillantes y no tienen agujeros. —Cuando él se rio, ella siguió hablando—. Milord, estoy arruinada de muchas maneras. Y no pueden ser rectificadas con facilidad.

Él la miró con atención.

—Entonces, ¿debo estar agradecido por mi título?

—Yo lo estaría. —Las palabras surgieron antes de que pudiera detenerlas. Antes de que pudiera darse cuenta de lo inapropiadas que podían llegar a ser, de cómo podrían malinterpretarse—. No he querido decir que…

Él sonrió.

—Sé lo que ha querido decir.

Georgiana sacudió la cabeza.

—No lo creo. Solo quería decir que hay mucha gente que se cambiaría felizmente de lugar con usted.

—¿Conoce a alguien? —preguntó él sonriente.

Ella miró de nuevo por encima del hombro hacia un punto entre la multitud, donde el pelo dorado de Duncan West brillaba gracias a su altura, que lo hacía bien visible. Se preguntó si él se cambiaría con el vizconde, si querría ostentar el título.

«Si él tuviera un título…».

No se permitió terminar el pensamiento.

—Me temo que no.

—Ajá —anunció él—. Así que admite que los títulos no son lo más importante.

Georgiana sonrió.

—Parecen llevar aparejados ciertos requisitos y obligaciones.

—Yo no debería haberlo tenido —repuso él con cierta nostalgia.

—¡Malditos primos infértiles! —dijo ella llevándose al instante la mano a los labios para detener las palabras que ya había pronunciado.

Él se rio con la suficiente fuerza como para llamar la atención de los bailarines cercanos.

—Es usted más de lo que parece, lady Georgiana.

Pensó en los archivos que guardaba en su despacho y no le gustó la sensación de culpa que traía aparejada la idea de que podría tener que utilizarlos para convencerlo. Sonrió.

—Lo mismo que usted, milord.

Él se mantuvo en silencio después de eso y ella se preguntó si se habría dado cuenta de por qué lo estaba diciendo. Si sabría lo que ella estaba dispuesta a utilizar si fuera necesario.

Su mirada voló hacia West, todavía de pie, vigilante, aunque ahora tenía un acompañante.

«Tremley».

Apenas habría advertido quién era su interlocutor una semana antes, pero ahora notó que había algo oculto entre ellos; por la forma en que Tremley sonreía, con esa mueca que no se reflejaba en su mirada y por la manera en que West se quedaba rígido, sin moverse.

Debía a West cierta información sobre Tremley, el archivo ahora repleto con los secretos que su esposa había compartido. Pero en ese momento, viéndolos juntos, se preguntó qué conexión habría entre ellos. ¿Por qué Duncan estaba tan interesado en el conde? ¿Cómo había sabido que ocultaba esos secretos?

La atravesó un escalofrío de inquietud. Luego el baile requirió de un giro y ella suspiró de frustración por ese mundo, a cuyas reglas debía plegarse en vez de dejarse llevar por su propia curiosidad.

Ahora estaban en el borde del salón, cerca de las puertas a una terraza llena de gente. Langley la miró.

—¿Tomamos un poco de aire?

Era posible que el vizconde se hubiera dado cuenta de que ella había bebido más de la cuenta. Y quizá estuviera bien salir a tomar el fresco, quizá eso la distraería de Duncan West, y cualquier cosa que consiguiera que dejara de pensar en él esa noche, bienvenida fuera.

Langley la guio hasta el borde de la pista de baile, y vio a una joven solitaria, lady Mary Ashehollow. Estaba sola, despojada de pretendientes. Georgiana experimentó un breve remordimiento al ver la triste mirada de la chica.

Se detuvo del brazo de Langley.

—Lady Mary —la saludó, deseando que la joven se mostrara un poco amable.

Pero la muchacha frunció el ceño y le dio la espalda, en una innegable prueba de rechazo público y directo.

Georgiana arqueó una ceja y volvió a concentrarse en Langley, que se había quedado sorprendido por la interacción. Salieron a la terraza, donde media docena de personas harían de chaperonas. Él la guio hacia la balaustrada, lejos de los demás, y ella puso las manos sobre la piedra al tiempo que tomaba una profunda bocanada de aire fresco con la esperanza de que la cabeza dejara de girarle.

—¿Es normal —preguntó él después de un rato— ser tan maleducado?

—Nunca habían sido tan evidentes —repuso ella—. Pero lady Mary podría tener una razón comprensible para serlo.

Él asintió con la cabeza.

—¿Se lo merecía? —insistió Langley después de un rato.

—¿Si se merecía qué?

—Lo que sea que le haya hecho para enfadarla.

—Sí, mucho —dijo Georgiana.

«Y se merece todavía más».

No añadió nada.

—Resulta agotador, ¿verdad? —prosiguió Langley—. Me refiero a tener que interpretar un papel.

Ella lo miró, percibiendo la comprensión en su mirada. Él también actuaba. Cada momento.

—Lo es —repuso con una sonrisa.

Langley se apoyó en la balaustrada y señaló al grupo de mujeres que les observaba entre susurros desde el otro lado de la terraza.

—Hablan de nosotros.

Ella miró por encima de su hombro.

—No hay duda de que se preguntan qué he hecho para ganarme un momento tan clandestino.

—Y se preguntan si llegarán a presenciar algo más escandaloso —dijo él tras inclinarse hacia ella.

—Pobrecitas —se lamentó Georgiana—. No lo harán.

—¿Pobrecitas? —Langley fingió sentirse insultado—. ¡Pobre de mí!

Ella se rio, incluso aunque sabía que él no quería decir lo que parecía, arrancó miradas más intensas de las mujeres. Quizá no fuera tan malo casarse con Langley. Quizá llegara a ser un buen compañero. Era encantador y entretenido. Listo, amable…

Pero no le atraía. De hecho, no le atraía en absoluto. Lo que le hacía perfecto. De hecho, sentirse atraída por otro había sido el origen de sus problemas. Sí, estaba mejor sin sentir atracción, y los acontecimientos de la última semana lo demostraban. Si no la sintiera, si no se sintiera tan atraída por Duncan West, no se sentiría perdida. Y él no tendría ese desconcertante poder sobre ella.

No debería estar pensando en West, ¡maldito sea! Ni en lo que ocurriría esa noche. Ni en las promesas que él le había hecho, oscuras, pecaminosas y perversas. En esas promesas que la habían hecho ceder. ¿Y por qué no ceder? En ese instante, una sola vez. ¿Por qué no permitirse el placer de tenerlo? ¿De experimentar con él? ¿Y por qué no antes de retirarse con un susurro a una vida como vizcondesa de Langley?

Antes tendrían que proponerle serlo. Y eso no ocurriría esa noche.

Otra chica salió a la terraza. Georgiana la reconoció al instante; era Sophie, la hija del conde de Wight, su defensora la otra noche. Estaba sola, había sido claramente exiliada por sus amigas, sin duda por haberla defendido. Y la pobre parecía perdida.

Georgiana se volvió hacia Langley, con ganas de poner fin a ese momento. Quería liberarse de su red.

—Debe bailar con ella —le pidió—. Es una chica muy dulce. Necesitará sentirse apoyada.

Él arqueó una ceja.

—¿Por un vizconde empobrecido?

—Por un apuesto caballero. —Era una disculpa, pero él no lo sabía. Una disculpa por cómo estaba utilizándolo. Por la manera en que estaba dispuesta a utilizarlo. Volvió a señalar a lady Sophie con la cabeza—. Baile con ella. Yo estaré perfectamente. El aire fresco me está sentando bien.

Langley le lanzó una mirada penetrante, reconociendo su ebriedad.

—Me imagino que sí.

Ella sacudió la cabeza.

—Lo siento.

—No es necesaria ninguna excusa. Bien sabe Dios que he necesitado de esa ayuda en particular un par de veces para enfrentarme a la sociedad. —Se inclinó, la tomó de la mano y le besó los nudillos cubiertos por el guante—. Como milady desee.

La dejó para acercarse a Sophie, que primero pareció sorprendida y luego, evidentemente halagada. Los observó regresar al salón de baile y ponerse a bailar. Formaban una buena pareja, el apuesto vizconde y la nerviosa florero. Era una lástima que Langley no pudiera darle a Sophie lo que ella sin duda deseaba.

Apartó la vista de la pareja y se volvió para respirar hondo mientras miraba la oscuridad, en busca de sostén.

—Ahí no me encontrarás.

Se estremeció al escuchar su voz. Trató de ocultarlo, pero era más difícil de lo que podía haber imaginado. Se giró y encontró a Duncan a pocos metros de distancia. Deseó que estuviera más cerca. No, no lo deseó.

—Pues resulta que no estaba buscándote.

—¿No? —Él buscó su mirada.

Resultaba exasperante.

—No. Y dado que fuiste tú quien se acercó a mí, cualquiera pensaría que eres tú quien me buscaba.

—Quizá sea cierto.

Tuvo que recurrir a toda su energía para ocultar la satisfacción que sentía.

—Tenemos que dejar de vernos en las terrazas.

—He venido a decirte que es hora de irse —dijo él. Parecía apropiado que la declaración llegara de la oscuridad, la que traía consigo una profunda sensación de pecado, que la hizo sentir una amalgama de nervios, expectación… y una pizca de miedo.

—Adiós —respondió ella, deseando que se fuera el temor. Deseando un poco más de alcohol.

—Estaré en el club —informó él, moviéndose lo suficiente como para que ella viera su cara a la luz de las velas que iluminaban el salón de baile—. Tengo un mensaje para Chase. —Estaba muy serio. Ella se quedó inmóvil, presa de la decepción. Pensaba que había acudido allí por ella, pero no era así. Estaba allí por Chase. Se le ocurrió vagamente que eran la misma persona, pero no era capaz de centrarse en ello.

—Chase no está allí —espetó antes de pensarlo dos veces.

Él arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabes?

Georgiana vaciló.

—No creo que esté —repuso finalmente.

Él la miró durante un buen rato.

—Lo sabes, pero no es el momento de discutir cómo lo sabes. Es hora de que nos vayamos.

—Apenas son las diez. El baile acaba de empezar.

—El baile está en la mitad y tenemos un acuerdo.

—Nuestro acuerdo no implica que le pase mensajes a Chase. —Incluso ella notó el mal humor en sus palabras. Y no le importó demasiado—. No quiero irme todavía. Me gusta bailar.

—Has bailado con seis hombres, nueve si contamos a Cross, Bourne y el marqués de Ralston.

—Has estado vigilándome —dijo ella con una sonrisa.

—Por supuesto que he estado vigilándote. —La información era tan agradable como cierta. Igual que aquel «por supuesto»—. Y te permití estar aquí un cuarto de hora con Langley.

—¿Tú me lo permitiste?

—Sí, yo. Y nueve bailes son suficientes para una noche.

—Solo fueron seis. Los hombres casados no cuentan.

—Para mí cuentan.

Ella se acercó, incapaz de resistirse a su voz, sombría y llena de irritación.

—Ten cuidado, o pensaré que estás celoso.

Él tenía una mirada líquida, del color de la caoba. Y muy convincente.

—¿Te has olvidado ya? ¿Recuerdas eso de yo y nadie más?

—No, el acuerdo era tú y no Chase.

El caoba se volvió negro.

—Entonces hay un nuevo acuerdo. —No había visto nunca a ese Duncan West. Absolutamente centrado, lleno de poder y fuerza. Lleno de deseo.

Un deseo que sería mutuo si ella lo permitiera. Si no resultara tan desconcertante.

—Podrías haber bailado conmigo —alegó en voz baja, acercándose todavía más.

Él le salió al encuentro, cerrando la distancia entre ellos.

—No, no podía —susurró.

—¡Por Dios!

Georgiana se dio la vuelta y se encontró con Temple a unos metros de distancia con su esposa del brazo.

—¡Dios! Temple, tienes un sentido de la oportunidad horrible —se quejó Duncan antes de dar un paso atrás—. Su excelencia.

Mara, la duquesa de Lamont, sonrió y a Georgiana no le gustó el conocimiento que encerraba su sonrisa, como si supiera todo lo que había ocurrido en la terraza. Y seguramente lo sabía.

—Señor West. Lady Georgiana.

—Necesitáis un acompañante —aseguró Temple.

—Estamos a la vista de la mitad de Londres —protestó Georgiana.

—Estás en una terraza oscura a la vista de la mitad de Londres —puntualizó Temple, acercándose—. Esa es la razón de que necesitéis un acompañante. Míralo.

Ella lo hizo, ¡ni que resultara desagradable!

—Es muy guapo.

West arqueó las cejas.

—Er… —Temple se detuvo y la miró de manera extraña—. Está bien. Bueno. No estaba hablando de eso… aunque asumo que a un acompañante no le importaría demasiado tal declaración. Me refiero al hecho de que parece que él está planeando llevarte de aquí.

—Tú tienes el mismo aspecto —señaló ella.

—Sí. Pero eso es porque yo sí estoy planeando llevarme de aquí a mi esposa. Como estamos casados, se nos permite hacer las cosas que la gente hace en las terrazas oscuras.

—William —dijo la duquesa—. Los vas a avergonzar. Y a mí también.

Temple miró a su esposa.

—Ya te lo compensaré. —Su voz contenía una promesa oscura y Georgiana puso los ojos en blanco antes de continuar—. Dime que no parece que esté pensando en llevársela de aquí.

Mara los miró a ambos y Georgiana tuvo que contener la tentación de alisarse las faldas.

—Lo cierto es que sí lo parece.

—Pues ya que estamos —dijo Georgiana—. Es justo lo que está planeando.

—¡Dios mío! —explotó Temple.

—Pensaba ser muy discreto —se disculpó Duncan.

—Bien, por ahora ella no se va a ninguna parte —repuso Temple antes de volverse hacia ella y ladear la cabeza para señalar la pista de baile—. Vamos.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella parpadeando con sorpresa.

—Voy a bailar contigo.

—Pero yo no quiero bailar contigo. —Notó la petulancia con la que dijo las palabras, pero no fue capaz de cambiarlo. Señaló a Mara—. Además, ¿no tienes otros planes?

—Los tenía, y más adelante discutiremos sobre lo mucho que me irrita tener que cambiarlos.

—No es necesario que bailes conmigo —susurró—. Puede hacerlo West.

—No estoy segura de que eso vaya a resolver la cuestión que nos ocupa —dijo Mara, que parecía bastante pensativa.

La respuesta de Duncan fue más directa.

—No.

—¿No? —preguntó, sorprendida por su rápida negativa.

—No tengo título —le recordó él—. No pueden verte bailar conmigo.

¡Qué tontería!

—Pero eres el hombre que está restaurando mi reputación.

—Entre otros —intervino Temple.

—¿Te refieres a otros como tú?

—Su excelencia —dijeron Temple y Duncan al unísono.

Georgiana sacudió la cabeza confundida.

—No hace falta que me llaméis así, yo no soy duquesa.

Los tres la miraron como si estuviera loca. Y fue cuando se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¡Dios! —exclamó Duncan.

—¿Estás borracha? —preguntó Temple.

Ella se llevó los dedos a los labios.

—Es posible.

Los dos hombres se miraron el uno al otro y luego a ella.

—¿Cómo demonios ha ocurrido?

—Me imagino que es porque he consumido mucho alcohol —repuso ella con elegancia.

Mara se rio.

—¿Por qué? —preguntó Temple.

—Me gusta el champán.

—Odias el champán —aseguró Temple.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué relación tenía María Antonieta con el champán? —Seguro que alguno de los tres lo sabría.

Temple parecía a punto de matarla. Duncan la miraba con atención, como si se hubiera convertido en una especie rara.

—Es la responsable de la copa de champán.

—¡Eso es! Tiene la misma forma que su pecho. —Todos la miraron, como si hubiera hablado demasiado alto.

—¡Dios! —se quejó Temple.

—Quizá deberíamos limitar el uso de la palabra «pecho» en público —dijo Duncan con sequedad—. ¿Por qué no nos cuentas por qué has sentido la necesidad de beber tanto?

—¡Estaba nerviosa! —se defendió. Luego se dio cuenta de lo que había admitido. Miró a Duncan cuya expresión había pasado de sorpresa a suficiencia. ¡Maldito fuera!—. No es por ti.

—Claro que no. —Lo que significaba lo contrario.

Temple miró a su alrededor.

—No quiero saber nada de eso. Callaos.

—No tiene nada de qué preocuparse, su excelencia. —Hizo hincapié en el título antes de concentrarse en Duncan—. Muchos hombres me ponen nerviosa.

—¡Por Dios, Anna, cállate ya!

—No la llames así —advirtió Duncan. Y el tono de su voz fue suficiente para que Temple y ella lo miraran.

—Es su nombre.

—No, aquí no lo es. Y ya que estamos no, en realidad no lo es. —Duncan y Temple se miraron y se dijeron algo sin palabras. Por fin, Temple asintió.

—William —intervino Mara en voz baja—. Lo estamos empeorando. No debías mostrarte tan…

—Grosero conmigo —concluyó Georgiana.

Mara ladeó la cabeza.

—Yo iba a decir «familiar».

No le faltaba razón. El duque de Lamont no debía conocerla tanto como para reprenderla en una terraza. Temple se mantuvo en silencio durante un buen rato antes de ceder ante su esposa. Era algo que siempre impresionaba a Georgiana, un hombre tan grande totalmente dedicado a su mujer.

—Se supone que debes contribuir a mantener intacta su reputación —dijo Temple mirando a Duncan.

—Toda la sociedad sabe que tengo interés personal en ella. Nadie se sorprenderá al vernos conversar —alegó él—. Deben pensar que está dándome las gracias por mi intervención para que la acepte la sociedad.

—Sigo aquí —intervino ella, bastante irritada por la manera en que todos parecían haberse olvidado de ese hecho.

Temple se mostró pensativo un rato antes de asentir.

—Si haces algo para mancillar su reputación…

—Lo sé, responderé ante Chase.

La mirada de Temple pasó de uno a otra.

—Olvídate de Chase. Responderás ante mí. Llévala a casa.

Ella sonrió a Duncan.

—Nada de mensajes para Chase esta noche. Hoy tendrás que tratar conmigo.

Duncan no le hizo caso y le ofreció el brazo.

—¿Milady?

Ella sintió que se calentaba con esa palabra, pero odió que le produjera un placer tan agudo. Puso la mano en su brazo y dejó que la guiara unos pasos junto a la balaustrada antes de que ella se detuviera.

—Espera —se giró—. Su excelencia. —Temple arqueó las cejas y se acercó—. La hija del conde de Wight —dijo en voz baja—. Sophie.

—¿Qué pasa con ella?

—Está bailando con Langley, pero se merece un baile con un peso pesado. —Catalogó mentalmente a los hombres asistentes—. El marqués de Eversley. —Eversley era miembro del club desde hacía mucho tiempo. Rico como Creso y apuesto como el pecado, un canalla entre los canallas. Pero lo haría si Temple se lo pedía. Y Sophie tendría un recuerdo precioso de esa noche.

Temple asintió.

—Hecho. —Mara y él se dieron la vuelta, regresando al baile sin dejar rastro del tiempo que habían pasado en el balcón.

Con aquella buena acción para completar la velada, se volvió hacia Duncan.

—¿Lady Sophie? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros fingiendo indiferencia.

—Fue amable con Georgiana.

El entendimiento iluminó sus ojos.

—Y así, Anna la recompensa.

Ella sonrió.

—En algunos momentos es muy útil ser dos personas.

—Ya veo —repuso él.

—No necesito una niñera, ¿sabes? —dijo ella, en un tono suave para que solo lo escuchara él.

—No, pero al parecer sí necesitas que te digan cuándo dejar de beber.

Ella le lanzó una mirada cortante.

—Si no me hubieras puesto nerviosa, no lo habría hecho.

—Ah, entonces sí fue por mi culpa. —Él sonrió, lleno de orgullo, y se le ocurrió que al resto de los presentes en el balcón, la conversación les debía parecer perfectamente normal.

—Por supuesto que fue por tu culpa. Tuya y de tu «yo estoy al mando». Resulta inquietante.

Él se puso muy serio.

—No debería.

Georgiana respiró hondo.

—Bueno, pues lo es.

—¿Estás nerviosa ahora?

—Sí.

Él sonrió y miró sus manos.

—Me decepcionas. Había pensado que estabas absolutamente preparada para esta situación.

Debido a Anna. La consideraba una *madame*. Con experiencia en los asuntos carnales. Pero eso no era cierto. Y como si su acuerdo no fuera ya lo suficientemente estresante, la idea de que iba a descubrir su mentira —de que sabría la verdad—, resultaba muy inquietante.

—Por lo general soy yo la que lo controla todo —dijo. Y no era mentira.

Él miró por encima del hombro para asegurarse de que las demás personas que disfrutaban del aire libre en la terraza estaban lo suficientemente lejos para no escuchar la conversación.

—Dime, ¿te gusta tener el control?

Había hecho una vida de ello.

—Sí.

—¿Te resulta placentero? —Su voz era ronca y pecaminosa.

—Sí.

—No lo creo —repuso él, insinuando una sonrisa.

No le gustaba que pareciera saber tanto de ella. La manera en que sus palabras parecían una verdad absoluta, más cerca de la verdad que nadie antes. Nunca lo había admitido. No le gustaba cómo él tomaba el control de todo, suave y casi imperceptiblemente, hasta que se veía impulsada por su voz ronca, sus anchos hombros y su mirada tentadora. Lo deseaba, y solo había una manera de que pudiera tenerlo.

—Baila conmigo —susurró.

Él no se movió.

—Te lo he dicho ya. Bailar conmigo no ayudará a tu causa.

Lo miró a los ojos.

—No me importa. Nadie me ha pedido este baile.

Él sacudió la cabeza.

—No bailo.

—¿Nunca?

—Nunca —afirmó él.

—¿Por qué?

—Porque no sé.

La admisión revelaba mucho más de lo que había esperado. No sabía bailar. Lo que significaba que no había nacido caballero. Había nacido en otro ambiente, quizá más duro y vil. Algo que le había costado superar y dejar atrás. Algo mucho más interesante.

—Yo podría enseñarte —se ofreció.

—Prefiero que me enseñes otras cosas —replicó él, arqueando una ceja.

—¿Cuáles?

—Cómo te gusta que te besen.

Ella sonrió.

—Ten cuidado o voy a pensar que tratas de cambiar de tema.

—Ya he cambiado de tema.

Era cierto y ella no podía dejar de pensar en sus palabras. En el deje de tristeza que las envolvía. En la sensación de que él estaba en lo cierto, y estaba arruinada de más maneras de las que estaba dispuesta a admitir. Ocultó los pensamientos con el mejor de sus coqueteos.

—Estás muy seguro de ti mismo.

Él guardó silencio durante un buen rato y ella se preguntó en qué estaría pensando.

—¿Langley?

Georgiana no lo malinterpretó. Estaba preguntándole cómo había ido todo con el vizconde.

—Me cae bien —respondió, deseando que él no los hubiera devuelto a la realidad.

—Eso hará que sea más fácil. Los ecos de sociedad acelerarán el cortejo.

Ojalá fuera lo que ella quería. Se mantuvo en silencio. Él continuó.

—Es un buen título. Limpio. Es un buen hombre.

—Sí, lo es. Inteligente y encantador. Pobre, pero eso no es ninguna vergüenza.

—Tú cambiarás eso.

—Sí, lo haré. —Curvó los labios con ironía—. Él es infinitamente mejor que yo.

—¿Por qué dices eso? —La pregunta fue afilada como el acero. Sin piedad.

Ella respiró hondo y soltó el aire.

—¿Puedo ser sincera? —preguntó, dándose cuenta de que debía estar muy borracha para ofrecerle la verdad. Trataba con demasiada frecuencia con la mentira.

—Por favor —repuso él, y pensó que quizá se refiriera a más que en ese momento. En ese lugar.

Volvió a sentirse culpable. Parecía la tónica de la noche.

—Solo quiero que ella sea feliz.

Duncan sabía que se refería a Caroline.

—Ah, eso es todavía más difícil que casarse bien.

—No estoy segura de que sea posible, la verdad, pero la respetabilidad le dará más oportunidades de alcanzar la felicidad… sea la que sea.

Él la miró. Podía sentir su mirada oscura sobre ella. Sabía que iba a preguntarle algo que no estaba dispuesta a compartir. Aún así, la sorprendió.

—¿Qué ocurrió? ¿Cuál es la historia que te trajo a Caroline?

«Que te trajo a Caroline».

¡Qué bonita manera de decirlo! Con los años, había oído describir la existencia de Caroline de cientos de formas, que iban desde el mayor eufemismo a lo más zafio. Pero nadie lo había definido tan bien y con tanta sencillez. Ni tan acertadamente. Qué le trajo a Caroline. Perfecto e inocente. Ella no sabría los estragos que había causado a una mujer, a una familia, a un mundo. Por supuesto que ese hombre, conocido por su habilidad con las palabras lo había descrito de una forma perfecta. Y, por supuesto, allí en la oscuridad, quiso decirle la verdad. Cómo se había visto arruinada. Incluso por quién. Aunque tampoco era que importara.

—Es una historia tan vieja como el tiempo —repuso con sencillez—. Los hombres desagradables tienen un poder devastador sobre las chicas rebeldes.

—¿Le querías?

Las palabras la tomaron por sorpresa. Podía haberle preguntado tantas cosas. Las había escuchado todas, al menos eso pensaba. Pero esa cuestión tan simple y honesta no se la había formulado nadie.

Y por eso, le dio una respuesta igual de simple y honesta.

—Pensaba que le quería. De una forma desesperada.

Capítulo 11

«…Tenga una encantadora hija o no, hemos llegado a un punto en el que no cabe duda que la reputación de lady G. es irreprochable. ¿Debemos seguir culpándola por un pecadillo que cometió hace tanto tiempo? ¿Uno que posee tanta vitalidad y encanto? Siempre habrá espacio para esa dama en estas páginas, pero ¿habrá sitio para ella en los corazones de Londres?».

«…Lady M. parece perder activos en las reuniones sociales estos días. Atrás han quedado sus tres pretendientes, cada uno mostrando interés en otras. ¿Es posible que la damita no se haya sabido vender como debería? No hay duda que el conde H. quiere llenar sus arcas con una dote muy particular mientras nosotros escribimos esto…».

Páginas de cotilleos de *La voz de Londres*, 30 de abril de 1833

Duncan se la había imaginado respondiendo a su pregunta de muchas formas, desde una negación tajante a tomárselo con ironía o evasión, incluso desviar la atención con otra pregunta. Pero jamás se había imaginado que le diría la verdad. Ni que ella podría haber amado al hombre que arruinó su reputación. Tampoco imaginó lo que le molestaría saber todo eso ni lo mucho que desearía borrar el recuerdo de ese hombre de la mente de Georgiana. «Y reemplazarlo…».

Se resistió a la idea. Durante más de doce años, Duncan había renunciado a las mujeres que reclamaban cualquier tipo de respuesta emocional, oponiéndose a todo aquello que pudiera terminar en algo más que una fantasía fugaz, que un acuerdo mutuo diseñado exclusivamente para el placer de ambas partes. El compromiso no entraba en los planes de Duncan West. No era posible. Porque no cargaría nunca a otra persona con sus secretos, que siempre resultaban influyentes y amenazadores, siempre a un paso entre la revelación y la ruina. Nunca dejaría que nadie sufriera aquella sombra de su pasado, aquel castigo que sin duda condicionaría su futuro.

Era lo más noble que podía hacer, negarse a cualquier compromiso. No enamorarse. Y, por tanto, no debía preocuparle si lady Georgiana Pearson amaba al padre de su hija o no. No era relevante para él ni para su futuro. La única forma en la que ese hombre debía ser importante en su vida era si se llegaba a desvelar, algo que requeriría más de una columna en su periódico. No, ese hombre no debía importarle. Y no lo hacía. Aunque sí lo hacía… un poco.

—¿Qué le pasó?

Ella no fingió no entender a qué se refería.

—No le pasó nada. Jamás tuvo intención de quedarse.

—¿Está vivo?

Ella vaciló y él supo que estaba considerando mentirle.

—Sí.

—Lo amas.

La vio respirar hondo y soltar el aire como si la conversación hubiera llegado demasiado lejos y no estuviera dispuesta a seguir en esa dirección. Pensó que la situación era esa muy posiblemente.

—¿Por qué no sabes bailar? —preguntó ella en voz baja, mirando fijamente la oscuridad.

Se sintió irritado tanto por la pregunta como por la forma en que había cambiado de tema.

—¿Por qué te parece relevante?

—El pasado siempre es relevante —dijo ella antes de mirarlo a los ojos. Parecía muy calmada, como si estuvieran hablando del clima—. Me gustaría enseñarte a bailar.

Las palabras apenas habían abandonado sus labios cuando un grupo bullicioso inundó la terraza y se encontró con el que ya estaba allí cuando él localizó a Georgiana. Con una decisión rápida, apenas calculada, Duncan aprovechó la oportunidad para escapar. Sujetó a la joven por el codo y la guio con rapidez, en silencio, hacia la oscuridad que limitaba el borde del espacio, donde unos escalones de piedra conducían a los jardines. En cuestión de segundos, abandonaron el baile sin ser vistos. La condujo hasta doblar la esquina de la enorme mansión en medio de las sombras, donde cualquiera que los viera tendría sus propios secretos que ocultar.

—¿Cómo vamos a volver? —preguntó ella una vez allí.

—No lo haremos —repuso él.

—Tenemos que hacerlo. Me dejo ahí una capa y una acompañante. Y tengo una reputación que mantener. Esa que tú has prometido ayudarme a recuperar.

—Estoy llevándote a casa.

—Eso no es tan fácil como podrías pensar.

—Tengo un vehículo y estoy familiarizado con la localización de la propiedad de tu hermano.

—No vivo allí —explicó ella, apoyándose en la oscura pared de la mansión para mirarlo—. Vivo en El Ángel.

—No —dijo él—. Es Anna la que vive en El Ángel.

—No es la única.

La declaración le irritó.

—¿Te refieres a Chase? —Ella no respondió—. ¿Vive en El Ángel? —añadió.

—Casi todas las noches —repuso Georgiana finalmente. Él tuvo que morderse la lengua para contener una réplica airada, pero ella percibió su irritación—. ¿Qué es lo que te ha enfadado? ¿Mi vida?

—Esto no tiene por qué ser tu vida. No deberías estar en el casino. Ni llevar mensajes de Chase.

—De ti y para ti —señaló ella.

Él se sintió culpable, Georgiana tenía razón.

—Por si sirve de algo, tengo una excelente razón para enviarle un mensaje esta noche. Y no te iba a pedir que se lo entregaras.

—¿De qué se trata?

No podía decirle que su hermana corría peligro. No quería que supiera que Tremley y él eran más que conocidos. Si Chase supiera cuánto significaba para él la información sobre el conde, podría pedir algo a cambio. Y Cynthia correría más peligro.

—No es relevante en nuestra discusión. Lo que quiero decir es que…

—Lo que quieres decir es que merezco una vida de tés y bailes, y que es la que me espera al final de algún camino no elegido. Lo que quieres decir es que Chase me ha arruinado.

—Si somos pragmáticos, sí.

Ella se rio.

—Entonces te has olvidado de qué es lo que la sociedad hace a las jóvenes que se encuentran en la misma situación que yo.

—Podrías haber sobrevivido —aseguró él.

—No. No pude hacerlo. —Las palabras eran tan firmes que fue casi como si ella no hubiera sido una víctima del destino.

—Podrías haber hecho hace años lo que pretendes hacer ahora. Podrías estar ya casada.

Ella arqueó una ceja.

—Podría, sí, pero lo habría odiado. —Hizo una pausa—. ¿Y si te digo que fue mi elección? ¿Que quería esta vida?

—No te creería. Nadie elige ser excluida. Nadie elige tener la reputación arruinada. Tú has sido víctima de un hombre poderoso que te ha mantenido en un puño demasiado tiempo y que ahora se niega a dejarte libre por completo.

—Te equivocas. Elegí esta vida —dijo ella. Y casi la creyó—. Chase me salvó.

Sintió un profundo odio al escucharla, eran las palabras de una mujer profundamente convencida de lo que decía. Una mujer demasiado obcecada para ver la verdad. Una mujer…

«¡Dios santo! ¿Sería posible que Georgiana amara a Chase?».Ese pensamiento llevó a otro. «¿Es posible que Chase sea el padre de Caroline?».

Una ardiente y devastadora furia le inundó. Podía preguntárselo, pero ella no lo confesaría aunque fuera cierto. Eso explicaría muchas cosas; por qué había elegido esa vida, por qué vivía en El Ángel, por qué protegía a Chase de esa manera. Y él no se merecía que lo protegiera. Se merecía pasearse bajo el sol y ser juzgado como el resto. Maldijo con dureza en la oscuridad.

—Quiero… —Se detuvo antes de completar la frase.

—¿Qué quieres? —lo incitó ella.

Seguramente fue la oscuridad lo que le hizo acabar el pensamiento. O quizá pudo haber sido aquel momento, a primeras horas de la noche en la que otro hombre quiso ejercer un poder demasiado parecido al que ostentaba el que ahora centraba la discusión. Fuera lo que fuera, terminó la frase.

—Quiero despedazarlo por la forma en que te trata.

Ella se quedó inmóvil.

—¿A Chase?

—Al mismo.

—Pero sois… sois amigos.

Todo su ser rechazó las palabras.

—No lo somos. Solo nos utilizamos el uno al otro para conseguir lo que queremos.

Ella guardó silencio durante un buen rato.

—¿Y qué es lo que quieres?

«Te quiero a ti».

No lo dijo. A pesar de que fue lo primero que le vino a la mente al escuchar su pregunta, no era lo que ella buscaba.

—Yo quiero vender periódicos. ¿Qué quiere Chase?

Ella vaciló.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Tú lo conoces mejor que nadie. Hablas por él. Transmites sus mensajes. Tú… —«Tú le amas»—. ¡Dios! Tú vives con él.

—Es Anna la que vive con él —repitió las palabras que él había dicho unos minutos antes.

Él las odió.

—Anna no es real.

—Es tan real como cualquiera de nosotros —alegó ella, y a él le hubiera gustado culpar al

alcohol de su declaración. Pero no pudo.

—¿Cómo puedes decir eso? Tú la creaste. Cuando ella vive, no vives tú.

Georgiana lo miró a los ojos muy seria.

—Cuando vivo, vivo toda mi vida. Sin dudarlo y con placer.

—No es tu placer —replicó él. Lo que estaba oyendo le exasperaba. Se trataba del placer de Chase. Del placer de ese número indeterminado de hombres con los que había estado desde que comenzó esa farsa.

Georgiana era una dama. Hija de un duque. Hermana de otro. Era mucho más que él, más de lo que podría tener. Y, sin embargo, se vendía a sí misma, aceptando vivir sometida por un cobarde poderoso.

—Es un placer absoluto —afirmó ella. Y el aire cambió entre ellos, espesándose con sus palabras, casi líquido por la promesa.

Duncan dejó que se apoyara en él, disfrutando de la sensación cuando se acercó. El calor que ella emitía le atraía, incluso aunque se resistía a la tentación que suponía, a pesar de que su ira amenazaba con desbordarse.

—No creo que conozcas todo el placer —dijo él, sabiendo que sus palabras serían un desafío. Deseando que lo fueran.

Ella abrió mucho los ojos y se convirtió en Anna, la seductora.

—¿De verdad crees que no lo conozco?

Él reprimió la tentación de acercarla.

—Creo que estás acostumbrada a darlo. Y creo que ha llegado el momento de que lo disfrutes… Cuando posea el control, tengo intención de que no puedas hacer otra cosa que recibirlo.

Observó el efecto de sus palabras en ella, la manera en que agrandó los ojos y separó los labios como si necesitara tomar aire, y él reaccionó a esa expresión con cada fibra de su ser. La honestidad con la que ella se entregaba hacía rugir su deseo, le hacía sentir poderoso. No le dio tiempo a responder, alzó una mano y le pasó los dedos por la sedosa mejilla.

—¿Te gustaría? —susurró—. ¿Quieres que tome el control de tu placer? ¿Que te envuelva en él? ¿Que te lo haga sentir una y otra vez hasta que no puedas soportarlo? ¿Hasta que anheles mis caricias por encima de las de los demás?

Notó que ella contenía el aliento mientras le acariciaba la garganta. Luego él se inclinó lentamente y apretó los labios un par de veces contra la suave y pálida piel de la parte inferior de la barbilla.

—¿Me lo dirías…? —susurró contra ese punto.

Cuando la escuchó suspirar casi perdió el control.

—¿Te diría…? —Georgiana vaciló como si el vino dificultara sus pensamientos. Él maldijo la bebida y esperó a que terminara. Sintió el movimiento de su garganta cuando ella tragó saliva. La vio carraspear antes de intentarlo de nuevo—. ¿Te diría qué?

—¿Me dirías lo que te gusta?

—Sí —repuso ella, casi jadeando.

—¿Qué te gustaría que te hiciera? —Ahora estaba jugando con ella. Sabía que ella no era capaz de pensar, pero comprobarlo le hacía sentir más hombre que nunca.

—Me gustaría… —Ella vaciló.

Él le pasó los dientes por la columna de su cuello para morderle la suave piel de su hombro.

—¿Te gustaría…?

Ella suspiró.

—Todo. Me gustaría todo.

No podía ver el color de los ojos de Georgiana en la oscuridad, pero reconoció la intensidad de su mirada. Ella llevó una de las manos a su cuello y curvó los dedos para enredarlos con sus cabellos sin mirarle. Durante un largo momento contuvo el aliento mientras se preguntaba si, después de todo, no sería ella la que tenía el control.

—Hazlo —susurró esa diosa, acariciando las palabras con aquellos magníficos labios rosados —. Por favor.

—¿Que haga qué? —Estaban tan cerca que casi se besaban. Él nunca había deseado nada tanto como quería a esa mujer.

—Házmelo todo. —Ella cerró los dedos y tiró con fuerza de sus cabellos para acercarlo todavía más—. Enséñamelo todo.

Georgiana se puso de puntillas. O quizá se inclinó él. Solo importaba el hecho de que estaban besándose. De que la tenía entre sus brazos y solo pensaba en explorar cada centímetro de ese glorioso cuerpo perfecto. De que ella le rodeaba el cuello con los brazos y él la alzaba contra sí mientras se giraba para apretarla contra la fachada de la casa, dándole todo lo que pedía.

Notó que ella suspiraba contra su boca y devoró el sonido al tiempo que la apretaba contra su pecho. Sus labios, suaves, dulces y cálidos, se abrieron a la perfección y ya no pudo contenerse más; se sació, indagando en su boca con la lengua, mordiéndole el labio inferior antes de lamer el punto dolorido de una manera lenta que la hizo gemir de anticipación. O quizá fue él quien suspiró.

Ella estaba ardiendo. La atrajo todavía más y profundizó el beso, cambiando la presión. Se sumergió profundamente, acariciándola con más firmeza.

Y ella recibió cada envite utilizando sus propios dientes para provocarle y tentarle, para castigarle. Él gimió, sujetando su largo muslo con una mano para levantarlo y separarle las piernas. Luego se apretó contra el blando núcleo donde necesitaba hundirse con desesperación. Ella se balanceó hacia él, ofreciéndoles a los dos una pequeña muestra insoportable de lo que podrían disfrutar si se tratara de una noche diferente. De lo que tendría cuando se tratara de una noche diferente.

Aquella idea hizo que se alejara de ella. Le dolió la manera en que Georgiana se aferró a él, como si hubiera olvidado por un momento quiénes eran y dónde estaban, como si no pudiera saciarse…

Sintiendo lo mismo volvió a inclinarse de nuevo, capturando otra vez sus labios, con firmeza, profundamente, sin dudar. Le soltó el muslo y los labios a la vez, y apretó la frente contra la de ella, permitiendo que ambos recuperaran el aliento. Cuando por fin habló, fue un susurro solo para ella.

—Te lo enseñaré todo. Pero no será esta noche. Has bebido demasiado para que te dé todo lo que quiero darte.

—No he bebido demasiado —replicó al instante.

Ella le deseaba. Podía sentirlo en su pulso, bajo los dedos, en la manera en que respiraba contra su cuello, en cómo se aferraba a su abrigo.

—Sí, lo has hecho.

—No importa.

Él se echó hacia atrás para mirarla muy serio.

—Importa mucho. Tengo intención de arrancarte todo el éxtasis que pueda, sentirás todo lo

que no has sentido antes, todo lo que te morirás por sentir de nuevo. —Dio un paso hacia ella, envolviéndola con aquellas palabras provocativas como el pecado—. Tengo intención de que seas mía.

Ella abrió la boca para discutir, pero él la detuvo antes de que pudiera hablar.

—Solo mía. Sin dudas, Georgiana.

La vio cerrar sus ojos cuando pronunció su nombre al tiempo que lo cogía de la mano como si necesitara su fuerza para mantener el equilibrio.

—No deseas a Georgiana. Quieres a Anna. Es la única que conoce la pasión.

—Sé perfectamente a quién quiero —aseguró él, inclinándose de nuevo para hundir la cabeza en el lugar donde el cuello se encontraba con el hombro, donde olía a vainilla y a ella. Era un aroma embriagador y peligroso. Personal. Continuó recreándose, pasando la lengua por su piel —. Deseo a Georgiana.

Ella se volvió hacia él y le besó como si las palabras fueran inesperadas y desesperadamente deseadas. Duncan la estrechó con fuerza para darle un beso arrebatador. Un pensamiento se entrometió y se retiró para buscar su mirada.

—El padre de Caroline…

Georgiana apartó la vista y, de repente, tuvo el aspecto de la chica que había sido una vez.

—Es el momento más inoportuno para hablar de él, ¿no te parece?

—En realidad, no —dijo—. Es el momento perfecto para decir que era idiota.

—¿Por qué? —preguntó ella.

No estaba buscando un cumplido, no había fingimiento en la pregunta, así que no hubo artificio en la respuesta.

—Porque si se me presentara la oportunidad de tenerte en mi cama todas las noches, la aprovecharía. Sin ninguna duda.

Lamentó las palabras casi al instante, lo que significaban. El poder que le daban sobre él. Pero vio que ella se alzaba hacia él como si la hubieran espoleado. La tomó entre sus brazos, la sensación era demasiado agradable para resistirse a ella.

—Tienes la oportunidad esta noche y no la estás aprovechando —repuso ella, toda seducción.

Georgiana consiguió el efecto deseado, porque el anhelo que sentía por ella se hizo más profundo.

—Eso es porque soy un caballero.

—Qué pena… me prometieron un canalla —coqueteó ella con un mohín.

La besó una vez más, con rapidez.

—Mañana por la noche lo tendrás. —Lo dijo en voz baja y calmada, justo sobre sus labios, antes de alejarse de nuevo. Si continuaba así, estaría desesperado por tenerla. Le había prometido a Temple que la llevaría a casa.

—Debemos irnos.

—No quiero irme —repuso ella, y el tono de sinceridad era todavía más tentador de lo que podía haber imaginado—. Me gustaría quedarme aquí. Contigo

—¿En los jardines de Beaufetheringstone House?

—Sí —respondió con un susurro—. En cualquier lugar donde no haya luz.

Él se detuvo un momento.

—¿Tienes algún problema con la luz?

—Tengo problemas con las cosas que no avanzan en la oscuridad. No me siento cómoda con ellas.

Él la entendió. Comprendió el sentimiento que encerraban sus palabras mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. De hecho, la forma que resonaron en su mente le inquietó tanto que de repente se sintió desesperado por llevarla a su casa y alejarse de ella, de aquella fluida sinceridad que inspiraba la suya… Bebiera o no. Le cogió la mano.

—No podemos quedarnos aquí. Tengo cosas que hacer. —Ella lo ignoró durante un rato mientras miraba sus dedos entrelazados—. Georgiana… —la llamó finalmente.

—Me gustaría que no lleváramos guantes —deseó ella, alzando la vista.

Pensar en que sus manos podrían estar piel contra piel, lo tentó más allá de la razón.

—Estoy muy contento de que los estemos usando, o no sería capaz de resistirme a ti.

Ella sonrió.

—Sabes qué decir a las mujeres. Quizá sí seas el canalla que esperaba, después de todo.

Los dos se rieron.

—Te he dicho que lo soy.

—Sí, pero los canallas son muy buenos mentirosos, así que no sé si debo creerte o no.

—Una duda razonable. Si uno no miente al decir que es un canalla, ¿sigue siendo un canalla?

—Quizá sea un canalla con el corazón de un caballero.

Él se inclinó.

—No se lo cuentes a nadie —susurró—. O arruinarás mi reputación.

Georgiana se echó a reír y el sonido le produjo un inmenso placer. Le entristeció que se detuviera, que esa risa la robara la brisa de los jardines.

—Me has dicho que tenías un mensaje para Chase —dijo ella después de un largo silencio.

«Chase».

Duncan había evitado pedirle el archivo de Tremley por una razón muy sencilla. Una estupidez por su parte —ella estaba obligada hacia Chase de una forma que no entendía y que no lograba detener—, pero eso no cambiaba el hecho de que no la quisiera cerca del fundador de El Ángel Caído si no era estrictamente necesario. No la quería cerca de ese hombre aunque ella lo necesitara. Tenía que conseguir el archivo de otra manera.

—No importa.

—No lo creo. Vi tu cara cuando te encontraste conmigo —adujo ella—. Yo… —Ella vaciló y él se preguntó por qué. Antes de que pudiera preguntárselo, Georgiana siguió hablando—. Voy a pasarle a Chase tu mensaje. Dímelo.

Él sacudió la cabeza.

—No. No quiero que te veas involucrada en esto.

—¿En qué?

En sus problemas. En las amenazas de Tremley. Ya era bastante malo que su hermana corriera peligro; aunque a ella podría protegerla. Sin embargo, tenía menos control sobre Georgiana. Y no podía estar seguro de que Chase se ocupara de cuidarla si llegara a ser necesario.

Ella tenía que mantenerse fuera de todo eso. Él sacudió la cabeza.

—Ha llegado el momento de que te alejes de él.

—¿De Chase? —preguntó Georgiana—. Ojalá fuera tan fácil hacerlo como decirlo.

Duncan odió escuchar aquello tanto como la tristeza que ocultaba la leve sonrisa femenina.

—Te ayudaré. —Iba a hacer todo lo posible por alejarla de Chase, de su ilimitado e irrazonable poder sobre ella.

Georgiana asintió con la cabeza.

—Tus artículos ayudarán. Anna desaparecerá una vez que Georgiana se case.

Y la ayudaría con sus malditos artículos. Pero ella no tenía que saberlo por ahora.

***

A la mañana siguiente, Georgiana se sentó ante su enorme escritorio en El Ángel Caído tratando de concentrarse en el trabajo relacionado con el casino cuando Cross dejó un paquete en el borde del escritorio.

—De parte de West —dijo él—. Enviado esta mañana desde sus oficinas.

Ella miró el bulto, preguntándose por un instante si él mismo lo habría preparado. Si sus dedos habrían jugado con la cuerda que mantenía el contenido a salvo de miradas indiscretas tanto de sus trabajadores como de los de él. Se preguntó si lo habría atado, y si lo habría hecho sin guantes. Pensativa, acarició la cresta de un bucle. Ella tampoco llevaba cubiertos los dedos. Y no los llevaría esa noche, cuando él cumpliera su promesa… y ella las suyas.

Al darse cuenta de que estaba siendo una sentimentaloide, y que Cross estaba mirándola como si le hubiera salido otra cabeza, apartó los dedos.

—Gracias —dijo con su voz más cortante, ignorando la expresión de diversión que se apoderó del apuesto rostro de Cross.

—También ha llegado una nota. Para Anna.

Cross dejó el sobre de color crudo en la parte superior del paquete y ella reprimió el impulso de abrirlo volviendo a hundir la cabeza en su trabajo, un movimiento que la hacía parecer ocupada y que ocultaba las sonrojadas mejillas a su socio, que sin duda contaría al resto cualquier cosa que detectara.

—Gracias.

Él no se movió. Ella se distanció más. No funcionó.

—¿Algo más?

Él no respondió.

Al final no tuvo otra opción, alzó la vista. Cross estaba tratando de no reírse de ella. Al notarlo, frunció el ceño.

—Estoy sopesando la idea de darte una patada en el culo.

Él curvó los labios.

—¿Tú y quién más?

—¿Algo más o solo quieres sacarme de mis casillas?

—Lo último, claro. —Cross esbozó una sonrisa—. Tengo curiosidad por ese paquete. Temple dice que estás detrás de él.

—Temple está casado. Claro que no estoy detrás de él.

—¿Te crees muy lista? —Cross se rio.

—Soy muy lista.

—Temple nos contó que anoche hiciste el ridículo. ¿Cuándo fue la última vez que bebiste champán?

—Ayer por la noche —repuso ella, cruzando las piernas para estirarse hacia el paquete mientras se esforzaba en no pensar en la noche que le esperaba. Fingiendo que no estaba empezando a considerar pedir una caja de champán.

Abrió el paquete. Sabía que Cross no saldría de allí hasta que lo hubiera hecho. Él le había enviado un ejemplar. Si se podía llamar así al periodicucho de chismes que publicaba Duncan West. La edición semanal de *El Folleto de los escándalos* había llegado a El Ángel Caído dos

días antes de que aterrizara en las mesas del desayuno de Londres. Pero no era para ella. Era un regalo para un hombre conocido solo como Chase. No, ni siquiera era un regalo. Era un servicio. Conforme lo solicitado. *«El escándalo se convierte en la salvación»*, era el titular de la primera plana, seguido por una entradilla en texto más pequeño. *«Lady G. doma a la sociedad y se gana los corazones de los aristócratas»*.

Cross se echó a reír mientras estiraba la cabeza para leer la página.

—Muy listo. Te voy a decir una cosa, aunque sé que no te gustaba la caricatura, la referencia a lady Godiva lo convierte en una excelente lectura —comentó tomando el periódico de la mesa para leerlo con más atención.

Ella fingió que no le importaba, y abrió la nota que acompañaba el paquete dirigido a Chase.

—Lady Godiva protestaba por impuestos abusivos.

Cross alzó la vista.

—Nadie recuerda eso. Solo su desnudez.

—¿Cómo va a ayudarme así a conseguir marido?

Él se puso serio.

—Créeme, lo de la desnudez ayuda.

—Solías caerme mejor.

—Sigo siendo el que mejor te cae. —Cross se inclinó hacia delante—. Lo importante es que cuando West hace un trato, siempre cumple. Mira todo el espacio que te ha dedicado. —Dio la vuelta a la página y leyó—. Tras elogiar tu gracia y tu encanto.

Sin embargo, las alabanzas no eran desinteresadas. Había enviado una nota a Chase con el papel. Una solicitud de pago.

«La joven ha recibido la atención acordada. Me debes lo que tengas del conde».

La misiva estaba escrita con gruesas letras negras tan firmes que Duncan no había tenido necesidad de firmar la nota.

Clavó los ojos en el expediente de Tremley que había dejado en el borde del escritorio mientras no lo entregaba, antes de mirar a Cross que seguía leyendo.

—Enumera a los lectores el número de hombres y mujeres que han aceptado a lady G. en sus corazones y mentes. —Él alzó la mirada—. Lástima que no sea cierto.

—No tiene que serlo. Solo me interesa un pretendiente.

Y agradecía al creador que lord Langley estuviera dispuesto a considerarla al menos una opción. La falta de invitaciones y notas indicaba que Georgiana seguía siendo demasiado escandalosa para los demás caballeros de Londres.

—Langley… —Cross no ocultó el desdén que le provocaba su plan.

—¿Crees que Langley no quiere elegirme como su esposa?

—No es eso. La cuestión es que no está interesado en elegir a una dama.

Ella le miró a los ojos.

—No vamos a discutir sobre su expediente. Nunca. Esto será lo último que diga sobre el tema. Sus inclinaciones no me preocupan, ya que no tengo necesidad de ser cortejada.

—Entonces, ¿por qué le das esperanzas a West?

No estaba dándole esperanzas a West. Solo se trataba de un sencillo arreglo. De placer. Con cuidado. Hasta que cumpliera su promesa y ella estuviera comprometida.

—No puedes pensar que aliento las atenciones de West

Él se reclinó en la silla.

—No se trata de imaginar. Pero Temple parece pensar…

—A Temple no le funciona bien la cabeza. Demasiados encuentros en el *ring*.

Cross arqueó una ceja, pero no respondió. Ella respiró hondo y soltó el aire.

—West es… —Se interrumpió, buscando algo que tuviera sentido en ese momento. Algo sobre que todo su mundo cuidadosamente planificado parecía ponerse patas arribas cada vez que aparecía ese hombre. Y que a pesar de la manera en que lo hacía tambalearse hasta los cimientos, no deseaba tenerlo demasiado lejos. Y, de hecho, lo deseaba cada vez más cerca.

Había cierta ironía en ello, supuso, en que él siguiera comportándose como un caballero con ella a pesar de conocer sus secretos. La noche anterior podía haber acabado en un escándalo. En uno enorme. Y él lo había impedido. Como si fuera lo más fácil del mundo. Como si los besos que habían compartido no le hubieran estimulado en absoluto. Como si no hubiera sido completamente trascendental. Sintió que se le calentaban las mejillas.

—West es complicado —dijo.

—Bueno, entonces es un partido horrible para ti porque tú eres muy simple. —Georgiana sonrió ante la burla que contenían sus palabras, agradeciendo que Cross, milagrosamente y por fortuna, no la obligara a dar más detalles. En cambio, le vio quitarse una mota invisible de la pernera del pantalón—. Los hombres no han encontrado nada sobre él —se limitó a añadir.

Un susurro de culpa llegó con el recuerdo de sus anteriores peticiones para buscar información sobre Duncan. Antes de que hubiera conocido a su hermana. Antes de que le hubiera hecho ninguna proposición. Antes de que lo hubiera anhelado de aquella manera. Empujó aquella indeseada emoción al fondo de su mente. Había cometido el error de confiar en otra persona hacía mucho tiempo y acabó destrozada. No cometería el mismo error. Hizo caso omiso a su inestable respuesta.

—Diles que sigan buscando.

Él asintió con la cabeza y guardó un largo silencio antes de inclinarse hacia delante.

—¿Recuerdas cómo me encontraste?

—Claro. —Ninguno de los dos podría olvidar la noche en que él estaba en otro casino, golpeado por contar las cartas y ganar demasiadas veces. Georgiana supo en el momento en que escuchó la historia de Cross que era el cuarto socio que buscaba. Le encontró borracho y al borde de la destrucción… por su propia mano.

—Esa noche me salvaste.

—Te hubieras salvado igual.

—No. —Cross sacudió la cabeza—. Sin ti estaría muerto o algo mucho peor. Bourne y Temple hubieran acabado sus días en un callejón del East End. Tú nos salvaste a todos de una manera u otra. —Hizo una pausa—. Y no somos los únicos. Cada persona que has empleado en El Ángel Caído… La mayoría de los que trabajan en nuestros hogares… te lo deben todo.

—No me pintes como salvadora —protestó ella—. No se corresponde conmigo.

—Sin embargo, es lo que eres. Cada uno de nosotros ha sido salvado por Chase. —Ella no respondió y él no se detuvo—. Pero ¿qué ocurre cuando es él quien necesita ser salvado?

Buscó sus ojos.

—No —dijo con rápida espontaneidad.

Él se echó atrás y no habló hasta estar seguro de que ella no iba a añadir nada más.

—Quizá no. Pero no cabe duda de que no nos quedaremos de brazos cruzados hasta que el infierno se congele. Lo vio ponerse en pie y sacudirse las manos en los pantalones.

—A Pippa le gustaría que vinieras a cenar la semana que viene. —Hizo una pausa—. Tú y Caroline.

Ella arqueó una ceja. La esposa de Cross era la persona de Londres de la que menos esperaría una invitación a cenar. Él sonrió como si compartiera su sorpresa. El amor que sentía por su esposa se reflejaba en su expresión, dejando cierto poso en Georgiana.

—No es una fiesta. Es solo una cena. Seguramente acabaremos todos cubiertos de tierra.

No era una metáfora. La condesa Harlow era una horticultora de renombre y los eventos en Harlow House terminaban a menudo con algún tipo de actividad de jardinería. A Caroline le encantaba.

—Con mucho gusto —asintió ella.

Volvió a concentrar su atención en el escritorio, y su mirada recayó en la segunda nota, la que había llegado para Anna, que la tentaba desde el borde de la mesa. Quería abrirla ya, pero sabía que no debía hacerlo delante de Cross.

Él pareció leerle el pensamiento.

—Por mí no te coartes —dijo él divertido.

Georgiana frunció el ceño.

—¿Por qué estás tan interesado?

—Echo de menos esos días en los que los mensajes clandestinos terminaban en misiones secretas.

Las palabras la sorprendieron.

—No implica nada clandestino si la nota llega a las once de la mañana.

Él sonrió. A ella no dejaba de sorprenderle lo abierto de su expresión, algo que no había visto nunca en el viejo y obsesionado Cross.

—Es clandestino si tiene que ver con actividades que tradicionalmente se desarrollan después de las once de la noche.

—No es así —repuso ella, desgarrando el sobre en un intento desesperado de demostrárselo.

Allí, con la misma escritura negra que la nota que había recibido Chase había escritas tres líneas. También sin firmar.

«En mi casa a las once.
Ven descansada.
Y sobria».

El rubor inundó su cara de nuevo. Cross se rio desde la puerta.

—Así que no es así, ¿no?

Cerró la puerta mientras ella maldecía. Solo una vez, ignoró las palabras y pensó que el lujoso papel parecía demasiado valioso para contener un mensaje de ese tipo. O tal vez fuera justo como debía ser.

Duncan West parecía el tipo de hombre que no dudaba en disfrutar de los lujos. Se llevó el papel a la nariz, imaginando que podía oler allí su aroma a sándalo y jabón. A pesar de que sabía

que estaba siendo tonta. Tocó el papel con los labios, adorando el roce, tan suave y exuberante como un beso.

«Igual que su beso».

Dejó caer la nota como si estuviera en llamas. No podía permitir que él la consumiera de esa manera. Su propuesta no estaba pensada para acabar reducida en una masa temblorosa y ridícula. No estaba diseñada para verse consumida por ella. Ni controlada. Estaba pensada para que tuviera un atisbo de la vida que había fingido vivir durante todos esos años.

—La que la acusaban de tener—, antes de que se entregara a una vida nueva que incluía el matrimonio con un hombre con el que nunca obtendría pasión.

«Pasión». No era algo que faltara a West. Pero que la condenaran si le daba el resto del control. Cogió la pluma.

«Puede que llegue tarde».

Él respondió una hora después.

«No vas a llegar tarde».

Capítulo 12

«…al igual que lady Godiva —con la que la comparamos en esa infame caricatura—, nuestra Lady destila gracia y encanto sin esfuerzo. No somos los únicos en notar que lord L. se deja ver cerca de ella en cada evento en el que coinciden…».

«…Pasando a otras noticias, los condes de H. no han evitado el escándalo que los unió después de todo. Abundan los rumores sobre una puerta cerrada con llave en una reciente exposición en la Real Sociedad de Horticultura…».

Perlas y pellizas, revista para damas, principios de mayo de 1833

Ella llegó temprano. Duncan salió de sus oficinas dos horas antes de que Georgiana visitara su casa. Al pisar la calle, se detuvo para subirse las solapas del abrigo y protegerse del frío. Un viento helado azotaba Fleet Street, recordando a todos los londinenses que aunque el calendario reclamara la primavera, el clima inglés no estaba en deuda con nadie.

En ese momento no le desagradaba el frío. Le daba motivos para encender la chimenea y cerrar el dosel de la cama esa noche. Para acomodar a Georgiana Pearson entre un montón de pieles y acurrucarse con ella, bloqueando cualquier pensamiento u opinión sobre el resto del mundo.

Se sentía duro y pesado al pensar en ella, al imaginarla desnuda y abierta, dándole una espontánea bienvenida. De hecho, había pasado gran parte del día en ese estado, ansioso por ella. Deseándola. Listo para reclamarla.

Respiró hondo, deseando alejar aquel intenso dolor. Quedaban aún dos horas para que ella estuviera con él. Más tiempo incluso si la inteligente respuesta a su nota era una pista. Georgiana llegaría tarde por principios. Y castigaría a los dos con ello.

A cambio, le haría pagar aquella rebeldía, pensó con una sonrisa maliciosa. La llevaría más allá de la cordura, hasta que perdiera el aliento, hasta que no pensara en otra cosa que en él y lo desesperadamente que lo deseaba. Entonces le daría lo que quería. Y los premiaría a ambos por su mutua paciencia.

Contuvo un gemido ante la idea, agradeciendo para sus adentros haber decidido dirigirse a casa caminando. Era imposible que continuara en ese estado después de media hora a la intemperie. A pesar de que parecía como si su cuerpo estuviera dispuesto a hacer todo lo posible para demostrar que estaba equivocado. Cuando llegó al último escalón, vio el carruaje.

Pasaba desapercibido. Inocuo por completo. Negro, sin marcas ni luces a pesar de ser más tarde de las nueve a finales de marzo. No había lacayos, solo dos caballos negros y un conductor en el pescante, que miraba al frente. Todo eso hizo que Duncan se acercara al vehículo en vez de alejarse por la acera. Las ventanillas eran negras, y no a causa de la falta de luz en el interior; lo eran porque habían sido pintadas así. Aquel no era un carruaje ordinario.

La anticipación le hizo estremecer cuando la puerta se abrió para revelar un interior forrado con exuberante terciopelo rojo, que brillaba bajo la luz dorada de las velas, arrojando sombras tentadoras. Parpadeó ante la mano cubierta de satén negro que abrió la puerta. Se quedó inmóvil,

paralizado ante esa mano. La quería sobre su cuerpo. De muchas formas.

—Estás dejando que escape el calor —dijo ella, desde fuera de la vista, con una voz suave y llena de promesas.

Él se subió al carruaje y se sentó frente a ella. La puerta se cerró, dejándolos en una perfecta tranquilidad. Georgiana estaba vestida como Anna, con un hermoso vestido negro de amplias faldas que ocupaban el asiento y un corpiño ajustado y bajo que revelaba una exuberante extensión de piel pálida. Tenía la cabeza en sombras, que bajaban hasta cubrir el cuello y un hombro, ocultando su rostro de tal manera que no era perceptible ninguno de sus rasgos.

Ella le había confesado la noche anterior que prefería la oscuridad, y ahora veía por qué. Allí, era la reina. Y maldito fuera si no quería ponerse de rodillas y jurarle lealtad.

—Me dijeron que no llegara tarde.

Notó una cálida sensación al escucharla. En la batalla que libraban, había esperado que llegara tarde. Se había preparado para ello después de haber recibido aquella nota al principio del día. Había dejado claro en la misiva que no estaba interesada en que la controlara. Que durante el tiempo que pasaran juntos serían iguales o nada.

Había leído su maldita nota media docena de veces, sintiéndose como si no hubiera estado tan compenetrado con nadie en años. Posiblemente nunca. Se perdió en los recuerdos mientras miraba la oscuridad que rodeaba el vehículo. Había respondido al envite con ganas de ganar, aunque de alguna manera tampoco era eso lo que quería. No obstante, imaginó que ella llegaría tarde. No había llegado después de la hora acordada, pero él tampoco había ganado. De hecho, había llegado temprano. Tan temprano que lo había recogido en sus oficinas. Sí, podría llegar a acostumbrarse a eso.

—Siempre supones un reto, milady.

Pasó un momento antes de que ella se moviera, y el susurro de la seda fue como un disparo en el oscuro interior. La tela le rozó la pierna y recordó como sus faldas se habían aferrado al pantalón de Langley en la pista de baile. Se preguntó de qué maneras podría aferrarse a él. Esa noche. «Para siempre». La idea se deslizó en su interior como el humo del opio, envolvente e insidiosa. E indeseada. Apartó el concepto mientras ella respondía.

—No quisiera resultar aburrida, señor West.

Jamás se aburriría con aquella mujer. De hecho, podría pasarse la vida con ella en el carruaje, sin verla claramente, y seguiría encontrándola fascinante.

Ansiaba tocarla y se le ocurrió que podía hacerlo. De hecho, había diseñado un escenario en el que podría tocarla y mucho más. Nada le detendría. Estaba seguro que ni siquiera ella se lo plantearía.

Pero si la tocaba ya, aquella partida terminaría, y no estaba preparado para eso. Se apretó contra el asiento de terciopelo, resistiéndose a sus impulsos.

—Cuéntame —dijo—. Ahora que me tienes, ¿qué es lo que piensas hacer conmigo?

Ella alzó un paquete plano envuelto en papel que reposaba en el asiento, a su lado.

—Tengo algo para ti.

Duncan se quedó inmóvil. De pronto, le irritó que Chase se hubiera entrometido en ese tranquilo lugar, en esa noche que prometía tanto.

—Te dije que no quería que te vieras involucrada en las entregas de Chase.

Ella dejó caer el paquete en su regazo.

—¿Estás diciéndome que no deseas recibirlo?

—Claro que quiero. Solo que no quiero que me lo entregues tú.

Ella pasó los dedos por los cordones del paquete.

—No tienes otra opción.

—No, pero él sí. —Percibió el tono acusador en su propia voz, y no le gustó.

Georgiana alzó el archivo de Tremley y se lo tendió.

—Toma —indicó ella con firmeza y algo más. Algo más triste.

Duncan entrecerró los ojos.

—Ponte a la luz.

Ella respiró hondo y, por un momento, él pensó que no lo haría. Por un instante eterno, pensó que la noche terminaría allí, en ese momento. Que ella le diría que abandonara el coche. Que cancelaría su oferta de mantener una relación inofensiva. Porque, de repente, no parecía inofensiva.

Pero ella se inclinó hacia delante, dejando ver su hermoso rostro. No estaba maquillada.

Podría estar vestida como Anna y llevar su peluca, pero era Georgiana esa noche. Venía a él libremente, para disfrutar una noche de placer. Una semana. Dos… El tiempo que fuera necesario para conseguir un marido y asegurar su futuro. Una vida alejada de todo eso, donde era el fiel mensajero entre los dos hombres más poderosos de Londres. Le tendió el archivo.

—Cógelo, y dejemos que la noche sea algo más que un negocio.

Él miró el paquete. Los secretos de Tremley, que él necesitaba para proteger a su hermana. Para proteger su vida. Los secretos de Tremley, más valiosos que cualquier otra cosa que poseyera porque eran la clave para su futuro.

Y, sin embargo, una parte de él quería tirar aquel maldito archivo por la ventana y decirle al conductor que continuara sin detenerse. Para alejarla más de Chase. Para alejarla de las verdades que parecían perseguirlo más lejos cada día.

¿Lo haría si no estuviera en juego su hermana?

Tomó el paquete. Lo dejó en su regazo mientras ella se reclinaba, volviendo a las sombras.

—Algo de esto, la parte que te concierne, hace que la noche tenga una parte de negocios lo pretendamos o no.

Y odió sentir aquella ansiedad por saber qué contenía el paquete cuando lo abrió. Extrajo del interior un montón de papeles escritos por la familiar mano de Chase. Acercó la primera hoja hasta la vela que había en el farol de acero y cristal adosado a la pared del vehículo. Los fondos retirados de la hacienda pública. Pasó a otra página. Correspondencia con media docena de altos cargos del Imperio Otomano. Reuniones secretas. «Traición».

Cerró el archivo con el corazón acelerado. Eran pruebas. Pruebas fehacientes e innegables. Devolvió las páginas al sobre en el que habían llegado, teniendo en cuenta las implicaciones de sus contenidos. Aquella información poseía un valor incalculable. Destruiría a Tremley, lo haría desaparecer de la faz de la tierra. Y le protegería de todo.

Alzó la pequeña nota que acompañaba el paquete y leyó las palabras escritas con aquel familiar garabato.

> «No he creído ni por un momento que tu solicitud estuviera motivada por tu actividad periodística. Sabes algo que no quieres compartir. No me gusta nada que no quieras contarme lo que sabes».

¡Mierda!

Él no tenía intención de compartir sus conocimientos con Chase, ni su conexión con Tremley, ni su relación con Georgiana.

La miró parpadeando. No. No la iba a compartir.

—Has hecho tu trabajo.

—Bien, espero —repuso ella.

—Muy bien —reconoció—. Esto es más gordo de lo que imaginaba.

Ella sonrió.

—Me alegra saber que valió la pena la molestia.

Allí estaba, la sutil sugerencia de que su ayuda era comprada. Y así era. A pesar de que él se resistiera a esa verdad. Empujó el pensamiento al fondo de su mente.

—Y ahora estamos aquí. Solos.

Había una sonrisa en la voz de Georgiana cuando tomó la palabra.

—¿Estás sugiriendo que he pagado por tu compañía?

Sonaba ridículo. Y, de alguna manera, no lo hacía. Se sentía manipulado, como si todo aquello hubiera sido planificado cuidadosamente.

—Ojo por ojo —dijo él, haciéndose eco de muchas de sus conversaciones. De las palabras de Georgiana. De las suyas.

No podía verle el rostro, pero era muy consciente de que ella sí podía ver el suyo. La luz en el carruaje estaba diseñada para desequilibrar la balanza. Para que el poder estuviera de un solo lado, del lado de la oscuridad.

—No es así esta noche —dijo ella finalmente con la voz cargada de emoción.

—¿Y las demás noches? —Odiaba la idea de que ese momento era la repetición de otros.

Ella puso las manos abiertas sobre las faldas y la seda susurró como corrientes nerviosas.

—Hay noches en las que la información es un pago. Y otras en las que se da libremente.

—Sin embargo, hoy es un pago —alegó él—. Es el pago por los artículos que publico en mis periódicos. Por los bailes que has disfrutado con Langley… y con otros.

—Cazadores de dotes —dijo ella.

—Cada uno de ellos —convino él—. Jamás he prometido otra cosa.

—Prometiste aceptación.

—Y tendrás aceptación social. Pero no un marido que no sea un cazadotes. No es posible encontrar tal cosa. A menos que… —Se detuvo.

—¿A menos que…?

Él suspiró, odiando su acuerdo. Odiando la manera en que lo tentaba. Odiando la forma en que susurraba hermosas opciones en la oscuridad.

—A menos que estés dispuesta a mostrarles la verdad.

—¿Qué verdad? —dijo ella—. Soy madre soltera. Hija de un duque. Hermana de otro. Educada como una aristócrata. Criada como un caballo de carreras campeón. Mi verdad es pública.

—No —repuso él—. No es pública.

Ella soltó una risita sin nada de humor.

—¿No estarás refiriéndote a Anna? ¿Crees que sería más probable que quisieran alternar conmigo si supieran que me paso las noches en un casino?

—Eres más que todo eso. Mucho más complicada.

No sabía cómo ni por qué, solo que era cierto.

Ella estaba enfadándose. Lo notaba.

—No sabes nada sobre mí.

Quiso acercarse a ella y arrastrarla a la luz, pero se mantenía a distancia.

—Sé por qué dices lo de la oscuridad.

—¿Por qué? —preguntó ella, y las palabras sonaron como si no estuviera segura de sí misma.

—Es más fácil ocultarse allí —repuso él.

—Yo no me escondo —insistió, haciendo que él se preguntara si ella sabía que era una mentira.

—Te escondes, sí, como cualquiera de nosotros.

—¿Y de qué te escondes tú? ¿Cuáles son tus verdades? —Fue una burla y, al mismo tiempo, lo estaba admitiendo. Deseó poder ver sus ojos, la única parte de ella que no lograba ocultar tanto como el resto.

Porque ella no era solo esa mujer, reina del pecado y de la noche. No era tan de fiar como quería aparentar. No tenía tanto poder como parecía. Había algo más que la hacía humana. Que la hacía real. Que la convertía en ella. Sin embargo, estaban jugando su juego y a él no le disgustaba. Simplemente le gustaban más los destellos de su verdad.

Dejó a un lado el paquete y se inclinó hacia delante, hacia abajo. Tomó uno de sus escarpines del suelo del carruaje y se lo puso en el regazo. Pasó los dedos por el tobillo, disfrutando de la forma en que los músculos se tensaron bajo su roce. Él sonrió. A pesar de que ella aparentaba estar tranquila, su cuerpo no mentía.

Rodeó el tobillo con los dedos y le quitó la zapatilla negra del pie, dejando a la vista las medias negras. Pasó las yemas por la planta del pie, adorando cómo se flexionaba ante su contacto.

—¿Tienes cosquillas?

—Sí —repuso, tentándolo más de lo que debería

Él continúo con su exploración, dejando que los dedos se deslizaran sobre la seda hasta la parte superior del pie y el tobillo, recreándose en su forma antes de desandar el camino.

—Aquí tienes una verdad; la primera vez que vi tus escarpines… al salir del baile de los Worthington, quise hacer esto.

—¿De verdad?

Había sorpresa en su voz. Y deseo.

—Sí —confesó—. Me sentí atraído por tus escarpines plateados, tan inocentes y hermosos… —Pasó los pulgares por el empeine y ella suspiró ante la sensación—. Y luego me sentí atraído por algo muy diferente; tus impresionantes zapatos de tacón, que hablaban de pecado y de sexo.

—¿Me seguiste?

—Sí.

—Debería estar enfadada contigo.

—Pero no lo estás.

Deslizó de nuevo la mano por su tobillo, subiéndola hasta la pantorrilla y adorando la suave seda que la cubría. Tocó la costura blanca de las medias mientras contenía las ganas de levantarle la falda y ver sus piernas, largas y vestidas de negro. Las quería abiertas. Rodeándole las caderas. La cintura.

La deseaba.

—¿Lo estás? —insistió.

—No, no estoy enfadada —confesó ella con un suspiro.

—Te gusta que te conozca. Que lo sepa todo. Que conozca tus dos mitades. —Sus dedos llegaron a la parte posterior de la rodilla y la caricia la hizo estremecer.

Georgiana se movió, levantó la otra pierna y apretó el pie contra su pecho, empujándolo hacia atrás para alejarse de su contacto.

—Cuéntame otra.

—¿Otra? —preguntó.

—Otra verdad —dijo.

Le cogió el pie que empujaba contra su pecho y lo besó en el interior del tobillo, dejando que su lengua mojara la tela hasta que ella suspiró.

—Quiero quitarte estas medias. Quiero sentir tu piel, que es más suave que la seda.

Él le mordisqueó el tobillo, adorando el jadeo que resonó en el coche, donde de pronto hacía mucho calor.

—Es tu turno.

Ella se quedó inmóvil.

—¿De qué?

—De decirme tus secretos.

La vio vacilar.

—No sé ni por dónde empezar.

Duncan sabía que estaba llena de sombras, cada una protegiendo una parte de ella. Cada una necesitaba un rayo de luz.

—Empieza por esto —dijo al tiempo que deslizaba la mano por su pantorrilla hasta la rodilla, formando un remolino con los dedos—. Dime cómo te hace sentir. Sin mentiras.

Ella se echó a reír cuando él le hizo cosquillas.

—Me hace sentir… —Cuando se detuvo, él también lo hizo y puso la palma encima de su piel. Ella estiró la pierna como si pudiera atraparlo. Devolvérselo—. Me hace sentir joven.

Él la miró, sorprendido por el término que había usado.

—¿Qué quieres decir?

Ella suspiró en la oscuridad.

—No pares.

No lo hizo, la acarició de nuevo. Y otra vez más.

—¿Qué significa, Georgiana?

—Solo que… —Ella se interrumpió y flexionó el pie contra su pecho. Él deseó que estuvieran en su casa. Necesitaba más espacio. Necesitaba verla… tocarla… a placer. La oyó suspirar—. Ha pasado mucho tiempo desde…

Él sabía cómo terminaba esa frase. Desde que había estado con otro hombre. Desde que estuvo con otro que no fuera Chase. No quería que acabara el pensamiento. No quería que nombrara a otro hombre allí, en la oscuridad, con ellos.

Pero no pudo impedir que terminara la frase.

—… desde que me sentí así.

Y eso lo desató. Había algo en esa mujer, en la forma en la que hablaba, en las promesas que hacía con palabras sencillas y ordinarias, que conseguían que se desesperara por ella. Pero cuando confesaba sus sentimientos con aquella absoluta honestidad, sorpresa y una pizca de asombro en su atrayente voz, ¿cómo podía resistirse a ella?

¿Cómo iba a darle la espalda cuando la hubiera saboreado una vez? ¿Cómo iba a renunciar a

ella con el tiempo? «¡Dios!». ¿En qué tipo de desastre estaba metiéndose?

La soltó, dejando sus pies en el suelo, y ella se resistió a perder su contacto tanto como él se resistía a renunciar a ella.

—Espera —dijo ella, inclinándose hacia delante, y dejando que la luz cayera sobre su precioso rostro—. No pares.

—No tengo intención de parar —prometió—. Solo quiero dejar claras un par de cosas.

Ella frunció el ceño.

—¿Es que tengo que ser más clara? Te hice una proposición en Hyde Park. Te he ido a buscar a tus oficinas vestida como una… —Vaciló—. Bueno, como el tipo de mujer que hace estas cosas.

Él pensó que acostumbraba a vestirse de esa manera demasiado a menudo.

—No me importa lo que te pongas —dijo con un tono tan seco como la arena.

—Parecían gustarte las medias.

El recuerdo de la seda negra con costuras plateadas inundó su mente y lo que habría sido una risa se convirtió en un gruñido.

—Sí, las medias me gustan mucho.

Duncan notó su rubor con sorpresa y se inclinó hacia delante hasta que estuvo a unos centímetros de su cara. De sus labios.

—Me pregunto… —susurró—, qué otras partes de tu cuerpo se ponen rojas cuando te avergüenzas de algo.

El rubor se hizo más intenso.

—No lo sé. Nunca lo he mirado.

—Bueno, pues te aseguro que yo sí lo voy a mirar.

—Sin duda lo harás en nombre del periodismo de investigación.

Sonrió.

—Soy el mejor periodista de Londres, cariño. No puedo dejar el trabajo en la oficina.

Ella le sostuvo la sonrisa durante un buen rato, hasta que su expresión se volvió seria. La vio mirarse las manos, entrelazadas en el espacio que los separaba.

—Me estás haciendo como tú —dijo ella.

—¿No te gusta? —preguntó, mirándola con atención.

—Claro que me gusta —repuso en voz baja—. Pero ahora… me tientas con cosas que no puedo tener.

Supo al momento qué quería decir, y le llenó de tristeza. No era hombre para ella. No podía ofrecerle un título. No podía ofrecer seguridad para Caroline. A lo sumo, ella pensaba que había nacido de una manera misteriosa, aunque había sido criado en el arroyo. Y eso era antes de que ella supiera la verdad. Antes de que supiera que no era lo que parecía. Nada de lo que decía ser. Antes de darse cuenta de que la había utilizado y manipulado para tener acceso a los secretos de Tremley. Antes de que supiera que era un criminal… Un ladrón. Destinado a pudrirse en la cárcel o algo peor. «Cuando seas descubierto». Porque no importaba lo cuidadoso que fuera ni lo bien que amenazara a Tremley, mientras el conde estuviera vivo, él corría peligro. Y también todos a los que él amaba.

Así que, incluso aunque ella no precisara casarse con un título, no podía ser el hombre que quería. Ni, desde luego, el que necesitaba. Pero podía ser el hombre que tenía en ese momento. Ahora. Durante un breve y fugaz instante antes de que los dos tuvieran que regresar a la realidad.

Llegó hasta ella y la levantó de su asiento, adorando el pequeño chillido que lanzó cuando la

puso sobre su regazo. Las faldas y las enaguas de seda cayeron en cascada alrededor de ambos cuando la sentó a horcajadas. Ella se irguió, superándolo en varios centímetros debido a la posición. Él la adoró; la forma en que lo miraba y la promesa de sus preciosos ojos color ámbar.

—Puedes tenerme por completo esta noche —se ofreció él con la voz tan grave y áspera que no la reconoció—. Cada parte de mí. Todo lo que quieras.

Ella se echó hacia atrás, haciendo que la curva de sus nalgas se apretara contra sus muslos y alentando toda clase de ideas pecaminosas y malvadas en su calenturienta mente. La vio empezar a quitarse los guantes.

—Quiero sentirte.

Ya no eran ideas, eran planes.

—Quiero tocarte —añadió. Una longitud de seda negra se perdió en la oscuridad que cubría el otro lado de la cabina mientras ella subía la mano a su rostro para trazarle la mejilla, la mandíbula con los dedos, obligándole a alzar la cabeza mientras ella se inclinaba para deslizar los labios por los mismos lugares por los que había pasado los dedos—. Quiero besarte. Y si no lo besaba, él se volvería loco.

Ella lo estaba seduciendo con palabras, con su contacto y su olor, y le encantaba. Quería tirar de ella para apoderarse de sus labios, quería quitarle esa maldita peluca, levantarle las faldas y hacerle el amor hasta que ninguno de los dos pudiera recordar cómo se llamaba, por no hablar de esa ridícula disposición que habían acordado.

Pero no se movió. No lo hizo. Había algo en esa mujer que hacía pensar en deseo, pecado y sexo, algo en la forma en que lo miraba, en su manera de hablar, en el modo en que lo tocaba, que le hacía preguntarse si alguna vez en su vida habría hecho algo por su propio placer.

Y por eso esperó a que fuera ella la que lo hiciera. La que lo besara esa noche o nunca lo besaría. Ese era su momento. Su placer. Su deseo. Una vez que la metiera en su casa, sería el momento de ofrecerle todo el goce que pudiera. Pero ahora, le tocaba recibirlo.

Ella se inclinó y él pensó que por fin lo besaría, pero en el último momento se echó hacia atrás, haciéndole pensar que había ideado una forma nueva y maravillosa de tortura. Él dijo su nombre, y maldijo en la oscuridad.

—Dos semanas —dijo ella.

—¿Qué?

La vio sonreír.

—Creo que estás despistado, señor.

—Es lo que ocurre cuando se burlan de un hombre.

Ella le pasó los dedos por la nuca y él respondió a la sensación.

—Dos semanas, nada más. Nada de meternos en problemas. Dos semanas y luego nos separaremos.

El hecho de haber pensado casi lo mismo unos minutos antes no impidió que se sintiera un poco irritado de que pudiera pensar en los términos de su acuerdo.

—Dos semanas —convino, sin embargo—. Ahora bésame, maldita sea.

Y, por suerte, lo besó.

Georgiana nunca había besado a un hombre. Oh, sí había sido besada, sin duda. En muchas ocasiones. Habían sido besos deseados y no deseados. Había sido besada por ese hombre y resultó magnífico. Pero nunca había tomado el control en un momento como ese, ni besado a un hombre. Ni siquiera a Jonathan, cuando la locura y la juventud habían impulsado su vida.

El embriagador placer de la experiencia era algo que jamás olvidaría. Adoró la manera en que dejó que lo dominara, la manera en que se mantuvo sentado, con las manos en sus caderas para sostenerla en caso de que el carruaje diera un giro inesperado. La forma en que la dejó dirigir la caricia, primero con las manos y luego con los labios.

Y le encantó sentirlo contra ella, duro e inflexible, y muy, muy cálido. Duncan no la tocó y ella odió y adoró ese hecho. Quería que la explorara, quería tentarlo, tocarlo, hacer todo lo posible para seducirlo, ya que durante todos los años en que se había vestido como Anna, nunca había tenido intención de seducir. Algo que él parecía conseguir sin esfuerzo. Sin tocarla.

Dejó que sus labios se posaran durante un segundo en los de él, que disfrutaran de su suavidad antes de poner las manos en sus hombros mientras pasaba la lengua para lamer el borde de su boca. Él gruñó profundamente ante la sensación, y ella sintió el ruido además de oírlo. Él separó los labios y ella se inclinó para comprobar su poder.

Notó que los dedos que sostenían sus caderas se tensaban, y el beso se hizo más profundo, más intenso. Volvió la cabeza, situándose sobre él con más cuidado. El gruñido se convirtió en gemido y por fin, él movió una de las manos para llevarla a su cuello, ahuecándola sobre su mandíbula y sujetándola con su beso. Sus lenguas se encontraron y ella se echó hacia atrás ante la sensación. Por un momento pareció perdido, luego sus miradas se encontraron y con completo control, alzó la mano, la atrajo hacia él y se hizo cargo del beso.

Notaba sus manos por todas partes. Sobre su piel por encima de la seda, en el pelo. Se apartó ante su contacto.

—Espera —jadeó, agarrándole una de las manos para retirarla de su cabeza—. No me quites la peluca todavía.

—La quiero fuera. Te deseo —confesó él.

—Yo también —convino ella—, pero si alguien me ve…

Tenía que ser Anna la que entrara en su casa en medio de la noche. Sola. Cubierta de seda negra. Él gimió, mostrándose de acuerdo. Le puso las manos en las caderas y tiró de ella para desplazarla, acercándolos más.

—Este vestido tiene demasiada tela —gruñó mientras la inclinaba al tiempo que se arqueaba, encajando así lo duro y lo blando, meciéndose contra ella un par de veces antes de morderle el labio inferior mientras se apoderaba de su boca con labios y lengua.

Le tocó a ella gemir ante la intensidad del beso, y fue un ataque. Libraron cuidadosamente una guerra de largos y adictivos besos, realizando los mismos movimientos como promesas no dichas que hicieron que se sintiera caliente, fría y desesperada por él a la vez. Alzó la cabeza para verlo. Para entender ese momento, cuando parecían las únicas personas en el mundo. Él abrió los ojos al notar su falta.

—No había planeado esto —susurró ella, pasando los dedos por las crestas y valles de su rostro.

—¿Estar así en el carruaje? —preguntó él.

—El placer.

Hizo una pausa mientras lo miraba, a punto de cerrar los ojos por lo que pudiera encontrar.

—Eso es interesante, porque yo solo había planeado tu placer.

Duncan pasó las manos por sus costados, enviando oleadas de ese placer prometido a todo su cuerpo, desde los hombros hasta las caderas, desde la espalda a ese lugar donde su corpiño parecía apretarle demasiado y estaba desesperada por aflojárselo. Desesperada por sus caricias. Y se las dio. Pasó los pulgares por las cimas de sus pechos, duras bajo la seda. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás al sentir aquello y él se inclinó para clavar los dientes en su clavícula desnuda. Siguió el borde con la lengua.

—Basta —susurró ella.

Él se detuvo al instante, alejándose de ella. Sorprendiéndola por su voluntad de detenerse de esa manera inesperada.

—¿Pasa algo? —preguntó, mirándola.

«Sí».

Pero no lo que él pensaba. Todo estaba mal —cada parte de ella—, porque se sentía condenadamente bien. Eso le hizo preguntarse, de una manera fugaz, qué había estado perdiéndose durante todos esos años. A quién había echado de menos. Le hacía preguntarse demasiadas cosas. Replantearse todo. Sacudió la cabeza.

—No —mintió—. Bésame otra vez.

Pero no podía porque en el momento en que salieron las palabras, el carruaje frenó. Él se inclinó hacia ella, depositando un largo y persistente beso en el borde del vestido, donde ella se esforzaba por respirar.

—Dime que estamos en mi casa.

Ella se rio ante la desesperación de su voz, solo porque era similar a la suya. Se alejó de él, deseando no tener que hacerlo. Queriendo quedarse allí para siempre.

—Estamos en ella. Pensé que mejor venir aquí que al club.

Se inclinó para ayudarle a reorganizar las faldas. Y le encantó cómo él detuvo los dedos en la curva de su rodilla, en la pantorrilla.

—Has pensado bien. No quiero encuentros en el club.

—¿Por qué no? —preguntó, mientras él le levantaba el pie y le volvía a poner la zapatilla.

—No quiero que me vean allí contigo.

Aquello la irritó.

—¿No quieres que te vean conmigo pero sí quieres dormir conmigo?

Él se quedó inmóvil mientras la miraba con ojos ardientes y llenos de promesas.

—En primer lugar, has entendido mal. Te deseo allí, pero quiero mantenerte alejada de ese lugar. Lejos del escándalo, del pecado y el vicio. Quiero ser el único canalla para ti. Y segundo… —Levantó el otro pie, acariciando con los dedos el empeine antes de ponerle el escarpín—. Te aseguro que no vamos a dormir.

Las palabras hicieron bajar un hilo de placer por su espalda con la misma seguridad que si ya hubiera estado desnuda y las hubiera susurrado contra su piel.

Lo vio ponerse de pie lentamente.

—Llévame dentro —dijo ella.

Vio brillar sus dientes blancos.

—Será un placer.

Capítulo 13

«… En realidad hay pocas estrellas que brillen la mitad de lo que reluce esta temporada nuestra maravillosa lady G. Su brillo crece cada vez que aparece en un evento, y no tenemos duda alguna de que los solteros elegibles de la sociedad con deseo de pasar por el altar han tomado debida nota. En cuanto a lord L., parece que se han vuelto inseparables…».

«…En los más tristes rincones de los salones de baile hemos hallado recientemente a un pobre corderito perdido, lady S., que antaño era acogida con el despiadado grupo de elegidas de la temporada y ahora se ha visto exiliada por pecados que no logramos imaginar. Sin embargo, tenemos puestas todas nuestras esperanzas en su resurrección, puesto que la hemos visto bailando con el marqués de E.…».

En las páginas de cotilleos del *Courant Semanal,* 1 de mayo de 1833.

La casa de Duncan era enorme y magnífica. Cada centímetro estaba decorado a la altura de la moda imperante. Georgiana permaneció de pie en el vestíbulo de mármol y giró lentamente sobre sí misma para admirar los altos techos y la amplia escalinata curva que conducía a los pisos superiores de la mansión.

—Es preciosa —comentó, volviéndose hacia él—. Jamás había visto una casa tan bien diseñada.

Él se apoyó en una columna de mármol cercana y cruzó los brazos antes de centrar su mirada en ella.

—Nos protege de la lluvia.

—Hace algo más que eso —se rio ella.

—Es una casa, nada más.

—Enséñamela.

Él señaló con una mano las puertas en el otro extremo del vestíbulo.

—Sala de visitas. Sala de visitas. Comedor del desayuno. —Hizo una pausa—. Todavía no sé por qué necesitamos tantas habitaciones. —Indicó un largo pasillo que conducía a la parte trasera de la casa—. Las cocinas y la piscina están hacia allí. El comedor y el salón los verás en el piso de arriba. —Duncan volvió a mirarla a ella—. Las alcobas son preciosas, merecen una inspección personal.

Ella soltó una risa al notar su impaciencia.

—¿Tienes una piscina?

—Sí.

—Imagino que eres consciente de que una piscina no es algo habitual en una mansión londinense.

—No será habitual en Londres —replicó él, encogiendo los hombros—, pero a mí me gusta estar limpio, y además es un excelente deporte.

—Le pasa a muchos hombres. Por eso se bañan.

Él arqueó una ceja.

—Yo también me baño.

—Me gustaría verla.

—¿Te gustaría ver cómo tomo un baño? —Duncan parecía emocionado por la idea.

Volvió a reírse.

—No. Pero me gustaría ver tu piscina.

Él consideró negarse, lo vio en sus ojos. Después de todo, un recorrido por su casa no era parte de la agenda acordada para la noche. Pero se mantuvo firme hasta que él le cogió la mano con la suya —cálida, grande y áspera tras años de trabajo— y la guio a través de la casa por el oscuro pasillo y las cocinas.

Llegaron hasta una puerta cerrada y él puso la mano en el picaporte y la miró a los ojos al tiempo que la abría. Le indicó que entrara en la habitación escasamente iluminada.

Ella accedió, tomando nota de que la luz provenía de media docena de chimeneas dispuestas en el otro lado de la habitación al darse cuenta del calor que hacía allí dentro.

—Quédate aquí —le susurró él al oído antes de adelantarse—. Voy a encender las lámparas.

Ella permaneció de pie en la cálida penumbra, viendo cómo se acercaba a una lámpara cercana y prendía una pequeña esfera de luz dorada que llenó de sombras la enorme estancia. La luz estaba en el borde de la piscina donde el agua tranquila y oscura resultaba absolutamente convincente. Se movió sin darse cuenta, atraída por el misterioso líquido mientras Duncan se movía por la orilla, encendiendo más lámparas, hasta que la habitación quedó iluminada. Era magnífica. Las paredes y el suelo estaban alicatadas con el más hermoso mosaico azul y blanco que ella hubiera visto, como si el cielo y el mar se unieran. Las lámparas coronaban hermosas columnas de mármol tallado y cada luz estaba encerrada en un vaso de vidrio. Alzó la mirada al techo y vio lo que debían de ser un centenar de paneles de cristal que mostraban el cielo de Londres, oscuro y estrellado.

—Es… —Se detuvo, sin saber cómo describir la habitación. La manera en que la atraía—… impresionante.

Él se acercó.

—Es mi vicio.

—Pensaba que tu vicio eran las mesas de juego.

Él sacudió la cabeza mientras se detenía a su lado y le apartó un rizo de la cara.

—Eso es trabajo. Esto es diversión.

«Diversión».

La palabra la envolvió con una oscura promesa. Se preguntó cuánto tiempo había pasado desde la última vez que pensó en divertirse. Desde que lo había hecho. Se preguntó si él lograría que se divirtiera.

—Me parece una diversión divina —aseguró con una sonrisa.

—Diversión divina —repitió él, negándose a liberar su mirada—. Eso es justo lo que es.

Georgiana no creía que la habitación la hiciera entrar en calor, pero así fue.

—Hay muchas chimeneas.

Él miró por encima del hombro hacia la pared llena de hogares.

—Me gusta nadar durante todo el año; el agua se enfriaría si no fuera por el fuego.

Toda la habitación, la experiencia en sí, debía costar una fortuna; las chimeneas, las luces, era pura extravagancia. El Ángel se enorgullecía de tener media docena de estancias caprichosas e innecesarias diseñadas solo para los antojos de algunos miembros, pero no poseía nada parecido a aquello. No había nada así en todo Londres.

Ella lo miró.

—¿Por qué?

Duncan desvió la mirada hacia el agua, negra y tentadora.

—Ya te lo dije. Me gusta nadar.

No había dicho eso, había dicho que le gustaba estar limpio.

—Hay otras maneras de nadar.

—Siempre es mejor de noche —dijo él, haciendo caso omiso a la pregunta indirecta—. Cuando estoy solo con el agua y las estrellas. De hecho, casi nunca enciendo las lámparas.

—Te sientes tu dueño —meditó ella.

Duncan le pasó los dedos por el brazo hasta apresar su mano.

—Esa sensación está subestimada. —La atrajo hacia su cuerpo y le rodeó la cintura con un brazo. La besó. Fue un beso profundo y exuberante, y no supo si fue el calor de la habitación o la caricia lo que la hizo perder la cabeza. No, lo sabía. Fue la caricia. Él se retiró.

—¿Sabes?

A ella le llevó un rato entender qué quería decir.

—Sí.

Duncan la miró durante un buen rato como si estuviera calibrando la respuesta a la inevitable pregunta. Como si dudara si debía arriesgarse a hacerla o no.

Como si fuera a negarse.

—Milady, ¿te gustaría nadar?

El sonido de su voz al decir el título flotó en el aire, envolviéndola con suavidad, lleno de promesas. ¿Cuánto la tentaba? ¿Cuánto la hacía desear durante ese momento, durante esa noche, ser su dama?

«Más de lo que debería».

—Esta noche va a ser muy diferente a lo que imaginaba —dijo.

—Lo mismo digo. —Duncan la besó con áspera fiereza—. Quítate esa maldita peluca.

Sus manos se plegaron a la voluntad masculina mientras él se alejaba hasta la pared de las chimeneas y se agachaba para avivar las llamas de todas ellas. Siguiendo sus instrucciones, ella calculó que él tardaría varios minutos en ocuparse de todos los hogares, así que se sentó para descalzarse y quitarse las medias y los calzones, que dobló con cuidado antes de dejarlos a un lado, hasta que solo quedó cubierta por el vestido.

Aquella prenda estaba diseñada para Anna, no para Georgiana y no requería de la ayuda de una doncella. Estaba estructurada con corchetes y lazos ocultos, y tenía un corsé interior, todo ello con la intención de que resultara fácil y cómoda ponérsela y quitársela.

Sin embargo, se preguntó si la modista que había realizado aquella hazaña de la ingeniería de la moda habría llegado a imaginar ese momento en particular, en el que el vestido se tendría que enfrentar a una piscina. Si todo iba bien.

Duncan se giró desde la última chimenea y la miró desde el otro extremo de la enorme habitación. Ella se levantó y lo observó mientras regresaba a su lado, completamente concentrado en ella, como un depredador. Georgiana se dio cuenta de que estaba descalza y se dio cuenta de que también él había aprovechado el momento para quitarse las botas. En el trayecto, se despojó de la chaqueta, que arrojó a un lado, olvidada mientras se ocupaba de la corbata, que también dejó caer antes de llegar junto a ella. No apartó la mirada en ningún momento, y ella se sintió como si fuera su presa.

Ninguna presa había querido tanto ser capturada.

Llegó a su lado mientras se sacaba los faldones de la camisa de la cinturilla de los pantalones y se preguntó sobre la comodidad con la que llevaba a cabo el proceso.

—¿Alguna vez te has entretenido aquí? —Lo soltó antes de poder reprimirse, y quiso haberse callado.

Esa noche no significaba nada. No era para siempre. Era ahora. Así que no debería importarle si había estado allí con otras mujeres. En esa magnífica, extravagante y ridícula sala.

—No —respondió él. Un agudo placer acompañó esa sílaba, sabía que no mentía.

Lo vio quitarse la camisa y lanzarla por encima de la cabeza, revelando un largo y sinuoso torso lleno de curvas y valles. Se le secó la boca. No había visto ningún hombre tan bien formado salvo en forma de escultura clásica. Ningún hombre —que no fuera una estatua— era así. Pensó en Poseidón, pero se resistió a aquella idea tan tonta. Aunque no dejó de mirarlo.

Bajó la vista hasta la cinturilla de los pantalones, a los dedos que abrían los botones de la bragueta, y ya no pudo seguir mirando. Subió los ojos hasta su rostro y su expresión conocedora, como si él supiera lo que estaba pensando. Como si supiera que lo acababa de comparar mentalmente con Poseidón. Era un hombre insufrible.

—Estás demasiado abrigada.

Ella quiso poder despojarse de la vergüenza junto con la ropa. Ese era un momento acordado. Una noche. Y era Anna, ¿no? Una mujer experimentada en ese arte. En todos los sentidos en que debe estarlo una mujer. No importaba que estuviera fingiendo un poco. Bueno, que estuviera fingiendo de manera significativa.

Tenía un vestido adecuado para ello. Y era la ropa la que hacía al hombre —a la mujer—, ¿no era cierto? En el caso de Duncan West la ropa le hacía un flaco favor, pero ese no era el tema.

Respiró hondo. Se revistió de coraje. Y dejó caer el vestido, quedándose desnuda ante él. Más tarde, cuando no estuviera tan avergonzada, se reiría al recordar la respuesta de Duncan; sorpresa incontenible al ver que era capaz de desvestirse sin ayuda, y una expresión como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza.

Pero la risa era lo último en lo que pensaba en ese momento. Su mente estaba demasiado concentrada en la vergüenza… en el nerviosismo que la atenazaba. En la extraña conciencia de que todo lo que normalmente ocultaba bajo preciosos envoltorios de seda quedaba al descubierto. Y en una entusiasta y perturbadora combinación de deseo y terror.

Así que hizo lo que habría hecho cualquier mujer desnuda que se preciara en la misma situación. Se dio la vuelta y se zambulló en la piscina oscura. Salió a la superficie a un par de metros del borde, encantada con la temperatura del agua, que parecía un fresco baño de verano. Se volvió hacia el lugar donde había saltado y se lo encontró allí, mirándola, con las manos en las caderas. Desnudo. Trató de no mirar. Lo intentó de verdad. Pero resultaba muy difícil de evitar.

Nadó hacia atrás, agradeciendo la tenue luz porque él no podría estar seguro de si estaba mirando o no su dura y absolutamente inquietante longitud.

—¿Está buena?

Tragó saliva. Braceando hacia atrás mientras continuaba poniendo distancia entre ellos.

—Buenísima.

—Si quieres nadar —advirtió él—, deberías hacerlo ahora.

Algo que sonaba muy extraño, ya que estaba en una piscina y ella estaba nadando.

—¿Por qué?

—Porque cuando llegue junto a ti, la natación será lo último en lo que pensarás.

Las palabras la atravesaron como un rayo, realzando la sensación del agua en todo su cuerpo, incluidos los lugares que no debían estar descubiertos. Esperó un momento, mirándolo, disfrutando de su belleza musculosa de largos huesos. Perfecto, forjado allí, en esa misma agua.

«Donde la tomaría».

La idea le gustó y dejó de moverse hacia atrás.

—Me parece que ya no me apetece nadar.

Él se introdujo en el agua antes de que ella terminara la frase. El corazón le latió con fuerza mientras esperaba a que apareciera en la superficie y el silencio que reinó después de la zambullida hizo que se estremeciese de anticipación. Observó con atención la oscura superficie del agua, preguntándose dónde emergería.

Y entonces, lo sintió. Él le rozó el estómago con los dedos, seguidos de sus palmas, hacia los costados. Contuvo el aliento cuando él surgió a unos centímetros de ella. Poseidón emergiendo del mar.

Ante la sorpresa, ella le puso las manos en los hombros y él aprovechó la oportunidad para estrecharla con fuerza, rodeándole la cintura con sus brazos de acero mientras enredaba sus piernas con las de ella. Lo sintió caliente y duro contra su vientre.

—Estoy muy agradecido —le susurró él al oído, jadeando las palabras más que pronunciándolas, y haciendo que se estremeciera de necesidad— a quien te enseñó a nadar.

Ella no tuvo tiempo para pensar una respuesta adecuada a sus palabras porque él comenzó a besarla, sosteniéndola sin esfuerzo en el agua, con las manos ahuecadas sobre sus nalgas para acercarla todavía más y coincidir en el oscuro y secreto lugar donde encajaban a la perfección.

Él gimió ante la sensación y ella suspiró su respuesta mientras la acercaba al borde de la piscina. Estaban a punto, pensó. Y lo deseaba, de hecho, estaba desesperada, y él iba a dárselo. Habían pasado muchos años desde que estuvo tan cerca de otra persona, de un hombre. Toda una vida.

Una vez en el borde de la piscina, él le extendió los brazos y se los apoyó contra los hermosos mosaicos de azulejos, sosteniéndola en el agua. Su rostro quedaba iluminado por la luz anaranjada del fuego que ardía en las chimeneas, detrás de ella, las llamas que parecían calentarla como el sol mientras él deslizaba los dedos por sus brazos, hasta enredarlos con los de ella al tiempo que le besaba la piel del cuello, de los hombros y el pecho.

—No me has dado la oportunidad de verte —susurró él allí, justo por encima del lugar donde el agua la envolvía, burlándose de las duras y doloridas puntas de sus senos—. Me sorprendiste y luego te escapaste.

—No parece que haya escapado muy lejos —dijo ella. Él soltó una de sus manos y la ahuecó debajo de uno de sus pechos desnudos para elevarlo por encima de la línea de flotación y pasar el pulgar por el enhiesto pezón.

—No —repuso él—. Pero aquí estamos de nuevo, en la oscuridad. Y una vez más, no puedo verte. No puedo ver esto.

—Por favor —suspiró ella, mientras él seguía moviendo el pulgar. Estaba matándola.

—Por favor, ¿qué? —repuso él, dando castos besos alrededor de su dedo.

—Ya sabes qué —dijo ella, riéndose.

—Lo sé. Y lo confieso, agradezco que estemos aquí, solos, porque por fin voy a probarte y nadie me va a parar.

Bajó la cabeza y la tomó en su boca. Ella casi se desmayó ante la sensación, ante la forma en que él lamía, chupaba, haciéndole sentir un placer que la atravesó hasta impactar en una docena

de lugares que había olvidado. Dejó caer la cabeza hacia atrás y perdió el equilibrio en el agua. Él la sostuvo sin esfuerzo y ella puso una mano en el borde de la piscina sin saber qué más podía hacer. Sin saber qué decir salvo:

—¡Dios mío! No te detengas.

Y no lo hizo. Adoró primero un pecho y luego otro, hasta que pensó que podría morir allí mismo, ahogada en ese glorioso lugar, con él. Cuando alzó la cabeza después de lo que parecía una eternidad y al tiempo un solo instante, ella suspiró su nombre con ganas de decirle que le diera lo que fuera.

Duncan capturó sus labios, se apoderó de sus suspiros y volvió a acercarla de nuevo a él, apretándose contra ella por lo que no quedó espacio para el agua, que los envolvió en el momento en que entraron en contacto. Cuando finalizó el beso, ella le puso las manos en los hombros, ávida por recuperar algo de poder. Por recuperarse a sí misma.

Él le dio un poco de espacio como si entendiera lo que quería y entendiera, también, que podría llegar a odiarle. Lo que era cierto. Porque lo deseaba.

Respiró hondo durante un segundo. Pensó qué podía decir, algo que lo distanciara incluso teniéndolo cerca.

—¿Por qué una piscina? —preguntó.

Él se quedó inmóvil, pero se recuperó con rapidez de la sorpresa.

—No quieres saberlo —dijo con una voz ronca y pesada que hizo que precisamente quisiera eso, saberlo.

—Sí.

Duncan se apoderó de un largo mechón de pelo mojado y lo frotó entre el pulgar y el índice.

—No era un niño demasiado limpio.

Ella sonrió. Un muchacho rubio con ojos pícaros y una inteligencia inimaginable.

—Pocos niños lo son.

Él no le devolvió la sonrisa. De hecho, no le sostuvo la mirada.

—Yo no estaba sucio de jugar. —Habló contra su pelo, con palabras carentes de emoción—. Realizaba trabajos diferentes. Albañilería, nivelado de carreteras. Limpieza de chimeneas.

Ella se quedó helada al escuchar aquello. Ninguno de esos puestos de trabajo era apto para un niño, pero limpiar chimeneas era peligroso. Un trabajo brutal que precisaba de muchachos cuanto más pequeños mejor. No podía haber tenido más de tres o cuatro años para poder haberlo realizado.

—Duncan —susurró, pero él la ignoró.

—No fue tan malo. Solo cuando estaban calientes, y el tiro demasiado estrecho. Había otro chico… un amigo… —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza como si quisiera olvidar un recuerdo. Un millar de ellos, estaba segura, cada cual más horrible que el anterior—. Yo tuve suerte.

Ningún niño con esa vida tenía suerte.

—¿Vivías en Londres? —Debía de haber vivido. Sin duda en una casa de trabajo, que obligaba a sufrir a manos de esa enorme y floreciente ciudad.

Él no respondió.

—Da igual. Lo cierto es que no permitían bañarse después a los que, como yo, estaban destinados a estar sucios al día siguiente. Me dejaron bañarme un puñado de veces, y siempre era el último. El agua estaba fría y no limpiaba.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas y agradeció que los fuegos quedaran a su espalda,

porque le permitían ocultar su rostro de él. Se colgó de él, rodeándole el cuello con un brazo y enredando los dedos en el hermoso pelo rubio, siempre brillante, suave y limpio, incluso ahora.

—Ya no —le susurró al oído—. Ya no —repitió con ganas de rodearlo por completo.

Quería protegerlo. Al chico que había sido y al hombre en el que se había convertido. «Santo Dios…». Lo que sentía… «¡No!». Se negaba a pensar en ello. Y, desde luego, no lo admitiría.

Cuando la abrazó, Georgiana notó la sorpresa en su expresión, como si acabara de recordar que estaba allí con ella.

—Ya no —convino él—. Ahora tengo mil metros cúbicos de agua limpia. Caliente, húmeda y maravillosa.

Quería preguntarle más. Presionarlo. Pero sabía mejor que nadie que cuando Duncan West no quería hablar, no hablaba. Así que buscó una alternativa; lo besó, deslizando los dedos por encima de su hombro para bajar por el brazo hasta donde sus fuertes manos la sostenían contra él. Quería tocar cada centímetro de su cuerpo. Quería tocar algunos centímetros específicos de él. Y casi había reunido el coraje para hacerlo cuando él la alzó del agua y la sentó en el borde de la piscina.

El agua se deslizó por su cuerpo, por sus curvas y sus valles y ella intentó resistirse a la posición, por encima de él.

—Espera —comenzó a decir, pero él la detuvo, besándole con pasión una rodilla.

—Pero no estoy interesado en hablar de la piscina, sino de esta noche —susurró contra su piel, deslizando una mano entre sus muslos y separándolos lo suficiente para seguir besando el interior de la rodilla—. Es algo más.

Había urgencia en sus palabras, como si tocarla, besarla, hacerle el amor pudiera borrar su pasado y aquella charla sobre él. Y quizá pudiera. «Esta noche».

Él volvió a mover los dedos y presionó abriéndole más las piernas, hasta que hubo espacio para que besara profundamente el interior del muslo. Trazó círculos con la lengua sobre su piel, tocándola con una complicidad que la hacía entrar en combustión.

—Es algo más —repitió después de trazar un impío y oscuro camino por su pierna, persuadiéndola para que se entregara a ese devastador beso—. Algo igual de caliente.

Las palabras la hicieron estremecer y cerró los ojos ante la pecaminosa y dulce imagen de él entre sus muslos.

—E igual de maravilloso.

Estaba perdiendo el equilibrio y se echó hacia atrás, apoyándose en las manos, sin estar segura de qué debía hacer. Sin estar segura de si quería eso. Y, al mismo tiempo, completamente convencida de que lo necesitaba. Duncan movió de nuevo aquellos malvados dedos, pero ya no tuvo que presionar. Ella se abrió ante él, permitiéndole acceso a la devastación que le prometía. Él le había dicho que estaba al mando… y parecía que lo estaba.

En ese momento estaba entregada por completo mientras él jugaba con el vello oscuro que cubría la parte más secreta de su cuerpo.

Duncan alzó la mirada.

—¿Estás igual de mojada?

La palabra la hizo vibrar, más devastadora que el roce con el que él separó los pliegues de su sexo hasta hundir entre ellos un dedo con infinita dulzura. Los dos gimieron, y la sensación la recorrió de pies a cabeza.

—Más —dijo ella, y el significado de la palabra se hizo más intenso cuando él acarició aquel maravilloso y oscuro lugar.

—Voy a saborearte aquí —agregó él—. Voy a probarte, a tocarte hasta que llegues y tus gritos llenen la sala, con el agua y el cielo como testigos.

Su voz la debilitó incluso aunque la fortalecía. Él deslizó una mano por su torso hasta su pecho y la inclinó para presionar su espalda contra los azulejos calientes, hasta que estuvo tumbada con las piernas colgando por el borde de la piscina.

—Eres mía —aseguró con un tono profundo y pecaminoso—. Milady.

Le dolió escuchar el título. Era cierto.

—Lo soy —susurró. ¡Santo Dios, lo era! Era suya en todos los sentidos. De todas las formas.

Y luego comenzó a separar sus pliegues y se apoderó de su centro con la boca, y ella gimió al sentir el inmenso placer, casi insoportable, que le proporcionaba con la lengua, acariciándola y trazando círculos, haciendo toda clase de cosas perversas y divinas. Las manos con las que no sabía qué hacer apenas unos minutos antes, lo buscaron y comenzó a enredar los dedos en sus hermosos cabellos rubios mientras él se movía contra ella, saboreando su húmedo calor con magníficos movimientos que amenazaban con robarle el aliento y la cordura.

Georgiana gimió ante la inmensidad del placer que él le daba, arqueándose contra él con audacia, pidiendo más a pesar de que se lo daba. Se meció contra él, adorando la sensación, los sonidos que Duncan emitía y la manera en que la mantenía abierta para su deleite.

—Milady —susurró, enviando una oleada de placer.

«Su dama».

«Suya».

Nunca había sentido algo así. Nunca se había entregado de esa manera en ninguna ocasión. Y él estaba presionando allí, en el dolorido nudo de nervios donde lo deseaba más, girando y lamiendo, chupando y haciéndole sentir escalofríos hasta que no pudo soportarlo más y cerró los puños en su pelo al tiempo que se mecía contra él. En respuesta, él la sostuvo por las caderas, manteniéndola inmóvil mientras ella cabalgaba su placer, llamándolo en la oscuridad una y otra vez, hasta que ya no era su nombre lo que decía, sino una bendición.

Y entonces la hizo gritar, como le había prometido, bajo la vista de las estrellas que brillaban en lo alto. El techo de cristal recogió el sonido y lo devolvió para que hiciera eco a su alrededor, como si fueran las únicas personas en todo Londres. En todo el mundo.

Duncan no se movió mientras ella recuperaba la cordura, con los labios pegados a la curva de su muslo para trazar lentos y lánguidos círculos con la lengua, como si pudiera ralentizar así su pulso.

Georgiana abrió los ojos en la impresionante sala, envuelta en la luz anaranjada de los fuegos en las chimeneas y dentro de ella, y se dio cuenta de que no había nada ridículo en ese lugar. Era perfecto para él. Un glorioso templo para ese hombre que manejaba tanto el placer como el poder. Y quizá fuera su poder.

Sin duda era más peligroso que cualquier otra cosa a la que ella se hubiera enfrentado hasta ese momento. Era demasiado pero no suficiente. Nunca podría contar con él y, de alguna manera, supo en ese instante que nunca dejaría de desearlo.

Duncan West la arruinaría, y era tan cierto como que la habían arruinado la última vez que la tocó un hombre. Se tensó ante la idea y él sintió el cambio en ella. Duncan alzó los labios.

—Y ahí está —dijo él, en un tono más frío de lo que había esperado. Más frío de lo que le hubiera gustado—. Los recuerdos regresan.

Odiaba que la entendiera con tanta facilidad. Se sentó, sacando los pies del agua y apretando las rodillas contra el pecho. Rodeándose con los brazos.

—No sé lo que quieres decir.

Él arqueó una ceja.

—Sabes de sobra qué quiero decir. Si no lo hicieras, habrías vuelto a entrar en la piscina en vez de salir.

Ella sonrió.

—¿No prefieres una cama?

—No lo hagas —advirtió él—. No la traigas aquí. No ahora.

—¿A quién?

—A Anna. No me ofrezcas su falsa sonrisa ni sus palabras todavía más falsas. No…

Al ver que él no terminaba, ella insistió.

—¿No qué?

Él maldijo por lo bajo y nadó hacia atrás, alejándose de ella. Del momento.

—No soy Chase. No la quiero a ella. Te quiero a ti.

—Somos la misma mujer —aseguró ella.

—No me insultes. No me mientas. Guarda esas mentiras para tu dueño —escupió la palabra con irritación. Estaba herido.

Cuando Georgiana se inventó a Chase algunos años atrás, no imaginó que tendría que someterse a un juego tan delicado como ese. Se puso en pie, siguiéndolo por el borde de la piscina hasta el lugar por donde había entrado. Donde habían comenzado esa noche. El lugar al que no podían regresar. Él salió del agua y abrió un armario cercano. Le tendió una gruesa toalla de algodón. Ella se envolvió en la misma mientras buscaba las palabras correctas.

—Duncan, él no me posee —dijo directamente.

No podía ver ahora su rostro. Duncan quedaba a contraluz ahora, cuando cada palabra que ella decía era una mentira. Las palabras parecían dirigidas a una enorme sombra amenazadora.

—Por supuesto que sí. —A solo unos centímetros de ella, la frustración era clara en su voz—. Te sometes a sus antojos. Te da un paquete, lo entregas. Te dice que te cases, lo haces.

—No es así.

—Es justo así. Podría casarse contigo él mismo. Podría haber protegido a Caroline. Es el hombre más poderoso de Londres. Pero no hace nada de eso… en cambio te endosa a Langley.

«Tienes que decirle la verdad».

—No —dijo él, tomándola entre sus brazos. Su contacto, cálido y maravilloso, la convirtió en luz—. Dime qué estabas pensando en este momento. Dímelo.

Ella sabía que las palabras eran estúpidas. Que los destruirían a los dos. Pero las dijo de todas maneras.

—Estaba pensando que debería decirte la verdad.

Él se quedó quieto.

—Deberías, sí. Sea la que sea… te ayudaré.

Parecía sencillo decírselo todo. Que era Chase. Que había protegido esa identidad sin vacilar durante todos esos años por Caroline. Porque Caroline necesitaría algo más, algún día, porque su hija llegaría a tener algún tipo de ideal, un nombre impoluto que la ayudaría a tener la vida que quería. La que se merecía.

Sería fácil decírselo. Él ejercía el poder igual que ella, sabría la amenaza que tal identidad tendría en su vida. Por Caroline. Por El Ángel. Por su mundo. Pero era demasiado peligroso. Era el tipo de persona que la amenazaba con su aliento, no porque se ganara la vida con secretos, sino porque una vez que los supiera, tendría a Georgiana en sus manos; sus secretos, su nombre,

su mundo, su corazón. No importaba que él le hiciera sentir ganas de confiar en él. Había sido traicionada por el amor… por su fugaz imperfección, por su daño duradero. No era de fiar. Y la amenaza lo hacía no ser de confianza.

Quedarían demasiadas cosas pendiendo de un hilo, y Duncan West no le debía lo suficiente para equilibrar sus secretos. Él tenía demasiados secretos propios, demasiados que ella no sabía. Y ese era su juego, secreto por secreto. «Ojo por ojo».

Y por eso no le dijo la verdad. Eligió recordarse a sí misma que era más importante la seguridad, el honor y el respeto, que necesitaba a alguien que no buscara sus secretos. Que necesitaba a alguien en quien nunca tendría que confiar. A quien nunca amaría.

Y si esa noche le mostraba más, él sabría que podía amar a Duncan West. Y el amor solo llevaba a la ruina.

—Maldita sea, Georgiana, me gustaría que no te controlara.

Ella, que había construido un imperio con mentiras, estaba llegando a odiar las mentiras, pero se veía obligada a decirlas para protegerse. Para protegerse de sí misma. Para proteger a El Ángel.

Para proteger a Caroline.

Sacudió la cabeza.

—Ya te lo he dicho, mi arreglo con Chase es… diferente ahora.

—¿Y nuestro acuerdo? ¿El que tenemos tú y yo?

Ella parpadeó y miró a la piscina.

—La disposición que tenemos nosotros es diferente.

—¿Diferente?

Diferente porque no había esperado que llegara a desearle tanto. No había esperado que supusiera tanta tentación.

—Más complicada.

Él se rio, pero su risa careció de diversión.

—Complicada es la palabra perfecta. —Se alejó de ella, que lo miró, incapaz de apartar la vista de aquella belleza masculina, dorada bajo la luz del fuego, con una toalla rodeándole las caderas.

Por último, él se dio la vuelta y se pasó los dedos por el pelo.

—¿Y si pago por ello? ¿Una casa en Londres? ¿Tu vida? ¡Dios, dime qué demonios tiene contra ti! Puedo arreglarlo. Puedo conseguir que Caroline sea la niña mimada de la sociedad, puedo darte la vida que quieres.

Era la oferta más generosa que hubiera oído nunca. Mejor que miles de libras en la mesa de la ruleta. Mejor que cien mil libras contra Temple en el *ring*. Era perfecto. Y no tenía más que aceptarlo.

—Déjame ayudarte a iniciar una nueva vida. Sin él.

Si fuera otra mujer, un ser más simple, dejaría que lo hiciera.

Si fuera sencillamente lady Georgiana Pearson, se lanzaría a sus brazos y permitiría que la cuidara. Que reparara todo el daño que le habían hecho. Aceptaría la ayuda que le prometía y construiría una nueva vida. Como una nueva persona.

Demonios, incluso podría pedirle que se casara con ella con la esperanza de que la sociedad le permitiera vivir durante el resto de sus días con la felicidad a la que había renunciado hacía siglos.

Pero todas las promesas eran fantasías. No era esa mujer.

Era Chase.

Y esa vida, la que había construido para sí misma, las opciones elegidas, el camino que había tomado… no dejaba cabida para él. Y debía desengañarlos a ambos antes de que se hicieran ilusiones.

Lo miró a los ojos.

—No me puedes dar un título. —Él abrió la boca para responder, pero ella lo detuvo—. El título, Duncan. El título es lo que importa.

Hubo un momento en el que vio todo reflejado en su mirada; toda la verdad, la tristeza y la frustración que sentía se pudieron leer en sus hermosos ojos. Luego desapareció, reemplazado por una fría calma.

—Entonces tienes suerte, milady, de que Chase haya pagado su parte. Mis periódicos están a tu disposición. Tendrás tu título.

Quiso acercarse a él. Rogarle que cumpliera su acuerdo. Quería sus dos semanas. Quizá dos semanas con él serían suficientes para sobrevivir a una vida sin él.

—¿Qué hay de esta noche? —tuvo que preguntar.

¿Qué había de sus caricias? ¿De sus promesas?

«¿Qué hay de eso de que tenías el mando?».

Resultó que, después de todo, sí tenía el mando.

—Vístete —dijo él, poniendo fin a la noche. La estaba despidiendo. Se alejaba rumbo a la puerta—. Vístete y vete.

Capítulo 14

«…La incomparable de la temporada sigue ganando pretendientes con su encanto y belleza. Nuestra lady fue descubierta en el taller de madame H. esta semana, comprando vestidos adecuados de sedas en tonos pasteles con perfectos cuellos altos. Es la encarnación de la modestia…».

«… Con absoluta alegría informamos que lord N. y su esposa están en la ciudad para la temporada, un inesperado cambio de rutina para una pareja que rara vez sale de su casa en el campo. La dama ha sido vista en varias tiendas de Bond Street, supuestamente adquiriendo ropa para un recién nacido. ¿Quizá este invierno ofrecerá a lord N. el tan esperado varón ahora que ya tienen hijas suficientes?».

La voz de Londres, 2 de mayo de 1833

A la mañana siguiente, Duncan entregó su tarjeta al mayordomo en Tremley House a las nueve y media, solo para que el criado le informara de que el conde no estaba en casa.

Por desgracia, el mayordomo de Tremley House no había sido avisado de que Duncan West no toleraba que los aristócratas le rechazaran.

—El conde está en casa —aseguró sin sutileza.

—Lo siento, señor —repuso el mayordomo, intentando cerrar la puerta.

Duncan puso la bota en la jamba de la puerta, impidiendo que consiguiera su propósito.

—Es extraño, ya que no parece que lo lamente en absoluto. —Agarró la hoja con una mano y la empujó con firmeza—. No me importa esperar todo el día si es necesario. Como ve, no tengo una reputación que mantener.

El mayordomo decidió que era mejor dejarle ganar que establecer una batalla ante la entrada, donde podría verlos cualquiera que paseara por Mayfair. Abrió la puerta.

Duncan arqueó una ceja.

—Un hombre inteligente. —El mayordomo abrió la boca, sin duda para asegurar que el conde no estaba allí—. Está en casa y me va a recibir. —Se quitó el abrigo y el sombrero, y los depositó en las manos del sirviente—. ¿Puede ir a buscarlo? ¿O prefiere que lo busque yo mismo?

El criado desapareció y Duncan esperó en el gran vestíbulo de Tremley House, no tan satisfecho como debería. Tendría que estar eufórico, puesto que por fin poseía algo que lo liberaría del yugo del chantaje y las amenazas de Tremley. Ese era el día en el que, por fin, le mostraría sus cartas y ganaría la partida. Y sería el momento, después de dieciocho años, en el que podría dejar de huir. De esconderse. Podría disfrutar de una vida, aunque fuera parcialmente. Debería estar celebrando su victoria.

En cambio, solo pensaba en la derrota de la noche anterior. Pensaba en Georgiana, desnuda ante él, tumbada bajo el brillo dorado de las llamas de las chimeneas, en el borde de su más preciada posesión —su más amado refugio— alcanzando un placer que nunca había conocido. Pensaba en la manera en que se había encerrado en sí misma, resistiéndose a sus promesas,

rechazando su ayuda, incluso aunque sucumbía a sus caricias. Pensaba en su rechazo. Nunca se había ofrecido a nadie como en aquella habitación en penumbra. Jamás había ofrecido su protección. Su dinero. Su apoyo. Él mismo.

Se dio la vuelta al llegar al extremo del vestíbulo. ¡Dios! Le había contado sus secretos. Jamás había hablado con nadie sobre su infancia. Sobre su obsesión por la limpieza. Sobre su pasado.

Cuando le preguntó dónde había vivido cuando era un niño, casi se lo había dicho. Casi se lo había revelado todo… con la esperanza de que su honestidad la hiciera abrirse a él. La hiciera confiar en él y contarle la verdad sobre sí misma. Sobre su pasado y sus errores. Sobre Chase. Pero no lo hizo. Y debía dar gracias a Dios. Debido a que a ella no le interesaban sus verdades. No lo quería.

«Estaba pensando que debería contarte la verdad».

Las palabras que ella había pronunciado la noche anterior resonaron en sus oídos como si la tuviera a su lado. Ella debería haberle contado la verdad, sí. Y él podría haberla ayudado. Pero no lo había hecho, rechazando su ayuda.

«Me rechazó».

En cambio, quería lo que podía hacer por ella. Lo que podían hacer sus periódicos. Los ecos de sociedad. Quería ver restaurada su reputación y conseguir el título que eso acarrearía.

E incluso mientras pensaba sobre ello, sabía que Georgiana tenía razón. Que él supiera sus verdades no cambiaría nada. Incluso en ese momento en el que se preparaba para enfrentarse al hombre que lo había controlado durante años, mientras se preparaba para liberarse de su yugo, seguía siendo un hombre con el que ella no podía casarse.

Incluso ahora, mientras esgrimía su poder y su fortuna, sabía que nunca sería más que el niño del arroyo sin educación. No sería suficiente para ayudarla a superar el escándalo. No tenía nada que ofrecerle. No tenía título… nombre o pasado.

«No tengo futuro».

Él solo era un medio para alcanzar un fin. Así pues, ¿por qué no tomar lo que le ofrecía? ¿Su acuerdo? ¿Por qué no desnudarla y hacer el amor con ella en una docena de lugares de una veintena de formas? ¿Ella no quería que jugara a ser su salvador? De acuerdo. ¿No deseaba compartir sus secretos? No importaba. Se ofrecía a sí misma. Al placer. Al placer que alcanzarían juntos.

¿Por qué no tomar eso y dejar todo lo demás?

Porque nunca se le había dado bien dejar las cosas a medias.

—Es condenadamente temprano —dijo Tremley desde el rellano del primer piso, reclamando su atención mientras bajaba las escaleras, con el pelo todavía húmedo por su aseo personal—. Espero que hayas traído lo que te pedí.

—Todavía no dispongo de esa información —repuso él, enviando a Georgiana al fondo de su mente, sin querer que estuviera allí, en ese lugar mancillado por ese hombre y su pecado—. He traído algo que es infinitamente mejor.

—Me encantará juzgar si es así. —Tremley se detuvo al llegar al último escalón y se remangó los puños, haciendo que estallara un recuerdo.

West observó cómo el conde movía los dedos para doblar la tela.

—Tu padre acostumbraba a hacer eso —dijo finalmente.

Tremley se quedó quieto.

—Antes de que le viera nadie importante, se remangaba la camisa —explicó, alzando la mirada.

Tremley arqueó una ceja.

—¿Recuerdas las excentricidades de mi padre?

Recordaba mucho más que eso.

—Me acuerdo de todo.

El conde curvó una comisura de su boca.

—Me estremezco. —Suspiró—. Vamos, West, ¿qué tienes? Es muy temprano y todavía no he desayunado.

—Podrías invitarme a acompañarte.

—Podría —repuso el conde—. Pero creo que mi familia ya te ha alimentado suficiente. ¿No crees?

West apretó los puños e hizo todo lo posible para controlar su ira. Ese era su juego. Su victoria. Respiró hondo y se balanceó sobre los talones, dejando que cayera sobre él el tipo de aburrimiento que viene aparejado con el poder. Eso siempre funcionaba con el conde de Tremley.

—¿No quieres saber qué he averiguado?

—Te lo he dicho ya. Solo quiero la identidad de Chase. Si no tiene nada que ver con él, no me interesa. Y menos a estas horas. —Se volvió hacia el lacayo que había en el otro extremo del vestíbulo y chasqueó los dedos—. Rápido, té.

El criado se movió sin vacilar, y West odió la manera en que sus desagradables órdenes eran obedecidas sin chistar… igual que ocurría con su padre. Sin lugar a dudas. Por temor a las represalias. La crueldad estaba en sus venas y los jóvenes criados aprendían con rapidez a moverse con velocidad para escapar a la atención de los condes de Tremley. Observó cómo se alejaba el lacayo antes de volverse hacia su némesis.

—Siendo exactos, esto sí tiene que ver con Chase.

Tremley esperó a que hablara, y a ver que no lo hacía, estalló furioso.

—¡Dios, West! No tengo todo el día.

—Sería mejor hablar en tu estudio.

Por un momento, pensó que Tremley no estaría de acuerdo. Y, siendo sincero, no le importaría hacerlo allí, casi en público, donde las paredes de esa inmensa casa, comprada y mantenida con fondos traidores, tenían oídos. Quería revelar su conocimiento —el contenido del edificante archivo que había conseguido Chase— frente a media docena de sirvientes que también querrían presenciar la destrucción de su inflexible y desagradable amo.

Pero la revelación ante el mundo no era su objetivo. El objetivo era el mismo que en todas las discusiones desde los albores del tiempo. El comercio. Los secretos de Tremley a cambio de la libertad de West. Libertad para los dos. Destrucción para ninguno.

Esperó un par de minutos. No importaba un poco más, ya había esperado mucho, mucho tiempo. El conde se volvió sobre sus talones y se abrió camino hacia su despacho, enorme y sombrío, lleno de ventanas que no se utilizaban cubiertas por pesados cortinajes que bloqueaban la luz y las miradas indiscretas.

Duncan era consciente de la pistola que guardaba en la bota. No creía que tuviera que usarla, pero se sentía consolado por su presencia en aquella habitación oscura. Se sentó en un enorme sillón de cuero junto a la chimenea, y estiró las largas piernas ante él, cruzando los tobillos y apoyando los codos en los reposabrazos para cruzar los dedos sobre el pecho.

—No he dicho que pudieras sentarte —comentó Tremley.

Él no se movió de su posición.

Tremley lo miró durante un buen rato.

—Pareces muy seguro de ti mismo para estar con un pie en la cárcel con una sola palabra mía.

Duncan estudió el amplio escritorio de ébano que ocupaba la otra parte de la habitación.

—Era de tu padre.

—¿De verdad?

Él se encogió de hombros.

—Lo recuerdo. Me acuerdo de haber pensado que era enorme. Jamás había visto un escritorio tan grande y me figuré que debía ser muy poderoso para poseer una pieza de mobiliario de tales dimensiones.

También recordaba otras cosas. Tenía la imagen de haber mirado a través del ojo de una cerradura sabiendo que no debería. Había visto a su madre sobre ese escritorio mientras el viejo conde tomaba lo que quería sin dar nada.

Ni amor, ni dinero.

Ni siquiera ayuda cuando la necesitaba. Cuando ella más la necesitaba.

Tremley se apoyó en el mueble, cruzó los brazos y bloqueó sus recuerdos.

—¿Y bien? ¿Qué más da?

—Ahora ya no me parece tan grande. —Se encogió de hombros, sabiendo que el movimiento irritaría a Tremley.

«Es algo que haces cuando quieres que alguien piense que no estás interesado en lo que dice».

La instantánea comprensión de Georgiana de su táctica le había inquietado. Ella se había dado cuenta de algo que pasaba desapercibido a los demás.

Sin duda, Tremley no se había fijado nunca.

—¿Qué tienes de él? —preguntó el conde con los ojos entrecerrados.

—¿De Chase? —replicó al tiempo que se quitaba una pelusa inexistente de la pernera del pantalón—. Nada.

Tremley se enderezó.

—Entonces, estás haciéndome perder el tiempo. Fuera. Vuelve cuando tengas algo. Y que sea pronto, o le haré una visita a nuestra Cynthia.

Él resistió el impulso de lanzarse sobre el conde cuando pronunció aquel pronombre posesivo, que quedó flotando en el aire como un insulto. Se limitó a jugar su primera carta.

—No tengo nada sobre Chase, pero sí lo tengo sobre ti.

Tremley sonrió, arrogante e imperturbable.

—¿Eso crees?

West correspondió a su expresión.

—Dime, ¿crees que a su Alteza Real le interesaría escuchar que su más querido asesor roba fondos del Tesoro?

Percibió un cambio en los ojos de Tremley, la prueba más elemental de que estaba en lo cierto sobre la malversación de fondos. Pero ¿qué pasaba con el resto del archivo? ¿Con las acusaciones de lady Tremley? ¿Con sus pruebas? ¿Habría hecho un buen pago a cambio de su pertenencia a El Ángel?

—No tienes pruebas de eso.

West no dejó de sonreír.

—Todavía no. Pero tengo las pruebas de que te apoderaste de ese dinero para pagar las armas en Turquía. —Tremley permaneció en silencio y él continuó—. Y tengo pruebas de que el

Imperio Otomano se siente feliz al pagar por información.

Tremley sacudió la cabeza.

—No tienes ninguna prueba de ello.

—¿No?

El conde le miró a los ojos.

—No tienes ninguna prueba porque es una acusación falsa. Y debería denunciarte por difamación.

—Sería una difamación si la publicara en los periódicos.

—No te atreverías. —Notó el nerviosismo en la voz del conde. Su incertidumbre por primera vez en años—. No tienes pruebas.

West suspiró.

—¡Oh, Charles! —dijo, dejando salir todo su desdén con aquel nombre que no usaba desde que ambos eran niños, cuando su poder estaba mucho más desequilibrado. Cuando aquel Charles iba precedido de un «lord» y West no tenía otro remedio que aceptar los golpes—. ¿Todavía no sabes lo bueno que soy en mi trabajo? Por supuesto que tengo pruebas. Por supuesto.

—Enséñamelas. —Tremley estaba nervioso.

West estaba cada vez más emocionado. Era cierto. Eso era todo. Ganaría su libertad.

Arqueó una ceja.

—Creo que, después de todo, me he ganado ese desayuno, ¿no crees?

Tremley estaba furioso. La oscuridad y las sombras que cubrían su rostro mientras ponía las manos en el borde de la mesa lo delataban.

—Enséñame esa prueba.

—Cartas enviadas desde Constantinopla. Desde Sofía. Desde Atenas.

El conde se quedó inmóvil.

—Debería matarte.

—Y una amenaza de asesinato para rematar. —West se rio—. Eres un príncipe entre los hombres. No es de extrañar que su Alteza se sienta en deuda contigo. Pero no será por mucho tiempo, ¿verdad? Después de que esto salga a la luz… —Hizo una pausa—. Me pregunto si te colgarán en público.

Los ojos de Tremley se habían convertido en sendas rendijas.

—Si me cuelgan, a ti te colgarán a mi lado.

—Lo dudo —repuso West—. Ya ves… Yo no soy un traidor. Oh, estate tranquilo. Es una alta traición casi desconocida, pero alta traición no obstante. —Hizo una pausa, adorando la mirada de miedo que deformó la expresión de Tremley—. No te preocupes. Estaré allí cuando te cuelguen. Podrás mirarme a los ojos. No puedo hacer menos por ti.

Tremley recuperó su confianza y decidió con claridad que debía mostrarse estoico.

—Si dices una sola palabra… te arruino. Les hablaré a todos los que quieran escucharme sobre tu pasado. Tu cobardía. Tu huida. Tu robo.

—No dudo que lo harías —convino West—. Pero no estoy aquí para destruirte por mucho que me gustaría hacerlo.

Tremley le miró con curiosidad.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Vengo a ofrecerte un trato.

El conde lo comprendió al instante.

—Mis secretos por los tuyos.

—Exacto. —La emoción de la victoria le recorrió de pies a cabeza.

—Ojo por ojo.

Había oído esa frase por última vez en labios de Georgiana. Odiaba escuchársela a Tremley. Ladeó la cabeza.

—Sin embargo, si te apetece definirlo, prefiero considerarlo el final de tu dominio sobre mí.

Tremley estaba muy furioso.

—Podría matarte aquí mismo.

—Deberías haberme matado hace años —comentó él—. Tu problema es que disfrutabas utilizándome.

—Nadie podría dudar de mi inocencia si lo hiciera ahora —señaló Tremley.

—Asesinarme jamás te liberaría del miedo a ser descubierto. Como imaginarás, no soy el único que posee pruebas de tus transgresiones.

Hubo un largo silencio mientras el conde consideraba la posible identidad de su cómplice, por último, parpadeó al darse cuenta de la verdad.

—¿Chase?

West no respondió.

Tremley maldijo con fuerza y luego se echó a reír con una risa estridente y sin humor; un sonido inquietante. Duncan hizo lo posible por permanecer quieto, aparentando una completa calma.

—¿Crees que has ganado? —repuso Tremley—. Quizá lo habrías hecho si el juego nos comprendiera solo a ti y a mí. —Hizo una pausa—. Pero has introducido en la partida a un tercer jugador. Y al hacerlo, has perdido ante él.

Las palabras le hicieron estremecer.

—Lo dudo mucho —dijo a pesar de todo.

Tremley se rio de nuevo. Un sonido frío y sin humor.

—Has cometido un terrible error al meterte en la cama con Chase. Al compartir información con él. ¿Crees que no dudará en destruirme si fuera necesario? ¡Dios! ¿No crees que tendrá ya la ocasión para hacerlo? ¿En qué momento ha dudado Chase en poner fin a un hombre? —Duncan supo que era verdad, y también supo lo que venía a continuación, aunque no entendió por qué no lo había sabido antes—. Nuestros destinos están ahora entrelazados por culpa de tus planes —dijo Tremley—. Si Chase me arrastra a la ruina, yo te llevaré a ti.

«¡Dios!».

—Así que ya ves, es posible que no tengas que preocuparte por mí —dijo el conde—. Pero tienes que hacerlo por Chase. —Su adversario miró al suelo, de pronto más conforme con los acontecimientos de la mañana—. Y no es el tipo de perro que se sujete con una correa.

Cuando el conde alzó la mirada hacia sus ojos, fue para emitir una sentencia ominosa y fría.

—Jamie, ahora es él el enemigo. Es él quien debe ser silenciado.

¿Cómo no se había dado cuenta?

Recogió el abrigo y el sombrero que le tendía el mayordomo de Tremley, y se dirigió hacia la puerta, preparándose para salir de esa mansión rumbo a sus oficinas, donde se pasaría el día investigando a Chase.

«¿Cómo no me he dado cuenta antes?».

¿Cómo había estado tan concentrado en su jugada que no había reconocido que la información que Chase le había ofrecido tenía el poder de destruirle incluso aunque él mismo no

llegara a usarla? ¿Tanto le había cegado el poder? ¿La embriagadora promesa de la libertad?

Le gustaría poder decir que sí. Le gustaría asegurar que cada momento —cada paso de ese plan— había estado al servicio de un vengativo y cegado dios que no quería más que él y su hermana se vieran libres de Tremley y su horrible sentencia. Y, sin duda, esa habría sido la razón un año antes. Un mes antes. Una semana antes.

Pero como hombre que vivía tan cómodo entre mentiras, no estaba dispuesto a mentirse también a sí mismo, y admitió allí, junto a la puerta de Tremley House, que no había visto el lógico fallo de su razonamiento debido a la mujer que estaba tan ligada a ese intercambio de información en particular. Ella también estaba ligada a Chase.

Chase, el titiritero, que les hacía bailar a su antojo.

«No me gusta que no compartas».

Incluso las palabras garabateadas en la nota, entregadas con el paquete de información que Chase le había enviado y que jamás hubiera imaginado que existía, se aseguraban de que él supiera quién tenía el mando. Ahora que Chase poseía aquella información sobre Tremley, solo era cuestión de tiempo que decidiera usarla o que se preguntara por qué él, que tanto había investigado para poseerla, no lo estaba haciendo.

Y entonces tendría que explicarle todo a ese hombre que vivía envuelto en la oscuridad y el misterio, que era vilipendiado y adorado en igual medida. A veces incluso por una misma persona. Pensó de nuevo en Georgiana, sabiendo que sus acciones habían sido, desde el principio, el resultado de las amenazas de Chase. Del poder de Chase.

Salió de la mansión y la puerta se cerró bruscamente tras él con el suficiente ímpetu para transmitir su significado; «No regreses». Seguramente ella vilipendiaba a Chase mucho más de lo que lo adoraba. ¿Acaso no debería hacerlo? Pensó en su madre, que nunca había encontrado la fuerza para elegir la repulsión. ¡Santo Dios! ¿Sería posible que a Georgiana le ocurriera lo mismo?

Su cabeza daba vueltas. Ahora, con el conocimiento de los secretos de Tremley al alcance de su mano, sabiendo que eran lo suficientemente valiosos para poner en peligro su futuro, no tuvo más remedio que ir a por Chase. Y si lo hacía, el resultado no era discutible; tenía que ganar. Sin dudas ni preguntas.

Y para hacerlo tenía que ir detrás de lo único que Chase reconocía valorar. Su identidad. Ojo por ojo. Debía conocer el nombre de Chase para protegerse de él. Para proteger a Cynthia. «Para proteger a Georgiana».

Pero entonces, ¿qué? Georgiana seguiría sin ser suya. No podría serlo. No podría casarse con ella ni darle la vida que se merecía. La vida que ella quería. No importaba; lo supo mientras todavía permanecía de pie frente a la casa de su enemigo, en pleno corazón de Mayfair. Seguiría sin ser suficiente para ella: «No puedes darme un título».

Se preguntó cuántas veces escucharía esas palabras en su cabeza antes de olvidarse de cómo sonaban en sus labios. No podía darle un título. Pero podría conseguir liberarla de Chase y, de paso, liberarse él.

Captó un movimiento al otro lado de la calle; un hombre apoyado en un árbol con las manos en los bolsillos. No debería haber sido ni digno de mención pero, no obstante, lo percibió.

Con la formación de un periodista experto, parecía que no veía y, sin embargo, lo veía todo. Notó que el hombre se encogía contra el frío, como si llevara allí bastante tiempo. Vio los anchos hombros bajo la ropa a medida, lo suficientemente amplios como para ser producto de algo que estaba más allá de las peleas y los cuadriláteros de boxeo. Aquel tipo no tenía un aspecto común,

utilizaba su tamaño para ganarse la vida.

Duncan se dirigió hacia su carruaje fingiendo no darse cuenta de la presencia de aquel gigante. Podría estar allí por muchos motivos, sin duda Tremley había dado razones suficientes a los espías para que le prestaran atención.

Pero esos espías no viajaban en carruajes con las ventanillas ennegrecidas, demasiado parecidos al que él mismo había ocupado la noche anterior.

Al principio, pensó que era ella. Que Georgiana lo seguía. Y luchó para decidir si su presencia le hacía sentir furioso o eufórico. Pero mientras se acercaba al vehículo, el vigilante se alejó de la pared, por lo que quedó claro que Duncan tendría que luchar para poder aproximarse al carruaje. Eso parecía fuera de lugar teniendo en cuenta las actividades de la noche anterior y su voluntad evidente de seguirlo. Fue entonces cuando supo que ella no estaba allí. Que se suponía que no debía haber percibido el carruaje. «Me están siguiendo». Como si fuera un niño.

Se movió más rápido y al guardia no le quedó más remedio que detenerse ante él mientras su destino quedaba muy claro. West se enfureció. Sus ojos se encontraron con los del gigante y cuando abrió la boca sin dudar, dejó que saliera toda la ira y la frustración que sentía esa mañana.

—Estoy seguro de que le dijeron que no me pusiera una mano encima.

—No sé quién es usted, señor. —Las palabras fueron dichas en voz baja, con un acento extraño.

West alzó la barbilla.

—Me pregunto qué sería necesario para que recuperara la memoria.

El matón sonrió, lo que produjo algo extraño en su expresión; le faltaba uno de los dientes delanteros.

—Me gustaría verle intentarlo, señor.

West lanzó un puñetazo, pero en el último segundo —cuando el guardaespaldas se ponía en guardia y se disponía a bloquear el golpe— detuvo el brazo y se dirigió hacia su carruaje con las ventanillas oscuras y abrió la puerta para mirar en el interior. Reconoció al ocupante. El marqués de Bourne estaba cómodamente sentado en el interior.

«Me está siguiendo el El Ángel Caído».

¡Maldito fuera! Comenzó a subirse al vehículo, pero la pausa que había provocado su sorpresa al reconocer a Bourne dio al hombre tiempo suficiente para recuperarse y aferrar la manga de su chaqueta, tirando de él hacia atrás.

Intentó zafarse del guardia. Esta vez no detuvo el puñetazo. Los miembros del equipo de seguridad de El Ángel no eran aficionados. El guardia le devolvió el golpe, rápido y preciso, con la fuerza suficiente para que hiciera daño. Antes de que él pudiera responder de nuevo, Bourne tomó la palabra.

—Es suficiente. Estamos en Mayfair a plena luz del día. —Bourne le puso la mano en el hombro y detuvo su golpe—. Súbete al maldito coche, estás llamando la atención de las damas.

En efecto, había dos damas en la calle vestidas con sus mejores galas de diario que los miraban con los ojos muy abiertos y boquiabiertas, en una expresión sin precedentes. West se quitó el pañuelo y lo apretó contra la nariz al descubrir que estaba sangrando. El matón tenía una puntería increíble, aunque él se sintió orgulloso al notar que el ojo del otro hombre estaba hinchándose a pasos agigantados. West se quitó el sombrero, golpeó al tipo en la espalda y se giró hacia las damas.

—Buenos días, señoras.

Le sorprendió que los ojos de las mujeres no escaparan de sus cuencas, sobre todo cuando su

compañero hizo una reverencia.

—Hermosa mañana —comentó a las damas como si tal cosa.

—¡Dios! —dijo Bourne desde el interior del carruaje, obligándole a concentrar su atención en la cuestión que les ocupaba. Ignoró a su oponente y subió al vehículo, sentándose frente al marqués, que abrió la boca para hablar.

—No —dijo West, su ira se había convertido en furia—. Me importa un carajo por qué estás aquí. Me da igual lo que quieres, lo que pienses o lo que tienes que decir. Estoy harto de todos vosotros; de que me sigáis, me presionéis y negociéis conmigo. ¡Joder, estoy harto de que me manipuléis!

West registró la tranquila mirada de Bourne, era como si no le sorprendieran sus palabras.

—Si no deseara que supieras que te estaba siguiendo, ten por seguro que no lo sabrías.

Duncan le cortó con una mirada.

—No hay duda de que lo crees.

—Tremley es un monstruo —continuó Bourne—. Haz lo que planeas hacer con la información que tienes sobre él, lo que le has dicho. Es un monstruo. Como amigo tuyo…

Él le interrumpió alzando una mano en el aire.

—No. No te llames amigo. Tú, Temple, Cross y vuestro puto amo me habéis llamado amigo demasiadas veces y significa muy poco.

Bourne arqueó las cejas.

—¿Nuestro amo? No me gusta cómo suena eso.

—Entonces, quizá deberías escapar de las faldas de Chase y hacerte un nombre por tu cuenta.

Bourne silbó por lo bajo.

—Estás enfadado, ¿verdad?

—Sencillamente me siento asqueado por la manera de proceder de vuestra gente.

—¿Nuestra gente?

Bourne sabía de sobra a quién se refería.

—Los aristócratas que piensan que el mundo se mueve a su antojo.

—Bueno, dado que tienes el mismo dinero y poder que nosotros, el mundo también se pliega a tus deseos —razonó Bourne—. Pero esto no va por nosotros, ¿verdad?

West entrecerró los ojos.

—No tienes ni idea de qué va.

—Sin embargo, creo que sí lo sé. Es por una mujer.

En su mente parpadeó una imagen de la mujer a la que se refería Bourne. La que era mitad pecado mitad salvación, la que también estaba en deuda con los hombres de El Ángel Caído. Con su líder. Tan en deuda con Chase que no tenía espacio para él. Aunque tampoco le importaba. Su mirada se encontró con la del marqués.

—Te mereces una paliza.

—¿Y te consideras el hombre indicado para hacerlo?

Lo era. Era el único hombre de Londres que podía dársela. Estaba harto de ser manipulado y utilizado con absoluto desprecio.

—Creo que soy el hombre indicado para poner fin a vuestra supremacía —dijo con sombría e inquietante frialdad sin alterarse lo más mínimo.

Si acababa con ellos, la salvaría.

Bourne se quedó inmóvil.

—Eso parece una amenaza.

—Yo no amenazo. —Se apoderó de la manilla de la puerta y la abrió.

—Ahora tengo claro que es por ella.

Duncan se volvió, reprimiendo la tentación de dirigir su ira al marqués. De hacerle a él lo que quería hacer a Chase, el misterioso y omnipotente Chase.

—No es una amenaza. Díselo a Chase —se limitó a añadir.

Capítulo 15

«…Nuestra lady favorita ha sido vista comiendo limón helado de Merkson con la señorita P. a principios de semana. Nuestra rubia belleza no parecía preocupada de que todavía hiciera demasiado frío para tomar ciertas delicias. Hay que añadir que una fuente cercana a Merkson nos ha confirmado que cierta baronesa servirá limón helado en su próximo baile…».

«…El mejor casino de Londres continúa consiguiendo que se endeuden caballeros con poco sentido y, al parecer, menos dinero. Sabemos de buena fuente que varios aristócratas ofrecerán tierras a cambio de préstamos esta primavera, y nosotros lo lamentamos por sus pobres esposas…».

La voz de Londres, 4 de mayo de 1833

—Cross dice que has elegido marido.

Georgiana no se levantó del lugar que ocupaba junto a la chimenea en la sala que compartían los propietarios del casino, y fingió estar concentrada en unos documentos que requerían su atención.

—Cierto.

—¿Y tienes pensado decirnos quién es?

Contando los miembros del otro club que poseían y los de El Ángel Caído, había un total de diecisiete que debían a sus arcas más de lo que podían pagar en efectivo, y eso significaba que ella y el resto de sus socios debían decidir qué estaban dispuestos a aceptar en lugar de dinero. Aquello no era una obra de caridad ni nada que pudieran tomarse a la ligera. Pero no había manera de que una mujer pudiera trabajar con las esposas de sus socios mirándola fijamente.

Alzó la mirada y se las encontró a las tres sentadas en las sillas que habitualmente ocupaban sus maridos.

O, al menos, las sillas que habían ocupado sus maridos antes de que estos se ablandaran. En ese momento los asientos albergaban a una condesa, una marquesa, una duquesa y un futuro duque, de cuatro meses.

Que Dios la librara de esas esposas.

—¿Georgiana?

Sus ojos se encontraron con la seria mirada de la condesa Harlow, que la observaba sin parpadear desde detrás de las gafas.

—Estoy segura de que conoces la respuesta a esa pregunta.

—No —repuso Pippa—. Lo cierto es que he escuchado dos posibles nombres.

—Yo he oído sobre Langley. —Penelope, lady Bourne, tendió los brazos hacia el bebé que reposaba en brazos de su madre—. Déjame coger a este chico —dijo en voz alta.

Mara, la duquesa de Lamont, le ofreció a su hijo sin dudar.

—En un primer momento, yo también había oído hablar de Langley, pero más tarde, Temple empezó a pensar que había otra posibilidad más adecuada.

«No es adecuado en absoluto».

—Eso no es cierto.

—Qué interesante… —comentó Pippa, subiéndose las gafas sobre el puente de la nariz—. No estoy segura de haber visto antes cómo se sonrojaba una mujer vestida con pantalones.

—Imaginaba que alguien con tanta experiencia no se avergonzaría de nada —intervino la marquesa de manera burlona mientras acomodaba al niño en sus brazos.

Georgiana estaba bastante segura de que el sonido que provino del hijo de Temple podía describirse como risa. Consideró echarlas a todas de la habitación.

—No sé si lo sabíais, pero antes de que vosotras decidierais subir, esto se consideraba una sala privada para los propietarios.

—Algo que somos prácticamente —señaló Penelope.

—No, literalmente sois las esposas de los propietarios —replicó Georgiana—. No es ni parecido.

Mara arqueó una ceja castaño rojiza.

—No estás en posición de ponerte condescendiente con la esposa de nadie.

Las esposas de sus socios eran las peores mujeres de Londres. Demasiado difíciles, sin duda. Bourne, Cross y Temple se las merecían así, eso no se cuestionaba, pero ¿cómo iba a justificar nada ante esas mujeres si ni siquiera ella misma se había reconciliado con los acontecimientos de los últimos días? Solo quería permanecer sentada, en silencio, y recordarse a sí misma que su trabajo y su hija eran las cosas más importantes de su vida y todo lo demás —todo— podía irse al diablo.

—He oído que West es uno de los candidatos —dijo Pippa.

Comenzando por sus socios y las cotillas de sus mujeres.

—¿Duncan West? —preguntó Penelope.

—El mismo —intervino Mara.

—Oh —dijo Penelope, feliz de tener al niño en brazos—. Nos gusta.

El bebé gorgojeó.

—Me parece un buen hombre —dijo Pippa.

—Siempre he sentido debilidad por él —convino Mara—. Y él, a su vez, parece tener una cierta debilidad por las mujeres con problemas.

Georgiana tuvo una desagradable sensación al escucharla y se encontró pensando que no le gustaba demasiado que Duncan West tuviera debilidad por ciertas mujeres, en particular aquellas que podrían desear verse protegidas por él de manera indefinida.

—¿Qué mujeres? —Solo después de levantar la cabeza y hablar se dio cuenta de que se suponía que estaba fingiendo trabajar. Carraspeó y volvió a concentrarse en el archivo que sostenía en la mano—. No es que me interese.

Se hizo el silencio después de su declaración y no pudo resistirse a mirar hacia arriba. Penelope, Pippa y Mara se miraban las unas a las otras como si se tratara de una comedia teatral. El hijo de Temple estaba felizmente dormido, si no también estaría observándola.

—¿Qué pasa? —preguntó Georgiana—. No me interesa.

Pippa fue la primera en romper el silencio.

—Si no estás interesada, ¿por qué preguntas?

—Estaba siendo educada —se apresuró a responder—. Después de todo, las tres estáis parloteando como urracas en mi casa y he pensado que podría ser una buena anfitriona interesándome por lo que habláis.

—Creíamos que estabas trabajando —intervino Penelope.

—Lo estoy —repuso, levantando el archivo.

—¿De quién trata ese informe? —se interesó Mara, como si fuera normal preguntar tal cosa. Y quizá lo fuera para ella.

Pero Georgiana no recordaba a quién correspondía, ¡maldito fuera!

—Está sonrojándose de nuevo —informó Pippa, y cuando Georgiana clavó la mirada sobre la condesa de Harlow, se encontró que estaba siendo objeto de un profundo estudio por su parte, como si fuera un insecto examinado a través del microscopio.

—No hay de qué avergonzarse, ¿sabes? —dijo Penelope—. Todas nosotras nos hemos sentido atraídas por alguien que no parecía conveniente para nosotras.

—Cross nunca fue inadecuado para mí —aseguró Pippa.

Penelope arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Recuerdas que estabas prometida a otro hombre?

—¿Y que él estaba comprometido con otra mujer? —agregó Mara.

Pippa sonrió.

—Eso solo sirvió para que fuera más entretenido.

—El tema es, Georgiana —fue Mara quien tomó la palabra—, que no debes avergonzarte de desear a West.

—No deseo a West —aseguró ella, dejando a un lado el expediente y poniéndose de pie, frustrada por la actitud de aquellas mujeres, por sus miradas conocedoras y sus bienintencionadas palabras de consuelo, que la impulsaban a alejarse de ellas, hacia la enorme vidriera que asomaba sobre el casino.

—No deseas a West —repitió Mara, anonadada.

—No —dijo ella. Pero claro que lo deseaba. Lo deseaba con toda su alma. Pero no de la manera que ellas insinuaban. No lo quería para siempre. Solo lo quería por ahora.

—¿Cómo que no? —preguntó Penelope, haciendo que todas se rieran entre dientes.

No se atrevía a confesar que él no parecía desearla a ella. Después de todo, se le había ofrecido abiertamente la noche anterior y la había rechazado. Con una toalla alrededor de sus atractivas caderas antes de abandonar, sin mirar atrás, la estancia que albergaba su piscina. Como si lo que hubiera ocurrido entre ellos no significara nada.

Georgiana se apoyó en la ventana con las manos extendidas y apretó la frente contra el frío cristal de color blanco que formaba una de las alas rotas de Lucifer. La posición del ángel ofrecía la ilusión de que estaba flotando por encima del casino, ahora en penumbra, con las mesas vacías, tranquilo hasta la noche, cuando las doncellas encenderían las luces de los enormes candelabros que convertirían el lugar en un sitio brillante y acogedor. Paseó la mirada de mesa en mesa, faro, *vingt-et-un*, ruleta, *hazard*… cada una en un lugar elegido con cuidado. Con trabajada habilidad.

Ella era la reina del Londres más sombrío; el vicio, el poder y el pecado eran su dominio y, sin embargo, un hombre que le hacía bonitas ofertas, que la tentaba con preciosas promesas de lo que nunca podría tener, la había aplastado.

—¿Sabes? Yo pensaba que jamás podría tener amor —confesó Mara después de un largo silencio.

—Yo también, y era algo que me deprimía bastante —añadió Penelope, que se puso de pie y se acercó al cochecito de bebé que había en la esquina para instalar al futuro duque dormido en un nido de mantas muy blancas.

—Yo no creía que fuera real —dijo Pippa—. No podía verlo y, por lo tanto, no creía en él.

Georgiana cerró los ojos ante aquellas confesiones. Deseó que se fueran aquellas tres mujeres.

—Hay días en que simpatizo con Macbeth —dijo finalmente.

—¿Macbeth? —repitió Pippa, confundida.

—Creo que Georgiana está comparándonos con brujas —explicó Penelope secamente, regresando desde el lugar en el que estaba.

—¿Secretos, brujas vestidas de negro, medianoche y todo eso? —preguntó Pippa.

—Eso mismo.

—Bueno, eso me parece un poco desagradable.

Georgiana se volvió hacia ellas.

—¿No tenéis que ir a ningún sitio? —les preguntó.

—Como somos aristócratas indolentes —dijo Mara—, no.

No era cierto, por supuesto. Mara dirigía un hogar para chicos, y había recaudado cerca de treinta mil libras en un año para ampliar la casa y enviarlos a la universidad. Pippa era una horticultora de renombre, siempre daba conferencias en alguna sociedad masculina sobre sus trabajos con las rosas híbridas. Y en el tiempo que le dejaba libre criar a una niña encantadora y el embarazo de su segundo hijo —que Bourne estaba convencido que iba a ser niño— Penelope era una de los miembros más prominentes y activos del club de damas.

No eran mujeres ociosas. Así que, ¿por qué seguían insistiendo en perseguirla?

—Georgiana, la cosa es…

—Oh, ¿hay una cosa?

—Hay una cosa: ¿por qué piensas que eres diferente a las demás mujeres?

Era diferente.

—Incluso ahora mismo lo estás pensando. Consideras que debido a esta vida que llevas, al casino, tu identidad secreta y la compañía que frecuentas…

—…exceptuando tu actual compañía —intervino Penelope.

—Evidentemente —convino Mara, volviéndose hacia Georgiana—. Pero debido a las compañías que frecuentas exceptuándonos a nosotras, y a esos malditos pantalones que usas… Te crees que eres diferente y que no te mereces lo que tienen las demás mujeres. Lo que las demás mujeres parecen disfrutar. Peor aún, piensas que incluso aunque te lo merecieras, no vas a tener la oportunidad. O quizá pienses que no lo quieres.

—Y no lo quiero. —Las palabras sorprendieron a todas las presentes, pero sobre todo a ella misma.

—Georgiana… —Mara se levantó de la silla y se acercó a ella, que alzó la mano.

—No. —Mara se detuvo y Georgiana se lo agradeció—. Incluso aunque pudiera tenerlo. Incluso aunque hubiera alguien dispuesto a ello, alguien que me quisiera a pesar de tener que cargar con mi reputación arruinada, con una madre soltera, propietaria de un casino con otros tres socios y *madame* de un grupo de prostitutas… No lo quiero.

—¿No quieres amor? —Penelope parecía sorprendida.

Amor. Lo que la había impulsado a las alturas y profundidades de la vida. La amenaza que la arruinó diez años antes, la realidad que la hizo fuerte y decidida después de nacer Caroline. La que la noche anterior la había engañado.

—No. Si bien puede convencer con bonitas palabras y caricias todavía más bonitas, el amor ya ha pasado por mi vida y me la destrozó.

Hubo una pausa.

—Pero ¿si lo encontraras? —preguntó Mara—. ¿Si te lo ofreciera él?

Él. Duncan West.

—No parece el tipo de hombre capaz de destrozarte —dijo Penelope.

—Nunca lo parecen —respondió Georgiana.

Se habían mentido tanto el uno al otro que era difícil imaginar algo de verdad entre ellos. Sacudió la cabeza y pronunció las palabras que pensaba cada vez que estaban cerca, cuando anhelaba sus caricias y le deseaba para algo más que una noche… o una semana.

—Es demasiado peligroso.

—¿Para quién?

Una excelente pregunta.

—Para nosotros dos.

La puerta se abrió y entró Bourne. Cruzó la habitación sin mirar a nadie, centrado solo en su mujer, que le sonrió desde el lugar donde estaba. Él respondió a su sonrisa y tiró de ella para envolverla entre sus brazos.

—Hola, Penny-Penique, habría venido antes, pero no me dijeron que estabas aquí.

Penelope sonrió.

—He venido a ver a Stephen. —Señaló el cochecito con la cabeza—. ¿No es igual que Temple?

Bourne se inclinó sobre el bebé dormido.

—Sí, lo es. Pobrecito.

Mara soltó una risita.

—Le diré lo que has dicho.

—Yo mismo lo haré. —Miró a Georgiana y la sonrisa que había esbozado se desvaneció—. Pero antes, tengo que contarte algo. —Se sentó en una de las grandes sillas y tiró de Penelope para sentarla en su regazo y poner una de sus enormes manos sobre el lugar donde crecía su segundo hijo—. West fue hoy a ver a Tremley.

Ella no ocultó su sorpresa.

—¿Para qué?

Bourne sacudió la cabeza.

—No lo tengo claro. Era temprano y no fue demasiado bien recibido. —Hizo una pausa—. Y luego pareció un tanto irritado al darse cuenta de que le seguíamos.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Te vio?

—Estábamos en Mayfair a las nueve de la mañana. No es fácil pasar desapercibido.

Ella suspiró.

—¿Qué ocurrió?

—Golpeó a Bruno. —Bourne se encogió de hombros—. Y, si te sirve de consuelo, Bruno le devolvió el golpe.

No servía.

—La cosa es que hay gato encerrado. No solo quiere empapelar a Tremley. Su intención es otra. Y debes saber que también está furioso con nosotros.

—¿Con quién?

—Con El Ángel. Y creo que contigo más, así que…

Se escuchó un fuerte golpe que interrumpió sus palabras, anunciando a una de las pocas personas que conocía aquella sala privada para los propietarios del club. Pippa se acercó a la puerta, la abrió y se marchó.

—Creo que mi línea de diálogo es: *Algo malo va a pasar*.

La puerta se abrió y todos pudieron ver a Duncan West.

¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Bourne se levantó al instante y dejó a Penelope de pie mientras Georgiana se acercaba a West, que atravesaba el umbral para entrar en la salita mirándolo todo, desde las vidrieras que ella tenía a su espalda a sus aristocráticos acompañantes, antes de clavar los ojos en ella. Notó la irritación en su mirada mientras la miraba, como si no hubiera esperado que estuviera allí. Como si hubiera esperado a otra persona.

Pero además de la irritación, en algún lugar de las profundidades de sus preciosos ojos castaños había algo más. Algo parecido a la emoción. Lo sabía porque también lo sentía. Lo sentía y lo temía.

Ella se detuvo en seco.

—¿Quién te ha dejado entrar?

Él no apartó la mirada de sus ojos.

—Soy miembro del club.

—Ser miembro del club no te da acceso a esta sala —dijo ella—. Ni a esta planta.

—Quizá deberías decírselo a Bourne.

—Y yo respondería —intervino Bourne desde la puerta ignorando la mirada que ella le dirigió—, que deberías saber que lo invité a subir.

La ira, ardiente y desagradable, estalló en su interior.

—No tenías derecho a hacerlo.

—¿Soy uno de los propietarios o no? —preguntó Bourne arqueando una ceja con arrogancia.

Ella entrecerró los ojos.

—Has violado nuestras reglas.

—¿Te refieres a las reglas de Chase? —dijo Bourne, consiguiendo que ella quisiera abofetearlo por el sarcasmo que destilaban sus palabras—. Yo no me preocuparía por eso. Chase también obvió esas reglas en determinados casos.

Ella supo a qué se refería. En un momento u otro del pasado, las tres mujeres presentes habían sido invitadas a El Ángel Caído por Chase, sin per iso de sus maridos. No importaba que Bourne estuviera considerando la invitación de West como una justa retribución, estaba demasiado ocupada sintiéndose furiosa con él por ignorar las reglas. Por el aire de suficiencia del que hacía gala.

Por la forma en que la despojaba del poder allí, en el único lugar donde, para empezar, tenía algún poder.

—¿Dónde está? —preguntó West antes de que ella pudiera discutir con Bourne. Las palabras del periodista resultaron claras y firmes en la oscura habitación, como si esperara ser escuchado y respondido a pesar de que él no perteneciese a ese lugar.

A pesar de que ella no lo quería allí.

—¿Dónde está quién? —repuso ella.

—Chase.

«No ha venido a verme a mí».

Debería haberlo sabido. No debería sorprenderse por ello. Sin embargo estaba sorprendida; después de todo, habían pasado juntos gran parte de la noche y… ¿no debía desear verla? ¿O era una locura? ¿No debería querer ella que la deseara?

Aquel pensamiento daba vueltas en su cabeza y hacía que se sintiera todavía más tonta. Tonta

de baba. Y luego se irritaba todavía más por no ser capaz de pensar en otra expresión mejor que «tonta de baba». No quería que la deseara. Eso facilitaría mucho la cuestión. Pero había algo en la manera en que él la miraba, serio y casi despectivo, como si no fuera más que la portera de una estancia en la que deseaba entrar, que la hacía odiar el hecho de que él no estaba allí para verla. Aunque, por supuesto, sí lo estaba.

Solo que él no lo sabía.

—No está. —Era mentira y, al mismo tiempo, verdad.

Él dio un paso hacia ella.

—Estoy hasta las narices de ver cómo lo proteges. Ha llegado el momento de que me enfrente a él. ¿Dónde está tu amo?

La furiosa pregunta flotó en el aire y pareció reverberar en la vidriera. Georgiana abrió la boca para responder con descaro, pero la duquesa de Lamont intervino antes.

—Bien. Creo que ya es hora de que Stephen y yo vayamos a reunirnos con Temple.

Las palabras parecieron poner en marcha al resto de los presentes.

—Sí, nosotros también tenemos que irnos a casa —dijo Penelope mientras Mara empujaba el cochecito hacia la puerta con más rapidez de la que Georgiana creía capaz a cualquier madre.

—¿De verdad? —preguntó Bourne, que parecía muy poco dispuesto a perderse el drama que se desarrollaba ante ellos.

—Sí —respondió Penelope con firmeza—. Tenemos que irnos. Tenemos cosas que hacer.

Bourne sonrió.

—¿Qué tipo de cosas?

Su marquesa entrecerró los ojos.

—Todo tipo de cosas.

La sonrisa se volvió maliciosa.

—¿Y puedo elegir las cosas que haremos antes?

—Fuera. —Penelope señaló la puerta.

Bourne obedeció, dejando solo a Pippa en la estancia con ellos dos. A la condesa de Harlow nunca se le había dado bien percibir las indirectas sociales, por lo que Georgiana esperó que se quedara y la protegiera de ese hombre, de sus preguntas, de las respuestas que ella querría darle y de los estúpidos sentimientos que tendría sobre el asunto. La esperanza era algo pasajero y horrible.

Después de un rato, Pippa se dio cuenta de que la habían dejado atrás.

—¡Oh! —dijo—. Ya. Debo… también. Tengo… en fin. —Se subió las gafas por el puente de la nariz—. Yo también tengo un hijo. Y Cross… también… —Se despidió con un movimiento de cabeza y salió de la estancia.

West la miró mientras se iba y dejó la vista clavada en la puerta durante un rato antes de volverse hacia Georgiana.

—Y entonces quedaron dos.

Ella notó un aleteo en el estómago.

—Eso parece.

Él la estudió fijamente y ella se recreó en la forma en la que parecía ver, tentar y saber con esa simple mirada. Luego, Duncan dijo su nombre, de forma suave y tentadora en esa sala que tanto amaba.

—Georgiana… —Una pausa, y ella quiso ir con él. Acurrucarse contra su pecho y contárselo todo, porque si no supiera que no era posible, pensaría que había hablado desde la comprensión.

Pero sabía que no era posible. Y si ella misma no lo entendía, era imposible que lo hiciera él.

—¿Dónde está? —Duncan había hecho la única pregunta que no podía responder.

Ella llevaba pantalones.

Fue la primera y única idea que inundó la mente de Duncan cuando entró en la habitación. Su mirada voló de la condesa de Harlow a la mujer que consumía sus pensamientos desde lo que parecía una eternidad. Ella estaba de pie, de espaldas a la pared formada por el enorme mosaico de vidrios de colores que él conocía tan bien. Uno que había visto miles de veces desde el lado opuesto.

Siempre había supuesto que allí, al otro lado de la caída de Lucifer, había una habitación, pero jamás había imaginado que la conocería de esa manera, con la hermosa Georgiana enmarcada por el ángel oscuro de cristal. Vestida con pantalones. Era la imagen más pecaminosa y espectacular que hubiera visto nunca, y cuando ella se acercó a él como una reina vengadora, insistiendo en que estaba invadiendo su espacio, quiso cogerla entre sus brazos y llevarla hacia esa gloriosa vidriera, apretarle la espalda contra ella y mostrarle de cuántas maneras quería invadirla.

Pero luego la frustración se hizo cargo de todo. Ella estaba protegiendo aquel lugar a pesar de que estaba ocupado por las esposas de los propietarios de El Ángel Caído y de que el propio marqués de Bourne estaba escoltándolas.

¿Qué fue lo que le hizo darse cuenta de que Georgiana no protegía en realidad el lugar? Estaba protegiendo al hombre, igual que la noche anterior.

«Él no me posee». Recordó las palabras. La mentira. Porque estaba claro que Chase la poseía, al igual que cada rincón de ese club y a todos los hombres y mujeres que lo frecuentaban. No existía la libertad en El Ángel Caído. Todo —todos— pertenecía a Chase.

E incluso en ese momento, en el que estaban solos en esa habitación oscura donde solo podía escucharlos Lucifer, Georgiana protegía al hombre que había arruinado su vida. El que seguía destruyéndola. Y él quería impedirlo. Quería arrancarla de sus garras. La quería lejos de ese lugar, de su pecado, del vicio y la costumbre de considerar la vida como un deporte. La quería poner a salvo, ¡por el amor de Dios! A ella y a Caroline. Quería que se casara, pero no porque Chase se lo hubiera pedido. Sino porque quería que tuviera la oportunidad de ser feliz, se lo merecía más que nadie que él conociera.

Deseó ser el que le diera la felicidad. Pero no podía, sus secretos eran demasiado peligrosos, demasiado intensos. Así que la mantendría a salvo de otra manera. Se enfrentaría a Chase. Primero la liberaría y después la protegería de sí misma. Porque de alguna manera, en ese extraño juego, ella se había convertido en lo más importante.

Su pregunta flotó entre ellos.

—¿Dónde está? —Quería que se lo dijera. Ansiaba abrir la puerta y dirigirse al lugar donde estuviera ese misterioso hombre. Quería liberarla con esa información.

Pero ella no se lo dijo.

—No está aquí —repuso ella.

Se tragó la decepción.

—Bourne me dijo que lo encontraría aquí.

—Bourne no lo sabe todo. Soy la única que está aquí.

—Y aquí te encuentro, una vez más, protegiendo a quien no lo necesita.

—Él… —empezó a decir, y se encontró con que no podía escucharlo.

—¡Basta!

Y ella, por fortuna, se calló.

Se acercó, cerrando la distancia entre ellos con más rapidez de lo que le hubiera gustado; la velocidad traicionaba las emociones que se había prometido no revelarle. No después de la noche anterior. Cuando ella lo rechazó por completo.

«No hubiera podido darle lo que pedía».

La miró a los ojos, dispuesto a ofrecer cualquier cosa por poder leer la verdad en ellos.

—¡Basta! —repitió, y esa vez no estuvo seguro de si se lo decía a sí mismo o a ella—. Deja de defenderlo. Deja de mentir por él. ¡Dios, Georgiana!, ¿qué significa para ti? ¿Por qué tiene ese poder en tu vida?

Ella sacudió la cabeza.

—No es así.

—Lo es. ¿Acaso crees que no he aprendido a identificar a una mujer esclava de un hombre? —Odió decir aquello, la verdad que traicionaba. Alzó las manos y las ahuecó sobre sus mejillas, adorando el contacto de su piel en los dedos, suave y terriblemente tentador—. Dime, ¿es el elegido? ¿El que te arruinó hace tantos años? ¿Quién te tentó con bonitas promesas imposibles de rechazar que no mantuvo?

—¿Qué? —Ella frunció el ceño.

—¿Es el padre de Caroline?

El surco desapareció y la mirada de Georgiana se aclaró.

—¿Me preguntas si es Chase el padre de Caroline?

—Dímelo —insistió él—. Cuéntame la verdad y disfrutaré destruyéndolo. Te vengaré.

Ella sonrió, una sonrisa sorprendida.

—¿Lo harías?

Claro que lo haría. Haría cualquier cosa por esa mujer tan perfecta e incomparable. ¿Cómo era posible que no se diera cuenta?

—Con mucho gusto.

La sonrisa se convirtió en una expresión triste.

—No es el padre de Caroline.

Se percibía la verdad en sus palabras, y lo odió. Odió que no hubiera otra razón para odiar a ese hombre que la dominaba con la misma seguridad con la que respiraba.

—Entonces, ¿por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Somos dos caras de la misma moneda.

Las palabras eran sencillas, honestas y le partieron el corazón. «Dos caras de la misma moneda». Por un momento, consideró las implicaciones, lo que significaba su afirmación. Se preguntó cómo sería ser lo que ella necesitaba, lo que ella protegía, ser su mitad. Ignoró el pensamiento, era demasiado placentero.

La soltó y dio un paso atrás para alejarse de su alcance. No estaba seguro de soportar su contacto en ese momento.

—He venido a hablar con él —dijo—. Han pasado seis años y jamás he querido un encuentro. Pero ha llegado la hora.

Ella dudó y, por un momento, pareció como si estuviera a punto de saltar a un precipicio, como si fuera a tomar una decisión que cambiaría su mundo. Y quizá fuera así.

Si Chase le daba a él lo que quería, lo haría.

«La identidad de Chase por la libertad de Georgiana. Por la mía».

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Por qué ahora? —Él no respondió y ella volvió a insistir—. Seis años y no has insinuado un encuentro y ahora…

Ella se detuvo y fue él quien llenó el silencio.

—Todo ha cambiado.

Ahora su vida estaba en juego. Su vida y los secretos de Cynthia. Pero esas razones palidecían en comparación con la que se alzaba ante él tan poderosamente. Chase era la clave para la libertad de Georgiana. Y estaba dispuesto a cualquier cosa para conseguirla.

—Llévame con él —pidió, y las palabras fueron más súplica que orden.

Cuando ella asintió con la cabeza y se dirigió hacia la puerta, él pensó por un momento que lo iba a echar de allí. Solo cuando ella misma salió al pasillo vio que le mostraba el camino por el oscuro pasillo, con el rostro iluminado por el color de las vidrieras. Entonces se dio cuenta de que él la seguiría a cualquier lugar.

Ella lo guio por una serie de laberínticos pasillos que se doblaban y giraban de forma que le hacían pensar que se habían duplicado para volver al mismo punto. Por fin, aparecieron ante una enorme pintura al óleo. Un cuadro oscuro que representaba a un hombre despojado de ropa y pertenencias, muerto a los pies de dos mujeres impresionantes mientras el asesino se arrastraba fuera de la escena. Miró a Georgiana.

—Encantador —comentó, refiriéndose a la enorme y horrible pintura.

Ella sonrió.

—Temis y Némesis.

—Justicia y venganza.

—Dos caras de la misma moneda.

Las palabras eran un eco de las que había dicho antes, su descripción de la relación con Chase, y molestaban. Miró con atención las figuras de la pintura, una con una vela encendida, presumiblemente para iluminar el camino hacia la justicia, y otra sosteniendo la espada de la venganza sobre el ladrón.

—¿Cuál eres tú?

Ella sonrió a la pintura, una expresión que mostraba una emoción que él no podía entender, y puso la mano sobre el marco.

—¿No puedo ser ambas?

Lo preguntó al tiempo que tiraba de la enorme obra de arte, que se abrió mediante una bisagra para revelar una negrura opresiva. Duncan contuvo la sorpresa. Siempre había imaginado que había pasadizos secretos en El Ángel Caído —le parecía la única manera de explicar las desapariciones y apariciones de los fundadores—, pero esa era la primera evidencia que tenía de ello.

Georgiana le señaló el interior y él no dudó, sabía en su mente y en su corazón acelerado que estaba más cerca que nunca de Chase. Confiaba en que ella lo llevara hasta la presencia del dueño del casino. Confiaba en ella de una manera que no confiaba en nadie. Georgiana lo siguió y cerró la puerta tras ella. De pronto se vieron envueltos en la oscuridad casi rozándose. Podría haber dado un paso atrás, apretándose contra una de las paredes para dejarle espacio, pero no quiso hacerlo. Prefirió deleitarse en su calor… en su olor. En la tentación que suponía.

Daría cualquier cosa por tocarla. La respiración de Georgiana era profunda y rápida, como si ella pudiera escuchar sus pensamientos. Como si fuera lo que ella misma estuviera pensando. Ella pareció flotar en la oscuridad durante un largo instante antes de darse la vuelta. El susurro de

la tela de sus pantalones, le hizo pensar en el lugar donde se frotaba la lana, donde se juntaban sus largas y hermosas piernas. No pudo contenerse más, alzó la mano y la puso sobre su brazo, dejando que los dedos resbalaran hasta entrelazarlos con los de ella.

—Estás corriendo un gran riesgo al traerme aquí.

Notó que sus dedos se movían entre los de él y se preguntó cómo sería sentirlos sobre su cuerpo. El rato en la piscina había sido muy fugaz y su contacto fue como un soplo antes de desaparecer.

Se marchó porque él la había empujado a ello. Porque pertenecía a otro. Al hombre que estaba a punto de conocer. La soltó.

—Guíame.

Ella no vaciló, y durante un momento, él pensó que por fin hablaría, que le diría en medio de la oscuridad aquello que no podía decirle a la luz. Pero Georgiana era la mujer más fuerte que había conocido, y sus secretos estaban bien guardados.

Lo llevó por el pasillo y él contó cuatro puertas antes de que ella se detuviera ante el tenue resplandor de una vela encendida a cierta distancia. Las sombras que arrojaba la vacilante llama jugaban con su rostro, ocultando las verdades. La vio coger la pesada cadena de plata que llevaba bajo la camisa de lino que se había remetido en la cinturilla de los pecaminosos pantalones y la observó mientras recuperaba el colgante que vivía entre sus pechos, caliente por su piel.

Ella abrió el medallón y sacó una llave que introdujo en la cerradura, revelando su acceso sin restricciones a esas habitaciones. Al hombre que habitaba en ellas.

Los celos se apoderaron de él, ardientes y furiosos.

Ella juraba no pertenecer a Chase, pero allí estaba, abriendo sus habitaciones. Dándole entrada en ellas. ¿Qué más podría desbloquear ella? ¿Adónde más tendría acceso?

La puerta se abrió y ella puso la mano en el picaporte. Duncan no podía soportar la idea de llegar hasta allí, a ese lugar. Junto a ese hombre. Quería detenerla y hacerla regresar, volver a sentir la suavidad de su piel mientras se quedaba inmóvil bajo su contacto.

—Georgiana… —susurró. Ella lo miró, sus ojos ámbar llenos de atención.

No quería que estuviera allí. No quería que pasara por eso. La quería lejos de allí. A salvo. A buen recaudo en otro lugar de Londres. En su propia casa.

«Para siempre».

¡Dios! Las palabras surgieron de la nada y se quedaron, envolviéndolo con promesas que no podía mantener. Con pensamientos que era demasiado inteligente para creer. Incluso si pudiera darle todo lo que necesitaba, su pasado era demasiado oscuro y su futuro demasiado amenazador para poder ofrecerle lo que merecía.

Así que haría lo que estaba al alcance de su mano. Le ofrecería la libertad en ese momento.

—No tienes por qué acompañarme.

Ella frunció el ceño.

—No entiendo.

—Deja que me enfrente a él por mi cuenta. No necesita saber que me has traído hasta aquí.

Ella suspiró y su aliento estuvo cargado de emoción.

—Duncan…

—No. Lo haré solo. Sea quien sea. Sea lo que sea.

—¿Sea lo que sea? —repitió ella con una sonrisa.

—Es una leyenda, no me sorprendería descubrir que no es siquiera humano. —Hizo una pausa—. No me sorprendería encontrar al propio oráculo detrás de esa puerta.

Ella rio entre dientes.

—¿A Temis o a Némesis?

Él soltó una risa.

—Imagino que debo descartar la idea.

—¿Ah, sí? —repuso ella con las cejas arqueadas.

—Como son mujeres —explicó él—, me resulta difícil creer que haya otra mujer, ya sea en la tierra o en el panteón, con tu fuerza.

Algo brilló en los hermosos ojos color ámbar, pero no le dio tiempo a identificarlo. Por un momento, quiso hacerlo. Por un instante, consideró confesar la verdad. Que lo hacía por ella. Pero sabía que no aceptaría su ayuda.

Sin embargo, tendría tiempo para explicárselo —para luchar por ella— una vez que Chase estuviera en deuda con él. Una vez que tuviera a Chase, conseguiría las llaves de la libertad de Georgiana. Aunque no pudiera garantizar la suya, haría todo lo posible para lograr que ella fuera libre.

—Déjame hacerlo —pidió en voz baja, con la mano todavía en la de ella, controlando sus movimientos—. Déjame que siga adelante, nada más.

Ella lo miró.

—¿Te preocupa protegerme?

Duncan la estudió durante un buen rato antes de hablar.

—Dada mi experiencia, vale la pena proteger algunas cosas. Cuando un hombre se topa con algo así, debe hacer lo posible para mantenerlo a salvo.

Ella abrió la boca como si tuviera algo que decir, pero pareció pensarlo mejor, y finalmente, presionó el picaporte apartando su mano de la de él. Le hubiera gustado que estuvieran en otro lugar, el que fuera, a solas, donde pudieran tocarse durante una eternidad.

El deseo que sentía por ella comenzaba a ser tan aterrador como amenazador. Se preguntó qué no haría por esa mujer, por su hermosa mente y su cuerpo tentador. Se alejó de ella y abrió la puerta con un movimiento rápido y fluido, y entró en la estancia. Una vez dentro, se dio cuenta de dos cosas al instante. Primero, la habitación era enorme y casi cegaba con su brillo; pesadas cortinas blancas abiertas permitían la vista de unas ventanas de suelo a techo que dejaban pasar la luz del día. La sala estaba decorada con muebles blancos y de línea pura; alfombras, sofás e incluso las piezas de arte eran blancas y acogedoras. No había cabida para la oscuridad en ese espacio. Nada indicaba que lo habitaba el dueño de un casino. Nada hacía pensar en el pecado y el vicio que reinaba a solo unos metros. Y en segundo lugar, Chase no estaba allí.

Capítulo 16

«…Nuestra lady G. puede conquistar todos los corazones de la sociedad, pero si alguno se cierra a ella, la gracia que muestre ante la adversidad demostrará su valía. Algo que, sin duda, ha enseñado ya a lord L. Este autor cree que pronto anunciaremos novedades en estas mismas páginas…».

«… Los duques de L. —que siguen siendo una pareja tan llamativa como hace casi una década, cuando el duque profesó su amor en público y la duquesa le rechazó— fueron vistos a caballo por Hyde Park una mañana de esta semana. Sin duda pensaron que su apasionado beso no sería visto tan temprano, pero bueno… a nosotros también nos gusta cabalgar a primera hora…».

El folleto de los escándalos, 5 de mayo de 1833

Georgiana entró en la estancia detrás de él, intentando contener su nerviosismo con muda desesperación.

Solo media docena de personas en el mundo habían pisado esa habitación, donde interpretaba el papel de Chase, desde donde dirigía El Ángel Caído, desde donde gobernaba los más oscuros rincones de Londres.

Y allí estaba, con un hombre que se moría por conocer sus secretos. Con un hombre al que podría acabar confesándoselo todo si no tenía cuidado.

Lo vio estudiar su espacio, entrecerrando los ojos castaños ante la brillante luz antes de clavarlos en los grandes y cómodos sofás que habían sido construidos a medida y tapizados en terciopelo blanco. Luego miró la alfombra de lana blanca que se hundía bajo los pies y los metros y metros de estanterías que ocupaban las paredes de suelo a techo. Por fin, su mirada se posó en el escritorio.

Él se acercó a la enorme y maravillosa pieza de madera que presidía la habitación y lo observó mientras trazaba el borde con los dedos, disfrutando del contacto.

«Estás celosa…».

Detuvo el pensamiento. Aquel hombre le hacía sentir celos de los muebles. Se apresuró a hablar para hacer retroceder aquella estúpida idea y llenar el silencio.

—Está hecho con madera rescatada de un naufragio.

Los dedos de Duncan se detuvieron en un nudo oscuro en la madera.

—Por supuesto —dijo él en voz baja.

—¿Qué significa eso? —No pudo evitar preguntarlo.

Él sonrió, pero su expresión carecía de humor.

—Él honra la destrucción de cualquier manera posible.

No era eso lo que la había hecho elegir aquel escritorio.

—Creo que es mucho más probable que Chase eligiera esta pieza porque es la resurrección de una ruina.

Él buscó su mirada.

—¿Cómo tú?

«Exactamente como yo».

Pero no podía decírselo, así que miró hacia otro lado.

—Sabías que no estaría aquí —aseguró él.

Ella consideró mentir, pero no pudo hacerlo.

—Sí.

Duncan desvió la vista; la expresión de furia y frustración se apoderó de sus hermosos rasgos.

—Entonces, ¿por qué me has traído? ¿Para torturarme? ¿Para mostrarme mi debilidad?

—¿Tu debilidad? —Él no era débil, sino la personificación de la fuerza.

Se acercó a ella.

—¿Para demostrarme que, incluso ahora que estoy predispuesto a luchar, él me dirige? ¿Para demostrarme que siempre…? —Se interrumpió.

Ella le presionó.

—¿Que siempre qué?

Él se movió de nuevo, obligándola a retroceder, a dar un paso hacia la puerta que, de pronto, lamentó haber cerrado.

—Para demostrarme que siempre será más importante para ti, a pesar de lo mal que te trata.

—No me trata mal.

—Lo hace. No cree en ti. No percibe tu pena. No sabe lo valiosa que eres. ¡Lo preciosa que eres!

Ella se quedó inmóvil y él vio la sorpresa en sus ojos.

—¿Me consideras preciosa?

Él sostuvo su mirada, negándose a apartar la vista.

—Sé que lo eres.

La conversación estaba volviéndose peligrosa. Le hacía pensar en cosas que no podían ser. Ella sacudió la cabeza. Notó que se le aceleraba el corazón cuando la apretó contra la puerta y colocó las manos sobre la superficie de roble, a ambos lados de su cabeza.

—Él conoce tus secretos y tú los suyos. Los protegerás siempre, incluso aunque te destruyan —añadió él.

Estaba tan cerca de ella que le susurró al oído, y a pesar de la amenaza que contenían, se estremeció de emoción.

—No me destruirán.

—Claro que sí —dijo él—. Tus elecciones te acabarán arruinando. Este lugar en vez de tu libertad. Langley en vez del amor. Eliges a Chase en vez de…

«A mí».

Escuchó el pronombre aunque él no lo dijo.

—No lo hago —susurró ella, poniéndole las manos en el pecho y deslizándolas hasta la piel desnuda de su cuello y su fuerte mandíbula. Es posible que no pudiese tenerle, pero su elección estaba clara—. No lo hago.

Estaban tan cerca que pensó que moriría si él no hacía algo… si no la tocaba. Si no la besaba.

—Entonces, ¿qué? —preguntó él.

—Te lo dije —repuso ella, sufriendo por él, adorando la calidez, la intensidad y la fuerza que él mostraba cuando ella se confesaba—. Te elijo a ti.

—No para siempre —dijo él.

¿La quería para siempre? ¿Se estaba ofreciendo a ella? «¿Es eso lo que quiero?».

Incluso si lo hiciera, así no salvaría a Caroline.

Lo miró a los ojos, deseando poder ocultarse de él en esa habitación llena de luz. Deseando que la verdad no fuera tan clara. Anhelando que fuera menos de lo que era… Menos guapo, noble, bueno… Necesitando no desearlo tanto.

Y, no obstante, deseando poder contar con él. Ojalá fuera más simple.

Sacudió la cabeza.

—No para siempre.

Duncan asintió con la cabeza. Ella creyó ver algo en sus ojos, pero desapareció tan rápidamente que no lo hubiera percibido si no estuviera sintiendo lo mismo en lo más profundo de su interior. Pesar.

Se apresuró a hablar, aunque sabía que eso solo lo empeoraría todo.

—Si pudiera… Si fuera una mujer diferente… Si tuviera una vida distinta…

—Y si yo fuera otro hombre… —dijo él. Las palabras eran frías y calientes a la vez.

—No —protestó ella. Quería decir la verdad allí. En ese momento. Donde nunca había estado antes con nadie—. No querría que fueras diferente.

Él curvó los labios en una sonrisa triste.

—Deberías quererlo. Debido a lo que soy, a cómo soy… Lo nuestro es imposible.

—Si yo no necesitara el título…

Él la interrumpió.

—¿Dónde está?

—No está cerca —aseguró mirándolo a los ojos.

—¿Cuándo volverá?

—Hoy no. —No quería que Chase volviera. Quería que ese momento, con Duncan, durara para siempre. Olvidarse del resto del mundo.

Él deslizó los dedos por su pelo.

—Incluso aunque no necesitaras el título —dijo—. No me casaría contigo.

Aquello fue un duro golpe… uno que sin duda merecía. Se enfureció, irritada por haberlo llevado allí, al despacho de Chase, pero no con Chase. Entendía bien el orgullo, y él era un hombre que poseía más que la mayoría. Pero aun así, las palabras resonaron en su mente, y las odió. Odió que pudiera resistirse a ella con tanta facilidad. Que pudiera descartarla sin más. Odió que pudiera herirla. Que pudieran lastimarse el uno al otro.

—Mientes. —No pudo evitar luchar.

Él arqueó una ceja y ella echó la cabeza hacia atrás, ofreciéndole sus labios entreabiertos.

—Y tú mientes más.

Entonces, la besó y deslizó la mano por la madera hasta la cerradura antes de alzarla, apretándola contra la puerta y dejando que ella le rodeara la cintura con las piernas. Duncan tomó todo lo que ella le ofreció y la dejó desesperada por más. Quería ofrecerle todo.

Ella contuvo el aliento y le rodeó el cuello mientras él la sostenía entre sus brazos como si no pesara nada, como si fuera una marioneta colgando de una cuerda. Y quizá lo fuera. Quizá era su maestro titiritero. Sintió sus manos por todas partes, en las nalgas, en el pelo, entre ellos, amasando sus pechos mientras se apretaba contra ella, prometiendo alivio en todas las partes que gemían desesperadas por él. Jamás había querido nada como deseaba a ese hombre.

Le pasó los dedos por el pelo y apretó los rizos rubios al tiempo que él renunciaba a su boca para deslizar los labios por su mejilla y mandíbula hasta llegar al lóbulo de la oreja, suave y muy sensible. Contuvo el aliento cuando él movió la cabeza para profundizar la caricia mientras seguía lamiendo aquel lugar en el que ella no había pensado nunca.

Se le debilitaron las rodillas y agradeció que la sostuviera con firmeza, con fuerza y sin vacilar, como si no pesara nada. Duncan le puso la mano en las nalgas para subirla un poco más y, al mismo tiempo, se apretó contra su centro.

—Aquí hay algo que no es mentira —le susurró él al oído—. Voy a hacerte gritar de placer. Me pedirás que me detenga y luego, cuando lo haga, me pedirás que empiece de nuevo. No sabrás qué hacer cuando haya terminado contigo, porque no recordarás cómo era tu cuerpo antes de disfrutar el placer que tengo intención de darte.

Aquellas palabras estaban destinadas a impactarla, y lo hicieron. Vio la promesa en sus labios y cerró los ojos ante la oleada de anticipación que se formó en su interior cuando, incapaz de detenerse se movió contra él, absolutamente descontrolada. Suspiró al sentirlo allí, entre sus piernas, donde más lo deseaba. Repitió el movimiento adorando la manera en que se apretó contra ella, audaz e inflexible, sin preguntar… y luego adoró su gemido de satisfacción todavía más.

Lo oyó maldecir, con un tono oscuro y lleno de pecado.

—Sabes lo que me haces y no te importa.

Ella se inclinó y le mordió el labio inferior, tirando de él para perderse en otro beso largo y adictivo. Cuando se separaron, los dos jadeaban de placer.

—No me importa lo más mínimo —confirmó con una sonrisa.

Él la levantó y giró con ella en brazos para llevarla hasta el otro extremo de la sala y dejarla sobre el borde de la inmensa mesa. Le pasó la mano por el exterior del muslo mientras hablaba, haciéndola estremecer con la promesa que contenían sus palabras.

—Adoro tus pantalones —confesó él al tiempo que exploraba los músculos y huesos de la pierna con su amplia palma y curvando los dedos sobre su muslo en busca de la parte más blanda. Sin tocar el interior, avanzó poco a poco a lo largo de la tela hasta que ella deseó que nada se interpusiera entre su piel y la de él, que hiciera lo que prometía con sus caricias.

Georgiana apoyó las manos en la mesa, a su espalda y se echó hacia atrás. Observó cómo la miraba, cómo la tocaba.

—Sin embargo —dijo él después de la caricia—. Estoy condenadamente celoso de ellos.

Ella se echó hacia atrás y ambos observaron cómo sus dedos dibujaban la costura interior de la pierna.

—¿Por qué?

—Porque te tocan aquí —repuso él, con la voz ronca y anhelante mientras pasaba los dedos por la parte externa de la rodilla, rozándola hasta la línea de los pantalones—. Y aquí —añadió, tocando el interior del muslo—. Y… —Se calló al llegar al lugar donde se unían los muslos y ella se arqueó. Él gruñó al ver su movimiento—. Sí, eso es —susurró él—. Ofrécete a mí.

Y, que Dios la perdonara, lo hizo. Separó los muslos y le permitió acceder al punto en el que más lo deseaba. Él aceptó lo que le ofrecía, y ahuecó su fuerte mano sobre su parte más secreta. Ella suspiró de placer ante su contacto, a pesar de que en ese momento todavía lo deseaba más.

—Te gusta —afirmó él como si estuviera hablando de una pintura, una comida o un paseo por el parque.

—Sí —confesó ella, sin apartar la mirada del lugar en el que él la acariciaba con firmeza, en una promesa insoportable—. ¡Que Dios me ayude, sí!

—Él no te ayudará —dijo Duncan, llevando la otra mano a los botones de la camisa de lino para liberarlos uno a uno hasta que ella vio la curva de sus pechos—. Eso es facultad de un hombre, mucho menos perfecto. —Lo oyó maldecir de nuevo y la palabra reverberó en la

estancia cuando él separó las dos mitades de la camisa, desnudándola—. Eres lo más hermoso que he visto nunca.

Observó que la mano, enorme y bronceada, bajaba por su estómago como una pecaminosa promesa.

—Por favor —gimió ella, desesperada por él.

—Por favor, ¿qué? —preguntó.

—No me obligues a suplicar.

Él la miró entonces, con aquellos hermosos ojos llenos de experiencia y comprensión.

—Tengo toda la intención de hacerte suplicar, cariño. Te he prometido que te volvería loca de placer. Te prometí que iba a tomar el mando durante el tiempo que estuviéramos juntos. Y te prometí que te gustaría. Quieres todo eso, ¿verdad?

Ella no tenía la energía suficiente para mentir; asintió con la cabeza.

—Sí.

Se inclinó hacia delante y premió su sinceridad lamiendo su pezón con un gesto lento antes de chuparlo hasta que ella gritó de placer y le puso las manos en el pelo.

En el momento en que ella le tocó, él se detuvo.

—Deja las manos sobre el escritorio.

Georgiana obedeció sin vacilar.

—Ahora mírate —ordenó él complacido, dibujando un círculo perverso alrededor de la punta que acababa de humedecer. Bajó la vista; era Anna en toda su gloria, y apenas tardó un momento en arquear la espalda, presentándole sus pechos desnudos. Tentándolo una vez más.

Fue recompensada con otra larga caricia, esta vez en el pecho que había ignorado previamente.

—Quiero que disfrutes —dijo él cuando levantó la cabeza.

Georgiana sonrió.

—No te preocupes, disfrutaré.

—Si hago algo que no te gusta —añadió muy serio—, quiero que me lo digas.

—Lo haré.

—Sabré si mientes.

—No pienso mentir —aseguró ella, mirándole a los ojos—. No en esto.

En el resto de su vida sí, pero no allí. Con él. Respiró hondo.

—¿Vamos a ir a la cama? —Estaba a un latido de distancia, detrás de una puerta cercana. Grande, lujosa y preparada para él. Mentiría si dijera que no había pasado más de una noche en esa misma cama pensando en ese hombre, en ese momento. Imaginando cómo podría tocarla. Cómo podría llegar a desearla algún día. Y ese día había llegado.

Él sacudió la cabeza mientras sus dedos jugaban con la punta de su pecho, haciéndola estremecer.

—No quiero tenerte en ningún lugar en el que ya hayas estado con él.

«Con Chase».

—No te preocupes por eso… —repuso ella, negando con la cabeza.

Notó la tormenta que atravesó su rostro al escucharla, y quiso que supiera la verdad.

—No he estado… con nadie…

Él alzó una mano para interrumpirla.

—No.

No la creía.

—Duncan… —comenzó, imprimiendo cierta urgencia a su voz.

Él no la dejó terminar; tiró de ella hasta el borde de la mesa.

—Aquí.

Ella miró la superficie de roble.

—¿Aquí? ¿En el escritorio?

—En su escritorio.

Georgiana escuchó el leve énfasis en el pronombre, sutil. Apenas perceptible si no se esperaba. También notó la frustración que contenían sus palabras y comprendió su razón… Duncan pensaba que no había lugar en el club que Chase y ella no hubieran estrenado.

Por eso la poseería en ese lugar, donde creía que Chase era el rey. La tomaría allí. Y, que Dios la ayudara, lo deseaba tanto como él. O más.

Asintió con la cabeza.

—Aquí.

Él la miró durante un buen rato y ella vio la gran cantidad de emociones que lo atravesaron: ira, frustración, deseo… Dolor.

Se aproximó a él con ganas de detenerlo, pero Duncan se resistió, alejándose de su contacto para alzar uno de sus pies con las manos.

—Te deseo aquí —repitió con la voz ronca mientras le desataba la bota—. Te quiero desnuda —añadió tras quitarle el zapato y dejando el pie en el brazo de una silla cercana. Repitió el gesto con el otro pie—. Y quiero que seas mía.

«Suya».

El posesivo la atravesó con un torrente de deseo, dejándola sin aliento. ¿Cuándo la habían deseado así? ¿Había estado alguien sinceramente interesado en reclamarla? Sí, los hombres deseaban su cuerpo cuando lo cubría con sedas y satenes audaces, y desfilaba por el casino como Anna, pero esto era diferente. La deseaba a ella —a Georgiana— de una manera en que no lo había hecho nadie. Ni siquiera el hombre al que se entregó hacía ya tantos años.

Pero la manera en que dijo la palabra «mía» no fue una petición, sino una ronca promesa. La reclamaba. Como posesión. Y descubrió que quería ser poseída. Lo deseaba mucho.

El pensamiento fue interrumpido por el brusco tirón de la segunda bota, que él arrojó al suelo antes de poner las manos en sus medias. Duncan le envolvió los tobillos con los dedos para levantarle y separarle las piernas hasta colocarse entre ellas. Lo rodeó de manera instintiva y lo acercó hasta que sus cuerpos entraron en contacto, percibiendo cada uno lo que quería del otro. Georgiana dejó caer la cabeza hacia atrás cuando Duncan se apretó contra ella al tiempo que le ceñía la cintura con un brazo, sosteniendo su peso. Ella se arqueó, entregándose a él.

—Dilo —gruñó él, mirándola a los ojos, posando la palma libre sobre un pecho dolorido—. Dilo y te daré todo lo que deseas.

No tuvo que preguntarle a qué se refería. Lo sabía. Sabía, también, que no sería mentira. De alguna manera en ese alocado mundo, en ese alocado instante, había llegado a adorar a ese hombre. A pertenecerle. Y era maravilloso. Pero no podía durar. Nada maravilloso duraba. ¿No era esa la lección que aprendió hacía muchos años, envuelta en unos brazos cálidos y heno crujiente? El amor era fugaz y efímero, el sueño desesperado de una ingenua chica inocente. Y así se entregaría a ese juego, luego se levantaría y viviría la vida que pretendía. Pero antes de nada, la libertad. Antes de nada, él.

—Soy tuya —confesó.

Él la recompensó con un maravilloso y profundo gruñido acompañado por un beso largo y

devastador que terminó cuando la arrastró hasta el borde de la mesa y llevó las manos a la bragueta del pantalón para desbrochar los botones con hábil intención. Soltó uno tras otro hasta que la prenda se aflojó y pudo deslizarla por sus piernas, llevando las medias con él.

—Milady —dijo, dando un paso atrás para estudiarla con intensa concentración. Ella no era capaz de sostener su mirada, consciente del aspecto que presentaba con la camisa abierta, colgando sobre sus hombros, como única vestimenta.

En ese momento era demasiado consciente de su pasado, de las mentiras que había construido a su alrededor sobre ese acto. Del hecho de que solo había hecho eso una vez.

—Mírame. —Era un orden y debería haberla odiado, pero no lo hizo. Sus ojos se encontraron y ella reconoció su poder.

Lo deseó.

—Milady —repitió él, en un tono reverente y lleno de promesas—. Ábrete a mí. —La orden la hizo jadear y vaciló, sin saber si sería capaz. Una cosa era desnudarse ante él para acabar en las oscuras aguas de la piscina y otra muy distinta hacerlo allí, a plena luz del día.

Nunca había sido así. La única vez que pasó por esa experiencia fue una década antes, con un hombre que le había mentido. Arruinado. Desechado. Esos momentos fugaces que cambiaron su vida en el pajar de Leighton Manor no tenían nada que ver con ese instante, con ese hombre. Nada de aquel momento se acercaba siquiera a eso. Esto era libertad absoluta, su último aliento vital antes de comprometerse con un nuevo mundo como esposa de la aristocracia, dedicada solo al legado de su hija.

Y, ¿por qué no disfrutarlo? ¿Por qué no entregarse al momento y beber la copa llena?

Alzó la barbilla al tiempo que echaba los hombros hacia atrás, audaz como siempre.

—Hazlo tú —repuso.

Algo muy pecaminoso brilló en los ojos castaños de Duncan.

—¿Crees que no lo haré?

—Creo que quieres que haga tu trabajo —le provocó. Sabía que él quería tocarla.

En cambio, lo vio dar un paso atrás para sentarse en una silla de cuero que había junto al escritorio, reclinándose en aparente relajación. Ella se puso nerviosa, pero intentó reprimir su ansiedad.

Él la miró de arriba abajo mientras se estiraba en la silla, con sus botas a solo unos centímetros de sus pies desnudos.

—Ábrete para mí —repitió.

Ella esbozó una sonrisa.

—No te será tan fácil.

Él arqueó una ceja.

—No, no lo será. —Duncan tenía la mirada clavada en sus pechos. Ella notó que se le calentaba la piel a medida que bajaba la vista hacia el lugar donde ella lo deseaba con tanta desesperación. La observó hasta que ella pensó que moriría si no le prodigaba sus atenciones—. Vas a abrirte para mí —dijo él cuando estaba a punto de ceder—, y cuando lo hagas, te arrepentirás de no haberlo hecho cuando te lo pedí.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Es una amenaza?

Duncan curvó los labios en una sonrisa lenta y casi mercenaria.

—Ni por asomo. —Alzó una mano y se la llevó a la mandíbula mientras la evaluaba con una mirada larga, pausada, para acariciarse el labio inferior con el dedo índice en un gesto que una

mujer menos avezada consideraría pensativo.

Pero Georgiana no era esa mujer, y el movimiento de ese dedo no era pensativo, sino depredador. Y cada centímetro que se movía sobre sus labios, encendía un fuego en ella.

—Sin embargo, te vas a arrepentir —continuó él—. Cada momento que no estás abierta para mí, es un momento que no te toco. Un momento en el que no sientes mis manos, mi boca o mi lengua.

Las palabras chocaron contra su cuerpo mientras se imaginaba todas esas cosas, una repetición de la noche en su piscina. La gloriosa sensación de tenerlo contra ella.

—Un momento en el que no te toco… ni te beso… ni te lamo.

Ella suspiró con la última palabra, por la forma en que sintió su significado, que dejó un rastro de fuego hasta el lugar en que lo quería… el lugar en el que lo anhelaba.

Él lo supo.

—Te gusta que te lama, ¿verdad, milady?

¡Santo Dios! No era una mojigata; se había pasado los últimos seis años rodeada de jugadores y prostitutas. Regentaba el mejor casino de Londres, ¡por Dios! Pero todo lo que parecía normal y aceptable se había convertido en el pecado reencarnado desde el momento en que la tocó ese hombre.

Era pleno día y él hablaba de lamer como si estuviera comentando el clima.

—Georgiana… —Incluso su nombre era una lenta promesa en sus labios—. ¿Lo disfrutas?

Ver cómo se pasaba el dedo por el labio la estaba volviendo loca. Apretó los muslos, recordándose su juego.

—Me parece recordar que es bastante agradable.

Notó un brillo en los ojos de él. Humor. Comprensión del papel que jugaba.

—¿Solo agradable?

Ella sonrió fingiendo timidez.

—Eso es lo que recuerdo.

—Entonces tus recuerdos y los míos no coinciden —dijo él—. Si no recuerdo mal, tus manos en mi pelo, tus gritos en la oscuridad, tus piernas rodeándome como el pecado. —Posó la mirada en el vértice entre sus muslos—. Recuerdo la inundación cuando alcanzaste el placer, la manera en que te arqueaste hacia el cielo, dejando a un lado todo lo que no fuera tu clímax. El que te hice alcanzar yo. Con mi lengua.

Ella se olvidó de seguirle el juego. Se le debilitaron los músculos con sus palabras.

—Recuerdo tu dulce sabor a sexo… y la sensación, sedosamente decadente, suave, húmeda y… mía.

Otra vez esa palabra. «Suya».

La estaba seduciendo con palabras, prometiéndole todo lo que siempre había querido, y solo tenía que entregarse… abrirse a él. Respiró hondo y volvió a jugar otra vez más.

—Has hablado de antes —dijo ella, incapaz de no jadear con las palabras—. Pero ¿qué es lo mejor para mí ahora? ¿Aquí?

Él arqueó las cejas con sorpresa antes de inclinarse hacia delante. Lo que dijera formaría parte del peligro, del juego.

Y de todo el deseo.

—Ábrete para mí y lo averiguaremos.

Ella se rio. El sonido impactó a ambos por lo sincero que fue. Georgiana se sintió casi avergonzada, o lo habría estado si él no hubiera dejado caer su mano y se hubiera levantado en el

instante en que ella soltó la carcajada.

—Eres lo más precioso que he visto en mi vida —dijo, acercándose a ella. Posó una mano grande y cálida en una de sus rodillas y el contacto hizo que dejaran a un lado aquel juego.

Separó las piernas.

—Condenadamente hermosa —confirmó sin dejar de mirarla a la cara a pesar de caer de rodillas junto al borde de la mesa, entre sus muslos—. Y condenadamente perfecta. —Besó el interior de su rodilla y luego el muslo—. Y condenadamente sincera.

Ella se puso rígida a pesar de que él curvó los labios en el pliegue del muslo, donde la pierna se unía a la parte que palpitaba por él. Por eso.

«Sincera».

No había sido sincera con él. Aquello no tenía nada de sinceridad. De hecho, ella no sería sincera. Y él se merecía algo mejor. Duncan sintió su cambio de actitud y alzó los labios para mirarla a los ojos por encima del torso.

—No pienses en ello.

Sabía que él no lo entendía, pero respondió sacudiendo la cabeza.

—No puedo evitarlo.

Él la besó en el suave vello que protegía su parte más secreta. Fue una caricia larga, persistente y, sin embargo, dulce.

—Dímelo —dijo él.

Había al menos una docena de cosas que debería contarle. Un centenar que deseaba decirle. Pero solo una salió de sus labios. Y quizá fuera lo más verdadero que hubiera dicho nunca.

—Ojalá pudiera ser siempre así.

Aquellas palabras casi mataron a Duncan. La verdad que contenían, la manera en que reflejaban sus propios pensamientos, allí, en ese lugar que no era suyo. Que tampoco era de ella. Ese lugar que sin duda los arruinaría a los dos. También él quería que fuera suya para siempre, pero no era posible. Ni su pasado ni su futuro eran propicios para ello. Esas fuerzas externas se alzaban entre ellos y siempre serían barreras. No, los «para siempre» eran para personas y situaciones más simples.

Se inclinó sobre las rodillas, muy consciente de la posición, de la manera en que estaba adorándola, como si fuera una diosa y él su sacrificio. Besó los suaves rizos que ocultaban sus secretos. La posición de Georgiana, que mostraba su confianza en él y el placer que esperaba recibir, le hacía estar más excitado que nunca en su vida. Deseaba a esa mujer. No podía ser suya para siempre, pero sí en ese momento. Podía poseer ese recuerdo… Esa última vez. Podía acudir a él en las noches oscuras.

Y podía arruinarla para todos los demás hombres que llegaran después de él.

—Jamás he probado nada como tú —susurró, dejando que su aliento jugueteara con los rizos mientras la abría lentamente, adorando la manera en que brillaba, cálida y rosada para él—. Dulce, pecaminosa y prohibida. —Pasó el dedo con suavidad por la húmeda rendija, y ella arqueó las caderas hacia él. Era tierna y estaba preparada para él—. Resbaladiza, mojada y perfecta.

Introdujo un dedo en su centro y se concentró en su respiración, en la manera en que jadeaba y se estremecía mientras la exploraba.

—Y lo sabes, ¿verdad? Conoces tu poder.

Ella sacudió la cabeza.

—No.

La miró a los ojos mientras se inclinaba y dejó que su lengua recorriera lenta y exuberantemente sus pliegues. Se deleitó al ver que ella contenía la respiración, que cerraba los ojos para recrearse en el placer.

—No —le ordenó—. No mires hacia otro lado.

Ella abrió los ojos y él la lamió de nuevo, adorando la forma en que el deseo la inundaba.

—Cuéntame…

—Me siento…

Él repitió el movimiento, demorándose en la parte superior de la caricia, donde ella lo quería más, haciéndola gemir.

—Continúa —dijo contra ese punto.

—Maravillosa.

—Más.

Él apretó la lengua sobre el pequeño brote inflamado y ella suspiró.

—No pares.

—Si no me hablas, no sé si te gusta.

—Me siento como… Nunca me he… —Él chupó con fuerza, recreándose en cómo ella perdió el hilo de las palabras—. ¡Oh, Dios!

Él sonrió mientras seguía jugueteando con la lengua.

—No soy Dios.

—Duncan. —Suspiró su nombre, y él pensó que moriría si no conseguía estar dentro de ella muy pronto.

—Dime.

—Es hermoso. —Georgiana buscó su pelo con las manos y enredó los dedos con los cabellos, apremiándolo, mientras sacudía las caderas contra él—. Es perfecto… —susurró ella, sorprendiéndolo con sus palabras. Y luego, dijo algo completamente inesperado—. Es como… es como amor.

Y allí, en ese momento, con la palabra flotando en el aire, supo que eso era precisamente lo que quería que ella sintiera.

Que la amaba.

La certeza debería aterrorizarle, pero en cambio se apoderó de él con el ardiente placer que acompañaba la verdad, por fin revelada. Y en el extremo más alejado de ese placer estaba todo lo desagradable. La devastación. La negación.

Hizo caso omiso de ello y continuó haciendo el amor con ella con aquellos lentos y resbaladizos movimientos. Ella se arqueó hacia él, haciéndole ver lo que le gustaba, dónde le gustaba, y él se lo ofreció sin dudar. Ella era su maná, su alimento, y quería darle placer por el mero hecho de que sintiera placer. Quería ofrecerle el recuerdo de ese momento.

De su amor… Un amor que no podía ser.

Los lentos círculos se hicieron más rápidos siguiendo el ritmo de sus jadeos, sus suspiros y el contacto de sus dedos en sus cabellos, al compás de las oscilaciones de sus gloriosas caderas. Y luego, cuando ella alcanzó la liberación, él la sostuvo acariciándola y besándola con suavidad. Guiándola por el clímax y la calma.

Cuando ella emitió el último suspiro, con el placer resonando todavía alrededor de ambos, Duncan se levantó. Estaba desesperado por ella y adoró la manera en que lo siguió con la vista, con los ojos y los labios entreabiertos. Se quitó la chaqueta y la corbata sabiendo que ella lo miraba, deseándola como ella lo deseaba a él. Se despojó de la camisa pasándola por la cabeza y bajó los brazos. Tuvo que contener el impulso de acicalarse cuando la atención de Georgiana cayó en su pecho y su abdomen. La vio cerrar la boca y tragar saliva. Quería rugir de satisfacción por su obvia aprobación.

—Poseidón —susurró ella.

Arqueó una ceja, interrogándola en silencio mientras se preguntaba si sería capaz de esperar su respuesta antes de tomarla entre sus brazos y hacerla suya. Para siempre.

Pudo ignorar ese anhelo que susurraba insidioso en los más oscuros recovecos de su mente porque ella respondió.

—En tu casa. En la piscina… —Georgiana se incorporó y le pasó los dedos por el hombro, por la curva del brazo, donde los músculos estaban tensos por el esfuerzo que suponía no reclamarla—. Fuiste como Poseidón en el agua. Fuerte… —La vio mover los dedos por los músculos de su abdomen—. Tan perfectamente formado… —Peinó el vello de su torso—. Tan guapo… —Siguió acariciándole el pecho hasta encontrar la dura tetilla. Él casi gimió de placer cuando la vio inclinarse para apretar los labios contra ese punto en una impulsiva y persistente caricia.

—El dios del mar —explicó ella, al apartarse, mirándolo a los ojos.

—Y tú eres mi sirena —repuso él, llegando a ella y dejando que sus dedos se deslizaran por el suave cabello de la nuca para que alzara la cara hacia la de él.

—Espero que no —jugueteó ella. Él se detuvo y esperó a que ella se explicara. Georgiana

sonrió y lo miró con una expresión de pecado—. Poseidón era capaz de resistirse a las sirenas.

Pero él no podría resistirse a ella ni por todo el oro del mundo. Se apoderó de su boca con un beso profundo y persistente, incluso mientras ella llevaba las manos a la bragueta de su pantalón y él pensó que moriría por la espera cuando se puso a abrir los botones. Buscó los cierres y él se movió para ayudarla.

—No —lo detuvo ella, retirándose para mirarlo a los ojos—. Quiero hacerlo yo.

Él respiró tratando de mantener la calma.

—Entonces, hazlo.

Y fue una liberación gloriosa. Ella deslizó las manos por el interior de la bragueta y, por fin, lo tocó. Maldijo entre dientes, una palabra fuerte que resonó en la habitación cuando ella lo desnudó. La miró y adoró la forma en que ella lo estudiaba, la forma en que abrió los labios y los ojos; habría dado toda su fortuna por saber lo que pensaba. Entonces, vio que se humedecía los labios con la punta rosada de la lengua y que la deslizaba por el inferior mientras movía las manos, acariciando su exuberante longitud.

Una vez… y otra más.

—Detente —le pidió, poniendo la mano sobre la de ella para interrumpir el movimiento.

Ella se quedó inmóvil y alzó la vista a sus ojos.

—¿Estoy… ? —Ella vaciló, pero lo intentó de nuevo—. ¿Estoy haciéndolo mal?

Duncan se quedó paralizado al escucharla, al ver la expresión de sus grandes ojos… Inquietud. Aprensión. La miró con los ojos entrecerrados, odiando su falsedad. La amaba. Y aun así, ella le mentía.

—No. No te hagas la inocente. Quiero que seas tú de verdad. No una fantasía. —Le encerró las mejillas entre las manos y la obligó a mirarle—. No me importa el pasado. Solo el presente…

«El futuro». No. No podía obsesionarse con eso. No era para él.

Percibió un brillo en los hermosos ojos color ámbar. Algo parecido a la frustración. Georgiana apartó la vista a un lado y luego bajó la mirada hasta donde sus manos lo envolvían.

—Enséñame —susurró finalmente—. Muéstrame lo que te gusta.

Él se inclinó y la besó de nuevo. Quería devolverlos al momento.

—Me gusta todo, cariño —le susurró al oído—. Me gusta cada poco de ti en cada poco de mí. Y me gusta que me rodees con tus dedos, apretados y calientes como una promesa. —Jadeó junto a su oreja mientras guiaba sus manos—. Me gusta que me mires con esos preciosos ojos tuyos. Me gusta que veas cómo me tocas. —Se movió para poder bajar la mirada a sus cuerpos, a sus manos que acariciaban toda la longitud, que tan cerca estaba de ella. Tan cerca del lugar en el que debería estar—. ¿Quieres que te diga qué más me gusta?

Ella le acarició varias veces antes de responder.

—Sí —susurró con deseo.

«Te amo». No. Eso solo les provocaría dolor. Se acercó a ella y deslizó un dedo en su interior resbaladizo por su boca y el deseo de ella.

—Me encantan tus labios color rosa.

Ella se rio, jadeante. Él profundizó en el apretado y oscuro canal y la risa se convirtió en un grito de asombro. La miró.

—Y me gustaría estar dentro de ti.

—A mí también —repuso ella, mirándolo a los ojos.

La besó antes de apoyar su frente en la de ella mientras se colocaba donde ella lo quería, en su entrada. Reprimió una maldición ante la sensación, caliente y húmeda, que le inundó. Se hundió

en ella tan fuerte que la oyó contener el aliento. La miró a los ojos y registró su malestar.

—¿Georgiana? —preguntó, algo inquieto a pesar de que podría morir de placer.

Ella sacudió la cabeza.

—Estoy bien.

Pero no lo estaba. Estaba dolorida. Él se retiró.

Ella apretó las piernas en torno a su cintura.

—No. Por favor. Ahora.

«Si no supiera que no puede ser…».

Georgiana lo atrajo hacia su cuerpo y él dejo de pensar hasta que ella respiró de nuevo.

—Detente —dijo él—. Déjame…

Se retiró de nuevo y luego volvió a hundirse hasta el fondo, con suavidad, una y otra vez, cada nuevo envite más profundo que el anterior, hasta que estuvo dentro de ella, enterrado hasta la empuñadura.

—Sí —susurró Georgiana al tiempo que se inclinaba para besar de manera persistente el punto donde el cuello se encuentra con el hombro—. Sí.

Y él no podría haberlo expresado mejor. Se echó hacia atrás y la miró a los ojos.

—¿Es…?

Pero ella se inclinó para besarlo, deslizando la lengua entre sus labios en un beso abrasador.

—Es magnífico —terminó ella cuando puso fin al beso. De pronto, le puso las manos en el pecho y lo empujó hacia atrás lo suficiente para poder mirar hacia abajo, donde sus cuerpos se encontraban—. Míranos.

Lo hizo. Siguió la dirección de su mirada y sintió como si creciera todavía más en su interior. Notó como Georgiana respiraba hondo antes de sonreír.

—Pareces estar disfrutando, señor.

¡Dios! La amaba. La deseaba. Juguetona. Brillante. Hermosa. Pecadora. «Para siempre». Su sonrisa hizo juego con la de ella.

—No se me ocurre otra manera en la que pudiera disfrutar más.

Ella le puso las manos en la curva de las nalgas y apretó. Él gimió.

—Enséñame.

Y lo hizo.

Comenzó a moverse con largos y profundos envites, y ella le correspondió alzando sus largas piernas y diciendo su nombre como un mantra, primero suave, apenas un susurro y luego gritándolo con placer, por lo que deseó que ese momento no terminara nunca. Él le rodeó la cintura con un brazo y la sostuvo muy cerca mientras empujaba. Ella le puso las manos en los hombros y lo abrazó mientras gritaba por él. Como si fuera a dejarla. Como si fuera posible que la dejara. «Jamás la dejaré».

Ella se echó hacia atrás en el último momento mientras él embestía con rapidez y lo miró a los ojos.

—Ahora —dijo la palabra llena de deseo y admiración, haciendo alusión a algo que él sería capaz de entender si sus pensamientos no estuvieran tan llenos de ella—. Ahora.

«Ahora, sí».

Se dejó llevar por el placer, apretado y perfecto en torno a él, tan poderoso que pensó que no podría sobrevivir. Ella gritó su nombre mientras él se hundía un par de veces más. Dura, rápida, intensa, la liberación llegó a él y se retiró mientras se derramaba como nunca antes. Como si fuera la única vez. Y supo, en ese instante, que no la había arruinado para otros hombres. Pero

ella sí le había arruinado para otras mujeres. De por vida.

Se apartó y ella suspiró una protesta. Sufrió con ella una vez más. No estaba dispuesto a dejarla, pero se sujetó los pantalones desabrochados y cogió un pañuelo antes de tomarla en brazos para llevarla a uno de los sofás que había en el lado opuesto. Se sentó con ella en el regazo y la limpió.

—Tú no… —La voz de Georgiana se fue apagando.

—Creo que prefieres no arriesgarte. —No es que no le gustara la idea en secreto. Una serie de pequeños niños rubios con los bonitos ojos ámbar de su madre—. No elegiste la última vez. Deberías elegir la próxima.

Vio que se le llenaban los ojos de lágrimas y la abrazó. Quería mantenerla a salvo. «Para siempre». ¡Dios! Esa palabra otra vez.

Georgiana se acurrucó contra él, y comenzó a acariciarla. Pasó los dedos por su hermosa y suave piel, recordando el evento en su mente mientras su respiración recobraba la normalidad. Rememoró las palabras, los movimientos, los sonidos. Los momentos de sorpresa. De asombro. De deseo. «De incomodidad». Entonces lo supo. Ella alzó la cabeza cuando detuvo sus manos.

—¿Qué ocurre?

Él sacudió la cabeza sin querer responder. «No deseo que sea verdad». Ella sonrió y lo besó en la mandíbula.

—Cuéntame…

«No he estado… con nadie…», había dicho ella y él no la había creído.

¿Quién era ella? ¿A qué jugaba? «¿A qué jugaba Chase?».

La miró a los ojos, percibiendo su sinceridad. Su honestidad. Era raro… Su propia mirada debió transmitir algo porque lo observó con cautela.

—¿Duncan?

No quería decirlo y, sin embargo, no podía detenerse.

—No eres una puta.

Capítulo 17

«…Es una constante sorpresa para esta publicación que lady G. fuera apartada con tanta facilidad durante casi una década. ¡Qué no ofreceríamos por haber echado un vistazo al pasado de esta dama! Por desgracia, tendremos que conformarnos con disfrutar de su brillante futuro…».

«…Esta semana se votarán algunas cuestiones cruciales en el Parlamento. El dueño de este periódico es un entregado defensor de establecer límites claros sobre el trabajo infantil y va a observar de cerca cómo los líderes de esta gran nación deciden el destino de sus ciudadanos más jóvenes…».

La voz de Londres, 9 de mayo de 1833

Ella se quedó helada al escuchar las palabras. Quizá podría haberlas obviado si no fuera por la forma en que la había hecho sentir. Porque poco a poco y sin esfuerzo la había hecho bajar la guardia, que ahora estaba en el suelo junto con sus pantalones, su corbata y todas sus inhibiciones. Si no fuera por la forma en que le había proporcionado placer y paz, y prometido más, incluso aunque ella sabía que todo era fugaz. Quizá hubiera podido mentir, pero ¿de qué manera? ¿Cómo podía pretender convencerlo de que conocía los trucos de la mejor *madame* de Londres cuando él la había conquistado por completo con sus besos, sus caricias y su bondad?

Había esperado los besos. Las caricias. Pero la bondad había sido demasiado. La había desnudado por completo, dejándola sin nada que la protegiera de sus cuidadosas observaciones y sus preguntas inclementes.

Por primera vez en mucho tiempo, no supo qué decir. Se levantó de su regazo y caminó desnuda hasta el lugar donde la había despojado de su ropa y sus mentiras. Cogió la camisa del brazo de la silla, donde había aterrizado y se sentó allí, cerrando la prenda a su alrededor mientras él volvía a hablar.

—Ahora no puedes esconderte de mí. No aquí. Chase y tú tenéis algún tipo de plan… uno del que yo formo parte. A mi pesar. —Las palabras la hicieron estremecer de miedo. Aquel hombre tan brillante había descubierto uno de sus bien guardados secretos, y estaba a punto de desvelar los demás.

La ironía de todo aquello era que la mayoría de los hombres estarían encantados de saber que no se habían acostado con una prostituta. Pero Duncan West no era como los demás hombres. Y no parecía nada satisfecho con aquel descubrimiento.

No parecía importarle que ella estuviera prácticamente desnuda, o emocionalmente desnuda, o inquieta por su declaración, o que no quisiera hablar sobre ello.

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con alguien?

Trató de cambiar el tema de la conversación mientras se inclinaba para recoger los pantalones.

—Suelo dormir con Caroline bastante a menudo.

La mirada de Duncan estaba llena de furia cuando él se inclinó hacia delante. Ella intentó

ignorar la manera en que los músculos se ondularon bajo la piel suave.

—Permíteme reformular la pregunta, a veces me olvido de lo que has elegido hacer en la vida. ¿Cuándo fue la última vez que follaste con un hombre?

La crudeza de su expresión fue un regalo, que le recordó que ella no era cómo se sentía en ese momento; era la reina de los bajos fondos de Londres, más poderosa de lo que nadie podía imaginar. Más poderosa de lo que él podía imaginar.

Debería estar enfadada con él. Debería haber cuadrado los hombros, ignorado su estado de desnudez y dicho lo que podía hacer con aquel lenguaje soez. Debería haberse acercado a la pared, desnuda y audaz, y hecho sonar la campanilla para llamar a los guardias de seguridad de aquel lugar, donde él no debería estar. Al que no debería haberlo llevado. A pesar de que jamás lo olvidaría.

Miró hacia otro lado. La tarde se había estropeado y solo sentía una profunda rabia que la impulsaba a decirle la verdad. A reparar el momento. A responder a sus preguntas, volver a sus brazos y recuperar su confianza. No hacía ni una hora, él había jurado que la protegería.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que alguien quiso protegerla?

—Mírame —dijo él. No era una petición.

Y lo miró, desesperada por mantenerse fuerte.

—Lo que hicimos no fue… no fue… —No se atrevía a decir la palabra—. Eso.

—¿Cómo lo sabes? —Él entrecerró los ojos.

Duncan quería hacerle daño y lo hizo, la pregunta fue como un golpe. No era que no lo mereciera, pero fue un golpe en cualquier caso. La respuesta la dejó más desnuda de lo que nunca imaginó que podría estar.

—Porque la última vez que hice esto, lo fue. —Sus ojos castaños buscaron los de ella, que intentó transmitirle la verdad. Una vez dicha la primera frase, el resto fue más fácil de lo que esperaba—. Esto no fue igual. Esto fue… más.

—¡Dios! —Duncan se levantó.

Ella le sostuvo la mirada.

—Es algo más.

—¿De verdad? —preguntó él, lleno de duda. Lo vio pasarse las manos por el pelo, frustrado —. Me has mentido.

Lo había hecho, pero ahora no quería hacerlo, a pesar de que se había envuelto a sí misma en mentiras. Se había rodeado de muchas. A pesar de que sus mentiras eran capas de miles de formas, demasiadas y demasiado complejas para decir la verdad. Cada una estaba demasiado conectada a las demás para encontrar un camino hacia la luminosa honestidad.

—Quiero decir la verdad —confesó.

—¿Por qué no lo haces? —preguntó él—. ¿Por qué no confías en mí? Hubiera… Si hubiera sabido que tú… que Anna… Que nada de eso era cierto, habría… —Se detuvo como si buscara las palabras precisas—. Habría tenido más cuidado.

Nunca en su vida se había sentido más cuidada que en la última hora, entre sus brazos. Y quería darle algo a cambio. Algo que nunca le había dado a otra persona. Su secreto más oscuro, oculto entre sus pensamientos más profundos.

—El padre de Caroline —susurró—. Él fue el último.

—¿Cuándo? —preguntó él tras el largo silencio que se apoderó del lugar.

Todavía no lo había entendido.

—Hace diez años.

Él contuvo el aliento y ella se extrañó por el sonido; parecía herido por su verdad.

—¿Solo lo has hecho una vez?

Duncan intuía la respuesta a la pregunta y ella lo sabía, pero respondió de todas maneras.

—Hasta ahora.

—Era imbécil —aseguró él, ahuecando las manos sobre su cara para obligarla a mirarlo.

—No lo era. Solo era un muchacho que deseaba a una chica. Pero no para siempre. —Sonrió—. Ni siquiera para una segunda vez.

—¿Quién era?

Ella se sonrojó. Odiaba la respuesta.

—Trabajaba en los establos de la finca de mi hermano. Me había ensillado el caballo un par de veces y cabalgado conmigo en otra ocasión. —Miró hacia otro lado, rodeándose la cintura con los brazos—. Me… me embrujó con su sonrisa. Con sus halagos.

Él asintió con la cabeza.

—Así que corriste el riesgo.

—Solo que no era un riesgo. Estaba convencida de que lo amaba. Me había pasado toda la vida, mi corta vida, protegida, sin entrar en contacto con el mundo. No quería nada. Y cometí el gran error que cometen todos los niños ricos desde el principio de los tiempos, buscaba lo que no tenía en lugar de disfrutar de lo que me había sido dado.

—¿A qué te refieres?

—Al amor —dijo con sencillez—. No tenía amor. Mi madre era fría. Mi hermano, distante. Mi padre ya había muerto. El padre de Caroline era cálido, cercano y estaba vivo. Y estaba segura de que me amaba. Creí que se casaría conmigo. —Se encogió de hombros ante el recuerdo y sonrió—. Era una chica tonta.

Él guardó silencio durante un buen rato con el ceño fruncido.

—¿Cómo se llama?

—Jonathan.

—No es esa la parte de su nombre que quiero saber.

Ella sacudió la cabeza.

—Es la única que te voy a dar. No importa quién es. Se fue y nació Caroline. Eso es todo.

—Debe pagar por lo que hizo.

—¿De qué manera? ¿Casándose conmigo? ¿Dando su nombre a Caroline?

—¡Maldición, no!

Ella frunció el ceño. Todos aquellos con los que había discutido sobre el nacimiento de Caroline, se habían mostrado de acuerdo en que si se casaba, todo iría bien. Su hermano la amenazó con el matrimonio, al igual que la media docena de mujeres que vivían con ella en Yorkshire, después de que diera a luz a Caroline, mientras la criaba.

—¿No crees que debería obligarle a casarse conmigo?

—Creo que debería ser colgado de los pulgares en el árbol más cercano. —Ella abrió mucho los ojos y él continuó—. Creo que debería ser obligado a caminar desnudo por Piccadilly. Creo que debería subirse al *ring* del sótano para que yo pudiera destrozarlo de la misma manera que te destrozó a ti.

Mentiría si dijera que no disfrutaba al oír esas amenazas.

—¿Harías eso por mí?

—Y más —aseguró él. No estaba siendo jactancioso, sino rápido y sincero—. No me gusta que lo protejas.

—No lo protejo —protestó ella, intentando explicarse—. Es que no quiero darle relevancia. No deseo que tenga el poder que tienen los hombres sobre las mujeres. No quiero que sea una parte de mí. De lo que soy. De lo que es Caroline. De lo que podría llegar a ser.

—Él no es ninguna de esas cosas.

Georgiana lo miró durante mucho tiempo. Quería creerle. Conocer la verdad.

—Tal vez no para mí… pero para ellos, para ti… por supuesto que lo es. Y lo será, hasta que haya otro.

—Un marido. Con un título.

Ella no respondió. No era necesario.

—Cuéntame el resto.

Ella se encogió de hombros.

—No hay mucho que decir.

—Lo amabas.

—Creía que lo amaba —le corrigió. Y lo creía. Pero ahora…

«Amor». Repitió la palabra una y otra vez mentalmente, considerando su significado y la experiencia que había tenido con ella. En su momento, creyó amar a Jonathan. Estaba segura de ello. Pero en el presente, en ese lugar… con ese hombre, se dio cuenta de que lo que había sentido hacia Jonathan era minúsculo. Apenas un dedal.

Lo que sentía por Duncan West era como el ancho mar. Pero no pensaba dar nombre a ese sentimiento. Era demasiado peligroso. Porque ella tenía sus secretos, sus mentiras… y él también.

Sacudió la cabeza y se miró el regazo, donde el largo y bronceado brazo de Duncan cruzaba sus pálidas piernas. Puso la mano sobre el antebrazo y rozó el vello dorado.

—Pensaba que lo amaba —repitió.

—¿Y?

Ella sonrió.

—Te lo he dicho ya, es una historia tan vieja como el tiempo.

—¿Y después?

—Ya lo sabes, periodista.

—Sé lo que dicen. Me gustaría escuchar tu versión.

—Me fui a Yorkshire. O mejor dicho, huí a Yorkshire.

—Dicen que te fugaste con él.

Ella se rio. El sonido fue triste incluso a sus propios oídos.

—En ese momento hacía mucho tiempo que él había desparecido de mi vida. Se fue al amanecer, el mismo día que…

Duncan respiró hondo con ira y ella se detuvo.

—Sigue —la instó.

—Me subí a un carruaje de postas. La tía de mi doncella conocía un lugar en Yorkshire. Un lugar donde podían acudir las muchachas. Para estar a salvo.

Él arqueó una ceja.

—La hermana de un duque en un carruaje de postas.

—No tenía otra manera. Me habrían cogido.

—¿Hubiera sido tan malo?

—No sabes cómo era entonces mi hermano. Cuando descubrió lo que había ocurrido, se puso furioso. Y su furia es aterradora. Mi madre se llenó de odio y desprecio. No volvimos a

dirigirnos la palabra.

Él entrecerró los ojos.

—Solo eras una niña.

Georgiana sacudió la cabeza.

—Después de tener a mi hija, dejé de serlo.

—Entonces, ese lugar… te acogió.

Asintió con la cabeza.

—A mí… y a Caroline. —Pensó en Minerva House, en sus agradables habitantes y sus exuberantes tierras—. Era un lugar hermoso. Tranquilo y acogedor. Allí me aceptaban. Era mi… hogar. —Hizo una pausa—. El último que he tenido.

—Tienes suerte de haber tenido alguno.

Lo observó con atención, sintiendo que la declaración ocultaba más de lo que parecía, pero antes de que pudiera presionarle, él volvió a la carga.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Cuatro años.

—¿Y luego?

—Luego murió mi madre. —Duncan asintió absorto en la historia—. Regresé a casa. Sentía que debía estar en Londres para llorarla. Traje conmigo a Caroline. La arranqué de la seguridad de su hogar, donde nadie la había juzgado nunca y la traje a este lugar horrible. Londres en plena temporada. Un día, cuando dábamos un paseo por Bond Street, noté las miradas.

Habían sido cientos. Suficientes como para que el odio comenzara a crecer, ardiente e inflexible, en su pecho.

Él la entendió.

—No te aceptaron.

—Por supuesto que no. Mi reputación estaba arruinada. Destrozada. Madre de una niña, que no es nada. Si hubiera sido un muchacho… —Su voz se apagó.

—Si hubiera sido un muchacho, tendría alguna posibilidad.

Pero no lo era. Y aquello convirtió el odio en rabia.

Y, más tarde, en un plan para controlarlos a todos.

—Y después Chase te encontró.

Eso los devolvió al presente. A ese lugar. A sus secretos… y a las mentiras. Desvió la vista.

—Fue al contrario. Yo encontré a Chase.

Él sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Por qué te has hecho pasar por una prostituta? Podía ocurrirte cualquier cosa. ¡Joder! Pottle casi… —No terminó la frase y cerró los ojos un instante—. ¿Qué hubiera pasado si yo no hubiera estado allí?

Ella sonrió.

—Las mujeres en mi posición son muy poderosas. Elegí estar aquí, en este lugar. Elegí este camino. Este mundo. —Hizo una pausa—. ¿Cuántas mujeres pueden elegir?

—Pero podrías haber elegido otra cosa. Podrías haber sido institutriz.

—¿Quién me habría contratado?

—Modista.

—No sé dar una puntada.

—¿Es que no entiendes lo que quiero decir?

Claro que lo hacía. Había escuchado los mismos argumentos miles de veces a su hermano. Y

le había respondido lo mismo que a Duncan.

—Ninguna de esas ocupaciones tenía el poder que tiene esta.

—Consorte de un rey.

«Soy el propio rey».

—Quería tener poder sobre todas las personas que se me quedaron mirando y alzaron la nariz con desprecio. Sobre todas las que me juzgaron. Sobre todas las que me lanzaron piedras. Quería demostrarles que vivían en casas de cristal.

—Y Chase te lo puso en bandeja. Chase y los otros, todos con ganas de hacer lo mismo. Te convertiste en la quinta de la alegre pandilla.

«Díselo». No había quinto. Ella era el cuarto. «Soy la primera». Lo sabía. Podía decirlo. «Soy Chase».

Pero no podía. Acababa de contarle la historia de la traición más profunda, la que la arruinó para siempre, la que amenazaba a Caroline, y la razón de sus secretos. Si le contaba el resto, estaría arrodillándose a sus pies, ¿y luego qué?

¿Llegaría a protegerla una sola vez más si supiera que era el hombre que lo manipulaba? ¿Que lo utilizaba? ¿Protegería el club? ¿Protegería esa vida que tanto le había costado construir? «Quizá». Podría haberlo hecho, si él no hubiera hablado.

—Y aun ahora, lo proteges —dijo él, y ella notó su amargura—. ¿Qué es ese hombre para ti? ¿Qué eres para él? Si no es tu dueño, tu consorte, tu benefactor, ¿quién coño es?

Había algo en esas palabras, algo que no era por ella. Algo que no era por curiosidad. Algo así como un deseo. Algo así como desesperación. Duncan quería conocer el secreto de Chase. El suyo. Pero si lo supiera, ¿le confiaría Duncan el que tan celosamente protegía?

Se resistió a responder a su pregunta, odiando que incluso en ese momento, en esa situación, después de la intensa experiencia que habían compartido, todavía tratara de sonsacarle información. De camelarla.

Duncan había visitado a Tremley ese mismo día. Había tomado la información que le dio y había hecho algo inesperado con ella. Algo indefinible.

—Dime quién es, Georgiana —la presionó. Y ella notó su tono de súplica. ¿Qué quería de ella? ¿De Chase?

Lo miró a los ojos, en estado de alerta.

—¿Por qué es tan importante?

Él no dudó.

—Porque he sido un buen soldado durante todos estos años. Es el momento.

—¿De qué? —insistió ella—. ¿De arruinarle?

—De poder protegerme de él.

Ella sacudió la cabeza.

—Chase nunca te hará daño.

—Eso no lo sabes —dijo él—. Te ciega su poder. No ves lo que hace para mantenerlo. —Duncan señaló la puerta con la mano—. ¿Es que no te das cuenta? ¿No ves cómo juega con la vida? ¿Cómo maneja a los hombres que hay abajo? ¿Cómo los tienta a apostar hasta que no les queda nada? ¿Hasta que todo lo que tienen le pertenece?

—No es así. —Nunca había sido tan arrogante. Tan estratega.

—Por supuesto que lo es. Él se ocupa de la información. Secretos. Verdades. Mentiras. —Hizo una pausa—. Yo también me ocupo de esas cosas, por eso nos llevamos tan bien.

—¿Por qué no dejar las cosas como están? —Georgiana no quería que cambiara. Todo lo

demás se movía a su alrededor—. Tú estás siendo bien compensado. Tienes acceso a información sobre toda la gente de Londres. Pides, recibes. Noticias. Chismes. El archivo de Tremley.

Él se quedó inmóvil.

—¿Qué sabes?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué es lo que me ocultas?

Él se rio.

—Después de todo lo que tú no me dices, ¿tienes el descaro de pedir que te cuente mis secretos?

Georgiana se abrochó la camisa, protegiéndose en más de un sentido.

—¿Qué relación tienes con Tremley?

Duncan sostuvo su mirada sin vacilar.

—¿Qué relación tienes con Chase?

Ella guardó silencio durante un buen rato mientras sopesaba qué decir. Mientras sopesaba las implicaciones de la verdad.

—No puedo decírtelo —dijo finalmente.

Él asintió con la cabeza.

—Ni yo.

Se quedó inmóvil, mirándolo. Duncan también tenía secretos. Ella lo sabía, pero hasta ese momento no había tenido ninguna prueba. Ahora sí la tenía. Y si bien el descubrimiento debería hacerla muy feliz —ella no era la única que llenaba de mentiras su relación—, solo se sintió devastada y triste. Quizá porque sus secretos hacían que ella guardara los suyos. Ninguno de los dos era honesto. No tenía sentido la definición de lo que sentía por él. Y, sin duda, no había razón para definirlo como amor.

Duncan West le acababa de ahorrar mucho dolor, pensó, ignorando la opresión que sentía en el pecho. Se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Entonces, ¿qué?

Ella miró hacia otro lado. Él se puso en pie, tiró de la camisa y se abrochó el pantalón. Ella fue consciente de que no había llegado a quitárselo en ningún momento. Supuso que se lo había dejado puesto por si acaso entraba Chase. Por si acaso los seguía. Lo vio ponerse la corbata con cuidado, observándola mientras completaba los movimientos de memoria, sin ayuda de un espejo.

Mientras, ella se obligó a no rogarle que se quedara. Cuando terminó, recogió la chaqueta del suelo y se la puso aunque no la abotonó. «Quédate». Podía decirlo sí, y luego ¿qué? Miró hacia otro lado.

Él se colocó los puños de la camisa de manera que asomaran por el borde de la manga de la chaqueta. Solo la miró cuando acabó.

—Lo eliges a él.

—No es tan sencillo.

—Es justo así de sencillo. —Duncan hizo una pausa—. Dime una cosa. ¿Es esto lo que quieres? ¿Quieres estar completamente a su merced?

«No más».

¿En quién se había convertido?

Vio la respuesta en el rostro de Duncan. La frustración, la confusión… hasta que su expresión

se volvió acerada, borrando toda emoción.

—Permíteme entonces dejarle un mensaje. Dile que ya no estoy en deuda con él. He terminado. Hoy. Que busque a otro que haga su voluntad. —Abrió la puerta y salió—. Adiós, Georgiana.

Se marchó sin mirar atrás, cerrando la puerta con un suave clic. Ella miró la puerta durante un buen rato, esperando que sucedieran un buen número de cosas. Que él volviera. Que la tomara entre sus brazos y le dijera que todo era un error. Deseó decirle la verdad. Deseó que la besara hasta que no le importara ese mundo, esa vida, ese plan que había llegado a ser el centro de su existencia. Deseó que la deseara lo suficiente para descubrir todos sus secretos. Deseó que la amara lo suficiente. Pero sabía que era imposible. Respiró hondo, se sentó detrás del escritorio y sacó un trozo de papel. Miró la extensión en blanco durante un buen rato, pensando en todo lo que podía escribir. En todos los caminos que podían cambiar el curso de su relación.

¿Y si se lo contaba todo? ¿Y si se ponía en sus manos? ¿Si le entregaba su corazón? ¿Si se ofrecía a él? «¿Y si lo amaba?».Era una locura. El amor nunca sería suficiente para ellos. Incluso si encontraran la forma y el momento de confiar el uno en el otro, Duncan West no era un aristócrata. No podía ofrecer a Caroline el futuro que ella quería. Solo había una manera de mantener sus secretos a salvo. De mantener su corazón a salvo.

Cogió una pluma y sumergió la punta en la tinta para escribir dos líneas.

«Su pertenencia al club ha sido cancelada.
Y manténgase alejado de nuestra Anna».

«Nuestra Anna». Las palabras eran una broma, el mejor y postrer vestigio de la estúpida fantasía de una chica. Siempre había deseado en secreto ese posesivo, ansiaba ser querida. Y a pesar de que no le gustaba admitirlo, lo seguía deseando.

Dobló el papel dos veces hasta que formó un cuadrado perfecto, luego lo selló con cera carmesí, cogió el pesado relicario de plata que colgaba de su cuello y presionó una elaborada C antes de llamar a un mensajero para que lo entregara.

Se dijo que era lo mejor mientras dejaba la misiva a un lado y cogía un dosier, uno marcado con un apellido. «Langley».

Tenía otros planes para su vida. Para Caroline. Y amar a Duncan West no formaba parte de ellos. «Ni siquiera aunque lo deseara con todas sus fuerzas». Regresó a su trabajo. A su mundo, vacío sin él.

Duncan se alejó del club, furioso, y se dirigió a sus oficinas, desesperado por una prueba de que aún ostentaba algún tipo de poder en ese mundo que parecía haberse convertido en una espiral fuera de control.

Tremley, Chase, Georgiana… Todos deseaban poseerlo. Manejarlo como un arma; sus periódicos, su red de información, de opinión. Su corazón. Solo uno de ellos amenazaba su corazón.

Corrigió la evaluación anterior de la situación. Ella no quería ser la dueña de su corazón. Al contrario, no parecía comprometida en absoluto con ese órgano en concreto.

Se abrochó el abrigo y se puso el sombrero para recorrer el camino hasta Fleet Street como si el viento fuera un digno enemigo. Mantuvo la cabeza baja, esforzándose por no ver a nadie. Por

no dejar que lo vieran. Que no supieran de sus dudas, su frustración, su dolor. Y dolía… tenía una opresión en el pecho. Había pensado que esa tarde la haría cambiar de idea. Había pensado que ganaría el corazón de Georgiana. ¡Qué idiota había sido!

Ella llevaba demasiado tiempo con Chase como para darle la espalda ahora, y había algo poderoso en el compromiso que mantenía con el propietario de El Ángel Caído. Algo todavía más notable porque no era una relación física.

Un recuerdo surgió sibilina y espontáneamente. Georgiana tendida en la mesa, con el pelo dorado flotando a su espalda hasta rozar el duro roble. Sus pechos, erguidos para él. Sus muslos separados. Sus ojos clavados en él. Se había entregado por completo, físicamente al menos —a sus besos y sus caricias—, pero más que eso, se había entregado de muchas otras formas. Le había confiado su placer, sus secretos.

«Algunos de sus secretos».

Pero aquel que le había preguntado no era suyo. La identidad de Chase no tenía nada que ver con ella. Y, sin embargo, ella permanecía fiel a ese hombre, negándose a renunciar a lo único que podía protegerle de él.

Había cierta nobleza en sus acciones, una lealtad que no podía dejar de respetar aunque la odiara. A pesar de que la envidiaba. La quería para sí mismo. La deseaba. La amaba.

Alzó la mirada, estaba a solo unos metros de sus oficinas y vio a un caballo castaño atado a un poste frente a la entrada. Era un animal que le resultaba familiar, pero ya fuera por el día o la frustración, no lograba ubicarlo. Subió los escalones de piedra y entró. Casi pasó de largo la sala de recepción del edificio antes de darse cuenta de que había una mujer sentada en el interior, leyendo el último número de *El folleto de los escándalos*. Una joven. Muy joven.

Se quitó el sombrero y se aclaró la garganta.

—Señorita Pearson.

Caroline dejó el periódico de inmediato y se puso en pie.

—Señor West.

Él arqueó las cejas de manera inquisitiva.

—¿En qué puedo ayudarla?

Ella sonrió. Él se sorprendió al darse cuenta de que aquella expresión la convertía en una versión más joven de su madre.

—He venido a verlo.

—Tengo una reunión. —Imaginó que debería enviarle una nota a Georgiana, informándola del lugar donde se encontraba su hija—. Pero estoy libre durante el próximo cuarto de hora —dijo—. ¿Le apetece tomar un té?

—¿Tiene té aquí?

Él curvó los labios.

—Pareces sorprendida.

—Lo estoy. El té parece tan…. —Hizo una pausa—. Civilizado.

—Incluso tenemos tazas.

Ella pareció considerarlo.

—Entonces, de acuerdo. Sí.

La llevó a su despacho e indicó a Baker que necesitaban comida.

—Y hablando de ser civilizados —añadió, mientras le señalaba una silla—, ¿dónde has dejado a tu acompañante?

Caroline sonrió.

—La he perdido.

Él se mostró sorprendido.

—La has perdido…

Ella asintió.

—Salimos a dar un paseo. Pero no fue capaz de mantener mi ritmo.

—¿Es posible que no supiera a dónde te dirigías?

—Todo es posible —dijo la niña con una sonrisa.

—¿Y simplemente llegaste aquí?

Caroline se encogió de hombros.

—Hemos establecido que leo sus periódicos, y la dirección está en la primera página. —Ella hizo una pausa antes de seguir—. No he venido de visita. He venido a concretar un negocio.

Él trató de no sonreír.

—Entiendo.

La vio fruncir el ceño con una expresión que había visto docenas de veces en su madre.

—¿Piensa que estoy de broma?

—Perdona.

Se salvó de añadir nada más porque llegó el té con bollos, nata y un montón de pastelitos que le sorprendieron incluso a él. Pero quizá la parte más gratificante del servicio de té fue la forma en la que Caroline se deslizó hasta el borde de la silla y miró los dulces con los ojos muy abiertos, de manera acorde a su edad. Ella era demasiado madura para sus años, al menos casi siempre —una versión más joven y sincera de su madre—, pero en ese momento, la niña de nueve años quería probar los pastelitos.

Y eso era algo que podía darle.

—Nos serviremos nosotros mismos —le dijo a Baker, que dejó un montón de cartas sobre la mesa antes de marcharse.

Caroline cogió de inmediato el pastelito relleno que ocupaba la parte superior y tenía la mano a medio camino de la boca cuando se quedó paralizada.

—Se supone que debo servir el té.

Él hizo un gesto con la mano.

—No quiero tomar té.

A ella no le importó la respuesta.

—No. Se supone que debo servirlo.

Con gran control, dispuso el pastelito en un plato y se levantó para coger la pesada tetera. Vertió el humeante líquido en una de las tazas.

—¿Leche? ¿Azúcar? —preguntó cuando estuvo llena.

Él sacudió la cabeza.

—Así está bien. —Ya era suficientemente malo tener que beber aquel brebaje para encima añadirle nada. Pero la niña parecía muy orgullosa de sí misma cuando le ofreció la taza, que se tambaleaba en su plato, y él hizo lo que haría cualquier hombre decente; bebió el maldito té.

—¿Un pastelito? —preguntó, y percibió el anhelo en la voz infantil.

—No, gracias. Por favor, siéntate.

Lo hizo. Notó que ella no se había servido una taza.

—¿No tomas té?

Ella tenía la boca llena, así que negó con la cabeza.

—No me gusta —dijo una vez que tragó.

—Pero lo pediste.

La vio encogerse de hombros.

—Me lo ofreció. Habría sido una grosería rechazarlo. Además, esperaba que estuviera acompañado de pastelitos.

Ese era, precisamente, el tipo de cosas que diría Georgiana. Era posible que madre e hija no hubieran pasado todo el tiempo juntas, pero sin duda estaban conectadas; eran inteligentes, perspicaces y poseían una sonrisa que ganaría más batallas que un ejército.

Esa niña iba a ser un peligro andante cuando creciera.

—¿Qué puedo hacer por ti, Caroline?

—He venido a pedirle que deje de ayudar a mi madre. No quiero que se case.

Al parecer ya era un peligro andante. Reprimió la tentación de inclinarse hacia delante.

—¿Qué te hace pensar que lo estoy haciendo?

—Los ecos de sociedad —repuso con entusiasmo—. Hoy fueron estupendos.

Por supuesto que lo fueron. Era lo único que había escrito después de lo ocurrido en la piscina, cuando la odiaba y adoraba a la vez.

—La hizo parecer muy respetable —añadió Caroline.

Él parpadeó.

—Es respetable. —Ignoró el hecho de que había hecho el amor con ella hacía apenas una hora.

La niña le miró a los ojos con total seriedad.

—Es consciente de que soy una bastarda, ¿verdad?

¡Santo Dios! Aquella niña era tan descarada como su madre. Ni siquiera debería conocer aquella maldita palabra. Pero le recordaba demasiado a otra chica, una vez más.

La misma palabra que susurraban cuando pasaba su madre… con su hermana.

—No quiero volver a oírte decir esa palabra.

—¿Por qué no? —preguntó—. Se lo que soy. Los demás la usan.

—No lo harán una vez que tu madre y yo nos encarguemos de ellos.

—Ellos… —respondió la niña—. Sencillamente no la usarán a la cara.

Aquella chica era demasiado lista. Sabía demasiado sobre el mundo. Y él, que solo hacía una semana que la conocía, odiaba que no tuviera más remedio que saberlo. Que su vida siempre se hubiera visto envuelta en el escándalo y la suciedad. Él solo podía darle una oportunidad de esquivar el decoro. Esa era la razón por la cual Georgiana se había puesto en contacto con él. Juntos, podrían ofrecer a Caroline una oportunidad, igual que él se la había dado a Cynthia hacía ya tantos años. Y en ese momento entendió por qué Georgiana se ocultaba de él. No sabía cómo no se había dado cuenta antes, cómo no había reconocido su manera de mover las piezas en el tablero de ajedrez que formaba la sociedad. ¿Acaso no lo había hecho también él? ¿Acaso no había cogido a su hermana y huido en la noche, por temor a ser atrapados, pero todavía más aterrorizado de quedarse allí, en ese lugar, con esas personas que la juzgaban con cada latido? ¿Acaso no se había construido esa vida para mantener a Cynthia a salvo? ¿Para mantener ocultos sus secretos?

Y ahora, mientras miraba a esa niña, comprendió que Georgiana estaba haciendo lo mismo para salvar a Caroline. A esa niña inteligente, de espíritu independiente y sonrisa capaz de encandilar a cualquiera… Georgiana haría lo que fuera para salvarla. Para ofrecerle la vida que ella no había tenido. Para mantener sus secretos bien guardados.

Y eso significaba guardar también los secretos de Chase.

¿Cuántas veces había visto cómo Chase destruía a un hombre? ¿Cuántas veces se había hecho cargo de una deuda que demolía una historia, una vida, una familia? ¿Cuántas veces le había ayudado e instigado aquellas destrucciones?

Por supuesto, se trataba de hombres que merecían ser demolidos, pero eso solo hacía que les resultara más tentador asociarse con él. Era fácil meterse en la cama con Chase y prácticamente imposible salir.

Había visto la resignación en los ojos de Georgiana —cuando la dejó—, como si no tuviera más remedio que ser la guardiana de Chase. Que jugar su juego. Y ahora, mirando a su hija, entendía por qué. Chase ostentaba demasiado poder sobre ella. Igual que lo tenía sobre cada uno de ellos. Nadie se había resistido a su dominio. Nadie había sido lo suficientemente fuerte como para hacerlo.

Hasta ese momento.

—No soy tonta —dijo la niña por encima de la mesa.

—No he dicho que lo seas —respondió él.

—Sé lo que pasa en el mundo —insistió ella—, y veo lo que mi madre está haciendo. Lo que le ha pedido que haga por ella. Pero no es justo.

Podría haber negado los cargos, pero esa chica que había pasado toda su vida en la oscuridad, merecía ver la luz.

—Tu madre quiere casarse.

—No quiere casarse. Cualquiera puede verlo.

Él cambió de táctica.

—A veces, hay que tomar ciertas decisiones para proteger a los seres queridos. Para mantenerlos contentos.

Ella entrecerró los ojos y al instante se sintió incómodo por lo que leyó en ellos.

—¿Usted lo ha hecho?

Había construido su vida de esa manera.

—Sí.

Ella lo miró durante un buen rato como si pudiera ver en él la verdad.

—¿Ha valido la pena? —preguntó finalmente.

Eso lo había dejado en deuda con Tremley, un hombre dispuesto a hacer cualquier cosa para mantener su poder. Había construido una vida en la que dependía de informantes y chismosos. Pero también había levantado un imperio, adquirido poder. Había logrado mantener a Cynthia a salvo. Y también podría mantener a Georgiana y a Caroline sanas y salvas. Incluso sin ser digno de ellas.

—Lo haría de nuevo sin dudar.

Ella se quedó pensativa

—¿Y qué hay de hacer feliz a mi madre?

También lograría eso, aunque solo si ella le dejaba. Sonrió a la niña.

—Tu madre tiene unas metas muy claras.

—Yo, en una casa en algún sitio, asistiendo a eventos sociales.

Él asintió con la cabeza.

—Con el tiempo. Hasta entonces, creo que se sentirá satisfecha si eres feliz.

Hubo un largo silencio hasta que volvió a hablar Caroline.

—¿Tienes hijos?

—No —respondió. Pero al mirar a esa chica, tan llena de fuerza e inteligencia como su

madre, pensó que quizá le gustaría tener un par de ellos.

—No es solo ella la que quiere que yo sea feliz —añadió la niña tras una larga pausa—. Quiero que ella lo sea.

Y él también lo quería, desesperadamente.

Se levantó con intención de rodear la mesa para… para no sabía qué, pero esperaba que fuera correcto consolar a esa chica que tanto anhelaba tener algún control sobre su propia vida. Sin embargo se detuvo cuando vio el pequeño sobre color crema sobre el escritorio y reconoció el sello. Era de Chase. Lo abrió antes de poder reprimirse, y leyó las palabras que con tanta contundencia llenaban el papel.

La ira fue ardiente y bien recibida, no por el hecho de haber perdido su lugar en el club —había una docena de clubes a los que podía asistir—, sino por la insistencia de que se mantuviera alejado de Georgiana.

La furia alcanzó su grado más alto con una sola palabra, el posesivo que lo atravesó como un veneno.

«Nuestra…». «Nuestra Anna». Quiso rugir su desacuerdo. Ella no era de Chase. No lo sería por más tiempo. Era suya. Ella y la niña que estaba sentada frente él. Les conseguiría una nueva vida. Las mantendría a salvo.

Puede que no supiera qué iba a ocurrir, pero sí sabía una cosa. El poder de Chase había terminado. Lo debilitaría, jamás volvería a dictar órdenes ni a Georgiana ni a Caroline. Él las protegería de Chase y su control sin igual. Y las vería florecer. Incluso aunque no estuvieran con él cuando lo hicieran.

—Deja que te lleve a casa. Tu acompañante estará aterrorizada de haberte perdido. —Rodeó el escritorio, notando que ella le observaba con atención.

—¿Qué pasa con mi solicitud?

—Me temo que ya tengo un acuerdo con tu madre. Ella quiere casarse y he prometido ayudarla.

—Es una mala idea.

Lo sabía. Georgiana no sería feliz con el matrimonio. Estaba seguro de que no sería feliz con Langley. Y él quería que lo fuera.

Quería hacerla feliz.

«Puedo hacerlo».

Por supuesto, no podía. No de verdad. No con su pasado. No con el futuro que se cernía sobre él cada vez que Tremley le amenazaba.

—¿Qué ponía en ese mensaje? —preguntó Caroline.

Él sacudió la cabeza.

—Nada importante.

—No le creo —respondió ella, mirando a su mano, donde aplastaba el papel con el puño.

Él siguió la dirección de sus ojos.

—Es el siguiente movimiento en un juego que llevo años disputando —explicó.

—¿Está perdiendo? —preguntó ella con curiosidad.

Él sacudió la cabeza. Su siguiente paso estaba claro, por la mujer que amaba.

—No por más tiempo.

Capítulo 18

«… Es opinión de esta publicación que lady G. ha vuelto a integrarse por completo en la sociedad. En el baile de los S. de la última noche, la dama no tuvo un respiro. Y se la vio bailando con lord L. en tres ocasiones diferentes…».

«… cuando la temporada de este año se encuentra en pleno apogeo, este redactor ha descubierto que, sin lugar a duda, son las damas de Londres las que gobiernan…».

Página de cotilleos del *Semanal de Britannia*,
13 de mayo de 1833

Esa noche, lady Tremley llegó a El Otro Lado maltratada, golpeada y pidiendo ver a Anna. Georgiana —vestida de Anna— recibió a la condesa en una de las pequeñas habitaciones reservadas para los miembros femeninos del club, donde cerró la puerta a su espalda y comenzó a ayudar a la dama a deshacerse de la ropa de inmediato. Era importante evaluar con rapidez los daños que había provocado el conde.

—He pedido que llamen a un médico —dijo en voz baja mientras soltaba el corpiño del vestido de lady Tremley—. Y, si me lo permite, me gustaría enviar a un hombre en busca de sus pertenencias en Tremley House.

—No necesito nada de allí —dijo la dama conteniendo el aliento. Soltar el corsé acostumbraba a hacer sentir las contusiones que no se notaban.

—Lo siento, Imogen —se disculpó Georgiana. La culpa y la ira hacían que las palabras resultaran más amargas. Había permitido que esa mujer regresara a su casa sabiendo que podría ocurrir eso.

—¿Por qué? —La mujer tomó aliento cuando le pasó los dedos por las costillas—. No es culpa tuya.

—Te invité a quedarte aquí. No debería haber dejado que regresaras con él. —Retiró la mano —. Tienes al menos una costilla rota. Quizá más.

—No me podrías haber detenido —dijo lady Tremley—. Es mi marido. Literalmente es la cama en la que me acuesto.

—No volverás con él. —Georgiana saldría desnuda a St. James si así impedía que esa mujer regresara con su monstruoso marido.

—Después de esto, no —confirmó la mujer. Su voz sonaba nasal y tensa a través de la nariz y el labio hinchado—. Pero no sé dónde puedo ir.

—Ya te lo dije, aquí hay habitaciones. Podemos proporcionarte un lugar seguro.

Imogen sonrió.

—No puedo vivir en un casino de Mayfair.

Georgiana pensó que un casino de Mayfair era un lugar mucho más seguro para las chicas que vivían y trabajaban allí que Tremley House para la condesa. Que docenas de mansiones de la aristocracia para las mujeres que vivían en ellas. Pero no lo dijo.

—No veo por qué no —se limitó a comentar.

La condesa asimiló las palabras mientras el salvajismo del momento la envolvía. Por fin rio, parecía no saber cómo comportarse, pero se interrumpió bruscamente con una mueca de dolor.

—La vida es una locura a veces, ¿verdad?

Georgiana asintió.

—La vida es una locura siempre. Nuestra labor es no permitir que nos vuelva locos durante el proceso.

Permanecieron en silencio durante largos minutos mientras Georgiana sumergía un paño en un recipiente con agua y le lavaba la sangre de la mejilla y el cuello. Tremley había machacado a su esposa. La culpa la inundó de nuevo mientras volvía a enjuagar la tela y la llevaba de nuevo a la cara de la mujer.

—No deberíamos haberte implicado en esto.

Imogen sacudió la cabeza ligeramente, sin alejarse del paño.

—Solo diré esto una vez —dijo con la solemnidad de una reina—. Estaba agradecida por la invitación. Me proporcionó una manera de luchar contra él. De castigarlo. Y no me arrepiento.

—Si fuera miembro del club, yo... —Georgiana hizo una pausa, recordándose a sí misma quién era. Lo intentó de nuevo—. Si fuera miembro del club, Chase lo arruinaría.

Imogen asintió.

—Como no es miembro, ya imaginarás que hará todo lo posible para destruir este lugar. Me siguió. Sabía que yo sí era miembro.

Georgiana buscó los ojos azules de la mujer.

—Sabe que tienes que facilitar cierta información para pertenecer al club.

—Y como no tengo ninguna sobre mí… —La condesa miró hacia otro lado—. Soy débil —susurró—, me dijo que se detendría si confesaba…

—No. —Georgiana se arrodilló ante los pies de la otra mujer—. Eres muy fuerte.

—He puesto este lugar en peligro. Mi marido es un hombre muy poderoso. Sabe qué información te di. Qué datos tiene Chase.

«Los que tiene Duncan».

Duncan, que había estado en Tremley House ese mismo día. A quien había visto hablando con Tremley en dos bailes. Quien tenía información para destruir a ese hombre y, sin embargo, no la había usado.

—Debes advertir a Chase —dijo Imogen—. Cuando mi mari… —Se detuvo y usó otras palabras—. Cuando llegue el conde, hará lo que sea para destruir este lugar y a cualquier persona involucrada en él. Hará lo que considere necesario para mantener su estatus.

—¿Crees que eres la primera de nuestros miembros que tiene un marido así? Es necesario mucho más para destruirnos —la tranquilizó Georgiana con más valentía de la que sentía. Metió las manos de Imogen en agua caliente y se tensó ante la manera en que la mujer siseó de dolor—. No es el primero que nos amenaza y no será el último.

—¿Qué has hecho con la información? —preguntó la condesa—. ¿Cómo la utilizaréis? ¿Cuándo será usada en su contra?

—Espero que muy pronto —adujo Georgiana—. Si no aparece en *La voz de Londres* esta semana, la haré pública yo misma.

Imogen se quedó inmóvil al escucharla.

—¿*La voz de Londres*? ¿El periódico de West?

Georgiana asintió.

—Le pasamos la información a Duncan West para que la publicara. —La condesa se puso en

pie, vacilante y Georgiana la imitó—. Milady, por favor, debe quedarse sentada hasta que llegue el médico.

—No, West no.

Las palabras contenían sorpresa y algo muy peligroso, algo inquietante y próximo al miedo. Georgiana sacudió la cabeza.

—¿Milady?

—Mi marido tiene a West bailando en la palma de la mano desde hace años.

Georgiana se quedó paralizada. Odió el golpe que llegó al escuchar aquello. Odió el hecho de que sabía, sin lugar a dudas ni vacilación, que la condesa no mentía. Pensó en lo que le había contado Bourne. West en el baile de los Worthington, en el baile de los Beaufetherinstone, puede que no hubiera bailado, pero sí habló con el conde.

Debería haberlo sabido. Debería haber visto que… que Tremley y West eran socios en un extraño y perverso juego. «No puede ser verdad». ¿Por qué no? No sería la primera vez que creía conocer a un hombre. No sería la primera vez que pensaba que amaba a un hombre. Solo que esta vez no solo lo pensaba. Lo sabía. Y en ese caso, la traición dolía todavía más.

Una escena parpadeó en su mente. La noche en que llegó al club y descubrió que era Anna. La amenaza que había surgido.

«… le contaré al mundo tu secreto».

No quería creer que pudiera hacerlo, pero de repente, no lo conocía.

¿Quién era Duncan West?

Cruzó los brazos sobre su pecho oprimido, resistiendo el impulso de sujetar a aquella mujer por los hombros. Resistiendo el dolor que surgió, agudo y profundo.

—¿Tienes pruebas de ello?

Imogen se rio, un sonido salvaje y chirriante.

—No las necesito. El conde lleva años jactándose de ello. Desde antes de que nos casáramos. Le dice a todos los que quieren escucharle que West es su perrito faldero.

Georgiana se encogió ante el insulto.

«Perrito faldero».

No era algo que pudiera identificar con Duncan. No podía imaginarlo plegándose a los deseos de otra persona y menos a los de un monstruo como Tremley. Una asociación entre ambos implicaría que Duncan lo sabía todo, desde las actividades traicioneras de Tremley hasta su inclinación por golpear a su esposa. Conocería su alma negra.

Algo no encajaba. Pero allí estaba la condesa. Ensangrentada y llena de moretones, con algún hueso roto, contándole la historia de que Tremley y Duncan eran socios.

Recordó la noche en que lo conoció como Georgiana, en el balcón, cuando le retiró una pluma del cabello y se la pasó por el brazo, por el codo, haciendo que deseara no llevar guantes para sentir su piel. Para sentirlo a él.

«¿No sería mejor saber exactamente con quién está tratando?». La pregunta fue tan franca que ella respondió. Y se dijo a sí misma que ella conocía la realidad y la ficción, la verdad y la mentira. Que distinguía a los hombres buenos de los malos. Y luego él había ido al club. La había seguido hasta allí. «¿Con qué propósito?». El pensamiento llegó acompañado de cierto pavor. ¿La había seguido de verdad? ¿Sería posible que supiera desde el principio que tenía dos personalidades en vez de una? ¿Qué era Anna y Georgiana a la vez?

¿Sería posible que su única intención hubiera sido utilizarla para conseguir lo que Chase podía averiguar sobre Tremley? ¿Habría utilizado a esa mujer? ¿O ella no sería más que daños

colaterales en su batalla contra el conde?

«¡Dios!». Él la había besado. La había tocado. Y había estado a punto de prometerle un futuro.

«Pero él no te ha prometido ningún tipo de futuro».

De hecho, incluso cuando estaba desnuda ante él, haciéndole el amor, había afirmado que juntos no tenían futuro.

«Debido a lo que soy, a cómo soy… Lo nuestro es imposible».

Se heló al recordar sus palabras. ¡Dios! ¿Quién era él? ¿Sería posible que hubiera jugado con ella, tentando su corazón con mentiras? ¿Con ella, que ejercía control sobre todo el mundo? ¿Cómo había llegado a controlarla así?

«¿Qué relación tienes con Tremley?». «¿Qué relación tienes con Chase?».

Secretos emparejados. Algo se rompió en su interior… Algo que no sabía que se había reparado desde que era una niña. Algo que era absolutamente diferente que cuando era niña.

No había estado enamorada de Jonathan. Ahora lo sabía. Lo sabía, sin lugar a dudas, porque amaba a Duncan West. Y ese amor —más poderoso que la razón— la destruiría.

Sostuvo la mirada de la condesa.

—Lo he hecho —confesó—. Te he traído aquí y te puse en peligro. —Sacudió la cabeza—. Él…

Llamaron a la puerta, salvándola de terminar aquel pensamiento en voz alta. Pero mientras cruzaba la pequeña estancia, lo completó una docena de veces mentalmente.

«Él me mintió».

Pero ¿por qué?

Se volvió hacia la condesa con los puños apretados, como si estuviera preparándose para la batalla.

—Es el cirujano… nada más.

Lady Tremley asintió y ella abrió la puerta para encontrar a Bruno, serio y vigilante. Georgiana ladeó la cabeza de forma interrogativa y el guardia miró a la condesa detenidamente.

—Tremley está aquí —informó en voz baja.

Georgiana lo miró a los ojos, en ese momento era Chase.

—Como no pertenece al club, no puede entrar.

—Afirma saber que su esposa está aquí, y que está dispuesto a regresar acompañado de la Guardia Real la próxima vez si no le dejamos pasar ahora.

—Díselo a los demás.

—Quiere hablar contigo.

Ella miró por encima del hombro para asegurarse de que la condesa estaba lo suficientemente lejos como para no escucharlos, y luego se inclinó hacia el gigante.

—Bueno, pues no va a hablar con Chase.

Bruno sacudió la cabeza.

—Me has entendido mal. Quiere hablar con Anna.

Un ramalazo de miedo la atravesó de pies a cabeza, extraño y poco familiar.

—¿Con Anna? —repitió.

—Dice que es la única persona con la que quiere hablar.

—Bien, entonces lo recibiré —dijo.

—Tú y alguien que te guarde las espaldas —repuso Bruno, protector.

A ella no le parecía mal plan. Se volvió hacia la dama.

—Parece que tu marido ha pedido hablar conmigo.

Imogen abrió mucho los ojos.

—No puedes enfrentarte a él. Te obligará a contarle todo.

Georgiana sonrió con el único objetivo de proporcionar ciertas esperanzas a la condesa.

—No soy una mujer que se doblegue con facilidad.

—Él no es un hombre que se dé por vencido con facilidad.

Eso ya lo sabía. Pero era un hombre que entendía el poder y las influencias. Y ella no tenía miedo de recurrir a ambos para luchar contra él.

—Todo irá bien —aseguró a la otra mujer, deslizando la mirada sobre los cortes y contusiones que ninguna mujer se merecía, con la ira ardiendo a fuego lento en su interior. Por Imogen. Por Duncan.

«Por la verdad».

Aquel pensamiento la atravesó como un hilo de fe… Fe en que él no le había mentido. Esperanza en que fuera lo que parecía y nada más.

¿Sería posible que Duncan fuera lo que parecía que era?

Porque parecía un buen tipo.

Arrancó aquellas ideas de su mente con precisión quirúrgica cuando llegó el cirujano para asistir a lady Tremley. Una vez que se aseguró de que la nueva residente de El Ángel estaba en buenas manos, atravesó la vasta red de pasadizos y pasillos para llegar a una estancia en el lado masculino del club, una de las que reservaba para los peores delincuentes.

Entre el personal, la habitación era conocida como Prometeo, en referencia al óleo que había en su interior —Zeus, en forma de águila, castigaba a Prometeo con un lento e insoportable destripamiento por robar el fuego de los dioses—. La pintura estaba diseñada para intimidar y aterrorizar, y ella se aseguró de que era así entrando en la habitación flanqueada por Bruno y Asriel para enfrentarse a lord Tremley. Esperó que el corazón del conde diera un par de vuelcos.

Él se levantó en el otro extremo de aquella habitación sin ventanas; una ancha mesa de roble se interponía entre ellos. Georgiana no dudo en iniciar la conversación.

—¿Cómo puedo ayudarle?

El conde sonrió y ella pensó que en un momento diferente, si fuera otra mujer, lo hubiera encontrado atractivo. Tremley era muy guapo; con el pelo oscuro, profundos ojos azules y una línea de dientes blancos que hacía preguntarse si tendría más cantidad de lo normal.

Pero sus ojos no reían, y ella había visto suficiente mundo para saber que estaba acechándola.

—Estoy aquí por mi esposa.

Ella ladeó la cabeza con fingida inocencia.

—En el club no hay damas, milord. Es solo para hombres. De hecho, me ha sorprendido mucho que solicitara hablar conmigo.

Él entrecerró los ojos.

—He oído que es usted la que habla por Chase.

Ella se hizo la tímida.

—Me halaga. Nadie habla por Chase.

Él se inclinó hacia delante y apoyó los puños en la mesa de roble.

—Entonces, quizá pueda ir a buscarlo para que hable conmigo.

Georgiana lo miró a los ojos.

—Lo siento, milord. Chase no está disponible.

—Me aburre esta conversación —dijo él con cierto brillo en la mirada.

—Lamento que estemos haciéndole perder el tiempo. —Se alisó la falda, dispuesta a alejarse —. Uno de estos caballeros le acompañará encantado a la salida.

—Prefiero que estos… —se interrumpió y miró con desdén primero a Asriel y luego a Bruno —. Bueno, no voy a llamar caballeros a unos vulgares matones. —Ella se puso rígida al detectar su tono de desprecio—. Pero ¿por qué no les dice que se marchen y hablamos de esto a solas?

—Los caballeros se quedan. —Su voz no admitía réplica—. Aunque no pienso permitir que vuelva a faltarles al respeto.

—Dejémonos de rodeos, Anna —dijo, como si se conocieran de siempre—. No me importan estos hombres. Ni tampoco usted, la verdad. Ni mi esposa, de la que no tengo ninguna duda de que está en este enorme edificio. Viva o muerta… no me importa —repitió—. Solo lamento que huyera antes de que pudiera matarla yo mismo.

—Ya que vamos a dejarnos de rodeos, milord, yo tendría mucho cuidado en amenazar no a la dama. ¿Es necesario que le recuerde lo que sabe El Ángel sobre usted? —advirtió Georgiana, preguntándose si alguien en Londres echaría de menos a aquel tipo tan asqueroso si desapareciera—. No debería tener que añadir que estamos más que dispuestos a hacerlo público.

—Soy muy consciente de lo que saben de mí.

—Seamos claros, ¿nos referimos ambos a una prueba de su traición? —preguntó ella, con ganas de verlo reaccionar. Disfrutó mucho cuando lo hizo; cuando lo vio apretar sus dientes perfectos. Sonrió—. Es un hecho muy conocido entre el personal de El Ángel. Un dosier encantador, que contiene una gran cantidad de pruebas. Milord, usted es un traidor a la corona.

Él se echó atrás.

—Ha descubierto mi más oscuro secreto.

—Estoy segura de que posee secretos más oscuros.

La sonrisa fría y grotesca volvió a deformar sus rasgos.

—No lo dude.

Ella suspiró.

—Lord Tremley, ahora es usted quien me hace perder el tiempo. ¿Es eso lo que desea?

Él arqueó las cejas.

—Lo que quiero es la identidad de Chase.

—Me parece muy divertido —repuso ella, riéndose— que se le haya ocurrido pensar que podría facilitársela.

Lo vio sonreír.

—Oh, creo que me proporcionará lo que le estoy pidiendo, porque estoy dispuesto a arrebatarle algo a lo que le tiene mucho cariño.

—No puedo imaginar a qué se refiere.

Él se inclinó de nuevo.

—Me han dicho que Duncan West y usted tienen un acuerdo. —Ella no reaccionó a esas palabras, aunque su corazón se aceleró al escuchar que Tremley mencionaba a Duncan. ¿Serían amigos o enemigos?

—Al principio, pensé que era por cómo estaban las cosas aquí, en El Ángel Caído. Es guapo, rico y poderoso… Una buena captura si te gustan los hombres comunes.

Ella entrecerró los ojos.

—En este momento, los prefiero a los aristócratas.

Él se rio, un sonido frío e inquietante.

—Chica lista. Inteligentes palabras.

—Mi tiempo, milord, se consume —respondió con una sonrisa de medio lado.

—Pero querrá escuchar esto —dijo él de forma casual, apartando una silla para sentarse. Se apoyó en el respaldo con lentitud, como si disfrutara de la atención que le otorgaban—. En cualquier caso, pensé que era un juguete para él. Pero luego hablé con West y me pareció más… comprometido con usted de lo que pensaba. Todo caballerosidad.

Quiso creerlo. Pero había alguna conexión entre ambos hombres… una conexión que no entendía. Una en la que no confiaba.

—Como no soy miembro del club —continuó Tremley—, ¿cómo iba a saber yo que usted no es una puta que se vende al mejor postor?

Bruno y Asriel dieron un paso adelante, pero ella no les miró.

—¿A dónde trata de llegar?

El conde hizo un gesto con la mano.

—He oído que West y usted tienen un arreglo. Los vieron juntos aquí, al parecer el propio duque de Lamont les pilló en un acto escandaloso. También fue vista en un coche de incógnito frente a las oficinas del periódico y también en su casa. Mis informantes me dijeron que cuando salió, usted estaba bastante más… ¿podríamos decir usada? al salir que al entrar.

El corazón se le aceleró.

—Y él se enfadó un poco cuando me referí a usted por su profesión en vez de por su nombre. —El conde hizo una pausa—. Aunque, para ser sinceros, no estoy seguro de conocer su nombre completo. Por lo general se refieren a usted simplemente como la puta de Chase. Pero ahora es la puta de West. Así que… es lo que hay.

Había escuchado la palabra cientos de veces durante los últimos años, mientras se paseaba y reinaba en el club. Quizá más de mil… pero allí, esa noche, le dolió de una manera inimaginable.

De alguna manera, en aquella situación, ella se había convertido en una máscara. Se había convertido en Anna. Quería entregarse a Langley por razones más que obvias; por el título. Y se resistía a entregarse a West porque él no podía pagar ese precio. Pero eso no hacía que le importara menos.

—Vuelvo a preguntarle lo mismo una vez más. ¿A dónde quiere llegar?

—Ahora llega la parte en la que quizá sería mejor que habláramos sin sus guardianes —dijo él—. Debido a que es la parte en la que la convenzo para que traicione a su amo.

—Como eso no va a ocurrir, no es necesario que se vayan.

Él arqueó las cejas sorprendido ante la insolencia de su tono.

—Si me da el nombre de Chase, me marcharé y no regresaré jamás. Considérelo una garantía ante cualquier… compromiso futuro.

—Nosotros mantenemos sus secretos a salvo, y usted los nuestros.

Él sonrió.

—Parece que es cierto lo que se comenta. No solo es una cara bonita.

Georgiana no cambió de expresión.

—Por desgracia, usted parece tener solo una cara bonita, lord Tremley. Ya ve, la disposición que usted sugiere solo es válida si ambas partes disponen de una información que el otro quiere guardar en secreto. —Ella se inclinó y le habló despacio, como si él fuera un niño—. Nosotros conocemos sus secretos, pero usted no sabe los nuestros.

—No, pero conozco los de West.

Ella se quedó inmóvil.

—El señor West ya no pertenece al club. No tenemos necesidad de conocer sus secretos.

—Tonterías —dijo él—. Yo tampoco soy miembro del club y averiguaron información sobre mí. Además, incluso aunque Chase no quiera estos secretos, usted los querrá. Son increíbles.

Ella lo miró a los ojos.

—No le creo.

Si los secretos de West fueran lo suficientemente increíbles como para ser intercambiados por la identidad de Chase, ella ya los conocería. Él se los habría dicho, ¿verdad?

«¿Igual que yo le he dicho los míos?».

Sostuvo la mirada de Tremley y notó su humor, como si estuviera leyéndole los pensamientos.

—Esta es la prueba —canturreó él—. A usted le importa él. Se preocupa por él y no se los ha contado, ¿a que sí? —Su tono adquirió un tono de falsa simpatía—. Pobrecita.

Georgiana fingió desinterés haciendo caso omiso a sus palabras.

—Si él tuviera secretos dignos de atención, en el club los sabrían.

Él la miró fijamente.

—¿Quiere que se lo diga? ¿Quiere saber quién es su amor? ¿De verdad?

Ella ignoró las preguntas, no eran más que un cebo. A pesar de que solo quería gritar sí.

Él se inclinó hacia delante.

—Le voy a dar una pista —susurró—. Es un criminal.

Georgiana se mantuvo inflexible.

—Todos somos criminales de una manera u otra —dijo con toda la intención.

Él sonrió.

—Sí, pero no se hace ilusiones sobre mí. —Lo vio incorporarse—. Creo que debería preguntárselo. Pregúntele sobre Suffolk. Pregúntele sobre el semental gris. Pregúntele sobre la chica que secuestraron. —Hizo una pausa—. Pídale que le dé su verdadero nombre. Pregúntele sobre el muchacho al que se lo robó.

El corazón se le aceleró al escucharlo a pesar de que se esforzaba por no creer nada de lo que decía. Luchó por no pensar en lo que escuchaba, por enfrentarse a las emociones gemelas que le decían que estaba traicionando a Duncan por escuchar al conde y sintiendo como si hubiera traicionado a Duncan con su amargura por no haberle contado sus verdades antes de que la tentara con sus abrazos, su vida y su maldita piscina.

Antes de que consiguiera que lo amara.

«¿Quién es Duncan West?».

—Váyase —ordenó al conde en voz baja y tranquila, aunque amenazadora.

—¿Cree que no le haré daño? ¿Qué no lo volveré a destruir? Él no significa nada para mí… pero sí parece importante para usted. ¿Está segura de que quiere que me vaya sin darme lo que le pido?

—Estoy segura de que no quiero volver a respirar el mismo aire que usted.

Él sonrió.

—¿No debería terminar esa frase con un «milord»? La noto demasiado cómoda entre los que son más que usted, ¿no cree?

Ella miró a Asriel.

—Sacadlo de aquí. Ya no es bienvenido.

—Le doy tres días —dijo el conde—. Tres días para confirmar que todo lo que le he dicho es verdad.

Ella sacudió la cabeza y le dio la espalda. No necesitaba tres días, sabía que era verdad.

«Ni siquiera sé su nombre real».

Georgiana sabía mucho de secretos. Había construido una vida con ellos.

¿Quién era Duncan West? ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Por qué no había confiado en ella? «¿Qué relación tienes con Tremley?». «¿Qué relación tienes con Chase?».

Pensó en la ironía de las preguntas. Entre ellos había demasiados secretos.

Seguramente era lo mejor. La sinceridad no era más que un sueño.

—Anna. —Se volvió para mirar al conde desde la puerta abierta—. Tiene tres días para decidir dónde está su lealtad… —repitió él—. Con Chase… o con West.

Capítulo 19

«…Lady G. era una visión de color blanco en el baile de los R., hace que uno se pregunte ¿si está igual de hermosa en cualquier evento cotidiano, cómo no va a encandilar a todos en un acontecimiento dedicado a ella? ¡Qué afortunado el hombre que consiga mirarla de cerca.…».

«…Conocido quizá como el sinvergüenza más notorio de todos los sinvergüenzas de la sociedad, lord B. parece estar a punto de perder su título. Fue visto subir las escaleras de la casa que ahora comparte con su esposa y sus tres hijos cargado con paquetes, bultos y algo que se parecía mucho a un pastel de Navidad, aunque estamos ¡en abril!…».

Perlas y pellizas, revista femenina, finales de mayo, 1833

Duncan permaneció de pie en la oscuridad en los jardines de Ralston House, en el baile anual de los marqueses de Ralston, esperando a que Georgiana apareciera. Quería verla. Con desesperación.

Había querido reunirse con ella el día anterior, después de que decidiera que la arrancaría de las garras de Chase. Pero no era fácil encontrar a una mujer que tenía dos personalidades secretas tan diferentes ante la sociedad. Lady Georgiana no estaba en Leighton House cuando acompañó a Caroline a casa y él ya no tenía acceso a El Ángel Caído para buscar a Anna, ya que su pertenencia al club había sido rescindida.

Así que se había dedicado a hacer los arreglos pertinentes para su siguiente movimiento en la guerra contra Chase, una guerra que decidiría el futuro, entre otros, de Georgiana, de Caroline y de él mismo.

Sin embargo, no era tonto, y si todo iba bien, sus planes, meticulosamente trazados, proporcionarían la anhelada seguridad a Cynthia, Georgiana y su hija, que conservaría sus secretos y obtendría el marido que quería. La vida que deseaba.

La había visto bailar esa noche con algunos de los más brillantes partidos de Gran Bretaña. Héroes de guerra, condes, un duque conocido por su impresionante trabajo en la Cámara de los lores… Cada uno de ellos mejor pretendiente que el anterior.

Sus periódicos —y él— le habían asegurado un futuro. Un futuro seguro para su hija. Georgiana haría un buen matrimonio, se casaría con alguien con un historial limpio y un título inmaculado. Quizá incluso alguien a quien pudiera amar.

Odió la amargura que le inundó ante aquel pensamiento, el deseo desesperado de que no estuviera con otro. De que solo le amara a él. Pero él no podía proporcionarle lo que ella anhelaba, ni siquiera aunque tuviera un título. No podía prometerle un futuro, al menos uno sin miedo. Y no era eso lo que quería para la mujer que amaba.

Si todo iba bien, sería devuelta a la sociedad sin preocupaciones, sin la sombra de un pasado demoledor, sin la amenaza de un título manchado. Si su plan funcionaba, se casaría al cabo de dos semanas.

«Dos semanas».

El pensamiento resonó en su mente; era el acuerdo al que habían llegado lo que parecía una

eternidad antes. Ambos eran personas inteligentes. Deberían haber sabido que sus vidas eran demasiado complicadas, incluso para dos semanas de simplicidad. Aunque tampoco se le ocurriría decir que el tiempo que habían pasado juntos había sido simple. Era la mujer más compleja que había conocido jamás. Y la adoraba por ello.

Y esa noche la ayudaría una vez más, tras robar un momento final con ella, a encontrar la felicidad, fuera la que fuera.

«Pero antes le contaré la verdad».

La escuchó antes de verla; el susurro de sus faldas resonó como cañonazos en la oscuridad cuando se acercó. Se volvió hacia ella, adorando la forma en que se recortaba contra la luz del salón de baile. La iluminación dotaba de un pálido resplandor dorado al vestido blanco, que con un corte innovador resultaba demasiado escotado y revelaba la curva del nacimiento de sus pechos. Quiso secuestrarla y llevarla lejos de ese lugar para siempre.

Georgiana se detuvo a unos metros, y él odió la distancia que los separaba. Dio un paso hacia ella con la esperanza de cerrarla, pero ella retrocedió. La vio levantar una mano enguantada y blandir un pequeño cuadrado de color crudo.

—Ayer me abandonaste —dijo ella, y el puchero que adivinó en su voz hizo que la deseara todavía más—. No puedes citarme sin más en un jardín oscuro cuando estoy en un baile.

Él la miró con atención.

—Pues parece que ha funcionado.

—No debería estar aquí. —Frunció el ceño—. Se supone que nuestro acuerdo tenía como objetivo mejorar mi reputación. Esto amenaza con lo contrario.

—Jamás lo permitiría.

Georgiana lo miró a los ojos.

—Me gustaría poder creerte.

Él se quedó quieto, no le gustaron sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

Ella suspiró, alejándose antes regresar.

—Me abandonaste —repitió las mismas palabras en voz baja, suaves y devastadoras—. Te fuiste.

Duncan sacudió la cabeza.

—No entendía por qué no me decías la verdad. —Pensó que ella estaba riéndose, pero no pudo estar seguro… Los jardines eran demasiado oscuros y no podía verle los ojos—. Hasta que me di cuenta de que no podías confiar en mí a ciegas. Que habías sido traicionada antes. Que guardas tus secretos para mantenerte a salvo. Para mantenerla a salvo. —Hizo una pausa—. No volveré a preguntarte más al respecto.

Ella se acercó y luego, cuando dio un paso adelante, se vio superado por la cercanía de esa mujer… por su olor a vainilla y crema. Quiso rodearla con sus brazos y hacerla suya allí, en la oscuridad. En la que podría ser la última vez. Quería sus dos semanas. Quería su vida.

Pero no podía tenerla, así que se conformaría con esa noche.

—¿Por qué no sabes bailar? —preguntó Georgiana.

La pregunta surgió de la nada y lo dejó conmocionado. Había esperado una pregunta sí… sobre sus secretos. Sobre su pasado. Algo sobre Tremley… sobre Cynthia. Pero no una cuestión tan simple y capaz de abarcarlo todo. Aunque debería haber esperado algo así, desde luego. Tendría que imaginar que ella haría la pregunta más importante.

Por supuesto, él respondería. Aunque su malestar con ese tema —con todas las partes y piezas

que estaban conectadas con él— le hizo sentir más indeciso de lo habitual.

—Nadie me enseñó —repuso con sencillez.

Ella sacudió la cabeza.

—Todo el mundo aprende a bailar. Incluso aunque no te enseñaran la cuadrilla o el vals o las demás danzas que se bailan allí. —Señaló la casa con la cabeza—. Alguien tiene que haber bailado contigo.

Él pensó. Lo intentó de nuevo.

—Mi madre bailaba con mi padre.

Georgiana no dijo nada, dejando que contara la historia. Dejándole encontrar el camino. Era un recuerdo olvidado durante mucho tiempo, oculto en algún rincón oscuro de su mente, donde lo había desechado para que muriera.

—Mi padre murió cuando yo tenía cuatro años, así que es sorprendente que todavía lo recuerde. —Hizo una pausa—. Quizá ni siquiera lo hago y es un sueño, no un recuerdo.

—Cuéntamelo —lo animó.

—Vivíamos en una casa de arrendatarios de una gran propiedad. Mi padre era un hombre grande y rubio. Acostumbraba a levantarme en el aire como si fuera una pluma. —Hizo una pausa de nuevo—. Supongo que lo era para él. —Sacudió la cabeza—. Me acuerdo de él ante la chimenea, haciendo girar a mi madre en el aire. —La miró—. Quizá no estaban bailando.

Georgiana lo miró con atención.

—¿Parecían felices?

Él se esforzó por recordar sus rostros, pero no era capaz de saber si sonreían. Si reían.

—En ese momento, creo que sí.

Ella asintió con la cabeza al tiempo que alargaba la mano hacia él para cogerle la suya.

—Entonces estaban bailando.

Duncan entrelazó sus dedos con fuerza.

—No era un baile de esos.

—Ningún baile lo es. Estos bailes son un espectáculo. Una circunstancia. Una manera de mostrar nuestro plumaje y, con suerte, encontrar beneplácito. —Ella se acercó un paso y quedó lo suficientemente cerca para que él le rozara la frente con un beso si bajaba la cabeza. Resistió el impulso—. Tus padres lo hacían para divertirse.

—Me gustaría poder bailar contigo —susurró mientras la miraba—. Quiero hacerlo.

—¿Dónde?

—Donde tú quieras.

—¿Ante las chimeneas de tu casa? —El susurro casi lo mató de necesidad, al recordar.

—En otro lugar. Otra vez. Si fuéramos otras personas.

Ella sonrió con una expresión triste y deslizó la mano izquierda hasta su hombro, poniendo la derecha en la de él.

—¿Y qué pasa aquí? ¿Ahora? —Deseó que ella no llevara guantes. Deseó poder sentir su contacto y su calor. Deseó muchas cosas mientras comenzaban a avanzar lentamente, girando al ritmo de la música que flotaba en la oscuridad.

Él apretó los labios contra sus rizos después de un rato.

—Te he visto bailar una docena de veces —murmuró—… y he sentido celos de cada una de tus parejas.

—Lo siento —musitó ella.

—He permanecido en el borde de la pista de baile, observándote, Poseidón mirando a

Anfitrite.

Ella se apartó un poco para mirarlo y ladeó la cabeza.

—Yo también sé algo sobre Poseidón —dijo él sonriendo.

—Al parecer más que yo.

Volvió a concentrarse en los movimientos mientras hablaba.

—Anfitrite era una ninfa del mar, una de las cincuenta que había. Al contrario de las sirenas… las salvadoras del mar. —Giraron y el rostro de Georgiana quedó iluminado por el resplandor de la sala de baile. Ella lo estaba mirando—. Una noche a finales de verano, las ninfas se reunieron en la isla de Naxos y bailaron con las olas. Poseidón las vio.

—Ya me imagino —dijo con una mirada de diversión.

—¿Puedes culparlo? —preguntó él con una sonrisa.

—Continúa —lo instó.

—Poseidón hizo caso omiso de todas las Nereidas, salvo de una…

—Anfitrite.

—¿Quién cuenta la historia? ¿Tú o yo? —bromeó él.

—Oh, perdone, señor —repuso ella.

—La deseó con desesperación. Ella salió del mar, desnuda, y la reclamó para sí. Prometió amarla con la pasión de la marea, con la profundidad del océano, con el rugido de las olas.

Ella ya no se reía, ni tampoco él. De pronto la historia se había convertido en algo muy intenso.

—¿Qué ocurrió?

—Ella huyó de él —explicó con voz suave y grave, interrumpiéndose para besarla en la frente —. Corrió hacia el extremo más alejado del mar.

Georgiana permaneció en silencio durante un buen rato.

—La aterrorizaba su poder.

—Quería compartirlo con ella y la siguió, desesperado, sufriendo por ella, negándose a descansar hasta que la encontrara. Ella era todo lo que quería, necesitaba adorarla, casarse con ella. Convertirla en su diosa del mar.

Georgiana respiraba ahora con dificultad, igual que él, perdidos ambos en la historia.

—Al no poder encontrarla, se sintió perdido y se negó a gobernar el mar sin ella a su lado. Descuidó sus deberes. Los mares se rebelaron y las tormentas devastaron las islas del mar Egeo, así que no le quedó más remedio que prestarles atención.

»Cuando Anfitrite supo lo que Poseidón le había ofrecido, lo que había rechazado, cómo la había buscado, lloró por él. Por el amor que sentía por ella. Por la pasión y el deseo. Por lo que había perdido. —Vio que Georgiana tenía los ojos llenos de lágrimas, que la historia tomaba un nuevo significado para ella. Un nuevo poder—. Sus lágrimas fueron tantas que formaron un océano. Que ella misma se convirtió en un mar.

—Perdida para él, para siempre —completó ella en voz baja.

Él sacudió la cabeza.

—No. Con él, para siempre. Su pareja fuerte y tempestuosa. Su igual en todos los sentidos. Sin ella, no existía él.

La música se detuvo de nuevo en el salón y se apartó de ella.

—Te alejaste de mí —la acusó.

—No —protestó ella, pero los dos sabían que era mentira. La vio alejarse, retroceder varios pasos, poniendo espacio entre ellos. Lo miró para intentarlo de nuevo—. Sí, lo hice.

—¿Por qué?

Ella respiró hondo.

—Hui de ti —dijo de tirón, con voz triste—, porque si no lo hacía, hubiera acabado corriendo desesperadamente hacia ti. Y eso no puede ocurrir.

Entonces la besó porque no sabía qué más hacer. Saboreó su esencia, la belleza y la vida, el escándalo y la tristeza. Y fue la tristeza lo que le detuvo. Lo que hizo que retrocediera y esperara a que ella hablara.

—¿Qué significa Tremley para ti?

Lo sorprendió con su franqueza. Aunque, una vez más, no debería sentirse sorprendido por ella. No era de las que evitaba las conversaciones difíciles.

—Vino a verme anoche —confesó ella.

Se puso furioso. Una furia helada lo invadió.

—¿Para qué?

—Estuvo a punto de matar a su esposa de una paliza y ella llegó al club en busca de refugio.

—¡Dios! —dijo él, retrocediendo unos pasos—. Fue por mi culpa.

Ella le miró a los ojos, mostrando su ira y deseo de venganza.

—Fuimos nosotros. Es culpa nuestra.

—Ella…

—Se va a poner bien —dijo Georgiana—. Se pondrá bien y saldrá adelante. Le encontraremos un lugar donde pueda vivir sin que él la moleste.

Las palabras lo hicieron sentir débil, más débil de lo que nunca se había sentido en su vida. Más débil incluso que cuando recibió la oferta de Tremley.

—¿Por «nosotros» te refieres a Chase y a ti?

—Entre otros.

—Quiero verlo muerto —dijo él, presa de la frustración y la culpa por lo que habían provocado que padeciera la inocente esposa de Tremley. Y total, ¿para qué?—. Quiero arruinarlo para siempre.

—¿Por qué no lo haces? —preguntó ella, con la voz aguda por la confusión—. Posees los medios para hacerlo. Para destruirlo. Te los facilité. ¿Qué supone ese hombre para ti? ¿Qué poder tiene contra ti? —Ella hizo una pausa para tranquilizarse—. Cuéntamelo. Lo solucionaremos.

Lo decía en serio. No pudo reprimir la risa al escuchar aquella ridícula promesa, como si alguien pudiera tener control sobre Tremley. Sobre Chase.

—Solo hay una manera de solucionarlo —confesó él—. Un secreto solo sigue siendo un secreto si no lo sabe otra persona.

—Y Tremley sabe el tuyo.

Ojalá fuera tan simple.

—Esta historia no es tan bonita como la de Poseidón y Anfitrite.

—Yo lo juzgaré —dijo ella.

No podía estar quieto mientras lo contaba, era una historia demasiado intensa. Duncan no había revelado nunca sus pecados pasados, así que se dio la vuelta y caminó. Ella lo siguió, manteniendo el ritmo, pero parecía saber —como siempre— que en ese momento no soportaría su contacto.

No quería que le recordara lo que podría haber tenido si no fuera por eso.

—Tremley conoce mi secreto desde siempre —confesó finalmente.

Georgiana sabía que había alguna conexión, por supuesto, pero no esa. Nunca se le hubiera ocurrido que el conde y Duncan estaban conectados desde hacía tanto tiempo.

Lo observó sin expresión, tratando de reprimir la sorpresa. De reprimir las innumerables preguntas que ardieron en la punta de su lengua.

—Mi padre murió cuando yo tenía cuatro años. —Duncan miró a lo lejos, en la oscuridad, y ella estudió su perfil mientras hablaba, adorando la fuerza en su rostro. La emoción contenida—. Y mi madre, que tenía que criar a un niño sin conocimientos para vivir de la tierra, aceptó un trabajo en la casa principal.

—Tremley House —susurró ella.

Él asintió con la cabeza.

—Pasó de esposa de agricultor a lavandera. De dormir en su propia casa a compartir habitación con otras seis mujeres y dormir con su hijo. —Lo miró mientras alzaba la vista hacia los árboles, que susurraban por la brisa primaveral—. Y no se quejó nunca.

—Por supuesto que no. —No pudo callarse—. Lo hizo por ti. Por ti y por tu hermana.

Duncan ignoró las palabras mientras continuaba.

—La finca era horrible. El antiguo conde era peor que el actual, imagínate… Golpeaba a los siervos. Agredía a las mujeres. Explotaba a los niños, haciéndolos trabajar demasiado duro para su edad. —Él miró la oscuridad—. Mi madre y yo tuvimos suerte.

Georgiana no había escuchado toda la historia y ya sabía que la suerte no jugaba un papel en ella. Quiso tocarlo, tranquilizarlo, pero sabía que no debía hacerlo. Lo dejó hablar.

—El conde se fijó en ella.

Sabía que diría esas palabras, y las odió.

—Él le ofreció un trato, su cuerpo a cambio de mi seguridad. —Ella frunció el ceño y él lo vio—. Bueno, no por mi seguridad, más bien por mi presencia. Si ella no le daba lo que quería, me despacharía de allí. Me enviaría a una casa de trabajo.

Georgiana pensó en su hija, en su pasado. Las amenazas que había sufrido no habían sido tan crueles. Tan condenatorias. Incluso arruinada, la suerte de la aristocracia la había protegido. No le había ocurrido así a esa mujer, a ese niño.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué torturarla?

Él sostuvo su mirada.

—Por poder. —Hizo una pausa mientras parecía reorganizar sus pensamientos antes de continuar—. Permitió que yo me quedara, pero me hizo trabajar. Te lo conté… —Ella fue incapaz de reprimirse más y se acercó a él. Necesitaba consolar al niño que había sido una vez. Él se alejó de su contacto—. No. No seré capaz de contarlo todo si… —Vaciló—. Una vez me resistí y él la castigó.

—Duncan —susurró.

—No pude detenerlo.

—Claro que no. —Ella sacudió la cabeza—. Eras un niño.

—Ahora ya no lo soy —apartó la mirada—, y no he podido evitar que lastime a su esposa.

—Ambos hechos no se pueden comparar.

—Claro que sí. Charles, el conde actual, era tan malo como su padre. Quizá peor. Se moría por recibir su aprobación y se complacía esgrimiendo el poder que acompañaba ser el futuro conde. Aprendió a ser malvado. —Duncan se llevó los dedos a la mandíbula como si las palabras le hicieran sentir puñetazos allí—. Le hizo cosas terribles a los niños de la servidumbre. Lo

detuve más veces de las que recuerdo. Y luego… —Se calló, perdiéndose en sus pensamientos durante un buen rato antes de volver a mirarla—. La condesa no volverá a sufrir a sus manos —prometió—. Le pagaré el viaje a cualquier lugar de la cristiandad. Al lugar que elija.

—Sí. —Ella asintió con la cabeza.

—Lo digo en serio —insistió con una mirada furiosa.

—Lo sé.

Él dio un largo suspiro que mostraba la ira contenida.

—Cuando tenía diez años, mi madre se quedó embarazada.

Había echado cuentas ya. Sabía que Cynthia era su hermanastra. Ahora, temía el alcance del hecho. Abrió los ojos como platos y fue él quien asintió.

—¿Entiendes ahora cómo encaja todo?

—Tremley…

Él agachó la cabeza.

—Es su hermanastra.

—¡Dios! —musitó—. ¿Ella lo sabe?

Ignoró la pregunta.

—El conde quiso que mi madre se librara de ella. Primero cuando comenzó a engordar y luego otra vez, después de que naciera. Amenazó con llevársela, entregársela a una familia bien intencionada de la zona. Mi madre se negó.

—No me sorprende —comentó ella—. Ninguna mujer estaría dispuesta a eso.

La miró.

—Imagino que tú habrías hecho lo mismo que ella.

Georgiana alzó la barbilla.

—Hasta mi último aliento.

—Caroline tiene suerte de que seas su madre. —Duncan ahuecó la mano sobre su mejilla, cubriéndola con su calidez.

—Soy yo la que tiene suerte —afirmó—. Igual que tu madre tuvo suerte de teneros a vosotros dos.

—Deberíamos haber sido tres —dijo él—. Pero el tercero nació muerto. Un niño.

—Duncan —intentó consolarle poniendo la mano sobre aquella con la que él le cubría la cara, con los ojos llenos de lágrimas por él. Por lo que había visto.

—Yo tenía quince años y Cynthia cinco. —Hizo una pausa—. Y mi madre… ella también murió.

Georgiana sabía que llegaría ese momento, pero las palabras la desgarraron.

—Mató a mi madre —dijo él con sencillez.

Ella asintió sin contener las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas por la pérdida de aquella mujer. Por la pérdida del niño que no llegó a vivir. Por Duncan.

—Entonces sí que huiste —concluyó.

—Me llevé un caballo. —«Un semental gris»—. Valía cinco veces más que yo. Incluso más

No valía nada comparado con él.

—Y te llevaste a Cynthia.

—La secuestré. Si el conde la hubiera querido… si nos hubiera encontrado… Me hubieran colgado. —Él miró hacia el salón de baile—. Pero ¿qué otra cosa podría hacer? ¿Cómo iba a irme sin ella?

—No podías —corroboró ella—. Hiciste lo correcto. ¿Adónde fuiste?

—Tuvimos suerte… nos encontramos con un posadero y su esposa. Nos acogieron y alimentaron. Nos ayudaron. No me preguntaron por el caballo ni una sola vez. Él tenía un hermano en Londres que era propietario de una taberna. Fuimos a verlo. Planeaba vender el caballo y darle el dinero al posadero para que cuidara a Cynthia mientras yo me alistaba en el ejército. —Se detuvo—. Y no volver a verla nunca.

Había terror en sus palabras, perdido en sus recuerdos.

—Pero sí la viste —dijo ella—. La ves todos los días.

Él regresó al presente.

—La noche que volví con dinero en el bolsillo, dispuesto a cambiar nuestras vidas, había un hombre en la taberna. Era el propietario de un periódico. Me ofreció un trabajo como linotipista y manejando la prensa.

—Y fue cuando te convertiste en Duncan, el periodista.

Lo hizo sonreír.

—Tras un tiempo en el periódico, una meditada inversión en una nueva máquina de impresión y la jubilación de un hombre que vio algo en mí que ni yo sabía que existía, sí. Empecé a publicar *El folleto de los escándalos*.

—Mi periódico favorito.

Él tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Ya me disculpé por la caricatura.

—Me siento feliz de que creyeras que me debías una disculpa.

La risa que bailaba en los ojos de Duncan desapareció al recordar su trato —la promesa de ayudarla a casarse con un título, y se odió por sacar el tema.

—Una vez que me convertí en Duncan West —dijo mientras volvía a mirar hacia el baile—, supongo que debería haber esperado que coincidiría con Tremley cuando él heredara el título y ocupara su lugar en el Parlamento. Pero una vez que lo hizo, fui suyo.

Ella comprendió al instante.

—Conocía tus secretos. Y son más valiosos en privado, donde puede utilizarlos para presionarte, que en público, donde solo terminarías en la cárcel.

—El robo de caballos está castigado con la horca —le recordó él de forma macabra—. Como el fraude.

Ella frunció el ceño.

—¿Fraude?

—Duncan West no existe. —Él se miró los pies y ella tuvo una imagen del niño maltratado que había sido—. Cuando huimos, nos acompañaba otro chico —dijo, con palabras suaves y llenas de recuerdos—. Intentó seguirnos. Pero era más joven y no demasiado fuerte. Yo llevaba conmigo a Cynthia, así que le hice coger otro caballo. —El horror le formó una piedra en el estómago—. Estaba oscuro y el caballo se encabritó. Lo tiró y murió en el acto. —Sacudió la cabeza—. Lo sé. Lo maté y lo abandoné.

Ella le puso la mano en la cara.

—No tenías otra opción.

Él siguió sin mirarla.

—Se llamaba Duncan.

Georgiana cerró los ojos al oírlo. Al ser consciente de la confianza que debía tener en ella para confesarlo.

«Una confianza que tú no le has demostrado».

—¿Cuál era el tuyo?

—James —dijo—. Jamie Croft.

Ella le obligó a levantar la cara e hizo que sus frentes se tocaran.

—Jamie —susurró.

Él sacudió la cabeza.

—Ya se ha ido. Para siempre.

Aquello era una promesa y un arma a la vez.

—¿Y Cynthia? —preguntó.

Vio que una nube atravesaba su rostro.

—Cynthia no recuerda nada anterior a su vida con el posadero y su esposa. No se acuerda de nuestra madre. Y piensa que tenemos el mismo padre… que su apellido era West. —Él sacudió la cabeza—. No quería que supiera la verdad.

—¿Que su padre era un monstruo? Claro que no.

Duncan la miró a los ojos.

—La arrebaté de allí. No tenía otra opción.

—Hiciste lo mejor.

—Es medio aristócrata.

—Y una West de los pies a la cabeza. —Se negó a permitir que se avergonzara de ello—. ¿Lo elegiste para ti?

—Lo elegí para ella —dijo, y lo entendió más de lo que él podía saber—. Cuando salimos de Tremley Manor, atardecía. Cabalgamos hacia la puesta del sol. Hacia el oeste.

—West… —Era oeste en inglés.

Georgiana se puso de puntillas y le dio un beso largo, lento y profundo, como si dispusieran de todo el tiempo del mundo. Como si sus secretos no estuvieran galopando hacia ellos a una velocidad de vértigo.

Él le puso las manos en la barbilla y se la acunó con tanto cuidado que ella pensó que no podría contener las lágrimas… Ojalá no lo amara tanto. Suspiró contra sus labios mientras él seguía besándola una y otra vez, estrechándola con fuerza, amoldando sus cuerpos de una manera que la hizo desear estar en otro lugar. En un lugar privado. Con una cama.

Por fin, él se retiró.

—Así que, como verás, guardo los secretos de Tremley por Cynthia. Pero ahora también los tiene Chase…

Por supuesto que ahora que Chase conocía los secretos de Tremley, Duncan y Cynthia estaban bajo amenaza. Ahí estaba, por fin, la razón por la que la presionó para que le facilitara la identidad de Chase. La razón por la que la amenazó. Y ahora que ella conocía su secreto, haría cualquier cosa para ocultarlo. Para protegerlo. Tremley le había dicho que debía elegir, Chase o West. Y de eso se trataba.

Era posible que no pudiera estar siempre con él, pero podía asegurarse de que fuera feliz durante el resto de su vida, que viviera sin temor.

Sería lo más honorable. Aquel hombre que adoraba era muy especial. Sin duda, digno de ser feliz. De vivir. De amar. Se acercó de puntillas y apretó su frente contra la de él.

—¿Y si nos casáramos?

No lo dijo en serio. Era un extraño sueño en aquel momento pacífico. Y aun así, sentía que le debía esa sinceridad.

—No puedo casarme contigo —dijo él sacudiendo la cabeza.

Eso la sorprendió.

—¿Qué?

Él vio de inmediato su asombro.

—No puedo… Jamás te haría cargar con mis secretos. Si mi pasado saliera a la luz, mi esposa se vería destruida. Mi familia. Sin duda, acabaría en la cárcel. Posiblemente me colgarían. Y tú sufrirías conmigo… lo mismo que Caroline.

—Si tranquilizamos a Tremley…

Él sacudió la cabeza.

—Mientras esté vivo, mis secretos vivirán con él. —Hizo una pausa—. Y además, no puedo darte un título.

—A la mierda con el título.

Él sonrió, y no había tristeza en su expresión.

—No lo dices en serio.

No lo hacía. Toda esa vida, todo lo que había hecho durante los últimos diez años… había sido por Caroline.

—Desearía…

Se calló cuando él la rodeó con sus brazos.

—Dime…

—Desearía que fuéramos otras personas —musitó—. Me gustaría que fuéramos gente sencilla, y lo único que nos importara fuera tener comida en la mesa y un techo sobre nuestras cabezas.

—Y amor —añadió él.

Georgiana no vaciló.

—Y amor —convino.

—Si fuéramos otras personas —preguntó él—, ¿te casarías conmigo?

Fue su turno de mirar al cielo, de imaginar que en vez de allí, en Mayfair, iluminados por las luces de un brillante salón de baile, con un vestido que valía más de lo que muchos ganaban en un año, estaba en el campo, con unos críos tirándole de las faldas mientras señalaban las constelaciones.

Sería maravilloso.

—Sí.

—Si fuéramos otras personas —dijo él, con un tono reverente mientras le pasaba la punta de los dedos por el rostro—, te lo pediría.

Ella asintió.

—Pero no lo somos.

—Shhh… —la hizo callar—. No lo digas todavía. Aún no. —La hizo girar en la oscuridad hasta que su cara quedó frente a la luz—. Dímelo.

Georgiana sacudió la cabeza, mientras una oleada de tristeza la inundaba.

—No debería. —Reprimió las lágrimas—. No es buena idea.

—Mi vida está llena de malas ideas. Dímelo —insistió él, antes de besarla con rápida ternura —. Dime que me amas.

Las lágrimas se desbordaron, pero no pudo apartar la mirada de él. No podía decirle que le amaba porque si lo hacía, podía no ser capaz de alejarse de él. Y si no podía alejarse de él, de todo ese lío al que lo había arrastrado, todo habría sido en vano.

—Dímelo, Georgiana —susurró él, lamiendo las lágrimas de sus mejillas—. ¿Me amas?

Si le decía que lo amaba, sabría sin lugar a dudas que él jamás le permitiría hacer lo que debía. Así que en vez de responderle, respondió a la pregunta que le había hecho Tremley la noche anterior. Alzó la mano, enredó los dedos en el pelo de su amor y lo obligó a inclinarse para rozar sus labios otra vez.

—Te elijo. Siempre.

Elegía a West. Allí, en ese momento. Él la besó con profunda intensidad, premiando sus palabras aunque no eran las que deseaba oír.

—Yo también te elijo a ti, milady. Para siempre —dijo él cuando se retiró.

Adoraba a ese hombre, con todas las partes oscuras de su alma que pensaba que había cerrado para siempre.

«Para siempre». Era mucho tiempo… y le pertenecía. Se lo daría.

—Yo puedo arreglarlo —dijo.

Él la miró con curiosidad.

—¿Arreglar el qué?

Comenzaron a caminar de nuevo, superando la puerta del jardín hacia las caballerizas que había adosadas a la enorme casa, donde una multitud de carruajes esperaba a que sus propietarios los mandaran llamar.

—Todo —repuso ella, pasando los dedos por los radios negros de una rueda y luego por el sedoso flanco de un caballo—. Puedo convencer a Tremley para que nunca traicione tu secreto.

—¿Cómo?

—Con Chase. —Por primera vez desde que se conocían como Georgiana y West no se sentía culpable por referirse a Chase en tercera persona. Ahora estaba dispuesta a sacrificar su falsa identidad por salvar a Duncan.

Duncan se detuvo y se volvió hacia ella.

—No quiero que te metas en esto, Georgiana. ¿No crees que ha llegado el momento de que lo dejes? ¿De comenzar tu vida sin él?

Ella sacudió la cabeza.

—Duncan, no entiendo…

La agarró por los brazos.

—No, no lo entiendes. Yo me ocuparé de él.

Georgiana se quedó inmóvil.

—¿Qué quieres decir? —¿No iba ella a confesarlo todo?—. Duncan, no debes…

—De hecho, ya me he ocupado —insistió él—. Escúchame. Chase es un peligro. Puede hacernos caer a todos si así lo desea. Todo este lío está provocado porque Tremley no confía en que Chase no suelte la información sobre su traición.

»No sé qué es lo que te tiene en deuda con él, te he prometido que no volvería a preguntarte nunca más. Pero sí sé que este es el momento para que puedas liberarte de ese hombre tan poderoso. —Sus palabras eran cada vez más apasionadas y su ira comenzaba a asomar—. Ya es hora de que se vaya. De que tú dejes ese lugar y pongas fin a esa etapa de tu vida.

—Lo sé.

Él le acunó la cara una vez más y se inclinó para rozar sus labios.

—¡Dios!, si no lo quieres hacer por ti misma o por Caroline… hazlo por mí.

Lo estaba haciendo por él.

—Lo haré.

—Hazlo por mí —repitió suplicante—. Termina con él… lo que sea que tengas. Mantente

alejada del club.

—Lo haré. —Dos días más y ella no volvería a mirar atrás.

—Hazlo y no volveré a pedirte nada más.

Pero ella quería que le pidiera más. Quería ser su socia en eso. Su Anfitrite.

—Duncan… —Se interrumpió sin saber qué decir. Odiaba el destino y la fortuna, deseaba ser otra persona, una anónima. Deseaba poder ser una mujer que tuviera permitido caer en brazos de Duncan West y pasar allí el resto de su vida.

—Prométemelo —susurró él, con los labios sobre los de ella, sin importarle a ninguno de ellos estar a la vista de la mitad de los cocheros de Londres—. Prométeme que no le permitirás ganar.

Ella le devolvió el beso.

—Lo prometo. —Era lo más cerca que había estado nunca de decirle que le amaba—. Te lo prometo —repitió, y era verdad. Chase no iba a ganar.

Caminaron hasta el siguiente carruaje y él abrió la puerta. Georgiana miró en el interior. Había periódicos esparcidos por el suelo. El corazón se le aceleró, empezando a latir con fuerza. Era el carruaje de Duncan. ¿La iba a llevar a su casa? ¿La secuestraría lejos de allí? ¿De todo lo que los tenía encadenados a ese mundo?

La ayudó a subir al carruaje.

—Quiero que me prometas algo más…

—Lo que sea.

«Cualquier cosa».

Él le deslizó la mano por la pierna, bajo las faldas y le acarició el tobillo.

—En el futuro, no vayas al club.

Duncan cerró la puerta y golpeó el lateral del carruaje, para hacerle una seña al conductor.

—Lleva a la dama a Leighton House —oyó que decía mientras el transporte se ponía en marcha. Ella comprendió al instante lo que había ocurrido; no quería que durmiera en el club, así que la enviaba a casa de su hermano en su propio carruaje.

Debería haber protestado, pero no tenía energía suficiente. La tenía toda concentrada en amarlo. Se acomodó en el suave asiento del vehículo y consideró todo lo que tenía que hacer antes de que llegara la fecha límite con Tremley. La más importante, decirle a sus socios que estaba a punto de revelar la identidad de Chase.

¿Cuántas veces había meneado la cabeza al ver lo que eran capaces de hacer los hombres por amor? Pues no era nada si las comparaba con las acciones de una mujer enamorada.

La luz de una farola entró por la ventana e iluminó el periódico que había en el asiento, a su lado.

Se quedó paralizada, segura de haber leído mal.

Alzó el papel, sin creer lo que habían visto sus ojos, preparada para esperar a que la luz de otra farola confirmara las palabras impresas. Y la fecha. Irónicamente, el papel que tenía en la mano estaba fechado al día siguiente, el mismo que expiraba la oferta de Tremley.

En la página había un solo titular.

«Se recompensa la identidad del propietario de El Ángel Caído».

Y debajo:

«5.000 libras por la identidad del evasivo Chase».

Capítulo 20

«Los editores de este prestigioso periódico ya están hartos del monopolio de poder que existe en los más oscuros rincones de Londres. Animamos a nuestros lectores a hacer todo lo posible para asegurarse de que el país tiene un solo monarca, y reina en público…».

La voz de Londres, 17 de mayo de 1833

El Ángel Caído estaba sitiado.

Pero como eran solo las once y media de la mañana, el casino estaba a oscuras. Sin embargo no reinaba la tranquilidad en el espacio; resonaban los gritos que llegaban desde el otro lado de las puertas de acero del club, fuertes golpes y llamadas constantes de los hombres que esperaban en St. James Street con la esperanza de conseguir su oportunidad por cinco mil libras.

En el interior, Temple y Cross estaban sentados ante la mesa de la ruleta, esperando que llegara algún miembro del equipo de seguridad con novedades.

Bourne llegó primero.

—¿Qué coño está pasando? —gritó al tiempo que empujaba la puerta interior de la sala de juego desde el vestíbulo de entrada, donde la puerta tenía el doble de altura que un hombre normal y estaba protegida con cerraduras dobles.

Cross lo miró.

—Parece como si hubieras atravesado el campo de batalla.

—¿Tú has visto cuánta gente hay ahí fuera? Parecen desesperados por entrar. ¿De verdad piensan que vamos a anunciar la identidad de Chase? ¿Solo porque West ha perdido la cabeza? —Se miró la manga del abrigo y soltó un juramento—. ¡Mira lo que han hecho esos cabrones! Me han roto el puño.

—Cuando se trata de ropa, eres tan presumido como una mujer —comentó Temple—. Si fuera tú, me hubiera preocupado más que me desgarraran el brazo. O el resto de las extremidades.

Bourne frunció el ceño.

—Eso también me preocupaba. Pero ahora que esa amenaza ya no pende sobre mi cabeza, me irrita que me hayan destrozado el puño. Lo preguntaré de nuevo, ¿qué coño está pasando?

Temple y Cross se miraron entre sí antes de mirar a Bourne.

—Chase se ha enamorado —explicó Cross, yendo al grano.

Bourne parpadeó.

—¿En serio?

—Hasta las trancas —dijo Temple. Sus palabras se vieron interrumpidas por un incidente en lo alto, donde una piedra bien dirigida rompió una pequeña ventana y los cristales llovieron sobre el suelo de la sala de juego.

Observaron caer el vidrio durante un buen rato antes de que Bourne se volviera hacia los demás.

—¿De West?

—Del mismo —asintió Cross.

Bourne lo pensó durante un rato.

—¿Me pasa a mi solo o es muy apropiado que la historia de amor de Chase esté a punto de destrozar el casino?

—Creo que hará algo más que «casi» destrozarlo, a no ser que West llame a sus perros.

Bourne asintió.

—Supongo que habréis…

—Por supuesto —le interrumpió Temple—. Fue lo primero. En el momento en el que vimos el periódico.

—Y ella no lo sabe.

—Claro que no —corroboró Cross—. ¿Acaso alguna vez tuvo ella la cortesía de hacernos saber que iba a entrometerse en nuestros asuntos?

—No, no la tuvo. —Bourne se sentó con un suspiro—. Entonces, estamos a la espera, ¿no?

Temple respondió desde una silla cercana.

—Sí, estamos esperando.

Bourne asintió. Permanecieron en silencio durante un buen rato, observando cómo Cross hacía girar la ruleta una y otra vez.

—Es menos divertido cuando no hay bolita —comentó Bourne finalmente.

—No es divertido cuando la hay.

—Me pregunto por qué a Chase le gusta tanto —dijo Temple.

—Porque la ruleta es el único juego de azar que depende por completo de la suerte —explicó Cross—. No se puede forzar una victoria, e incluso así es adictivo.

—Puro azar —convino Bourne.

—Imposible calcular el riesgo —corroboró Cross.

Sonaron unos fuertes golpes en la puerta, tan constantes e intensos que no parecía que quien los provocara fuera a renunciar. Cuando se detuvieron porque sin duda el equipo de seguridad abrió la puerta, este hubo de utilizar todas sus fuerzas para impedir el paso de la multitud.

Bourne se echó a reír, provocando que los demás lo miraran confusos.

—Solo estoy imaginando a todos esos esnobs de White & Brooks atravesando St. James tan confiados —explicó sacudiendo la cabeza.

Cross se rio también.

—Oh, estarán furiosos con nosotros. Como si no nos odiaran ya lo suficiente.

—Que les den —dijo Temple, curvando los labios—. Que no se diga que El Ángel Caído no proporciona entretenimiento a la vecindad.

La declaración hizo que comenzaran a reírse a carcajadas. Casi no se dieron cuenta de que Bruno había aparecido en el umbral de la habitación.

—Él está aquí —anunció el enorme guardia.

—Puedo presentarme yo mismo —aseguró Duncan con agresividad, pasando junto al gigante y entrando en la sala oscura.

Los fundadores del club se pusieron en pie al unísono, se subieron las mangas —salvo Bourne, que volvió a maldecir al ver el estado de su puño—. Ya eran intimidantes por derecho propio, pero en conjunto formaban un trío tan poderoso y amenazador que casi ningún hombre estaría dispuesto a enfrentarse a ellos.

Duncan se acercó sin vacilar. Bruno se aproximó a su espalda.

—Aunque creo que deberíamos entregarlo a la multitud.

—Bien, podríamos hacerlo —convino Temple.

—Démosle tiempo —agregó Cross.

—¿De qué va esto? —preguntó Duncan, blandiendo un pequeño cuadrado de papel—. ¿Creéis que insultarme es la mejor manera de convencerme para que anule la recompensa?

Bourne le arrancó la misiva de la mano y la abrió.

—*Eres un idiota que va dando palos de ciego* —leyó en voz alta. Asintió con la cabeza y miró a Temple—. Es casi poesía.

Temple parecía bastante orgulloso de sí mismo.

—Gracias. Estaba seguro de ello.

Duncan le arrebató el papel de las manos, exasperado.

—Insultarme y luego convocarme aquí no hace que seáis mis personas favoritas. ¿Qué queréis?

—¿Sabes? —intervino Bourne—, una vez escuché que decían que eres un genio. —Miró a Cross—. Salvo que ahora genio sea sinónimo de bobo.

—Bueno, deberíamos ser justos. Está en una situación en la que la inteligencia no sirve de nada —lo disculpó Cross—. Tengo la teoría de que las mujeres anulan nuestra inteligencia durante la fase de cortejo y la suman a la de ellas. Por eso siempre acostumbran a ver el final de la partida antes que nosotros.

Temple asintió como si el conde hubiera soltado una perla de sabiduría.

—Esa es una teoría muy buena —dijo Bourne.

—Estáis todos como unas putas cabras —gritó Duncan, blandiendo la nota—. No he venido a hablar con unos locos. He venido porque me habéis prometido a Chase. Y viéndoos, es evidente que me habéis mentido.

—Perdona… —dijo Temple en tono ofendido.

—No te hemos mentido —repuso Cross.

—Bien, ¿entonces? —preguntó Duncan.

—Ofrecer una recompensa ha sido una buena jugada —concedió Temple—, sin duda has conseguido nuestra atención.

—¿Y la de Chase?

—Imagino que sí. Sí —intervino Bourne.

—Entonces, ¿por qué estoy hablando con vosotros tres en vez de con él?

Cross se apoyó en la mesa de la ruleta y dobló sus largos brazos antes de alzar la barbilla en dirección a la puerta en el otro extremo de la sala de juego, debajo de la enorme vidriera. La mirada de Duncan fue a parar a la salida y se dio cuenta de que nunca, a lo largo de los años en que fue miembro del club, había visto aquella puerta sin vigilancia.

Volvió los ojos hacia los propietarios.

—Venga, adelante —le invitó Cross—. Vete a hablar con Chase.

Él frunció el ceño.

—¿Se trata de una trampa?

—No de la forma en que estás pensando —aseguró Temple en tono ominoso.

Duncan se dio la vuelta.

—Estoy perdiendo el tiempo.

—No es una trampa —intervino Cross—. Sobrevivirás.

Él miró a los tres hombres de uno en uno.

—¿Cómo sé que puedo confiar en vosotros?

Bourne encogió los hombros.

—Ella te ama. Así que no te haríamos daño aunque quisiéramos. —El marqués fue interrumpido por una cacofonía de gritos desde la calle. Unos sonidos que parecían ecos de los latidos de su corazón.

«Ella me ama».

—Os habéis equivocado con ella. Por completo —dijo Duncan—. Dejando que viva de esta manera.

Temple sonrió.

—Que pienses que fue algo que dependió de nosotros es un claro ejemplo de tu insensatez. —Le señaló la puerta de nuevo—. El despacho de Chase está por esa puerta.

Duncan clavó los ojos en la puerta en cuestión. Podía ser una trampa, pero correría el riesgo. Aquel momento había sido provocado por él. Solo él había ofrecido la recompensa que mantenía ante su puerta a la mitad de Londres con la esperanza de reconocer al elusivo dueño del club.

Tenía que luchar esa batalla.

Cruzó la habitación y abrió la puerta. Ante él se extendía una larga escalera que subía en la oscuridad. Miró hacia atrás y vio que los tres hombres estaban hombro con hombro, mirándolo. En cuanto cerró la puerta quedando a oscuras, se le ocurrió que faltaba el cuarto, la mujer que era la reina del casino. Su socia en aquel impresionante lugar. El pensamiento comenzó a dar vueltas en la cabeza. Ella era el cuarto. «Ella es el cuarto socio».

Subió las escaleras cada vez con más rapidez mientras revivía en su mente los acontecimientos de los últimos seis años una y otra vez… Todas las referencias a Chase, todas las notas intercambiadas por medio de la hermosa y brillante Anna, una sociedad oculta pero a plena vista. Ella sabía mucho sobre el lugar, sobre sus miembros.

Era el cuarto socio.

La puerta en la parte superior de la escalera conducía a un pasillo que le resultaba familiar, y en la pared, frente a él, estaba el enorme óleo que ya conocía. Temis y Némesis. La justicia y la venganza.

«¿Cuál eres tú?», le había preguntado él cuando estuvieron allí.

«¿No puedo ser ambas?», había respondido ella.

Y era las dos a la vez.

Casi arrancó la pintura de la pared para abrir la entrada al pasadizo secreto. Para entrar en el despacho de Chase.

Contó las puertas y se detuvo en la cuarta. Puso la mano en la manilla sabiendo que lo que fuera que encontrara detrás de esa puerta podía cambiar su vida. Para siempre. Tomó aire para tranquilizarse y abrió. Tenía razón.

Ella estaba detrás del escritorio, con la cabeza inclinada, escribiendo. Había un montón de tarjetas a su lado, sobre la enorme extensión de roble. Recordó lo ocurrido allí unos días antes. Ella, en el borde de esa mesa, en esa estancia blanca. Sus manos, su boca y su cuerpo sobre ella.

Se había dado prisa, pensando que eran las oficinas de Chase. Pensando que los pillarían. Pensando que ella pertenecía a otro hombre. «Deseando que fuera mía».

Se vio consumido por la ira y la fascinación. Por la incredulidad y el respeto.

Ella no levantó la vista cuando la puerta se abrió, sino que agitó una mano en dirección al montón de sobres.

—Estos están preparados para ser enviados —dijo—. ¿Bourne aún no ha llegado?

Él cerró la puerta y la bloqueó con un solo movimiento.Georgiana alzó la cabeza al escuchar el sonido de la cerradura y sus miradas se encontraron. La sorpresa fue evidente en sus ojos

cuando se levantó de la silla de un salto.

Volvía a llevar pantalones.

—Duncan —dijo ella.

—Sí, Bourne ha llegado —repuso él.

Ella frunció el ceño y tardó un rato en entender qué quería decir exactamente con esas palabras.

—Yo… —Se detuvo—. Ah.

—Cuéntamelo —la presionó él. Y recordó que la noche anterior le había dicho esas palabras con la esperanza de que por fin reconociera que lo amaba.

Ahora se conformaría simplemente con la verdad.

—Dímelo —insistió al ver que ella no respondía. Su voz fue dura, casi rota. Cuando la vio sacudir la cabeza, volvió a decir aquella palabra casi con un grito—. ¡Dímelo!

Había lágrimas en los ojos de Georgiana, en aquellos hermosos ojos de color ámbar que tantas veces le habían maravillado. Se preguntó por la razón de las lágrimas; si eran porque había descubierto sus secretos o porque se daba cuenta de que una traición de esa magnitud sería imperdonable.

Que un secreto de esa magnitud lo cambiaba todo.

La vio abrir la boca y cerrarla.

—Duncan —susurró, por fin—. No estaba preparada para que lo supieras.

—¿Para que supiera qué exactamente? —preguntó—. Dímelo. Dilo —ordenó una última vez —. Por una vez en la vida, dime la verdad.

Ella asintió con la cabeza y él observó cómo se movía su garganta mientras buscaba las palabras. No eran demasiadas, con dos sería suficiente. Era muy simple y, al mismo tiempo, tremendamente complicado.

Por fin, Georgiana sostuvo su mirada con firmeza.

—Soy Chase.

Duncan permaneció en silencio durante tanto tiempo que ella pensó que no volvería a hablar.

Una docena de posibilidades daban vueltas en la cabeza de Georgiana, cada una planteaba una posible pregunta por su parte. Pero cuando él habló, no hizo una pregunta, sino una afirmación llena de incredulidad y asombro, y algo más a lo que ella no supo dar nombre.

—Estaba condenadamente celoso de él.

No supo qué responderle y observó cómo se pasaba la mano por el pelo.

—Pensaba que era tu dueño. No entendía por qué estabas tan comprometida con él. Por qué lo protegías tanto. No podía entender que hubieras caído en mis brazos y, a pesar de ello, lo eligieras a él una y otra vez.

—No lo elegí —argumentó ella.

La miró a los ojos.

—Elegiste este lugar.

—No —repuso ella, deseando que la entendiera. Que la viera—. Elegí seguridad. Estar a salvo.

—Yo podría habértelo proporcionado —dijo él con voz atronadora—. ¡Dios, Georgiana! Quería protegerte. Lo único que tenías que hacer era confiar en mí.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó ella. De pronto, necesitaba desesperadamente que él la entendiera—. He vivido alrededor de hombres peligrosos… y tú podrías haber resultado ser el

más peligroso de todos.

—¿Yo? —Él parecía anonadado—. Me ofrecí a ayudarte desde el momento en que nos conocimos.

—No —refutó ella—. Le ofreciste ayuda a Georgiana, pero una vez que descubriste mi conexión con El Ángel, después de saber que también era Anna, me ofreciste un trato.

Él se quedó quieto. Sabía que no debía castigarlo por ello —sabía que estaba yendo demasiado lejos—, pero no podía parar.

—Ojo por ojo, Duncan —dijo a la defensiva—. Y me amenazaste con revelar mis secretos. —Sacudió la cabeza—. Sin duda, yo era parte del acuerdo. Pero no pienses ni por un momento que durante todos estos años como Chase no he aprendido a no confundir los negocios con la amistad. Ni tampoco con la confianza.

—Hace mucho que esto no es un negocio —dijo él.

Ella lo sabía, por supuesto. Y también sabía que esa podría ser la única vez que fuera capaz de decir la verdad. Y quería que fuera él quien la escuchara.

Se apoyó en la mesa, poniendo las palmas de las manos en la superficie.

—Quería ser algo más de lo que me hicieron ser. —Hizo una pausa, tratando de encontrar la mejor manera de explicarlo—. ¿Recuerdas la casa de Yorkshire de la que te hablé? —Él asintió con la cabeza—. Había muchas como yo allí… muchas mujeres que habían huido. Muchas que habían encontrado la fuerza necesaria para desafiar las expectativas. —Sacudió la cabeza—. Yo era la más débil, con diferencia, y no podía seguir siéndolo. Cuando me fui de allí… Cuando volví a casa… Fui consciente de cómo me miraba todo el mundo. De cómo nos miraba. Y les odié. Quería hacer algo muy poderoso… algo que me permitiera ser capaz de manejar como marionetas a todas esas personas que hablaban de la propiedad y el decoro pero vivían el pecado y el vicio cuando cerraban las puertas.

»Al principio fue por venganza. Quería castigar a cualquiera que me hubiera dado la espalda. Que hubiera insultado a Caroline. Quería acabar con los chismosos y la propia sociedad. Un casino era el lugar ideal para ello. Decadencia, pecado, vicio… todo eso hace excelentes socios en la venganza.

Duncan sonrió.

—Y entonces te diste cuenta de que no eras Dios.

Ella arqueó las cejas.

—No, entonces me di cuenta de que no me gustaría ser Dios. Prefería ser algo diferente. Deseaba reinar sobre ellos. Que estuvieran en deuda conmigo, con secretos, dinero y todo lo que quisieran poner sobre la mesa.

—Y nació Chase.

—Mi hermano puso el dinero para el club y me ayudó a elegir a mis compañeros. —Sonrió —. Bourne y Temple llegaron primero, nunca olvidaré la mirada en sus ojos cuando mis guardias de seguridad los arrojaron a mi carruaje y me presenté. —Hizo una pausa—. Bourne me insultó profusamente antes de darse cuenta de que le estaba ofreciendo algo realmente magnífico.

—Ser tu socio en un club de juego.

Ella sacudió la cabeza.

—No, le ofrecí salir del arroyo. Bourne lo había perdido todo. Y también Temple. Les di la oportunidad de resucitar de sus cenizas. Yo no necesitaba el dinero… pero sí sus títulos. Sus rostros. Las habilidades que traían consigo.

Él asintió con la cabeza.

—¿De dónde sacaste el nombre de Chase?

Ella sonrió.

—Me lo puso Bourne. Acostumbraba a decir que estaba sometiendo a Londres a una alegre cacería… Y, como sabes, cacería en inglés es «chase», así que me quedó.

—Abrimos el casino con la ayuda de mi hermano y sus conexiones. En cuestión de meses, la gente pedía a gritos poder pertenecer al club. Durante los primeros años, no me importaba lo que pensaban de Georgiana. De hecho, apenas pensé en Georgiana. Era Chase, y era Anna… y me sentía libre. Fue increíble. —Miró hacia otro lado—. Hasta que dejó de serlo.

—Hasta que Caroline fue lo suficientemente mayor como para notar la censura de la sociedad.

—Hasta que Caroline fue lo suficientemente mayor para convertirse en el objeto de la misma.

—Y entonces lo hiciste por ella.

Georgiana buscó su mirada y leyó comprensión en ella. Él se había enfrentado a una batalla similar por proteger a su hermana del mundo.

—Duncan, yo no robé un simple caballo. He robado un mundo.

—Y nos lo creímos —se maravilló él.

—No fue tan difícil como parece —dijo ella—. La gente cree lo que se les dice, casi siempre. Una vez que decidimos que nadie vería a Chase, fue fácil convencer al mundo de que era el más poderoso de todos. Su misterio se convirtió en su mayor poder. Era mi poder.

—Te equivocas. —Él se acercó a ella tanto que podría haberlo tocado, pero resistió el impulso y se limitó a escucharlo—. Te he conocido como Georgiana y como Anna, y en ambos casos he sentido el fuego de tu poder. He sido sometido por él y me sumergí en su resplandor. Y no hay nada en ese poder que sea Chase. —Duncan alzó la mano y la puso en su nuca, haciéndola contener el aliento—. Ese poder es tuyo. —Georgiana lo miró mientras añadía—: Y ella lo sabrá.

Las lágrimas surgieron de la nada, espontáneas y no deseadas. ¿Cómo había adivinado él su mayor preocupación? ¿Había sido en la oscuridad de la noche? ¿Cómo sabía que ella estaba asustada de que Caroline la mirara algún día y la odiara por las decisiones que había tomado?

Apartó la mirada, tratando de ocultarse de él.

—No lo hagas —dijo Duncan, obligándola a volver a clavar los ojos en él—. No te escondas de mí. Me empujas a cada paso. Utilizas a Chase como escudo.

—No… —protestó ella, pero él la interrumpió con una mirada de ira y tristeza.

—Sí. Tenías miedo de mí. Pero ¿por qué? ¿Temías lo que yo pudiera hacer? ¿Que se lo dijera al mundo? ¿De verdad piensas que podría traicionarte?

Ella frunció el ceño.

—No lo sé… El único hombre al que me había entregado…

—No tenías miedo de mí —continuó él—. Ni de lo que pudiera hacer Chase, ahora lo sé —dijo lo último con un humor irónico—. Temías lo que te hago sentir.

«Cierto».

Lo miró a los ojos.

—Claro que sí. —La honestidad que mostró los tomó a los dos por sorpresa, pero ya era la hora de ser sinceros, ¿verdad?—. Tenía que pensar en mí. Luchar por mí misma… Por Caroline. —Hizo una pausa—. Esto soy yo. Y debo luchar por ella. Debo usar cada arma a mi disposición para asegurar su futuro. Eso significaba que debía utilizar a Chase… era lo más fácil. Y tú… —vaciló—. Tú lo hiciste más difícil.

—Me retiraste la entrada en el club —le recriminó.

—Lo siento. Te invito de nuevo… —«Mientras exista el club».

—No me importa el maldito club. Me importa que me quisieras alejar de ti.

—No podía tenerte cerca —explicó, diciendo la verdad—. No podía tenerte cerca sin querer tenerte cerca para siempre.

Otra vez aquella expresión, insidiosa y tentadora. Él soltó un juramento y la atrajo hacia sí, envolviéndola con sus brazos, fuertes como el acero, haciéndola desear que todo se redujera a eso. Que no existiera Chase, ni Anna, ni Tremley peleándose por sus secretos y pedazos. Que no existiera El Ángel Caído.

Porque ella no quería usarlo. Ya no. No deseaba que él estuviera cerca de la falsedad que amenazaba su futuro. No deseaba que él tuviera más razones para pensar mal de ella.

Pero Duncan lo entendió mal.

—¡Dios…! Georgiana —susurró sobre la parte superior de su cabeza, cerrando más los brazos a su alrededor, fuertes y acogedores—. El periódico. La recompensa.

Ella pegó la cara a su pecho, deleitándose en su aroma.

—Chase está acabado.

Y lo había estado desde el momento en el que Tremley hizo su oferta, sus secretos por Duncan. Era una oferta que no rechazaría. Un intercambio que haría con placer. Chase y Anna desaparecerían del mundo y serían reemplazados por la seguridad de Duncan.

«Ojalá sea suficiente».

Él maldijo por lo bajo.

—Yo lo hice. Lo arruiné todo. —Hizo una pausa—. A ti. He arruinado todo lo que has logrado.

Ella se habría arruinado a sí misma —era lo que planeaba—, pero eso era un secreto que no podía revelarle. Sonrió.

—Tenía que hacerse… con el tiempo. No podía seguir aquí y predicar el decoro de Caroline. Llegué a pensar que podría… pero ahora me doy cuenta de que era un plan ridículo.

—Encontraré la manera de mantenerte a salvo. De salvar a Chase. Voy a anular la recompensa.

Ella llevó los dedos a sus labios para silenciarlo y luego los pasó por sus pómulos, por la larga línea de su mandíbula.

—Todo este tiempo… desde el principio, me has dicho que debo confiar en ti.

—Sí —convino él—. Y ahora tienes que creerme. Encontraré la manera de…

—Ahora es tu turno, Duncan —lo detuvo ella—. Es el momento de que tú confíes en mí.

Él entrecerró los ojos.

—¿Qué significa eso?

Georgiana se puso de puntillas para besarlo.

—Justo lo que significa.

—Confío en ti. —Duncan respondió a su beso—. ¿En qué estás pensando?

—Eso no es confiar en mí.

Él abrió la boca para responder y se detuvo.

—No quiero seguir con esta conversación. No quiero hablar. —La levantó en sus brazos y ella le rodeó la cintura con las piernas—. Solo quiero amarte. Todo lo que eres. Una vez, antes de que todo termine.

«Antes de que todo termine».

Las palabras la envolvieron, haciendo que encerrara su cara entre las manos y lo besara con profundo anhelo. No le gustaba el carácter definitivo que mostraban. La sensación de que todo lo que era importante terminaría esa noche.

No tenía sentido, ¿verdad? Aquella noche terminaría el mito de Chase. Pondría fin a la figura de Anna. Y dejaría a Georgiana sola una vez más para hacer frente a la sociedad y a sus lobos. Para crear un nuevo futuro. Pero no quería ese futuro. Quería el presente. Ese momento. A ese hombre.

—Deseo… —dijo Duncan en voz baja y ronca al oído, y ella le miró a los ojos.

—¿Qué? —Georgiana se movió contra él, haciendo que el placer la rodeara y, esperaba, también a él.

Funcionó. Él sonrió y cerró los ojos.

—Te parecerá una locura, pero me gustaría que hubiéramos hecho esto en una cama. Como la gente normal.

—Tengo una cama.

Él ladeó la cabeza, buscando el placer.

—¿De veras?

—Sí. —Ella asintió con la cabeza.

La dejó en el suelo y ella lo guio hasta sus habitaciones. Atravesaron varias puertas hasta llegar a la habitación donde dormía la mayoría de las noches. Se detuvieron en la puerta y miraron la cama, con una colcha y cortinas blancas. Él sacudió la cabeza.

—Durante todo este tiempo, Londres ha apostado y pecado, se ha revolcado en el vicio, y tú has reinado desde esta cama blanca… Lo idóneo para una princesa pura e inmaculada.

Ella sonrió.

—Ya no soy pura ni inmaculada.

—Ya no —convino él con una mirada ardiente.

Y de pronto, ella volvió a encontrarse entre sus brazos. Él la levantaba, la llevaba, provocando un profundo anhelo en su interior. Ella que se había pasado los últimos seis años dando a los hombres y mujeres de Londres todo lo que deseaban, que se consideraba una experta en deseo, jamás había deseado nada como deseaba a ese hombre. Ese momento.

Duncan la dejó de pie junto a la cama y poco a poco los desnudó a ambos. Botas y pantalones, camisas. Él se quitó su ropa y luego la de ella, lamiéndole la piel con la lengua según la dejaba al descubierto hasta que ella pensó que moriría de placer. Hasta que pensó que su deseo por él la rompería en mil pedazos.

Él la acostó desnuda en las sábanas frescas y se subió sobre ella. Primero apretó la cara contra su vientre, respirando profundamente y presionando la boca abierta contra su centro, contra las marcas descoloridas que contaban una historia que solo él conocía.

—Te amo —susurró, suave y en privado, contra su piel. Lo dijo con tanta suavidad que ella pensó que quizá no lo había dicho.

Georgiana jadeó cuando él movió la boca buscando la punta de uno de sus pechos, y luego la otra al tiempo que deslizaba las manos por los montículos, acariciándolos y asegurándose que ella no olvidaría jamás ese momento, la forma en que la tocaba. La manera en que la amaba. Lo abrazó, enredando los dedos en el suave cabello dorado mientras él susurraba entre sus pechos.

—Te amo. —El repitió las palabras como una bendición mientras lamía y chupaba, mientras la adoraba hasta que su respiración se convirtió en fuertes inhalaciones casi insoportables y él se levantó sobre ella para cubrirla con su cuerpo, duro y caliente, perfecto en todos los sentidos.

La miró a los ojos.

—Te amo —dijo una vez más.

Y ella quiso responder, desesperada se arqueó al tiempo que lo atraía para besarlo. Le ofreció con sus labios todo lo que sentía por aquel hombre magnífico y brillante.

Él se deslizó lentamente, como si hubieran hecho eso miles de veces, como si se pertenecieran el uno al otro, como si fuera suya y ella lo poseyera. Y así era, lo sabía. Siempre sería así.

Sus movimientos fueron profundos y largos, exuberantes embestidas que la dilataban para él. Para sentirlo más. Para tener más de su amor. Parecía saber lo que ella quería. Duncan se arqueó y repitió su promesa una y otra vez en su oído. Georgiana no supo si se trataba de las palabras o del movimiento, pero pronto gimió la liberación que solo él podía proporcionarle. Duncan se quedó quieto, se elevó sobre ella con los ojos cerrados de placer y dolor, y ella supo que estaba buscando fuerzas para retirarse, negándose a derramarse en su interior. Negándose a ponerla en peligro.

—Duncan. —Él abrió los ojos y le robó el aliento con la emoción que contenían—. No me dejes —susurró—. No te retires esta vez.

Él la miró durante un buen rato como si quisiera comprender sus palabras. Ella sacudió la cabeza.

—No lo hagas esta vez —le pidió con lágrimas en los ojos mientras era golpeada por el conocimiento de que esa sería la última vez que lo harían.

Él capturó su boca con un beso abrasador, más profundo y apasionado que cualquiera que hubieran compartido antes. Mientras la besaba, Duncan deslizó la mano entre sus cuerpos y presionó el pulgar sobre su parte más sensible, acariciándola una y otra vez hasta que ella gritó de éxtasis. Solo entonces volvió a moverse, empujando hasta el fondo y vertiéndose en su interior. Ella se dejó llevar y se olvidó de todo.

Duncan se dejó caer sobre su cuerpo y lo rodeó con brazos y piernas, acunándolo sin poder contener las lágrimas. Lloró. Lloró por la belleza de ese momento, los dos contra el mundo; lloró por ella misma, por el sacrificio que se había impuesto en el camino… y que se había prometido hacer, y que resultaba de alguna manera más devastador ahora que sabía a lo que renunciaba.

«Amor».

Cuando Duncan despertó, ella se había ido. Tendría que haberlo esperado, pero aun así le irritaba el hecho de que lo hubiera dejado allí, en el corazón de su casino mientras iba a luchar solo Dios sabía qué batalla por su cuenta.

«Tenía que pensar en mí. Luchar por mí misma… Por Caroline».

Ya no más.

¿Es que ella no entendía que él era su campeón? ¿Que lucharía sus batallas? ¿Que haría cualquier cosa necesaria para salvarla a ella y a ese lugar que amaba?

Era posible que no pudiera tenerla para siempre, pero podía darle eso. Y sería suficiente.

¡Dios! Tenía que anular la recompensa. La caja de Pandora que había abierto la arruinaría a ella y al club si no la cerraba. Se levantó y se vistió con rapidez para regresar al despacho de Georgiana.

Estaba vacío. Se acercó al escritorio presa del asombro y la admiración. Pensó en la primera vez que Georgiana pisó esa sala. Una cría de ¿cuántos años? ¿Veinte? Rechazada por la sociedad por un momento de riesgo. Por un solo error.

Había construido un imperio desde allí. Desde detrás de ese escritorio. Y él había pensado que era el hombre más trabajador de Londres…

Rozó el papel secante con los dedos, la pluma de plata que había al lado… sin orden ni concierto, como si ella la hubiera dejado caer para terminar otra tarea. Sonrió ante la idea. Su laborioso amor. Era su pareja perfecta.

Ignoró el hilo de tristeza que siguió a ese pensamiento. La forma que le dolía que fuera cierto. Que fuera su futuro. Pero sus secretos eran muchos, y él jamás podría dominarlos. Siempre estaría sometido a la amenaza de que fueran descubiertos. Era su castigo. Eran un escándalo, una vez más.

Desvió la mirada y su vista cayó en el montón de cartas que había sobre el borde de la mesa. No podían ser más de diez, diez notas cuadradas olvidadas de lo que habían sido decenas de papeles idénticos y que cubrían toda la superficie de la mesa cuando él entró en la estancia.

Alzó los mensajes, sabiendo que no debería hacerlo. Sabiendo que no eran asunto suyo, pero incapaz de detenerse. Cada uno estaba escrito con el trazo fuerte y negro que había llegado a conocer como la letra de Chase.

No era de Chase, sino de Georgiana.

Las cartas estaban remitidas a miembros del club, los hombres que había visto docenas de veces en el casino. No había nada que vinculara aquellos nombres; algunos eran miembros antiguos, otros nuevos. Unos ricos y otros no tanto. Un duque, dos barones, tres hombres de negocios.

Cogió una dirigida al barón Pottle.

Deslizó un dedo debajo del sello y abrió la nota. Un profundo temor se instaló en su pecho cuando vio una sola línea escrita.

Esta noche, el ángel caerá.

Capítulo 21

Él nunca había visto El Ángel tan lleno de gente.

Aunque, por supuesto, nunca había pisado El Ángel un día como ese. Londres al completo se había presentado allí para presenciar lo que afirmaban que sería la última noche de El Ángel Caído. Los rumores y chismes flotaban en el aire mientras iban apareciendo cientos de miembros del club, todos ellos blandiendo la misma nota cuadrada, escrita por Georgiana de su puño y letra.

—¿Qué quiere decir? —susurró un joven a sus colegas, reunidos alrededor de la mesa de Faraón.

—No lo sé —fue la respuesta—. Pero lo que sí sé es que una noche como esta en El Ángel es mejor que veinte en los mejores salones de baile de toda Gran Bretaña.

Y era cierto. La habitación estaba a rebosar, una ondulante masa de chaquetas negras y voces profundas salpicada por las brillantes sedas de los vestidos de algunas docenas de damas de El Ángel Caído a las que se les había permitido estar enmascaradas entre la multitud.

«¿Qué ha planeado Georgiana?».

La había estado buscando desde que llegó, pero tanto ella como el resto de los propietarios parecían haber desaparecido. Cuando salió de las habitaciones de Georgiana y se dirigió a la sala de juego, el lugar estaba más o menos tranquilo, si no tenía en cuenta los golpes en la puerta, los gritos o los disturbios en la calle.

Su plan era destruir a Chase para liberar a Georgiana. Y en cambio, había destruido todo aquello por lo que ella había luchado.

—¡Buena jugada lo de la recompensa, West! —gritó un hombre que Duncan no reconoció desde una mesa cercana, poniéndole la mano en el hombro—. Ya era hora de que hiciéramos salir a ese bastardo de su agujero. Después de todo, lleva años desplumándonos. ¡Me sorprende que te hayan dejado entrar!

—Pero ¿estás dispuesto a dar cinco mil libras por él? —preguntó otro hombre que se le acercó—. Vas a tener a cientos de personas dándote nombres falsos.

Ya las tenía… De hecho, las especulaciones habían comenzado a llegar a sus oficinas. Había teorías para todos los gustos, desde que Chase era Su Alteza Real, hasta que era hijo de un vendedor de pescado de Temple Bar.

—Reconoceré la verdad cuando me la digan —aseguró, obviando la conversación.

Aunque no era cierto. No había reconocido la verdad aunque la había tenido delante de las narices. En las horas transcurridas desde la revelación, se había dado cuenta de una docena de pistas por las que debería haber sabido que ella era más de lo que parecía. Que era más fuerte, más inteligente y más poderosa que los hombres que jugaban en su club cada noche.

Pero la había juzgado mal, igual que el resto de Londres. En el otro extremo de la habitación estaba el vizconde Langley, ante la mesa de Peligro, lanzando los dados a placer. Si se fiaba de los aplausos que estallaban a su alrededor, Langley estaba en racha. Debería dejarlo antes de que le cambiara la suerte.

Ver al vizconde le hizo recordar aquella primera noche, cuando coincidió en la terraza con Georgiana y ella había confesado que su elección era Langley. Seguía siendo una buena opción.

Un hombre sin tacha. Noble. Que la protegería. Porque si no era así, él se aseguraría de que sufriera de manera abominable.

Langley lanzó los dados. Ganó de nuevo. Una pesada frustración le oprimió el pecho. ¿Por qué aquel hombre ganaba incluso donde él perdía?

Observó al vizconde durante largos minutos, hasta que perdió y dejó los dados en manos de un croupier. Contuvo el placer que le produjeron sus lamentos.

—Langley —lo llamó. El vizconde se giró hacia él. Supo que su curiosidad se hizo aún mayor porque jamás habían hablado.

Lo llevó a un lado.

—Milord, soy Duncan West.

El vizconde asintió.

—Lo he reconocido. Le confieso que soy partidario de su causa; ha ganado mi voto para una serie de proyectos de ley que se van a debatir esta temporada.

Duncan aceptó el cumplido.

—Gracias. —De acuerdo, apoyaba el matrimonio de Georgiana con ese hombre, pero ¿acaso también tenía que caerle bien?

Respiró hondo, soltó el aire y el vizconde ladeó la cabeza.

—Señor, ¿se encuentra mal? —se interesó inclinándose.

«Sí».

Estaría mal siempre después de que ella se convirtiera en la vizcondesa de Langley, pero le había prometido ese momento. Esa victoria.

«Ojo por ojo».

—Está usted cortejando a lady Georgiana —comentó.

Sorprendido, Langley miró de un lado a otro y luego por encima del hombro. West leyó la culpa en sus ojos. No le gustaba aquella pausa ni lo que significaba; como si Langley no estuviera, de hecho, cortejando a Georgiana.

Y eso le gustó mucho.

—¿No es así?

Langley vaciló.

—¿Lo quiere saber para sus publicaciones? He notado el gran interés que lady Georgiana ha suscitado para sus periódicos desde que regresó a la sociedad.

—No es por un tema profesional, aunque espero que mis periódicos le hayan causado una impresión positiva.

—Mi madre está, sin duda, interesada en la dama. —El vizconde sonrió.

Duncan se figuró que eso suponía un gran éxito.

—Me imagino que algunos llamarían cortejo a mis interacciones con ella —repuso Langley finalmente, pero Duncan percibió cierta duda en su voz.

Quiso rugir su desaprobación. ¿Es que ese hombre no se daba cuenta de lo que le estaban ofreciendo?

—¿Se ha vuelto loco? Ella es un buen partido. Sin ninguna duda. Cualquier hombre se sentiría orgulloso de poder llamarla suya. Podría conseguir a un rey si se lo propusiera.

Lo que había comenzado como una gran sorpresa en el rostro de Langley, se fue transformando con rapidez en curiosidad, por lo que Duncan se sintió un completo estúpido cuando terminó.

El vizconde no vaciló en su respuesta, y su tono reflejaba un gran conocimiento de la

cuestión.

—Me parece que no es un rey quien desea llamarla suya, sino todo lo contrario.

Duncan entrecerró los ojos ante la indirecta. Ante la verdad que encerraba.

—Está sobrepasándose.

—Seguramente, pero sé lo que es querer algo que no se puede tener. Ahora entiendo por qué está mostrando un interés tan intenso en la dama. —Langley hizo una pausa—. Si pudiera cambiar mi título por su libertad de acción, lo haría.

De pronto, Duncan se sintió incómodo con aquella conversación.

—Ahí se equivoca. No hay libertad sin título. En cualquier caso, hay menos.

El título llevaba consigo seguridad. Tranquilidad. Él, en cambio, vivía con el constante temor de ser descubierto. Y ese miedo era la sombra de su futuro.

Su mirada se encontró con la del vizconde.

—Lo ha elegido a usted.

Langley sonrió.

—Si eso es cierto, y no estoy seguro de que lo sea, será un honor hacerla mi esposa.

—Y cuidarla.

El vizconde arqueó una ceja.

—Si no lo hace usted, sí.

La insolencia de aquel cachorro, daba igual el título que tuviera, hizo que Duncan quisiera golpearle la cabeza contra la mesa en la que había jugado. No podía cuidarla. No quería que se viera atada a su vida… A sus secretos. Y ella no los deseaba tampoco.

«¿Y si nos casáramos?».

Recordaría esa pregunta durante el resto de su vida. Cuando ella la pronunció entre sus brazos, con suavidad, haciendo que flotara entre ellos la posibilidad de que aquel sueño tonto se convirtiera en realidad. Cuando estuviera en su lecho de muerte, en la cárcel o colgando de una soga, esa pregunta sería su último pensamiento. No importaba que ella no hubiera querido decirla. No en la forma en que él la deseaba.

Georgiana necesitaba un título nobiliario. Deseaba la seguridad, la comodidad y la conveniencia que traía aparejadas para su hija. Y él sabía mejor que nadie lo importante que eran. ¡Qué no daría por ellas! Por ofrecérselas a Georgiana.

El vizconde pareció leerle el pensamiento.

—Usted debería ser el único que cuidara de ella.

—La cuidaré —aseguró—. Esta es la manera en que lo haré.

Langley lo consideró durante un buen rato antes de asentir.

—Entonces, si ella me tiene a mí, yo la tendré a ella.

Duncan odió lo que aquellas palabras insinuaban, la furia visceral que traían consigo. Quiso despotricar contra Dios y el mundo por ofrecerle aquel destino, el de amar a una mujer que no podía tener.

—Si alguna vez puedo hacer algo por usted, milord, mis periódicos están a su disposición —se limitó a decir.

Langley se balanceó sobre los talones.

—Quizá vaya a verle antes de lo que cree.

El vizconde se dio la vuelta y Duncan se quedó solo junto a la mesa de los dados, observando a la multitud, esperándola a ella.

—Observo que vuelves a pertenecer al club —comentó el marqués de Bourne a su lado—.

¿Qué te parecen los frutos de tu estúpido trabajo?

Duncan hizo una mueca al escucharlo, pero no negó las palabras. Había puesto precio a la cabeza de Chase y, por extensión, a ese lugar y a sus propietarios.

—¿Qué está planeando ella? —preguntó.

—Lo que está a punto de hacer es un maldito error. Pero nadie le dice a Chase cómo debe vivir.

—¿Qué clase de error? —indagó sin apartar la mirada de la multitud, desesperado por encontrarla. Quería evitar que ella hiciera lo que fuera que planeaba. Había complicado la situación publicando que ofrecía una recompensa por la identidad de Chase, y debía ser él quien lo resolviera.

—No nos ha dicho más. Solo que es lo que había decidido, algo muy discutible en mi opinión. Luego añadió algunas idioteces sobre que nosotros ahora tenemos familias en las que pensar y mucho dinero, que el club debe seguir su curso.

Un ramalazo de temor lo recorrió de arriba abajo.

—¿Va a renunciar al club?

«Pero ¿por qué?».

—Cuando se pone en plan Chase, piensa que tiene toda la razón —dijo Bourne en tono de exasperación, como si aquello fuera el capricho de una niña tonta y no la destrucción de años de sueños y trabajo.

Duncan soltó un juramento.

—No podría estar más de acuerdo —convino Bourne.

No podía permitirlo. Encontraría otra forma de salvarla.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—Conociendo a Chase como la conozco, está preparando una gran entrada. —Bourne hizo una pausa—. No es necesario que mencione que si resulta herida de alguna manera… Si Caroline acaba marcada esta noche…

Duncan lo miró a los ojos.

—Esperaré repercusiones.

—¿Repercusiones? —se burló Bourne—. Te haría desaparecer, y jamás te encontrarían.

—¿Debo suponer que has sido enviado para darme ese mensaje?

—Ese y otro —añadió Bourne—. No debes dejar que se aleje.

Se quedó frío al oír aquellas palabras, y luego comenzó a arder.

—No entiendo.

Bourne sonrió sin apartar la mirada de la multitud.

—Eres el tipo más inteligente que conozco, West. Me has entendido perfectamente.

«No debes dejar que se aleje». Como si pudiera elegir…

La multitud se hizo más estridente. La bebida fluía libremente por el club, y cada mesa estaba a rebosar de jugadores envueltos por el resplandor del azar. El lugar rezumaba sonidos; las llamadas de los crupieres, los vítores de los clientes que jugaban a los dados, los gemidos de los que habían preferido la ruleta. Se imaginó que podía oír también el susurro de los naipes del *vingt-et-un*, deslizándose sobre el tapete. Cada sonido más exuberante y magnífico que nunca porque ahora sabía que era… creación de ella.

—Sin embargo, te diré esto por ella —comentó Bourne, mirando el lugar como si contara el número de jugadores que había ante ellos—. Si tenemos que cerrar nuestras puertas esta noche, lo haremos con la mayor recaudación que jamás hayamos tenido.

—Tengo que detenerla.

Bourne arqueó una ceja.

—Lo confieso, esperaba que consideraras hacerlo. Tengo una familia que alimentar.

El marqués de Bourne tenía dinero y tierras suficientes para alimentar a todas las familias de Gran Bretaña, pero Duncan tenía otras cosas que hacer mejores que corregirlo.

—¿Dónde está ella?

Bourne alzó la vista hacia la vidriera, donde Lucifer caía al suelo del casino.

—Si tuviera que buscarla en algún sitio… —insinuó Bourne.

Duncan no llegó a oír el final de la frase. Se abrió paso entre la multitud, cruzando entre las mesas, y se dirigió hacia la puerta custodiada en el otro extremo de la sala. Casi estaba llegando a su objetivo cuando escuchó su nombre, a su espalda, con una voz que en El Ángel Caído resultaba familiar y extraña a la vez.

Después de todo, el conde de Tremley no era miembro del club.

Duncan se giró y Tremley se acercó, sonriente.

—Me han invitado esta noche. Tu Anna. Me habían dicho que era hermosa, pero una vez que la ves… es gloriosa.

La furia creció en su interior. No podía soportar la idea de que Georgiana y Tremley respiraran el mismo aire, y menos que estuvieran en la misma habitación.

—¿Qué has hecho?

—Nada que no hicieras tú mismo —se burló el conde—. De hecho, has hecho una jugada bastante amplia, ¿cinco mil libras por la identidad de Chase? ¿Crees que ahora solo tienes que sentarte y esperar a que las hordas lo encuentren? Yo lo hice ya.

Él se quedó paralizado.

—¿Qué fue lo que hiciste?

—Un trato. Con tu chica. Fue algo muy tierno.

No.

Duncan sabía lo que iba a decir antes de que Tremley lo hiciera.

—Lo hizo por ti, pobre criatura, pensando que si revelaba los secretos de Chase, te salvaría. —El conde le miró—. Los dos sabemos que no es cierto.

«Lo estaba haciendo para salvarlo». Ella misma lo había dicho, ¿verdad? Tremley le había hecho elegir: su club o él. «Te elijo». Había tomado la decisión sin dudar. «Es el momento de que tú confíes en mí».

No podía dejar que arruinara su vida. No podía dejar que abandonara ese mundo que tanto había luchado. Algo comenzó a insinuarse en sus pensamientos —algo que no le gustaba—; si su plan era una revelación pública, no sentaría bien a Tremley. Si todo el mundo conociera a Chase, Tremley seguiría en deuda con El Ángel, que poseería sus secretos. Pero ahora, el conde sabía cómo hacer que Georgiana bailara a su son.

Y lo haría. Para siempre. Se cerniría sobre ella y sobre ese lugar con la misma amenaza, con el mismo dominio que le había sometido a él durante toda la vida.

¡Ya había tenido suficiente!

Se había pasado años esperando a que Tremley informara de sus crímenes, a que lo enviara a la cárcel, a que lo colgara. Se había pasado años amasando una fortuna y favores para asegurarse de que, en caso de que llegara a ocurrir, alguien podría ocuparse de Cynthia. Se había arrastrado y hecho una oferta por Tremley. Pero lo había hecho.

Abrió la boca para decírselo cuando desde el otro lado de la habitación llegó una cacofonía de

sonidos. Georgiana estaba allí, vestida de escarlata, encima de una mesa de dados. Detrás de ella, Lucifer caía.

Iba a hacerlo.

—¡Caballeros! ¡Caballeros! —gritó ella, moviendo los brazos para indicar que debían callarse —. Y damas. —Miró al pequeño grupo de mujeres enmascaradas que había en un rincón de la sala.

Un hombre junto a la mesa le tocó el zapato. West empezó a moverse, dispuesto a destruir a las alimañas, cuando ella pisó la muñeca de aquel sinvergüenza, arrancándole un grito agudo.

—Oh —dijo ella, todo sonrisas—. Disculpe, lord Densmore. No sabía que tenía la mano tan cerca de mi pie.

Duncan se detuvo.

—Nos sentimos muy felices de que se hayan unido a nosotros en la que, esperamos, sea una velada muy edificante —continuó ella por encima del coro de risas masculinas.

«¡Maldición!».

Iba a hacerlo.

Volvió a avanzar hacia ella, pero la multitud impedía sus movimientos. Esto era, después de todo, la extraña ocurrencia que había estado esperando.

—Como bien saben, nuestro querido amigo Duncan West ha ofrecido una recompensa por la identidad de Chase…

West se quedó paralizado cuando sus palabras fueron recibidas con un coro de abucheos, silbidos y siseos. Varios hombres cercanos a él le dieron una palmada en la espalda.

—Esa va detrás de ti, West —susurró un hombre.

—Y no nos cabe duda de que muy pronto, alguno de ustedes, caballeros emprendedores, descubrirá la verdad sobre el fundador de El Ángel. —Ella hizo una pausa—. Después de todo, cinco mil libras es una enorme cantidad de dinero para un variopinto grupo al que tanto le gusta perder.

Más risas, pero Duncan las ignoró, desesperado por llegar a ella. Por detenerla como fuera.

—Pero aquí creemos en la justicia. O, al menos, creemos que el dinero debe fluir en nuestros bolsillos en vez de alejarse. Por lo que ha llegado el momento de confesar algo. —La vio hacer una dramática pausa y supo que no llegaría a ella a tiempo.

Georgiana abrió los brazos.

—¡Yo soy Chase!

No se le había ocurrido que nadie la creería, pero cuando las risas acompañaron a su confesión, se dio cuenta de cómo podía salvarla. A ella y al club, y cómo podía liberarlos. ¿Cuántas veces lo había dicho? «La gente cree lo que desea creer».

Y ninguno de los allí presentes quería creer que Chase era una mujer.

Se subió a la mesa de juego más cercana y la miró.

—No pienso pagar sin que me proporciones alguna prueba, Anna —pronunció, inyectando a su tono un relajado acento burlón—. ¿Le gustaría confesar a alguien más? Repito, aquí, en este glorioso lugar construido por Chase. Cinco mil libras por su identidad. Las pagaré al instante.

Se detuvo y rezó para que alguno de los socios de Georgiana fuera lo suficientemente inteligente para darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Cross fue el primero, subiéndose a la mesa de la ruleta.

—Supongo que no te creerás que yo soy Chase, ¿verdad, West?

Duncan sacudió la cabeza.

—No.

—¿O yo? —Temple estaba sobre la mesa de *vingt-et-un*, en el otro extremo de la habitación. Se agachó y subió a su esposa junto a él—. ¿Quizá mi duquesa?

—¡Soy Chase! —gritó ella.

Todos los presentes se rieron.

Uno a uno, todos los hombres y mujeres en deuda con Georgiana afirmaron ser Chase desde distintos puntos de la habitación. El jefe de seguridad, el jefe de la sala de juegos, Bourne, los crupieres, todas las mujeres que trabajaban allí. Dos lacayos. El chef francés, que había escuchado la conmoción y salió de la cocina para subirse a la mesa de la ruleta y proclamar que era «La Chasse».

Y luego otros se unieron a la diversión. Hombres que no conocía, que nunca se habían acercado a ella. Tipos que querían escuchar el coro de risas que se producían cada vez que alguien afirmaba: Soy Chase.

Cada vez que resonaba un firme y audaz «soy Chase», los jugadores se revolcaban de la risa y Chase se convertía en un mito. En una leyenda.

Y era cierto que no había un solo Chase, como si también fuera todas esas personas que admitían ser el hombre que vigilaba detrás de la vidriera, mirando al mundo desde su dominio. Duncan miró a Georgiana que de pie sobre la mesa, miraba con incredulidad a todos los que se ofrecían por ella, sin dudar. Sus miradas se encontraron y él vio en sus ojos el brillo de las lágrimas. Quiso saltar de mesa en mesa hacia ella, confesarle lo mucho que la amaba. Decirle lo extraordinaria que era.

—¡No! —aulló el conde de Tremley desde un rincón. Duncan se giró hacia el sonido y encontró al hombre intentando llegar a él—. ¡No es cierto! —gritó Tremley con voz aguda y nasal mientras se subía a otra mesa, frente a él—. Solo está jugando este juego con su puta para mantener su propia historia en secreto.

El silencio se hizo en la sala ante el tono airado del conde. A Duncan se le aceleró el corazón mientras Tremley volvía a dirigirse a los presentes.

—Pregúntense, ¿quién es este hombre, que dirige los periódicos? ¿De dónde ha salido? ¿Cómo ha creado su imperio?

Duncan se volvió hacia Georgiana y sostuvo su mirada. Tenía los ojos muy abiertos y asustados, como si supiera que ese era el final. Que Tremley revelaría su secreto y así, todo estaría perdido.

Y por extraño que resultara, mientras esperaba que cayera el hacha del verdugo, lo único que le importó fue que Georgiana estuviera a salvo.

Tremley hizo la pregunta final.

—¿Cómo se llama en realidad?

El silencio siguió a las palabras de Tremley, que flotaron en la enorme sala.

Duncan siguió sosteniendo la mirada de Georgiana, preparado para lo que viniera después. Así que fue testigo de cómo curvaba los labios con una sonrisa atrevida que no se reflejó en los ojos, estos estaban demasiado llenos de miedo.

—No irá a decirnos que se llama Chase, ¿verdad, milord?

Y con esa única frase, tan bien colocada, hizo que todo el casino se riera. Su hermoso y brillante amor. Ella le salvó. Igual que él la había salvado, frente al mundo, aunque solo ellos lo sabían.

Al escuchar las risas, Tremley se volvió loco y metió la mano en el interior de la chaqueta

para sacar una pistola.

—Pienso acabar contigo —aseguró, apuntándole con el arma.

Las carcajadas se cortaron de golpe en el momento en que Tremley sacó la pistola, convirtiéndose en estupefacción.

Georgiana solo podía pensar en Duncan. No podía salvarlo para perderlo al instante siguiente. Miró hacia Bourne y Temple; ambos se dirigían hacia el lugar donde estaba Tremley, pero estaban demasiado lejos y la sala a rebosar. No llegarían a tiempo.

Duncan alzó las manos en el aire.

—Milord —dijo—. No quiere hacer esto.

Tremley rio.

—Hay pocas cosas en el mundo que tenga más ganas de hacer. ¿Cómo te atreves a pensar que puedes utilizar mis pecados contra mí? ¿No sabes quién soy?

—Claro que sé quién eres —le siguió la corriente Duncan—. Como muchos de los presentes. Casi todo el mundo. Y si me matas, ellos lo sabrán.

—Pero no importa.

—Yo creo que sí —anunció ella, sorprendida de ser capaz de reprimir el miedo para que no fuera patente en su voz. Le aterraba la vida sin él.

Tremley volvió el arma hacia ella, que jamás agradeció algo tanto como que Duncan no corriera peligro.

—Desde luego, no les importará si te mato a ti.

—¡No! —El grito de Duncan llegó alto, claro y lleno de furia.

Por el rabillo del ojo, Georgiana lo vio saltar de mesa en mesa hacia el conde.

Se concentró en la pistola, preguntándose si Tremley tendría el valor suficiente para apretar el gatillo. Se preguntó quién cuidaría de Caroline si muriera. Se preguntó qué haría Duncan si muriera.

Deseó haber tenido el coraje para decirle que le amaba. Aunque hubiera sido una vez.

—Dígame, milord —resonó una voz fuerte y clara junto a ella. Se giró y vio a una mujer enmascarada, de pie sobre una mesa, justo detrás de Duncan—. ¿A quién le va a importar si te mato, cobarde traidor?

Era lady Tremley. Georgiana identificó la voz un segundo antes de que Duncan saltara para lanzar a Tremley al suelo y un disparo resonara en la enorme habitación.

El conde y Duncan cayeron de las mesas, y ella recuperó en ese momento la capacidad de moverse. Corrió hacia ellos con el corazón en la garganta.

La multitud pareció volverse loca, gritando y dispersándose, atropellándose unos a otros en su afán por escapar de las armas y la escena del crimen. Ella no lograba ver a Duncan entre el humo de los disparos y la aglomeración de gente.

Se subió a las tablas, para saltar desde la mesa de la ruleta a la de Faro, aventurándose por la de *vingt-et-un* y cruzando el casino hasta donde él había estado un momento antes.

Rezó para que estuviera a salvo.

Cuando lo encontró, estaba en el suelo, boca arriba, con los ojos cerrados. Ella saltó hacia él gritando su nombre.

—No… —susurró, poniéndole las manos en el pecho para desabrocharle la chaqueta—. No, no, no, no. —La palabra se convirtió en letanía mientras deslizaba los dedos debajo de las solapas, tirando de estas para buscar sangre o una herida. Lo que fuera.

Él le capturó la mano con la suya.

—Detente.

Georgiana contuvo el aliento.

—Estás vivo.

—Lo estoy —dijo él abriendo los ojos.

Entonces, ella se echó a llorar.

—Oh, cariño —gimió él, sentándose para cogerla entre sus brazos—. No. No llores. —La besó en la sien—. ¡Dios! —susurró contra su pelo—. Has estado magnífica. Me has salvado, mi chica preciosa y perfecta.

—He pensado que estabas muerto —susurró ella.

Duncan sacudió la cabeza.

—No lo estoy. —Miró más allá, hasta el cuerpo inmóvil de Tremley—. Esa dama tiene una puntería extraordinaria.

Tremley estaba muerto.

Duncan se arregló la chaqueta y rebuscó en los bolsillos durante un breve momento antes de darse la vuelta para mirar al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Él se inclinó y recogió algo de la alfombra.

—Tus desesperadas caricias casi me hacen perder mi posesión más preciada. —Se enderezó y le mostró una pluma.

Su pluma. La que había arrancado de su tocado la primera noche que se conocieron como Georgiana y West, en el baile de los Worthington. A ella se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas cuando lo vio meter la pluma en el bolsillo, guardándola junto a su corazón. Duncan se acercó a ella y le limpió las lágrimas de las mejillas.

—No llores, cariño. Estoy bien. ¿No lo ves? Estoy aquí.

Pero ¿por cuánto tiempo?

—Pensé que iba a matarte —dijo ella, odiando cómo se estremeció al decir las palabras. Estaba helada y temblaba ante lo cerca que había estado la derrota—. Pensé que iba a perderte.

—No me mató —aseguró él—. No me perderás nunca. Me has arruinado para todas las demás. Para siempre. Lo amaba y debería decírselo.

Pero él estaba concentrado en lady Tremley.

—Pero ella sí lo mató, quizá deberíamos hacer algo para evitar que cuelgue de una soga, ¿no crees?

Sí. Eso era lo que debían hacer. Anna se puso en pie y toda la sala guardó silencio. Todos parecían aturdidos por los acontecimientos de la noche, pero ninguno más que lady Tremley, que parecía anonadada por el hecho de haber asesinado a su marido.

Y lo había asesinado; el cuerpo de lord Tremley se enfriaba en el suelo mientras los propietarios de El Ángel Caído se miraban unos a otros. Debían hacer algo, porque si un hombre merecía morir, era ese.

Georgiana inspeccionó la estancia en silencio. Por fin tomó el control y se subió a la mesa, ocupando un lugar junto a la ruleta.

—No debería tener que recordar que todos ustedes nos confiaron un secreto.

Temple comprendió al instante lo que estaba diciendo, y se subió también, situándose a su espalda.

—Si alguien cuenta lo que pasó aquí esta noche…

Bourne también se acercó.

—Aquí no ha pasado nada…

—Nada que no se pueda justificar como legítima defensa —añadió Georgiana.

—Y, por supuesto, se ha salvado a dos inocentes de morir —señaló Duncan, uniéndose a ella.

Cross habló desde el fondo.

—Pero si algo sucediera, y la información de lo ocurrido transcendiera, cada uno de sus secretos…

—Los de cada hombre —dijo ella.

Duncan se subió a su lado.

—… se publicarán en mis periódicos.

Hubo un momento en el que cada uno de los presentes asimiló en silencio la información. En el que todos los miembros de El Ángel Caído recordaron por qué acudían a ese lugar, donde las cuotas se pagaban con secretos. Por las mesas de juego. Y las partidas comenzaron casi de inmediato.

Georgiana y Duncan se bajaron de la mesa de la ruleta y se desplazaron hasta un lado de la sala, donde se sonrieron mutuamente.

Tremley estaba muerto y Duncan vivo. Estaba vivo y era libre. El futuro ya no era una amenaza. Todas las amenazas habían muerto con el hombre que las pronunciaba. Él se inclinó hacia ella.

—Formamos un gran equipo, cariño —le susurró al oído.

Era cierto. Formaban una pareja perfecta. Georgiana inspiró profundamente, con la respiración todavía agitada por el miedo que había experimentado.

—He pensado que iba a matarte —repitió—. Y no había tenido oportunidad de decirte que te…

Vio un brillo en la mirada de Duncan. Algo parecido al placer que fue rápidamente sustituido por pesar. Por nostalgia.

—No lo digas —susurró él, apretando los labios contra su sien—. No me digas que me amas. No estoy seguro de si luego podré soportar que te alejes.

Cuando se alejara. Lo haría. Todo lo que les había ocurrido a Anna y a Chase… no afectaría a Georgiana. Al día siguiente seguiría necesitando un título. Al día siguiente, todavía tendría que pensar en Caroline.

Un título. Respetabilidad. Chase, Anna y West se habían salvado… pero Georgiana seguía siendo un escándalo. Ignoró el dolor que sintió en el pecho al saber que él tenía razón. Que nada de eso importaba.

Esa noche, que todo había cambiado, de alguna manera todo seguía siendo igual.

Capítulo 22

Dos días después, Georgiana se despertó en su habitación, en la casa de su hermano, con el rostro de su hija a pocos centímetros y envuelta en olor a flores.

La profunda tristeza que la embargaba desde el momento en que Duncan West había salido de El Ángel Caído dos noches antes no la abandonaba. Y no daba señales de que eso fuera a ocurrir pronto.

—Ha sucedido algo —aseguró Caroline desde su lugar, junto a la cama—. Y creo que deberías saberlo.

Habían ocurrido mil cosas. El club se había salvado. Su identidad seguía a buen recaudo, junto con sus secretos. Un traidor había sido asesinado y su mujer había salido inmune, camino de Yorkshire, para empezar una nueva vida. Y Georgiana había aprendido a amar, antes de que no le quedara más remedio que darle la espalda a ese amor. Pero no creía que Caroline se refiriera a ninguna de esas cosas. Se sentó en la cama y se deslizó a un lado para hacerle sitio a su hija. Sin embargo, la niña se negó a subir, lo cual era muy raro.

—¿Qué ha pasado? —Alargó la mano para tocar la rosa de color rosado que Caroline llevaba prendida en el pelo—. ¿De dónde la has sacado?

Los ojos verdes de la niña estaban abiertos por la excitación cuando subió sus dedos hasta la flor.

—Te han enviado muchas flores. Muchísimas. —Caroline le cogió la mano—. Ven. Tienes que verlas.

Georgiana se vistió para su comodidad y no por la conveniencia y recurrió a unos pantalones, medio corsé y una camisa de lino fino antes de que su hija la guiara hasta el comedor, donde la esperaban docenas de ramos.

Rosas, peonías, tulipanes y jacintos, así como arreglos de gran variedad de tamaños, formas y colores llenaban la habitación. Contuvo el aliento y, por un momento, pensó que podía haberlos enviado Duncan.

Después, posó la mirada de las rosas blancas, dispuestas en forma de caballo.

—¿Ha pasado algo más? —preguntó, arqueando una ceja.

Caroline sonrió, con una expresión relamida como si fuera una gatita ante un plato de leche.

—Hay otra caricatura. —Levantó el periódico que había junto al plato de su desayuno—. Esta vez está bien.

Georgiana sintió una punzada de temor. Dudaba mucho que una caricatura pudiera estar bien. Se equivocaba.

Allí, en la primera página de *La voz de Londres*, había un dibujo que le resultaba familiar y desconocido a un tiempo. Una mujer montada en lo alto de un caballo con un hermoso vestido digno de una reina; su largo pelo flotaba sobre su espalda. Un poco más atrás, una niña sonriente, también con un modelo de gala, dirigía su propia cabalgadura.

Pero donde la anterior caricatura hacía que Georgiana y Caroline sufrieran el desdén de familia y amigos, esta mostraba otra actitud. En la escena, estaban rodeadas de hombres y mujeres de rodillas, que les prestaban fidelidad como si fueran reinas. *«Bellas damas en sus caballos blancos ganan los corazones de Londres»*, decía el pie de la imagen.

La mayoría de los que las acompañaban eran hombres, unos de uniforme y otros con ropa más formal. Se fijó en uno de los que había en primera fila. Si no lo hubiera reconocido por la nariz recta y el pelo rubio, lo hubiera hecho por la pluma que sobresalía del bolsillo de su chaqueta. La pluma que él había robado de su tocado. La misma que había rescatado después de que casi fuera asesinado en El Ángel Caído. Aquella caricatura estaba bien.

—Creo que somos nosotras —comentó Caroline en tono de orgullo y placer.

—Creo que tienes razón.

—Aunque no sé muy bien por qué llevo un gato.

Georgiana notó que se le llenaban los ojos de lágrimas al pensar en aquel día en el que paseó con Duncan por Hyde Park. El día que le había contado que quería que Caroline tuviera una vida normal.

—Eso es porque las niñas tienen gatos.

Caroline parpadeó.

—Está bien. Bueno, también creo que por eso llegó ese caballo formado con rosas blancas. A pesar de que me parece demasiado.

Georgiana se rio entre lágrimas. Parecía incapaz de reprimirlas.

—Es posible que tengas razón.

—Es una viñeta muy bonita, ¿no crees? —Caroline la miró y la vio llorar—. ¿Mamá?

Ella se pasó los dedos por las mejillas.

—Es una tontería —dijo, tratando de quitarle importancia—. Pero el señor West es muy amable —dijo respirando hondo.

Caroline entrecerró los ojos, pensativa.

—¿Crees que la hizo el señor West?

Estaba segura.

—Es su periódico —le recordó con sencillez. Miró a su hija; la rosa de su cabello comenzaba a caerse. Se inclinó y la besó en la coronilla, recordándose a sí misma que ella era la razón de su existencia. Esa niña. Su futuro—. ¿Vemos quiénes enviaron las flores?

Caroline recogió todos los mensajes que habían acompañado a los ramos mientras Georgiana pasaba los dedos por la caricatura una vez más, siguiendo el borde del hombro de Duncan, la línea de la manga. Se había incluido en el dibujo.

Incluso cuando la abandonó, cuando le ofreció todo lo que pensaba que ella quería desde el principio, la honró con su amor. Pero ahora Georgiana ya no quería nada de eso.

Caroline se acercó con los mensajes y comenzaron a leer las tarjetas. Cada remitente era más elegible que los anteriores. Héroes de guerra. Aristócratas. Caballeros. Ningún periodista.

Se apresuró cada vez más frenética a medida que se acercaban a la última, con la esperanza de que alguno de esos fuera suyo. Con la esperanza de que él no la hubiera abandonado. De saber que lo tenía.

«No me digas que me amas. No estoy seguro de si luego podré soportar que te alejes».

Debería haberlo dicho. Desde el principio. Desde el primer momento que lo amó, debería haberle dicho la verdad. Que lo amaba. Que si pudiera elegir su vida, su futuro, el mundo en el que quería vivir… él formaría parte.

Alguien llamó a la puerta de la habitación y asomó la cabeza el mayordomo de su hermano.

—¿Milady? —Las palabras contenían, como siempre, una ligera censura. Al almidonado criado de su hermano no le importaba que usara pantalones en vez de faldas cuando estaba en casa, siempre y cuando no tuviera que verla.

Se volvió hacia el hombre, con renovadas esperanzas. ¿Llegaría un mensaje de él?

—¿Sí?

—Tiene un visitante.

«Está aquí».

Se levantó y salió corriendo de la habitación. Desesperada por verlo, atravesó el vestíbulo para encontrarse con el hombre que esperaba allí, sombrero en mano. Se detuvo al reconocerlo. No era Duncan. El vizconde Langley se volvió hacia ella con expresión de sorpresa.

—¡Oh! —dijo ella.

—Eso mismo, ¡oh! —repuso él con expresión afable.

El mayordomo se aclaró la garganta.

—La costumbre es esperar a los invitados en una sala de visita.

Ella miró al criado.

—Lo recibiré aquí.

El mayordomo puso expresión de descontento, pero se alejó en silencio. Ella concentró su atención en Langley.

—Milord —le saludó, haciendo una pequeña reverencia.

Él la observó, fascinado.

—¿Sabe?, nunca había visto hacer una reverencia a una mujer en pantalones. Parece algo ridículo.

Ella se pasó las manos por los muslos y esbozó una leve sonrisa.

—Son mucho más cómodos. No esperaba que…

—Si me permite una sugerencia —la interrumpió, levantando el periódico que llevaba en la mano—, debería esperarlo. Es usted la comidilla de la sociedad. Me imagino que seré el primero de muchas visitas.

Ella lo miró a los ojos.

—No estoy segura de querer ser eso para la sociedad.

—Demasiado tarde. Lo es, por supuesto, lleva dos semanas reclamando nuestra adoración absoluta desde los periódicos.

Ella hizo una pausa.

—Entonces, supongo que ¡hurra!

Él se rio.

—Sí, ¡hurra! Nunca hemos sido muy ceremoniosos.

Ella sacudió la cabeza.

—No, milord.

Lo vio sonreír de nuevo.

—Como eso es cierto, y está usando pantalones, creo que podremos prescindir de las formalidades.

—Me encantaría —repuso ella con otra sonrisa.

—He venido a pedirle que se case conmigo.

A Georgiana se le cayó el alma a los pies. No quiso que se notara, pero no pudo evitarlo. Era, desde luego, lo que había querido desde el principio. Había elegido a Langley desde el primer momento por su perfecto equilibrio entre necesidad y decoro. Pero, de pronto, quiso mucho más que eso del matrimonio. Quería la complicidad, la confianza y el compromiso. Y el amor. Y el deseo. Quería a Duncan.

—Observo que no está eufórica —comentó el vizconde.

—No se trata de eso —repuso ella, con los ojos llenos de lágrimas incontenibles otra vez.

Las dejó caer. ¿Qué demonios le estaba pasando desde hacía cuarenta y ocho horas?

Él sonrió.

—Ah, bueno. Me han dicho que algunas mujeres lloran cuando les proponen matrimonio, pero suele ser de felicidad, ¿verdad? Como no soy mujer ni experto en propuestas de matrimonio… —Se calló.

Ella se rio, borrando las lágrimas con los dedos.

—Le aseguro, milord, que tampoco soy una experta en propuestas de matrimonio. Creo recordar que ese es el motivo por el que estamos en este lío.

Permanecieron en silencio durante un buen rato antes de que él abriera los brazos para señalar el suelo de mármol.

—Entonces, ¿tengo que pedírselo de rodillas?

Ella sacudió la cabeza.

—Oh, me gustaría que no lo hiciera. —Hizo una pausa—. Lo siento. Estoy siendo muy grosera con eso.

—¿Sabe? No creo que lo esté siendo —repuso él en voz baja, acercándose a ella—. Creo que, sencillamente, la mía no es la propuesta que quería recibir.

—Eso no es verdad —mintió ella al tiempo que se imaginaba a otro hombre, más rubio, más alto, más perfecto.

—Pues yo creo que sí. De hecho, creo que desearía que yo fuera otro hombre. Otro muy distinto a mí. Sin título nobiliario y muy brillante. —Lo miró fijamente. ¿Cómo lo sabía? Lo vio balancearse sobre los talones—. Lo que no entiendo es por qué se conforma conmigo cuando podría tenerlo a él.

No supo qué responder a eso. Estaba siendo realmente grosera, sin duda.

—Casarse no tiene nada que ver con conformarse o no, milord.

—Por supuesto que sí —dijo sonriente—. Yo no soy Duncan West.

Mentir o fingir ignorancia no serviría de nada. Ese hombre se merecía su respeto.

—¿Cómo lo sabe?

—Somos miembros del mismo club. Se acercó a hablar conmigo. Me dijo que debía casarme con usted. —Ella miró hacia otro lado, pero no hubiera podido dejar de escucharlo aunque lo intentara—. Alabó sus cualidades. Me aseguró lo afortunado que sería por tenerla. Y me convenció. Después de todo, los dos sabemos que nuestro matrimonio sería por conveniencia. Mejores matrimonios se han forjado con menos. —Volvió a mirarlo—. Entonces ocurrió algo muy raro.

—¿Qué? —preguntó ella, absorbiendo sus palabras, desesperada por escucharlas.

—Vi lo mucho que la amaba.

Se sintió alarmada.

—No entiendo lo que quiere decir.

Él sonrió.

—No se preocupe. Todos tenemos nuestros secretos. Y considerando lo que es cuando no está aquí, vestida con pantalones, también conoce el mío.

Hubo un tiempo en el que lo habría utilizado. En que lo hubiera amenazado y manipulado para conseguir lo que quería. Pero Chase ya no era tan despiadado. De hecho, sufrió por él cuando siguió hablando.

—Conozco esa tristeza en particular de saber que nunca obtendrás a quien amas con

desesperación.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿Qué quiere, milady? —preguntó él directamente.

—No es importante —respondió ella con un susurro.

—No lo entiendo —confesó él—. ¿Por qué se niega la felicidad a sí misma?

—No es eso —dijo ella, tratando de explicarlo—. No me quiero negar nada a mí misma. Pretendo hacer lo necesario para asegurarme de que mi hija no es rechazada. Para darle la oportunidad de tener lo que quiera.

Una expresión de entendimiento atravesó los rasgos perfectos de Langley. Pero fue otra persona la que respondió antes de que lo hiciera él.

—Entonces, ¿por qué no me preguntas qué es lo que quiero?

Georgiana se dio la vuelta para enfrentarse a Caroline, que de pie en la puerta de la sala, la miraba muy seria.

—Venga —insistió su hija—. Pregúntamelo.

—Caroline… —comenzó.

La chica se acercó a ella.

—Durante toda mi vida, has tomado decisiones por mí.

Si te gusta Sarah MacLean no puedes perderte la trilogía:

EL AMOR EN CIFRAS

Nueve reglas que romper para conquistar a un granuja

Diez lecciones para dar caza a un lord y que te adore

Once escándalos para enamorar a un duque





—Toda tu vida —señaló Georgiana— se limita a nueve años.

Caroline arqueó una ceja.

—Nueve años y tres meses —corrigió antes de continuar—. Me sacaste de Yorkshire y me trajiste aquí, a Londres. Contrataste las mejores institutrices y niñeras. —Hizo una pausa—. Me has comprado ropa elegante y libros todavía más elegantes. Pero ni una sola vez me has preguntado qué quiero.

Georgiana asintió, recordando su juventud; siempre había sido mimada, le habían dado todo lo que podía desear, pero sin elección. Así, cuando por fin pudo elegir, había abrazado su destino sin dudar.

—¿Qué quieres?

—Bueno —dijo la niña, más cerca—. Como me gustaría casarme por amor cuando tenga edad para ello, me gustaría que hicieras lo mismo. —Se volvió hacia Langley—. No quiero ofenderle, milord, pero estoy segura que me entiende.

—Sin duda —convino Langley con una sonrisa, ladeando la cabeza.

Caroline volvió a concentrarse en ella.

—A lo largo de mi vida, me has enseñado que no podemos permitir que la sociedad dicte nuestras vidas. Que no podemos permitir que sean otros los que marquen nuestro camino. Elegiste algo diferente para nosotras. Me has traído aquí, a pesar de que sabías que iba a ser un desafío. De que se reirían de nosotras, que nos rechazarían.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué voy a pensar si te casas con alguien a quien no amas para obtener un título y una propiedad que no quiero? Estoy rodeada de mujeres que han forjado su propio destino, ¿crees que es buena idea que intentes trazar el mío?

Georgiana la miró fijamente antes de hablar.

—Creo que ese es el camino más fácil, cariño. Quiero que todo te resulte fácil.

Caroline puso los ojos en blanco.

—Perdona, mamá, pero eso suena muy aburrido.

Langley se rio.

—Lo siento —se disculpó cuando lo miraron—. Pero la niña tiene razón. Suena muy aburrido.

Bien lo sabía Dios. Pero aun así…

—Pero si te enamoras, si te enamoras de un aristócrata, te gustará poseer la respetabilidad que acompaña a un título.

—Si me enamoro de un aristócrata, ¿no me dará ya él el título? —Era un punto a su favor, sin duda. Resumido en la perfecta simplicidad de una niña de nueve años.

Georgiana sostuvo la mirada de los ojos verdes de su hija.

—¿De dónde has salido?

Caroline sonrió.

—De ti. —La niña levantó el montón de tarjetas que habían acompañado a los ramos de flores—. ¿Quieres casarte con alguno de estos hombres?

—No —repuso Georgiana sacudiendo la cabeza.

Caroline señaló a Langley con la mirada.

—¿Quieres casarte con él? Mis disculpas, milord.

Él hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Me lo estoy pasando muy bien. —Se volvió hacia Georgiana—. ¿Quiere casarse conmigo?

Ella se rio.

—No. Lo siento, milord.

Él se encogió de hombros.

—No me lo tomo como algo personal. Tampoco deseo casarme con usted.

—Mamá —preguntó Caroline en voz baja—, ¿quieres casarte con alguien?

Claro que quería. Había un hombre en algún lugar de Londres con el que se moría por casarse. Al que amaba sin medida.

Pensó en la caricatura; Duncan de rodillas, con la pluma en el bolsillo. Contuvo el aliento.

—Sí —admitió con un susurro—. Me gustaría mucho casarme con otro hombre.

—¿Te hará feliz?

Georgiana asintió.

—Creo que sí. Me hará muy feliz.

Caroline sonrió.

—Entonces, ¿no crees que debes ser un ejemplo para tu hija? ¿Elegir ser feliz?

Pensó que era muy buena idea.

Parecía que a los nueve años, después de todo, se sabía un poco de la vida.

Llevaba nadado un océano en esa piscina desde que la había dejado.

De hecho, se ponía a nadar cada vez que pensaba en ir junto a ella, arrancarla de su cama y secuestrarla en la noche para mantenerla encerrada hasta que se diera cuenta de que su plan era una idiotez; cada vez que pensaba en hacerle el amor hasta que supiera que él era el hombre con el que debería casarse, que debía olvidarse del decoro, del escándalo y de la maldita sociedad.

Pero en el lugar donde había encontrado profundo consuelo y tremendo placer antes de disfrutarlo con Georgiana, ahora no encontraba nada. Cada centímetro de la estancia le recordaba a ella, erguida, alta, orgullosa y hermosa. Cuando había caminado por la estancia o de pie junto al fuego, o tocando los bordes de la piscina para dibujar los patrones. Recordó sus piernas, colgando en el agua, mientras se envolvía en una toalla y se dirigía hacia su dormitorio, aún sintiendo su piel suave, cálida y dispuesta. Cada vez que miraba el cielo a través de los paneles de vidrio, veía su sonrisa. Sentía su pérdida en todas partes. Tocó el borde de la piscina y se dio la vuelta. Nadó otro largo.

Durante dos días había nadado con la esperanza de agotarse, de expulsarla de su mente. Paraba solo para comer y dormir, y apenas eso, porque cada vez que cerraba los ojos, la veía. Solo a ella. Siempre a ella. «¡Dios!».

Se había obligado a detenerse media docena de veces cuando ya iba hacia ella, sin saber siquiera lo que iba a decirle. Había elaborado cien veces un pequeño discurso lleno de palabras bonitas para convencerla de que estaba equivocada. Que la decisión correcta era estar con él y a la mierda con el resto del mundo.

Y se había arrepentido de su decisión de no permitirle decir que lo amaba otras mil veces. Debería haber dejado que pronunciara las palabras. Quizá hubiera encontrado sosiego en ellas. Quizá…Pero lo más probable es que las hubiera recordado una y otra vez hasta acabar odiándolas. Así que tal vez fuera mejor así.

Cortó el agua con los brazos, con los hombros doloridos por el movimiento. Con los ojos cerrados, buscó el borde de la piscina, aparcando los recuerdos para poner punto final a la natación. Por el momento era suficiente, esperó, echando la cabeza hacia atrás y dejando que el agua corriera por su cara y su pelo una última vez antes de salir de la piscina.

Abrió los ojos y su mirada aterrizó en un par de botas marrones a medio metro de distancia. Alzó la vista con el corazón acelerado.

«Georgiana».

Ella lo miró muy seria.

—¿Puedo decirlo ahora?

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Me ha traído Langley —explicó antes de repetir su pregunta—. ¿Puedo decirlo ahora?

—Decir ¿qué?

La vio ponerse de rodillas y luego apoyar las manos en el suelo para aproximarse más al borde de la piscina y a él.

—¿Puedo decirte ya que te amo?

Se impulsó hacia ella para ahuecar la mano sobre su nuca y atraerla hacia sus labios.

—No puedes —dijo con el corazón palpitando tan fuerte en su pecho que parecía a punto de escapar—. A menos que pienses decirlo todos los días. Para siempre.

—Eso dependerá de ti —repuso ella, sonriente.

Él la miró a los ojos, tratando de leer el significado de sus palabras. Tratando de no pensar en que ella decía lo que escuchaba que estaba diciendo.

—Georgiana… —susurró, adorando la forma en que su nombre se pegaba a sus labios y lengua.

—No puedo decírtelo todos los días si estamos separados, ¿lo sabías? —Su voz se quebró y él se sintió desesperado por tenerla—. Así que si quieres que te lo diga, vas a tener que…

—No.

Él se alzó fuera de la piscina, cortando sus palabras de manera muy efectiva. La vio abrir mucho los ojos mirando el agua que resbalaba por su cuerpo hasta formar un charco en los azulejos que formaban el borde de la piscina, humedeciendo sus pantalones y, sin duda, arruinando sus botas.

Se arrodilló junto a ella y la obligó a girarse hacia él.

—Esa parte me corresponde a mí. —Tomó sus manos entre las suyas—. Dímelo otra vez.

Georgiana lo miró a los ojos y él contuvo el aliento al leer la verdad en sus hermosos iris color ámbar.

—Te amo.

—¿A pesar de ser un canalla sin título?

—Canalla o sinvergüenza. Lo que seas.

—Me gustas.

La vio sonreír.

—Espero que eso no sea todo.

—Ya sabes que no —susurró él, atrayéndola hacia su pecho—. Ya sabes que te amo. Desde el

primer momento en que puse los ojos sobre ti, en aquella terraza oscura, defendiéndote y defendiendo a los que amas. Te adoro desde entonces. Tengo muchas ganas de formar parte de ellos.

Ella subió las manos a sus mejillas para ahuecarlas sobre su rostro.

—Te amo.

—Dilo otra vez —susurró él antes de besarla con intensa lentitud hasta que los dos estuvieron sin aliento.

—No puedo decírtelo si estás besándome —protestó ella.

—Entonces, resérvalo —propuso él, volviendo a apoderarse de sus labios—. Dímelo cuando no te bese. —Y volvió a perderse en su boca, con profundas y adictivas caricias.

Y cada vez que él levantaba los labios de los de ella, la oía susurrar: «Te amo».

Una y otra vez, las palabras lo envolvieron, calentándolo hasta que por fin se separó y apoyó la frente en la de ella.

—Siempre has sido tú —confesó—. Cásate conmigo. Elígeme.

—Lo haré —prometió ella—. Lo hago.

—¿Cuándo?

—Ahora. Mañana. La semana que viene. Para siempre.

Se levantó y tiró de ella para tomarla entre sus brazos.

—Para siempre —dijo él—. Elijo para siempre.

Y para siempre fue.

Epílogo

· Un año después, El Ángel Caído ·

Georgiana estaba en el interior del salón de los propietarios de El Ángel Caído mirando a la sala de juego desde detrás de la vidriera. El casino estaba lleno de clientes y su mirada se vio atraída por la ruleta que ocupaba el centro de la habitación, girando en un remolino rojo y negro. Media docena de hombres se inclinaban hacia ella, hasta que la rueda comenzó a parar.

—Rojo —susurró.

Rojo fue y, aún mejor, un hombre levantó las manos con regocijo. Había ganado. Y ganar a la ruleta era un triunfo. La ley de la probabilidad era algo increíble.

Había construido ese imperio sobre ella; la suerte y el azar, la fortuna y el destino. Había aprendido notables lecciones sobre mentiras y verdades, sobre venganza. También sobre el escándalo. Pero todavía seguía conteniendo el aliento cuando la ruleta giraba.

La puerta de la habitación se abrió y ella supo sin mirar quién había entrado por la forma en que se movió el aire, por cómo se aceleró su respiración. Los brazos de Duncan la rodearon, cálidos y fuertes, y él siguió la dirección de su mirada.

—Hay una docena de mesas de juego ahí abajo —le susurró él al oído—. Pero tú siempre eliges la ruleta, ¿por qué?

—Porque es el único juego que está en manos del destino —explicó ella—. Es el único juego que no se puede predecir. Su recompensa es puro azar. —Se giró entre sus brazos y subió las manos para rodearle el cuello—. Es como la vida… hacemos girar la rueda y…

Él la besó con profunda intensidad al tiempo que le ponía las manos en la cintura y la apretaba contra su cuerpo.

Cuando la soltó, ella suspiró.

—Y a veces somos bien recompensados.

Duncan deslizó las manos por la pesada curva de su estómago, donde crecía su hijo.

—A veces sí… —convino—. Aunque te confieso que en ocasiones me preocupa haber tenido tan buena suerte… y que se agote de repente.

—Ya has tenido suficiente mala suerte para toda una vida. No tengo intención de que se te acabe la buena.

Él arqueó una ceja.

—¿Tienes poder para cambiar el rumbo del destino?

Ella sonrió.

—Los días que no se tiene suerte, hay que confiar en otra cosa.

Duncan la besó de nuevo y la volvió hacia la vidriera una vez más. Observaron durante un buen rato cómo volaban las cartas y los dados, cómo los hombres jugaban… hasta que ella se estiró, tratando de aliviar el dolor en la parte baja de la espalda.

—Me prometiste dormir más —dijo él, bajando las manos hasta casi sus nalgas y presionando, tratando de calmar el malestar que parecía haberse instalado allí definitivamente al término del embarazo—. No deberías estar aquí.

Ella lo miró con sorpresa.

—No imaginarás que me perdería esta partida —protestó—. Bien podría ser la última. Este

bebé estará aquí muy pronto.

—Estoy deseándolo —aseguró él—. Nunca me permití pensar en tener hijos; podría haberles arruinado la vida de muchas maneras.

—Una vez que tengamos el niño con nosotros, querrás que se hubiera retrasado —bromeó ella, mirando otra vez el casino—. Cuando llore y grite.

—Una vez que tengamos a la niña con nosotros, no la perderé de vista —prometió él—. Ni a su madre o su hermana.

—Tu grupo de admiradoras. —Ella sonrió.

—Se me ocurren cosas peores —dijo él, envolviéndola entre sus brazos para permitir que se apoyara contra su cuerpo. Entonces, deslizó la mano desde su estómago hasta el muslo, donde subió las faldas con dedos ágiles hasta dejar las rodillas desnudas.

—Siempre he adorado que te pongas pantalones, cariño, pero que uses faldas es lo mejor de tu embarazo. —Le rozó la piel del muslo y ella separó las piernas para permitir que la tocara más arriba, en aquel lugar maravilloso donde, de repente, estaba preparada para él.

—No podemos —suspiró ella, apoyándose en él y permitiendo que la mantuviera a salvo—. Están a punto de llegar.

—Tú también podrías estar llegando, ¿sabes? —la tentó.

Ella se echó a reír en el momento en que se abrió la puerta de la sala y él dejó caer las faldas.

—Esta noche —prometió al tiempo que presionaba un cálido beso en su cuello y capturaba el lóbulo de su oreja entre los dientes.

Ella se volvió hacia sus socios con las mejillas enrojecidas. Bourne estaba ayudando a sentarse a su esposa cuando arqueó una ceja en un gesto de complicidad con Georgiana.

—Buenas noches, señora West —dijo mientras se dirigía al aparador para servirse un *whisky*.

Ella se sintió tan orgullosa como cada vez que lo oía. Podría haber mantenido el lady con el que nació, debido a que era hija de un duque, pero no quería. Cada vez que alguien la llamaba «señora West», recordaba al hombre con el que se había casado. La vida que habían creado juntos… para los tres. Que pronto serían cuatro.

Georgiana y Duncan West gobernaban los salones de baile de Londres con su poder combinado; el magnate de la prensa y su flamante e inteligente esposa. Seguían siendo un escándalo, pero valía la pena invitarlos a las cenas… y la sociedad parecía disfrutar de ello.

Y cuando no estaban cenando por las mansiones de Gran Bretaña, ella continuaba dirigiendo el club como Chase. Anna, por su parte, había desaparecido poco después de que Duncan y Georgiana se casaran, después de una noche particularmente arriesgada en la que hubo que mandar llamar al doctor después de que Duncan atacara a un miembro del club que se mostró especialmente amigable con Anna.

Fue lo mejor, porque ambos tenían serios problemas para mantener las manos alejadas del otro, y solo habría sido cuestión de tiempo que alguien relacionara los dos amores de West.

Pippa y Cross se sentaron en sus lugares ante la mesa y Cross sacó la baraja de cartas para ponerla frente a él mientras Pippa se estiraba para mirar a Georgiana.

—Cada día estás más grande —comentó parpadeando.

—¡Pippa! —gritó lady Bourne—. Estás guapísima, Georgiana.

—Yo no he dicho que no lo esté —puntualizó Pippa a su hermana antes de volver a concentrarse en Georgiana—. Solo he dicho que cada vez está más grande. No me extrañaría que fueran gemelos.

—¿Qué sabes tú de gemelos? —preguntó la duquesa de Lamont, que entró seguida de

Temple, que discutía sobre un archivo con Asriel.

—He asistido a algunos partos múltiples —afirmó Pippa.

—¿En serio? —preguntó Duncan, arrastrando una silla para ayudar a Georgiana a sentarse—. Bueno es saberlo, por si necesitamos ayuda.

—No creo que fueran humanos —intervino Cross.

—Pero sí de perros —se defendió Pippa—. Y he tenido dos hijos, humanos —puntualizó—. Imagino que te acordarás, *maridito*.

—Sí, pero no gemelos, gracias a Dios.

—De acuerdo —intervino Bourne, que ahora ya tenía tres hijos—. Tener gemelos sería mala suerte.

Duncan palideció.

—¿Podemos dejar de hablar de gemelos?

—No va a tener gemelos —aseguró Temple, que rodeó la mesa para entregar el dosier que había estado revisando a Georgiana.

—Podría ser —bromeó ella—. Pippa dice que estoy enorme.

—¡No he dicho enorme en ningún momento!

Georgiana abrió el expediente y hojeó su contenido. Alzó la mirada hacia Temple.

—Pobre chica —se lamentó—. Déjala fuera de la caja.

—¿De quién hablas? —preguntó Duncan.

—De lady Mary Ashehollow.

Hubo un murmullo de entendimiento colectivo en torno a la mesa, pero Duncan fue el único que habló.

—¿Has decidido poner fin a tu venganza?

—Es que me irritó.

Él arqueó una ceja.

—Es una cría.

—Está en su tercera temporada, así que no es así. Pero sí —convino Georgiana—. Y si te sirve de consuelo, aparece en el libro de apuestas del Otro Lado como una de las incomparables de la temporada. ¿Qué te parece, Duncan?

—Muy bien. —Él se inclinó y la besó con lentitud.

Cross tomó la palabra.

—Ya que sale el tema del libro de apuestas, Chase, creo que me debes cien libras.

—¿Por qué? —preguntó Duncan con curiosidad.

—Por una apuesta tonta que hicimos hace un año —explicó Cross.

—Cross estaba seguro de que Chase y tú os casaríais —explicó Temple—. Chase…

—Chase no —añadió Bourne.

—¡Michael! —regañó Penelope—. No estás siendo amable.

—Es la verdad.

—¿Te gustaría que dijeran la verdad sobre nuestro noviazgo? —preguntó Penelope.

Recordando, sin duda, que los marqueses de Bourne se habían casado después de fugarse al campo, Bourne tuvo la decencia de callarse.

Duncan miró a Georgiana con una sonrisa de oreja a oreja.

—Parece que has perdido la apuesta, milady.

Como ocurría desde hacía un año, escuchar aquel título en boca de su marido, provocó que la recorriera una oleada de calor.

—No me siento como si hubiera perdido.

—Es que no es así, ¿verdad? —Él sonrió.

—Bueno, ya que hablamos sobre los posibles maridos de Chase, este es un momento tan bueno como cualquier otro para discutir sobre Langley, que nos ha pedido que nos unamos a él para realizar una inversión —agregó Temple.

Todos los presentes soltaron un gemido.

—Chase… debes dejar de arriesgar nuestro dinero con ese hombre —dijo Bourne.

—Tiene un historial terrible en cuestión de inversiones, y aun así seguimos ayudándole —señaló Cross.

—Lo siento… No sabía que estabais tan necesitados —ironizó Georgiana.

—Es un buen tipo —interrumpió Duncan—. Prácticamente me regaló a mi hermosa esposa.

—Solo porque no la quería para sí mismo —bromeó Temple, y todos se rieron como los canallas que eran.

—Me niego a sentirme insultada —dijo ella—. Y a Duncan le gusta la propuesta de Langley.

Él asintió con la cabeza.

—Esta vez quiere invertir en algo que se llama negativo fotográfico.

—Suena muy novelesco —aseguró Bourne—. Igual que máquinas que vuelan o carruajes sin caballos.

—No creo que nada de eso sea tan inverosímil como crees —intervino Pippa.

Bourne la miró.

—Eso es porque tú piensas que cualquier cosa inverosímil es un desafío.

Ella intercambió una mirada con Cross.

—Imagino que sí.

El conde se inclinó y besó a su esposa durante un buen rato.

—Es parte de su encanto —aseguró él cuando se retiró.

—¿Qué? ¿Jugamos? —preguntó Georgiana, inclinándose para tomar las cartas.

Lo que antes era una partida para los propietarios se había convertido en un juego semanal de faro para los ocho.

Temple se sentó con un suspiro.

—No sé por qué juego siquiera. Ya no gano nunca. Todo se fue a la mierda cuando permitimos que jugaran nuestras esposas. —Miró a Duncan—. Perdona, hombre.

Duncan sonrió.

—Me siento feliz de ser una mujer si no te importa que te desplume cada semana.

Mara pasó la mano por la mejilla de su marido.

—Pobre Temple —dijo—. ¿Quieres jugar a otra cosa?

Él la miró a los ojos, muy serio.

—Sí, pero a ti no te va a apetecer hacerlo delante de todos los demás.

Otra ronda de gemidos resonó en el espacio cuando la duquesa se inclinó para besar al duque.

Georgiana se recostó en la silla.

—Quizá no deberíamos jugar.

Bourne alzó la vista del vaso de *whisky* que estaba rellenando.

—¿Solo porque Temple quiere acostarse con su mujer?

Ella sonrió.

—No… —miró a su marido—. Porque creo que estamos a punto de descubrir si son gemelos o no.

Mucho más abajo, a través de la famosa vidriera, la rueda de la ruleta giraba, los dados rodaban y las cartas volaban, y esa noche se convirtió en leyenda. La fortuna sonrió a los miembros de El Ángel Caído.

Igual que sonrió a su fundadora y a su amor.

Agradecimientos

Ahora que esta serie llega a su fin, me doy cuenta de que es una poderosa legión la que me ha ayudado a criar a mis canallas. Pisándole los talones a esta certeza viene otra, mucho más inquietante, si cabe... No sé si seré capaz de dar las gracias a todos.

Al igual que con todos mis libros, este no podría haberlo escrito sin la paciencia y la fe de mi sherpa literaria, Carrie Feron; el duro trabajo de Nicole Fischer y Chelsiy Emmelhainz, y el tremendo apoyo de Liate Stehlik, Pam Spengler-Jaffee, Jessie Edwards, Caroline Perny, Shawn Nicholls, Tom Egner, Gail Dubov, Carla Parker, Brian Grogan, Tobly McSmith, Eleanor Mikucki, y el resto del inigualable equipo de Avon Books.

Gracias también a Carrie Ryan, Lily Everett, Sophie Jordan, Morgan Baden, Sara Lyle, Melissa Walker, y Linda Frances Lee por su comprensión, apoyo y aplausos mientras escribía la historia de Chase. Y también a Rex, y al personal de Krupa Grocery por los ánimos y la cafeína.

Mi padre me contó la historia en la que usaban las calaveras para beber en el castillo Teodorico cuando era mucho más pequeña que Caroline, y me encantó poder incluirla en un libro. Agradezco profundamente que él no llegara a pensar ni una vez «Ella es demasiado pequeña para esto». Gracias a David y a Valerie Mortensen por el viaje hasta el castillo de Hearst, que me inspiró a Duncan West y su maravillosa piscina, y por criar a un hijo que es todo caballerosidad sin tacha.

A mis maravillosos lectores, gracias por acompañar en este viaje a Bourne, Cross, Temple y Chase, por amarlos tanto como yo y por su interminable apoyo tanto *online* como por correo. A cada lector que se quedó sin aliento cuando descubrió que Chase era una mujer, y aun así le dio una oportunidad a esta historia; no sabéis lo mucho que significa para mí esa muestra de fe.

Y, por último, a la mujer que me abordó en un cuarto de baño en Texas, a principios de 2012 y me dijo «Creo que Chase es una mujer», ¡no sabes cuánto lamento haberte mentido!